

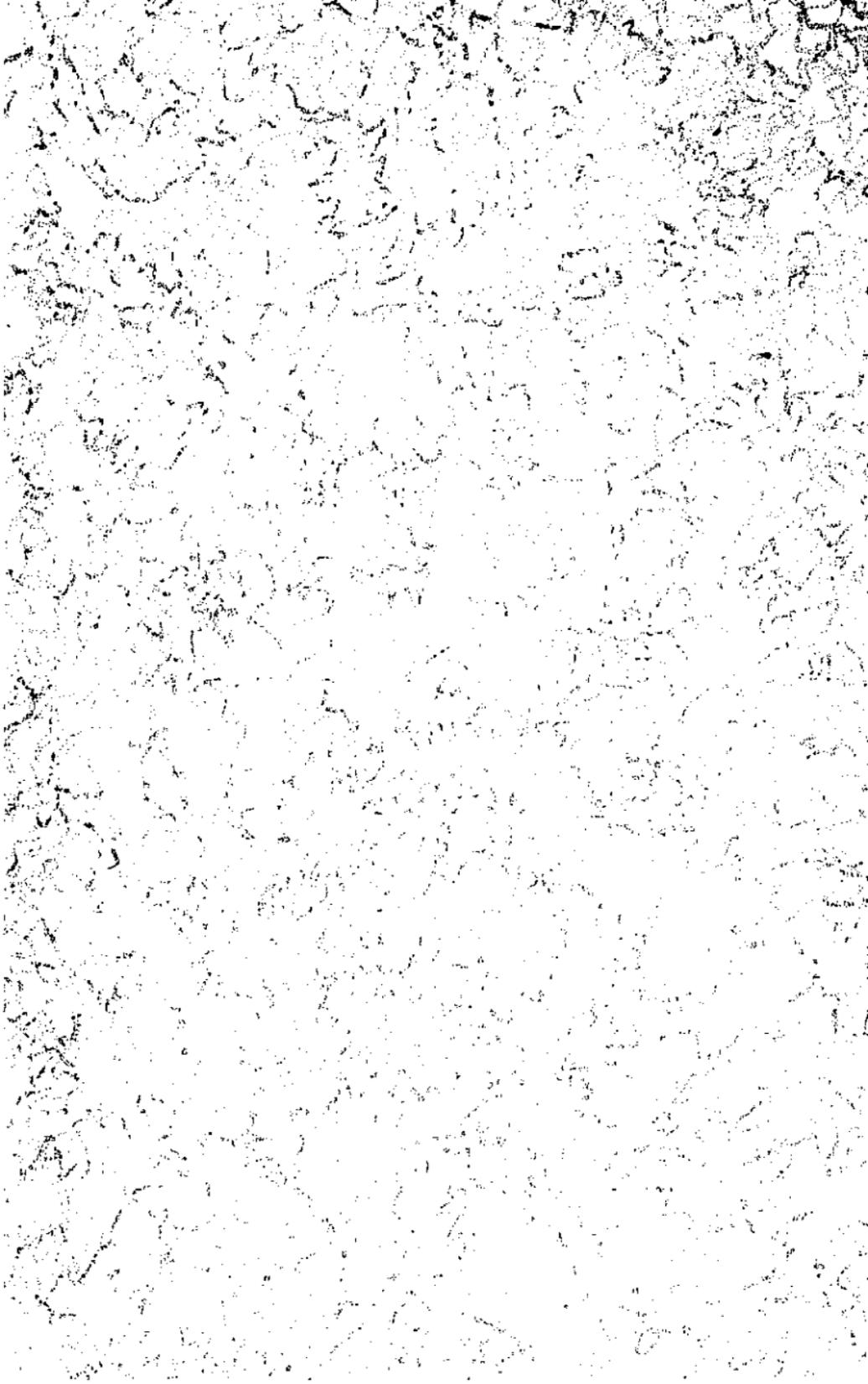


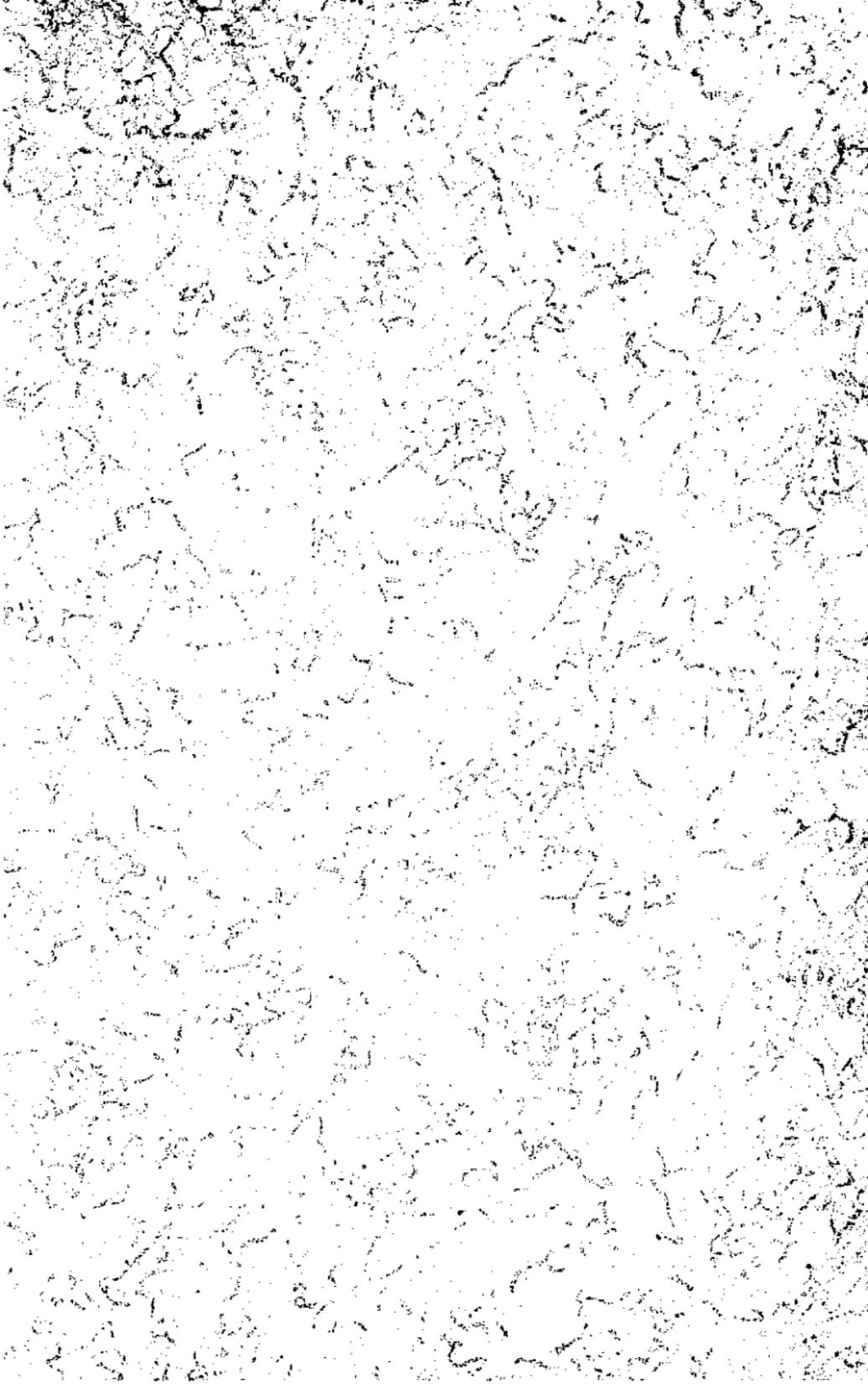


Depósito

54342







5 jag iunka fatted

re



54342





12  
139806

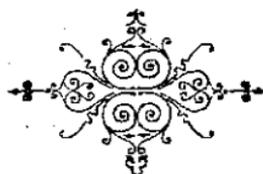
LA DEGENERACIÓN  
DEL  
**SÓCIO-SINDICALISMO**

**NECESIDAD DE SU REGENERACIÓN HIGIÉNICA Y MORAL**

POR EL DOCTOR

**D. ANGEL PULIDO FERNANDEZ**

SENADOR VITALICIO



ADMINISTRACIÓN  
CASA EDITORIAL DE M. NÚÑEZ SAMPER  
MARTÍN DE LOS HEROS, 18  
Sucursal: San Bernardo, 34  
—  
MADRID

---

Es propiedad.—Queda  
hecho el depósito que  
marca la ley.

---

## Al eminente Dr. Camilo Calleja y García.

*Querido Camilo: Muchas veces los graves conflictos suscitados por la anarquía socialista y sindicalista que sufre el mundo, fueron el tema de nuestras conversaciones, en los días y durante los paseos de mis angustias, dolores y sufrimientos. Deseo, en su recuerdo, que al comienzo de este modesto trabajo, cooperación sencilla de una larga experiencia al estudio de tan grave problema, aparezcan unidos el nombre de uno de los médicos más buenos, espejo de leales amigos, manantial inagotable de dulces afectos y caridad, y el de su por siempre obligadísimo y devoto cliente, y compañero entrañable,*

*Ángel Pulido.*



# PREÁMBULO

---

I

EL TOQUE DE COMBATE



## CAPITULO PRIMERO

---

### El toque del combate

(CARTA AL SR. MOYA)

Sr. D. Miguel Moya y Ojanguren:

Querido Miguel: He leído hoy la lista que publica *El Liberal* de sus distinguidos colaboradores y me ha sorprendido mucho no leer mi nombre, aun sin consultármelo, y aunque, como es de justicia, fuese el último, por estimar yo que todos los citados me son superiores.

Pero tú lo sabes demasiado. Cuarenta años de mi vida he colaborado con fervido entusiasmo en «nuestro diario», absteniéndome, por amor á él, de promiscuar con otros periódicos que no fueran revistas médicas, no obstante haber sido solicitado para ello muchas veces; le he consagrado mis ardores de publicista joven y batallador por no-

bles ideales, al extremo de haber número—acuérdate del hoy inmortal descubrimiento de Ferrán para detener el cólera—que llevaba sin firmar tres ó cuatro artículos míos, escritos como si fuera uno de tantos redactores, al lado del entonces joven Cavia, á las altas horas de la noche y de la madrugada, en las mesas de la redacción. Sólo la segregación de algunos de estos artículos, que sumaron miles, me han permitido nutrir con diez libros mi colección de cerca de 90 obras originales.

Y también sabes que el estímulo principal que á ello me impulsaba con irresistible sugestión, no era mi sueldo, que nunca disfruté; ni pago de artículos, que tampoco percibía; sino la pasión por la democracia que nos inspiraban nuestros jefes Castellar y Martos; los encendimientos de la amistad y el compañerismo; el culto sagrado que nos inflamaba y que de Araus, Fernanflor y de ti aprendimos todos, por vivir una espiritualidad superior, incorruptible, generosa, progresiva, defensora immaculada y valiente de todo un porvenir lleno de venturas y de confraternidades, que nos simbolizaba *El Liberal* con sus campañas, y se hallaba encarnado, personalizado en su director, en ti, á quien todos amábamos y respetábamos como á un padre esclarecido.

Lo que sucede ahora, en estos tiempos apocalípticos que atravesamos, no tiene nombre ni ex-

plicación para muchos, pero sí lo tiene para los médicos, que estudiamos y conocemos la psicología de los tiempos y de las civilizaciones, nacida en la conflagración de los grandes imperios; es que existe una ola de locura que se ha desatado en el ambiente social, corre por el mundo y deshace lo mismo los valores morales, engendrados á costa de horrendas luchas génesis de la caballeridad, que los valores materiales nacidos de una economía política desarrollada por la ciencia.

¿Cómo, si no, explicarse ese atentado destructor á la existencia de *El Liberal*; al modestísimo dividiendo de sus accionistas, muchas pobres viudas y burgueses, que están resignados y viviendo de esperanzas; á la veneración de las reputaciones mantenidas á costa de una vida larga, henchida siempre de amores paternos hacia la juventud dorada que promete, y al veterano inválido que se rinde ya con incurable incapacidad, como lo fué siempre la vida tuya, sin ceder un día, ni un solo momento; y, en fin, esa profanación y muerte de un sacramento espiritual literario, el que unía incessantemente á cuantos nos reuníamos en torno de una misma mesa, en la calle de la Almudena primero y en la calle del Marqués de Cubas después?

¡Sucesos enormes, increíbles, contempla nuestra vejez, que aterran aun á los más estoicos, porque profetizan un futuro incalculablemente desastroso!

Yo nunca he renunciado al glorioso título de colaborador de *El Liberal*, que tanto me ha hecho gozar y sufrir, según eran la naturaleza de mis ideales y las dificultades que me salían al paso, para lograr el triunfo de conquistas, útiles siempre al bien público, ni una vez sola al egoísmo personal.

Soy el remoto predecesor de todos los periodistas médicos que hoy colabaran en la Prensa diaria, porque muy niño, á los diez y seis años, comencé á escribir cuartillas para ella. Soy quizá el único superviviente de los primitivos colaboradores de *El Liberal*, y fundado en estas razones, *no consiento*—advierte que también yo he de mandar alguna vez donde siempre obedecí—que mi nombre desaparezca de la lista de los colaboradores. Yo probaré que de mis canas fluye fuego que enciende la pluma del polemista y del apóstol.

No sé los años que me restan de vida, si bien afirmo que muchos no pueden ser; pero acucia mi alma, aún ardiente, un amor inextinguible por grandes ideales y un afán de pelea por su triunfo. Y deseo que mi último artículo se publique en *El Liberal* y que tú, ó tu hijo Miguel—á quien como hijo amo yo también, porque conocí su nacimiento y seguí emocionado los progresos de su vida—mandéis mis cuartillas, de letra temblorosa, á las cajas de *mis tipógrafos*, los que amen su periódico

con la fe y el orgullo que siempre sintieron y le demostraron.

Y sé más aún: que muchos renombrados colaboradores también lo quieren, porque ellos me dicen que nunca se ama tanto á un ser vivo y espiritual, como cuando se le ha visto amenazado de muerte, y con más vehemencia todavía si esa muerte no viene por ley natural de la Providencia, sino por conjuro del diablo; ya que solamente en los antros del Infierno puede germinar y desarrollarse ese fermento de la ingratitud, que á veces enferma y perturba hasta las almas que nacieron y fueron un tiempo nobles y hermosas.

Recibe un abrazo de tu fraternal amigo, *Angel*.

*Madrid, 18 de diciembre de 1919.*



# PRIMERA PARTE

---

II

OBREROS BURGUESES  
Y BURGUESES OBREROS



## CAPITULO II

---

### Obreros burgueses y burgueses obreros.

En la carta dirigida á don Miguel Moya y Ojanguren, publicada el 19 de diciembre en *El Liberal*, donde reclamaba mi puesto de honor, como colaborador antiguo, entre el personal de este diario ya reformado por necesidad, anunciaba que de mis canas resurgirían energías juveniles, para inflamar la pluma y la palabra del apóstol, y para esgrimir las armas del combatiente, volviendo de nuevo á una colaboración que tenía desatendida hacía años, como herencia ya legada á publicistas más jóvenes y mejor capacitados: y héme aquí cumpliendo mi palabra y dando á luz, en el día de hoy, el primero de los artículos que destino á exponer cuán desastrosamente se ha falseado y pervertido la inspiración higiénica y social que ha creado el socialismo moderno y la reivindicación del obrero.

Cuando las falanges teutónicas invadieron á sangre y fuego, en el verano de 1914, los idílicos, feraces y ricos departamentos del Norte de Francia, y las poblaciones fabriles de las márgenes del Mosa, en Bélgica, y cuando, como irresistibles falanges de Atila, arrasaron los campos, destruyeron las ciudades, incendiaron sus fábricas, y mataron cuantos seres vivientes hallaban á su paso, sucedió que el terror y la necesidad de defender vidas y haciendas obligaron á los naturales de Bélgica y de Francia, sin consideración á edades ni sexos, á tener que acudir al combate, y todos unidos, abrasados con fuego santo de indignación y patriotismo, empuñaron las armas, ocuparon su puesto de peligro en las trincheras, las ambulancias, las fábricas de armas y municiones y los hospitales, y afrontaron la lucha más desesperada y heroica que ha conocido la Historia. Pues de igual modo, ahora, frente á esta invasión de los feroces sindicalistas, más criminales y bárbaros que las huestes de Atila—porque si vienen de fuera algunos, brotan los más de nuestro propio suelo, en nuestro mismo sagrado hogar, traicionando nuestra confianza muchas veces, y atentando contra nuestras vidas, nuestra honra y nuestras haciendas, sin freno, miedo ni respeto á la ley natural ni á la ley escrita—, no hay otro remedio sino defenderse y seguir la conducta señalada por Clemen

ceau á los franceses, en sus famosos discursos pronunciados en el Parlamento y en la ciudad de Estrasburgo, los primeros días del pasado noviembre: la de oponer á la fuerza salvaje, ciega y destructora de los agresores; lá fuerza culta, bien organizada y valiente de los agredidos.

Yo renuncio á dirigirme á los intelectuales. El bolchevismo de estos jóvenes que se agitan disolventes en los Ateneos, Academias, Colegios profesionales, redacciones de periódicos... lo encuentro más repugnante que el de los sencillos y engañados obreros, y no merece otro castigo que el que fatalmente ha de reportarles su insensata y ambiciosa locura. Ya deseo sólo hablar á los míos: al pueblo, á los humildes, á los extraviados por sugestión y por ignorancia; porque creo que sus almas no están pervertidas y buscan la satisfacción de sus necesidades por los caminos que les parecen más breves, más cómodos y más seguros; y porque no conocen otros. Y deseo hablarles como si fuese uno de ellos, penetrando en su corazón.

Pero sé lo que me dirán los obreros de blusa y de pantalones de dril: ¿Quién es usted? ¿Con qué autoridad nos aconseja y quiere aleccionar? ¿No es usted un burgués? ¿Acaso ignora usted que hemos declarado guerra á muerte al amor de la Patria y á la burguesía; y que perseguimos el despojo de sus bienes, que son nuestros; el arrasamiento de todo

su medio social y el degüello de sus individuos? Sepa usted, si lo ha olvidado, que nosotros proclamamos que no deben comer más que los que trabajan, y usted no es un trabajador.

En verdad, ante esta execración ya vacilo algo, porque comienzo preguntándome si soy un obrero ó un burgués; duda que sugiere esta terminología y clasificación de castas que han creado los radicalistas de la izquierda.

Cuando veo que no visto blusa y que cubre mi cuerpo, de ordinario una cazadora, á menudo bien usadita; algunas veces la levita, y muy pocas el frac, me digo: «De cierto que soy un burgués; ello bien se ve». Pero cuando recuerdo mi pasado, medito acerca de lo que es y me rinde mi trabajo, y cuento las horas que le consagro; cuando examino mi hogar y soporto una lucha sin reposo por disfrutar de vida sencilla, virtuosa, angustiada por mis temores, pensando en mi santa esposa, mis hijos y mis ocho nietecitos, y advierto que esto mismo sucede en miles y millones de hogares semejantes, entonces mi conciencia me grita que soy tan obrero como el que más lo sea, y que visto ropa del más crudo y azulado dril, como el mecánico más humilde, desarrapado y sucio. Yo someto la consulta á Pestaña y al *Noy de Sucre*, Pontífices máximos del sindicalismo rojo, y deseo que me aclaren y hagan saber, de una vez, á qué familia so-

cial pertenezco, de entre cuantas constituyen esa gama de castas en que los sindicalistas y bolchevistas han dividido la especie humana. Y, para informarles, de rigor es que les narre algo de mi historia con una sinceridad que de muchos vanidosos sindicalistas será desconocida.

\*  
\* \*

Nací en hogar humilde; tanto que ni luz natural tenía, y hasta en las horas meridianas había de encender un quinqué para hacer mis estudios, en habitación oscurísima, sin ventilación, en trascocina pequeña, á donde ningún ruido, ni rumor de vida llegaba. Fueron mis progenitores modestos: analfabeta mi madre, muy lector mi padre, ambos de ejemplares virtudes, de *mística* honradez y muy religiosos. La vida les exigía fuerte y sostenida lucha, que comenzaba á las seis de la mañana y terminaba á las doce de la noche, hora á la que caían en la cama rendidos, abatidos por una lucha moral y material incesante, mantenida dieciocho horas diarias, sin conocer jamás fiesta, ni recreo, y asociando á ella todos sus hijos, á los cuales enviaban también á Colegios, Institutos y Facultades, para que *se hicieran hombres*; y los obligaban, al mismo tiempo, al trabajo, para que supieran lo que cuesta ganarse la vida en este bendito mundo.

Muchos días los recursos faltaban y mi madre metía la ropa sucia toda en una saca grande, se la entregaba á un demandadero forzado, y sola ó acompañada de algún hijo pequeño, bella, gentil y ligera, bajaba al río Manzanares, de casa muy distante situado, á hora de las seis de la mañana. Llevaba alguna ligera merienda y se pasaba todo el día lavando, cantando y gritando al hijo para que se aquietase y no se escapara de la banca inmediata, donde le tenía sujeto, á jugar con otros muchachos.

Algunas veces gocé yo de estos días, de verdadera fiesta para nosotros. Muchos más fueron los que, siendo ya mayor, hube de pasar teniendo en la mano izquierda el libro de estudios y en la derecha el objeto ó artefacto del trabajo con que vivíamos. De entonces recuerdo que innumerables veces subí la escalera del Congreso que daba acceso á las viviendas de los ugières, por la calle hoy de Fernanflor; y que allí, avergonzado y confuso ante tanta grandeza de local y de personas, prestaba mi servicio á un portero, Pepe de nombre, excelente asturiano, quien me contaba maravillas de lo que veía y oía, allí, donde los *señorones* de la política y del gobierno pronunciaban admirables discursos, y armaban á lo mejor terribles peloterías. Yo escuchaba atónito aquello, muy ajeno de que pudiera un día pronunciar también dis-

cursos en aquel inmenso salón y sentarme en la silla presidencial del otro salón, situado en la Cámara más alta del Parlamento, cogida la grande campanilla de plata con la mano derecha y la izquierda en actitud de imponer silencio, y diciendo en voz alta, por ejemplo: «Señor duque de Medinaceli, S. S. no tiene la palabra. Tiene la palabra el señor presidente del Consejo de ministros.» ¡Ah, si me hubieran visto así mis humildes padres!



Murieron mis padres en edad ya avanzada, de setenta y dos y sesenta y cuatro años, respectivamente, muy felices, orgullosos de su vida, amantes de España, conformes con su suerte, respetuosos siempre con la Religión, cosas y personas superiores, y dejando poquísimos ahorros, sí, pero viendo venir con tranquilidad la muerte, porque sus hijos *se hallaban ya colocados*. Y los hijos siguieron aquel camino por donde sus padres les condujeran, y fueron hombres útiles y honorables, aunque modestos siempre.

No ya esas tan discutidas ocho horas, que en otros artículos analizaremos, sino diez, doce, catorce y más, por día, consagré yo siempre á mis tareas, acometidas con alegría y entusiasmo: que eran las de visitar una sencilla clientela y perse-

guir la realización de innumerables altruismos: como los de enseñar, escribir y desarrollar instituciones sociales progresivas; exaltar, favorecer y redimir á los caídos, los humillados y los pueblos injusta y brutalmente desterrados del suelo patrio; á los sufrientes; por ejemplo, los enfermos pobres, reglamentando sus hospitales; los locos delincuentes y los que, sin serlo, eran brutalmente atropellados y martirizados por la crueldad de los ignorantes; los reos de muerte—cuya ejecución humanicé y en lo posible dignifiqué, con una proposición de ley que mantuve en tres Cortes sucesivas y hube de razonar en uno de mis libros para que prosperase—; los veterinarios y dentistas, estúpidamente menospreciados por ramas hermanas, que se creían de superior naturaleza; los ciegos, á la presidencia de cuyas instituciones protectoras hube de llevarme alguien, como con la mano, para que juntos enalteciéramos, dignificásemos y procurásemos un destino social, noble y autónomo, á tanto desgraciado; los Institutos de Higiene de Alfonso XIII, del Cáncer—próximo á inaugurarse en la Moncloa—, de Rubio y... otros que me deben su iniciativa, ó un impulso fundamental de su existencia, según consta en mis libros, y que no cito para no alargar este relato; y mis obras, mis libros, en número de cerca de noventa, todos dedicados á los pobres, los menesterosos y los ignorantes.

Y advierto que, por grave desacierto mío en consagrarme algo á la política, todo ello hubo de exigirme sacrificios pecuniarios, restóme ingresos y mermó una clientela, asistida siempre con generosidad y tales sentimientos de afectividad y compasión, que me hacía retirarme los más de los días á casa, después de una visita de cinco ó seis horas, con déficit de cuatro ó cinco pesetas, por ser el gasto de coche superior á mis ganancias.

\*\*\*

Comprendo que mi ejecutoria no es de las más aristócratas y que debo resignarme á la *desgracia* de no ser recibido Caballero en la Orden de Calatrava, ni asistir á esas curiosas sesiones que en Palacio celebra la Diputación de la Grandeza Española, bajo la presidencia del prócer muy simpático y demócrata marqués de la Mina, mi compañero de Senado; pero tampoco hay que mirar este origen mío con desdén, porque también los humildes tienen su vanidad, que á veces es tan intensa y tan irresistible como la de los egregios; y más en estos tiempos en los que ha tomado realce la figura social de S. M. el obrero.

La vida es un viaje muy accidentado, un esfuerzo sostenido de turismo social, en donde se dan estas cuatro situaciones: la del que nace y muere

en el oscuro barranco de la miseria; la del que nace y se mantiene en las soleadas y esplendorosas cumbres de la riqueza y la aristocracia; la del que nace en la cima y se despeña, rodando con dramático descenso hasta el abismo, y, en fin, la del que arrancando del agreste barranco, sube poco á poco, en ascensión accidentada y muy fatigosa, viendo distintos panoramas, y gozando y sufriendo muy variadas emociones, como el naturalista que, en ascensión alpina, va ganando distintas alturas y va estudiando diferentes especies orgánicas y climas hasta llegar á plantar triunfante su bandera en la cima; y ya aquí, volviéndose al camino recorrido, puede contemplar, mejor que nadie, lo áspero de la ascensión, el esfuerzo realizado y el triunfo hermoso que, por fin, su tenacidad y sus arrestos han conseguido.

Y yo, pobre de mí, hubiera sentido algo de esta vanidad, si no reparase en que en esa burguesía tan maldecida y odiada por el obrero de blusa, abundan, como las amapolas en los trigales de mayo, los que tienen otra historia tan interesante y aún más hermosa que la mía. Podría citar infinitos ejemplos, sin salir de casa y del periodismo, noble profesión que hoy tantos infelices la degradan. Recordaré así la de Moya y la de Francos Rodríguez.

Conozco á Moya desde muy joven, desde nuestra primera pubertad. Conociéronme, y de ellos fuí muy estimado, sus padres. Veo aún, en las evocaciones de mi memoria, á su madre: seria, austera y dura para el trabajo y para el amor de sus dos hijos: como lo fué la mía; ambas espartanas, por su naturaleza, sus virtudes y su conducta. Conoci á su padre, sencillo, francote, bonachón y laborioso por llevar una peseta al hogar: como lo fué el mío. Y he seguido paso á paso, día tras día, la vida de Moya, desde que empezó redactando *El Correo Español* hasta que ascendió á ser el Presidente indiscutible de la Sociedad Editorial, y el presidente venerado y paternal de las Asociaciones todas de la Prensa Española. Y he apreciado en él sus virtudes de hombre muy trabajador, severo, incorruptible, asceta sin igual del periodismo; como no hubo otro aquí. Que fué ya diputado muy joven, y fué requerido como amigo dilecto, por Castelar y Martos, primero; Moret, después, y Canalejas, más tarde, para hacer de él uno de sus preferidos y elevarlo á ministro de la Corona. Todo lo cual despreció él, por no traicionar su única apasionada vocación; la del periodismo.

Y es que Moya, así como Castelar decía que la política es tan altiva, soberana y transcendente, que no admite haya otros amores y cultos que menoscaben el suyo, así él ha probado con más de-

cuarenta años de un ascetismo immaculado, que el periodismo es religión suprema que no admite otros más livianos cultos. Y esto sigue diciendo, aunque almas ingratas y temporalmente envilecidas, en días de locura le hayan llamado, en libelo asqueroso, verdugo de periodistas, y no reconozcan el talento, las virtudes y cualidades que Martos, Moret, Castelar, Sagasta y Canalejas reconocieron, admiraron y quisieron utilizar, y hasta utilizaron graciosamente ofrecidas, en sus grandes empresas.

\* \* \*

Pues algo semejante, aunque no en tan alto grado, puedo decir de Francos Rodríguez, cuyos padres conocí, cuya vida vengo siguiendo también desde que muy niño, pálido, débil, rubito como criatura amagada de tuberculosis temprana, se puso á estudiar anatomía al lado del doctor Velasco, mi maestro muy querido, en aquel Museo Antropológico del cual era yo secretario, y donde dirigía, casi tan niño como él, un periódico ilustrado de Medicina y explicaba una cátedra de Partos.

Los padres de Francos eran como los míos; su profesión, la de los míos; su lucha por la vida, idéntica á la de los míos; su carrera, muy semejante á la mía. Francos y yo podemos considerarnos, en esto, como dos hermanos. Fué ayudante de

Cortezo; fué auxiliar y sustituto mío, cuando ejercía, y, como yo, también fué muy amado del doctor Velasco, y por tener hombres que apreciaron su mérito y lo premiaron, ascendió á ser Consejero de la Corona. ¡Dichoso él, que ha podido realizar la más hermosa carrera del hombre!: nacer en hogar pobrísimo, y subir, subir hasta poder aconsejar, en Consejo de Ministros, á un Monarca, sobre los destinos de una Gran nación.

\* \* \*

¡Ah, mis nobles y admirados amigos Moya y Francos, burgueses obreros, ú obreros burgueses, de los que visten simbólicamente la blusa de dril del trabajador, como los senadores y diputados visten simbólicamente la majestuosa toga del legislador; ¡cuántas sublimes enseñanzas nos ofrece la vida de estos tiempos, y qué consuelo brinda á los burgueses tímidos, el ver que también vosotros, obreros esclarecidos, sois á veces víctimas de la injusticia, y atestiguáis que es uno de los más disparatados y dañinos errores esa clasificación que el odio y la perversidad moral hacen de las categorías sociales! Injusticia que, con su misma enormidad, garantiza un pronto y salvador fracaso.

*9 de enero de 1920.*



## SEGUNDA PARTE

---

### III

## CLÍNICA SÓCIO-SINDICALISTA



## CAPITULO III

---

### **Clinica sócio-sindicalista**

Comenzaré este capítulo manifestando mi más profunda gratitud á los firmantes de las numerosas cartas que he recibido, aplaudiendo (dicen) la *sinceridad* de mi artículo anterior,

Creo que en él he acreditado suficientemente mi condición de obrero, y con ella mi derecho á dirigirme á mis hermanos los obreros, y hablarles de los candentes problemas síndicos-sociales, que perturban el mundo.

Al intentar realizarlo, surge en mi ánimo una duda: ¿Cómo hacerlo? ¿En qué estilo hablaré? Tengo publicado un libro sobre Oratoria. He oído á muchos oradores: en Parlamentos, nacionales y extranjeros, Ateneos, Academias, Templos de distintos cultos... y ninguno de cuantos recuerdo, aun los más persuasivos, me satisfaría para este caso.

¿Cómo hablar á quienes se proponen ser inabordable, porque lejos de atender, protestan; en vez de amar, aborrecen, y, mejor que una evolución pacífica les apasiona una revolución sangrienta?

Necesito y deseo vivamente no excitarles, sino atraerlos; con voz dulce, humildemente, sin disertar sobre doctrinas, ni con erudiciones pedantescas—. Pienso, pienso... y surge de pronto en mi pensamiento aquel Orador de hace muchos siglos, que doctrinó las multitudes en Oriente y supo llegar, como nadie lo realizó, al corazón de los humildes, los desesperanzados, los hambrientos de reivindicaciones seculares y sedientos de amor y de justicia. Y lo consiguió siempre sin artificios, ni grandilocuencias retóricas. Como que su tribuna era, ó la planicie pequeña de una roca, ó la sencilla barca de un pescador. Su escenario, una plaza, una calle ó un camino público; sus razonamientos, un hecho sencillo ó un fenómeno natural; por ejemplo: el paso de una nube, el vuelo de un pájaro, el brote de una gramínea, la presencia de una viuda ó de un niño.

Adoctrinando sobre los más gravísimos intereses y delicados problemas de la Humanidad, jamás discutía ni encadenaba argumentos. Y sin embargo, le seguían fascinados los pueblos, los pobres de inteligencia y de bienes. Y á todos persuadía con una locución balsámica, penetrada de ternura

y caridad; con aforismos breves ó parábolas sencillas. Hablo del Sublime Apóstol de Galilea, el Divino Jesús, el Hijo de Dios.

Hé aquí el maestro á quien, en lo posible, necesito imitar, por ser quien hizo la más grande de las revoluciones morales y materiales conocidas, sin derramar una gota de sangre; inspirándose, no en el odio, sino en el amor; no buscando secuaces asesinos, sino discípulos mártires. Y ordenó á Pedro que volviera á la vaina la espada que hirió á Malco. Y murió pidiendo á su Padre que perdonara á sus verdugos, por hallarse inconscientes de su crimen. Y para aproximarme á EL buscaré también mis argumentos en el inmenso campo de los hechos, escogiendo de preferencia algunos de los infinitos en que he sido actor, interventor ó espectador, durante mi ya larga vida de profesional clínico, cuándo en la individual enfermería, cuándo en la patología social. Los problemas del obrerismo son muy viejos, y nos ofrecen observaciones y enseñanzas elocuentísimas. Yo ruego á mis lectores me permitan entresacar algunas de las sencillas y de las graves, y presentárselas con la filiación y las circunstancias que creo avaloran su significación y naturaleza. Que la benevolencia de los lectores sea conmigo. Se lo suplico.

*Primer caso.*—Los ensayos extraordinarios realizados en ciudades con la vacuna antituberculosa del doctor Ferrán, llevaron este verano al autor de este artículo á los más afamados puertos de nuestro litoral mediterráneo y le permitieron estudiar lo que la Sanidad oficial y el tráfico del intercambio, industrial y mercantil, ofrecen de interesante en ellos. Y por extremo curioso estimó lo que le enseñaron sus dos figuras más interesantes: la del Director de Sanidad, que vigila y custodia la salud internacional y nacional, para evitar la invasión de las asoladoras pestes; y la del oscuro mozo que carga y descarga los productos del intercambio, base de riqueza y de vida; es decir, base también de la salud pública.

En el restaurant del hermoso balneario recién construído en la playa de la Malvarrosa, puerto de Valencia, almuerzan, un delicioso día del último Agosto, el doctor D. Leopoldo Acosta, María, su adorable esposa, y Pulido, y los tres hablan de los sucesos del día. Acosta es uno de los profesores más simpáticos, cultos y celosos que tiene esa juventud dorada, con la cual va formando el Dr. Salazar, Inspector General de Sanidad, lo que no había: un cuerpo de inspectores seriamente capacitados para librar á España de las terribles invasiones de epidemias exóticas. Y ejerce las funciones de segundo director de Sanidad del puerto de Valencia.

Hizo una carrera escolar brillante, hasta conquistar la muceta de doctor. Repitió y especializó, después, aún más, sus estudios, para hacer oposiciones á las plazas sanitarias oficiales, y en ellas acreditó saber bien la ciencia médica, poseer tres idiomas (requisito previo), geografía comercial, derecho administrativo, epidemiología y la delicada técnica de la bacteriología, indispensable para diagnosticar rápidamente todas las formas pestilenciales exóticas. Acosta desempeña un servicio permanente y personal. De día y de noche, en días de trabajo y de fiesta, y sin excluir jueves y viernes Santos, ha de estar dispuesto á recibir los barcos que llegan; salir al mar con tiempo bueno y malo; trepar á las naves, con frecuencia por escalas de cuerda; examinar los libros sanitarios; reconocer los enfermos, afrontando el contagio. Y si Acosta está en un Lazareto, según estaba en el de Vigo hace poco, y vienen enfermos apestados, —como en cierta ocasión recibió un barco alemán con muertos y siete enfermos de fiebre amarilla—, se une á ellos, se encierra en el Lazareto, se aísla, los asiste y corren juntos el temporal de una epidemia mortífera. Acosta, en fin, tiene la transcendentalísima misión de proteger á la Nación contra grandes estragos generales, y por todo esto que hace, afronta y sufre, cobraba hace dos años 207 pesetas al mes, 6,90 al día, y cobra ahora 415, es

decir 13,50 por día, gracias al celo protector de Salazar; pero previniéndosele que no puede cultivar la clientela particular, porque sus tareas se lo impiden.

Hablando estaba Acosta de las dificultades de su vida actual, en ella todo carísimo, cuando de pronto interrumpe la conversación, fija su mirada en un individuo que cruza por la playa y me dice: «Vea usted un cliente mío, y que en verdad es el primero de los individuos cuya salud debo yo custodiar. Es V..., un cargador del muelle, excelente muchacho, no muy fuerte. Gana 25 pesetas al día, trabaja algunas horas y dice que todavía espera ganar más y trabajar menos, porque sabe que en otros puertos así lo hacen los cargadores. V... es buena persona, rudo y analfabeto; pero desde que ha quintuplicado sus ganancias, V... visita más que antes á Baco, concurre á ciertas peligrosas tertulias y dicen que se ocupa menos de su mujer y de sus hijos. V... es todo un burgués, en punto al trato de su persona.»

\* \* \*

*Segundo caso.*—En un domingo de Noviembre último, el matrimonio Pulido almuerza con el doctor Enrique Sangliér y Lamark y su esposa María Hervás, en el hogar de éstos, un modesto y co-

quetón albergue de París, rue du Rocher, 14, piso quinto, y hablan también de los graves problemas del día, por ser lo que ahora se hace en todos los hogares del mundo.

Enrique Sanglier es un médico muy hispanófilo que tiene muchos amigos en la clase médica de Madrid, la cual le quiere por sus simpatías y caballerosidad. Ha hecho toda la guerra. Ha estado en las ambulancias y puestos de más peligro: en los Dardanelos, Sérvia, Hungría y en los frentes de Francia. Cuenta, y no acaba, episodios que ponen los pelos de punta, en los que ha sido actor. Fué herido cuatro veces, ascendió á capitán médico: es Mayor, y luce en su pecho medallas y cruces que atestiguan su heroísmo. Terminada la guerra, se casó con una doctorcita española, María Hervás, quien hizo en la Facultad de Medicina de Valencia una carrera tan brillantísima que ha dejado renombre. Estuvo en París, Vichy y Lyon con el doctor Mollá, catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, en la excursión científica que éste realizó en 1918, acompañado de muchos discípulos, y en vez de regresar á España, se quedó en el Hospital de Val-de-Grace, ese gran nosocomio de París donde se recogían heridos muy graves y se formaba el ya célebre Museo de la Guerra que hoy posee. Y allí permaneció algunos meses actuando de médico, con grado de teniente y sueldo de 400 fran-

cos mensuales. María es monísima: delgada, espiritual, muy inteligente, de sobria y discreta conversación, de fisonomía correcta, cabello negro y con esa piel alabastrina que forma uno de los encantos típicos de nuestras bellezas mediterráneas. ¡Ah! Valencia surte de doctorcitas seductoras á España. Pocas semanas hace y con ocasión de ir yo á Valencia á dar una conferencia, en la sesión inaugural del gran Colegio de las clases médicas, visité su Facultad de Medicina, acompañado del decano Dr. Gómez Ferrer, y ví en un claustro un grupo de preciosas y elegantes señoritas, todas de adorable aspecto. Me dijeron que eran futuras doctorcitas. Sanglier halló á María en París, se enamoró de ella y fué á Denia, de donde aquélla es natural, á casarse.

\*\*\*

La conversación nuestra nos tenía ya demasiado conmovidos con el relato de tantos horrendos dramas, y para cambiarla, dije yo: «Hablemos de cualquiera otra cosa. ¡Qué tiempo tan endiablado sufrimos en París! Nieves, fríos, lluvias, oscuridad. Mucho se acordará usted, María, de su preciosa y benigna región levantina: siempre de clima dulce y vegas paradisiacas. Yo la he gozado hace dos meses, y al pasar por Denia, para

visitar la Leprosaría de Fontilles, supe, por boca de la encantadora Inés Arguimbau, que esperaban á Sanglier para casarse con una señorita española, natural de allí». María se sonrojó un poco, no respondió nada y miró á su esposo. Este dijo: «Por pocos días no nos encontramos usted y yo allí. Ahora ya pensamos irnos á España y establecernos en ella». — ¡Cómo! — exclamé yo —, pues ¿y su carrera? ¿Y su brillante hoja de servicios á Francia? — Esto no da para vivir — me respondió con tristeza —. Si la vida es difícil ya aquí. Andan mal en Francia las profesiones liberales todas. Los barrenderos, los tipógrafos, todos, cualesquiera, ganan más. Hay «chauffeur» que se retira con cien francos de ganancia suya por la noche. Se ha dislocado aquí, como en todas partes, la dinámica social, y el dinero lo tienen los muy altos y los muy bajos. Volveremos á gozar el clima, las bellezas y los frutos de aquella bendita región del Levante español. «Y que Dios nos ampare.»

Sanglier goza de buena posición, tiene negocios y la vida no le apura, pero con su desaliento ante el desequilibrio social, refleja bien la preocupación de su clase en todas partes. Sanglier no dejará París, sin embargo.



*Tercer caso.*—Terminado el almuerzo, dejamos la casa de Sanglier y regresamos á nuestra residencia, Boul. de Batignolles, 82, donde nos esperaba la dueña, Mad. Schwab, una antigua cliente mía, á quien operé en Madrid, en Enero de 1884, un tumor grande, quístico, del vientre, y después de luchar mes y medio entre la vida y la muerte, regresó buena á París, donde se halla avecindada. Mad. Schwab, andaluza de origen, se expatrió muy niña, por siempre, de España, y su belleza, su cultura, su gracia y su laboriosidad le abrieron en París una vida desahogada. Luego se casó con un hombre muy simpático, honradísimo, emprendedor, y de buena fortuna. El matrimonio Schwab antes de la guerra era fiel expresión de esa mesocracia inteligentísima y trabajadora, que ha representado el sector más interesante de la nación francesa. Tenía un precioso hotel de verano en Garches, y dos domicilios elegantes en París: Avenida de Victor Hugo, 130 y Avenida Henry Martín, 33. Hoy madame Schwab llora, en posición modesta, una viudez inconsolable y la muerte de su adorado sobrino, un joven de veinte años, que murió como muchos y muchos miles, heroicamente, de sargento, tripulando un tanque, en terrible asalto. Y no tiene otro consuelo que pasar las horas y los días en el cementerio de Montparnase, renovando las flores de la sepultura donde están sus

queridos despojos», y rezando por el alma de los que, con su muerte, se llevaron por siempre su ventura.

Cuando regresamos, María nos recibió sentada, muy silenciosa y tristísima. Pasó un breve rato y de pronto se levanta rápida, coge un papel que tenía al alcance de la mano, se lo alarga á mi esposa, y rompiendo en frases violentas, exclama con voz convulsiva, diciendo unas palabras en francés y otras en español: «Emilia, ¡imposible es el vivir! ¡Vea usted qué cuenta de la lavandería! La sencilla colcha, cuyo lavado costaba antes, á lo sumo, un franco, cuesta ahora cinco. El de unas pocas piezas, de ropa interior, solamente más, suman cerca de treinta. Hasta la modesta compra hecha para nuestra mesa de hoy asciende á cuarenta. La *bonne* (la doncella) desea marcharse, y ahora piden soldadas, por mes, de ciento cincuenta, doscientos y más francos, por servir algunas horas en el día. Emilia, *¡J'ai peur! ¡Je suis désolé!* *¡Même la propreté la plus stricte, devient un article de luxe!*»

Y la infeliz se dejó caer en un sillón, anonadada y semiconvulsa, con una crisis de alarma y de aflicción.

Hoy, la clase media sufre en todo Francia una situación semejante.



IV.

LOS HUMOS DE LAS TELERAS DE RÍOTINTO



## CAPITULO IV

### Los humos de las teleras de Ríotinto

*Cuarto caso.*—A fines del año 1889 y principios del 1900 estalló en la provincia de Huelva un conflicto trágico, de naturaleza y origen agrario-mineiro, que ya se venía preparando hacía muchos años entre varios pueblos que cultivaban la agricultura y otros que explotaban los ricos yacimientos cupríferos que allí existen, singularmente en Ríotinto y Tharsis. Fué su causa el daño que, se decía, ocasionaban en la agricultura, la riqueza pecuaria y la salud pública, las emanaciones del gas ácido sulfuroso que desprendían las calcinaciones de las piritas de cobre, único sistema de oxidación que entonces se podía emplear en los trabajos de las colosales metalurgias explotadas desde los fenicios y los tiempos más remotos de la Historia.

Cierto malaventurado Real decreto publicado

en la *Gaceta* el 29 de Febrero de 1888 suprimiendo las calcinaciones por atender las protestas y reclamaciones de los pueblos con intereses agrarios, había provocado una serie larga de trastornos, principalmente en la vida obrera de las minas, y un caos de problemas técnicos de naturaleza distinta: sanitaria, legal, económica, industrial, social, agrícola, etc., que no se hallaba modo de resolver.

Los daños y disgustos que esto ocasionaba produjeron, como sucede siempre, graves alteraciones de orden público: motines, concentración de la fuerza armada, descarga de fusiles en la plaza de Ríotinto, llenísima de obreros y campesinos, matanzas; en fin, una serie de horrores lamentables. El Consejo de Estado, el Real Consejo de Sanidad y la Real Academia de Medicina, altos organismos consultados por el Gobierno, *andaban de cabeza*, como suele decirse, hacía meses, y no lograban solucionar el conflicto, á pesar de sus mayores esfuerzos y solicitudes. Y la consulta formulada por el primero á los dos segundos, sobre cuál es la dosis mayor de gas ácido sulfuroso que se puede aceptar en una atmósfera para que sea respirable, y cuáles, por tanto, las proporciones de pirita de cobre que se debían calcinar en los grandes montones llamadas *las teleras*, para que no resultase más de aquella dosis, ha-

ha producido tal confusión y provocado tantos debates, dictámenes y votos particulares, que esta literatura además de su ineficacia, había concluído por ser una vergüenza para los prestigios de nuestra ciencia nacional y un embrollo en nuestra Administración pública. Por fin, dos dictámenes sucesivos, de los cuales fueron sendos ponentes los doctores Fernández Caro y Pulido, ambos de la Academia de Medicina, concluyeron por imponer en la conciencia general de los compañeros la siguiente conclusión: “El problema de Riotinto *no se puede ilustrar, ni se debe resolver* con números, doctrinas y bizantinos debates en el salón de sesiones de la Academia. Hay que ir á las cuencas mineras y estudiar en el terreno de los hechos lo que sucede con los humos, cómo son, cómo se difunden y qué efectos producen en todos los organismos vivientes.” Y así se hizo.

Don Enrique Bushell, diputado á Cortes y representante en España de la poderosa Compañía minera de Riotinto, de acuerdo con ésta, decide invitar y costear un viaje á Huelva á una comisión amplísima, compuesta de personas ilustres en varias ramas de los conocimientos humanos y de la Administración, la cual podía permanecer allí cuanto tiempo fuese necesario, con el fin de estudiar la cuestión desde sus aspectos físico, químico, fisiológico, patológico y social, y de poder

proporcionar á la Real Academia de Medicina— por ser éste y no otro alguno el organismo más autorizado para elevar soluciones al Gobierno— los datos y elementos de juicio que requiriese su dictamen.

Y, efectivamente, el 17 de Febrero de 1890 salimos por la noche, en el tren de Andalucía, una comisión de más de 40 individuos, compuesta de 12 académicos de Medicina, cuatro consejeros de Sanidad, dos ingenieros, tres químicos, dos socios de la Sociedad Española de higiene, cuatro senadores, ocho diputados á Cortes, algunos significados políticos (como Navarro Reverter y Allendesalazar) y hasta una piña de príncipes de la milicia: Martínez Campos, Polavieja y Salcedo, amén de varios periodistas. Y como si ésta no bastara, todavía, en días sucesivos, fueron más comisiones. ¡A tal extremo había llegado la agitación nacional con el gravísimo problema de las calcinaciones de Ríotinto! Hoy apenas sobrevivimos una quinta parte de aquellos expedicionarios.

Llegamos á Huelva, nos hospedamos en el hotel Colón, que era el primero de España entonces, y, ya, á partir de esta ciudad, fuimos estudiando cuanto nos salía al paso y se relacionaba con los múltiples factores de las industrias y la agricultura existentes en las regiones alborotadas. Los grandiosos muelles de embarque construídos por

la Compañía inglesa en el puerto de Huelva; las fábricas, centros industriales, hospitales, ferrocarriles, minas, teleras, barrios obreros, poblaciones agrícolas (como Calañas y Zalamea), que se quejaban de su desolación; poblaciones mineras de alto censo (como Ríotinto), que desaparecían derribadas por las excavaciones; pueblos que ayer eran aldeas y al día siguiente aparecían convertidos en villas prósperas, desarrolladas rápidamente, como al conjuro creador de una riqueza destripada en las entrañas de la tierra, y á la afluencia de miles y miles de obreros que acudían de toda España, atraídos por Nerva y Tharsis; los numerosos y variados trabajos que ocupaban la población obrera, realizados: ya en los grandes círculos dantescos de la «Corta», al aire libre; ya en las amplias galerías del primer subsuelo, donde penetraban los trenes y avanzaban á lo largo de unos túneles que parecían creaciones de hadas, porque sus paredes estaban revestidas con bellas, refulgentes y azuladas estalactitas y piritas de sulfato de cobre; y ya en las profundas entrañas de la tierra, en hondos pozos de 200 y 300 metros de profundidad, á los cuales se bajaba con larguésimos y poderosos ascensores; las fábricas de electricidad y de ácido sulfuroso; la concurrencia fantástica de muchas docenas de trenes para transporte de mineral, que corrían y volaban al

mismo tiempo, cruzándose veloces en danzas y contradanzas maravillosas, como si jugaran á manjobras en un circo de tñanes, por vías y planos situados á distintas alturas, siempre pitando, con una especie de furia loca, pidiendo vía libre, y formando un concierto infernal... vimos todo, en fin, lo que constituye uno de los más grandiosos poemas que el trabajo humano, las eventraciones del suelo y el poder de la industria pueden acumular, en el teatro de una metalurgia que goza la fama de ser la primera de España y una de las primeras del mundo. Y todo lo vimos, estudiamos y aquilatamos, haciéndolo cada uno de los expedicionarios con arreglo á sus especialidades y sendas capacidades.

Seis días permanecimos en la provincia de Huelva la mayoría de los expedicionarios. Algunos se quedaron más todavía, y á Madrid regresamos todos, muy satisfechos de nuestra excursión, encantados de lo que habíamos visto y aprendido, y seguros de que servíamos á la Patria, porque ya habíamos resuelto mentalmente el problema gravísimo y nacional que nos había sacado de nuestros hogares y ocupaciones.

La conjunción de juicios lograda durante el intercambio continuo de nuestros estudios adquirió la solución apetecida y cristalizó en unas conclusiones breves, pocas y definitivas, tan definitivas,

que ya nadie discutía, porque todo debate se consideraba terquedad bizantina de algún tipo refractario incorregible, que ni siquiera lo había, y de haberlo, no merecía la pena de ser contestado. La observación positiva de los hechos, esa persuasión hermosa, clara y evidente de la realidad, que, penetrando por todos los sentidos, embargaba ya la inteligencia, despejó las dudas, confusiones y sombras producidas en los debates académicos. Como un viento fuerte despeja la neblina de un día de Diciembre, y deja ver resplandecientes el sol y el cielo, así entonces vimos brillantes las siguientes afirmaciones: "La industria metalúrgica, por la calcinación de las teleras, es molesta, sí; pero no es peligrosa para la salud pública, por lo cual debe ser respetada, mientras la ciencia y la industria no descubren otro procedimiento de oxidación que la aventaje. El daño causado á la riqueza agrícola y pecuaria es leve, porque las comarcas donde existen los yacimientos mineros son generalmente poco agrícolas y feraces. Una indemnización justa y proporcionada á la acción destructora de los vegetales, que causan los humos, puede y debe resolver bien y pronto ese daño."

Vehemente y rápido, como lo fué siempre, el autor de estos artículos; usando y aun abusando, quizá, de una diligencia ejecutiva—cualidad de la

que ya no sabe si es ó no un defecto; un bien, ó un mal; una virtud ó un vicio—, escribió á escape, como académico joven que desea acreditar su celo y su haber, un libro y quince artículos que vieron la luz inmediatamente. El primero, titulado *Las calcinaciones de Huelva*, lleva fecha 30 de Marzo de 1890, y los segundos se publicaron en el muy autorizado semanario *El Siglo Médico*, desde el 20 de Marzo al 8 de Junio.

Apenas fué dado á luz el primero (tomo en 4.º mayor, de 158 páginas; letra muy apretada), se apodera de la edición toda el señor Bushell (pagándola barata, conste), se hace una traducción de él en Inglaterra por la Compañía de Ríotinto, sin pedirme permiso y sin tener yo conocimiento de ella hasta ya pasados veinticinco años, y se reparten ambas entre los accionistas de estas minas. Los médicos, alcaldes, periodistas y la Junta provincial de Sanidad de Huelva, francamente antihumista, entonces, por su afecto á los intereses agrícolas, en odio contra la Compañía y alarmados por mis publicaciones, emprenden una campaña contra mi persona, mis estadísticas, mis razones, y envían comisiones á Madrid, para tratar con el Gobierno.

Tomo de nuevo la pluma, y recargando en todo, escribo una respuesta vibrante, abrumando y fustigando con nuevas pruebas y testimonios

irrebatibles, y *le regalo* las cuartillas á Bushell, diciéndole:

—Ahí tiene usted eso. Yo no lo vendo. ¡Me conformo con contestar á esos majaderos de médicos, alcaldes y periodistas, que se han atrevido á difamarme; publíquelo si quieren!

La Compañía publicó en seguida un segundo libro, más extenso que el anterior (164 páginas, en 4.º mayor, tipo pequeño), y de esta suerte, cuando la Academia de Medicina resucitó de nuevo la cuestión, había ya una creencia general firme y perfectamente documentada en todo el país.

El doctor Caro, que es un académico que vale mucho, amigo muy querido mío, con quien en el viaje examinaba y comentaba todo, vuelve á ser el ponente en la sección de Higiene, y en breve discusión, mantenida por un carácter irreductible, su dictamen y conclusiones, todo redactado como Caro sabe hacerlo, fué aprobado el 10 de Junio y se llevó al Gobierno.

*Y aquí paz y después gloria;* porque ya nadie volvió á ocuparse de esta industria en muchos años y las acciones de la compañía subieron.

\*\*\*

Quando después, en otras ocasiones, este autor

tuvo que intervenir en nuevos graves problemas sanitarios y sociales, algunos de los cuales serán recordados en los capítulos sucesivos, siempre se acordó de aquel primero en que intervino, y siempre evocó en su imaginación el episodio más conmovedor y decisivo de aquella inspección sin precedentes y sin igual, en los fastos de estos conflictos socialistas: el de la visita á Nerva.

Fuimos recibidos con entusiasmo por miles de obreros, con el alcalde de la ciudad á la cabeza; nos honraron con colgaduras y arcos de triunfo, cuando en otros pueblos, Calañas, por ejemplo, nos habían recibido con desconfianza y en silencio. Visitamos las escuelas, la cárcel, la plaza de toros, la plaza del pueblo; todo lo notable de aquella ciudad de 10.000 habitantes, surgida, como por encanto, de una aldehuela mísera, y al terminar la visita, ya en el salón del Ayuntamiento, el alcalde, llevando la voz de la población y de la clase obrera, nos dijo, enfocando su mirada en el general Martínez Campos, hablando con mucha naturalidad, y en un estilo entre familiar y solemne:

«General: Aquí no hay más enfermedades públicas que las que puede ocasionar el hambre. Este terreno, como ustedes ven, es, naturalmente, estéril para la agricultura, y si no se refiere de ningún agricultor que haya muerto de hambre por

los humos, en cambio hay 20.000 familias de obreros que perecerán de necesidad si se apagan esas teleras. La Compañía, los ciudadanos y con éstos los obreros, juntos todos, deseamos que se respete una industria floreciente, y que no se arruine la primera riqueza de la provincia con una disposición insensata.»

El general escuchó sonriente este discurso, y respondió con breves frases, amables y de buena esperanza.

Esta manifestación fué la puntilla que remató la vida de un conflicto regional y nacional que se venía tocando desde hacía lo menos veinte años. La voz de un alcalde popular, expresando y simbolizando el pensamiento y los intereses de la comarca entera, salvó la primera riqueza minera de España de una ruina y á nuestra Administración de un conflicto con Inglaterra.

Veremos más adelante, en el curso de estos artículos, cómo allí mismo y en otras regiones la desarmonía de esa conjunción arruina las más grandes industrias nacionales y siembra la miseria y la desesperación de muchas comarcas entre los obreros, los ciudadanos y los patronos, en España.



V

**LAS FORJAS DE LOS CORRALES**



## CAPITULO V

---

### Las forjas de los Corrales

*Quinto caso.*—En vez de referir en este artículo mi segunda visita á Riotuerto, que es tan interesante y docente como la primera, narrada en el artículo anterior, pero ya dramática, y por tanto, nada idílica, por razón de ser muy especial la oportunidad actual para exponerla, antepongo el relato de otro caso, dramático también, que mantiene, desde hace más de medio año, en grave crisis, á la primera riqueza industrial de la provincia de Santander y trae perturbada esta bellísima región española: el de la huelga de «Las Forjas de los Corrales de Buelna».—«Vivito y coleando», podemos decir, se halla, y vale la pena de conocer su pasado, apreciar su presente, y esperar ó temer lo que allí va á ocurrir en lo futuro. Hay en él gran desorden; el conflicto, ya sobrado largo y ruinoso,

ha provocado episodios lamentables, y no sabemos cuáles nuevos sucesos acontecerán. También en él ha intervenido el autor de estos capítulos, como vocal del Consejo de Dirección del Instituto de Reformas Sociales, y su palabra y su voto contribuyeron poderosamente á decidir un bando importante, cuyas consecuencias están aún evolucionando ¡Hermano obrero, compañero de esfuerzos y fatigas, lee, medita y aprende!

\*  
\*\*

El desarrollo de las grandes industrias, la prosperidad de las comarcas y de las naciones, tienen casi siempre una leyenda sencilla: es la del atisbo y las virtudes de un carácter emprendedor, una voluntad firme, una inteligencia despierta y un trabajo bien aplicado y perseverante. ¡Ved, amigos, el hermoso poema!

Caminando por campiña agreste y desolada, acontece á menudo que un hombre, las más veces humilde, como si fuera un verdadero zahorí, penetra, con su mirada y su reflexión, en las entrañas de la tierra, y sorprende en sus antros misteriosos la hulla, el hierro, el plomo, el cobre, el zinc, la plata, el oro, el platino... los metales más preciosos, en fin, y gracias á ese atisbo y á un genial discurso, surgen la riqueza, la población y la

vida espléndida en aquel paraje inculto y silencioso.

Ese mismo tipo de hombre sencillo, ó un técnico, ya más avisado, explorando otro día fragosidades y sierras, breñas y berrocales áridos y abandonados, oye el canto, siempre armonioso, de las aguas vivientes, el murmurio ó estrépito de cascadas, donde el líquido elemento corre, salta, locuelo, improductivo y ocioso; y también allí, con su ciencia y su espíritu emprendedor, sorprende nuevos tesoros de movimiento y de riqueza; y en sus energías y actividades sin empleo entrevé la «hulla blanca»; y con ella transformaciones infinitas de la materia, y entonces acomete nuevas inefables industrias, que son grandes veneros de prosperidad, poder y ventura.

Es cuanto decimos el mágico poema del esfuerzo humano, cuya filosofía deleita siempre el espíritu, y cuya contemplación han corroborado infinitas veces los sentidos y el alma, con las más bellas fabricaciones de la industria.

Deseo aún detallar más esta génesis.

Allá, por el fondo del barranco dantesco se precipita, espumante y estrepitoso, el río semiselvático que va salvando, en su marcha, llanuras estériles, cañadas pedregosas, desfiladeros inaccesibles, sitios como malditos de Dios. Y de allí huye el labrador porque carece el suelo del mantillo

que abriga, nutre y germina la simiente, y huyen los pastores porque no encuentran más pasto para sus ganados que brezos, espinos, zarzas y jarales.

Y pasan los años; y pasan los siglos, sin que el hombre ponga, ni asiente allí su planta, ni se escuche otro ruido que el murmurio siempre hipnotizante y monótono del río, el graznido de la aves y los gritos de algunas fieras y alimañas. Pero cierto día aparece aquel ya citado espíritu emprendedor: es un Juan, Pedro ó Manuel, desconocido, y viendo allí lo que nadie había visto antes, remansa las aguas; eleva su nivel con una presa, encauza la corriente, la guía por pozos y tuberías y la precipita impetuosa desde lo alto, sobre férrreas paletas giratorias. Las turbinas mueven ya un árbol: preciosa armazón de palancas, tirantes, ruedas y engranes adquieren luego movimientos rápidos; todo un mecanismo complicado se pone en juego armónico y, por efecto suyo, potentes desfibradoras cortan y despedazan; piedras giratorias trituran, pulverizan y exprimen los productos naturales; cilindros de hierro, prensan; grandes hornos y calderas funden metales y subliman los jugos que corren por canales y tuberías, formando riadas de caldos ígneos y de productos químicos; mil delicados artefactos realizan operaciones ingeniosas; y dirigido todo por la mano del hombre, las materias primas sufren transformaciones, y se

crea una fábrica de pastas, de papel, de azúcar, de metalurgias... de infinitos productos industriales.

Y allí, el agua, alma de toda esta vida, fría y extinguiendo por naturaleza, engendra la electricidad, y con ésta el calor, la incandescencia, la luz y energía creadora.

Y entonces, el fuego y humo que vomitan las altas chimeneas, alumbran flameantes y adornan con densas nubes el espacio; el canto del obrero y el estridor de las máquinas alegran y ahogan el rumor de las corrientes. Se construyen las viviendas, se forma una colonia, que muy pronto es un villaje, y un burgo, y una ciudad. Surgen los establecimientos para la venta de los artículos de consumo; se edifica la escuela para la enseñanza; la iglesia, para la oración; el hospital, para el accidente y la enfermedad, y así, en breve tiempo, aquellas soledades un día misérrimas, estériles y despobladas, se transforman en un emporio de vida, de salud y de riqueza. Y al fondo del barranco tornan de nuevo, algunos metros más allá, las mismas aguas, inalteradas, para proseguir su curso, siempre rugientes, espumosas, como agitadas, no sabemos si de ira por la tortura y sujeción á que la sometió el poder creador del hombre, ó si de regocijo por el gran destino que les cupo realizar, y marchan buscando sin cesar

nuevas aplicaciones del trabajo; aquí para fertilizar los campos, allá para sanear comarcas, siempre para nuevas y provechosas esclavitudes, pero en toda ocasión pregonando que, por doquiera vayan, el genio del hombre las convierte en flor, fruto, esencias, espigas, calor, luz, pan, tejidos, papel, planchas de acero... y que con su trabajo, hasta de las piedras hacen brotar las industrias, y con ellas la vida, la salud y la riqueza de un pueblo.

Y este es el caso que vamos á exponer.

\* \* \*

En los comienzos de la década séptima del pasado siglo, en 1871, Jose María Quijano, hombre oscuro y pobre, resuelve aprovechar la energía hidráulica de unos molinos que poseía en el pueblo de los «Corrales de Buelna», en la provincia de Santander, y montar tres máquinas para fabricar en España las puntas de París, un producto que á la sazón se importaba siempre del extranjero y cuya primera materia es el alambre de hierro. Poco á poco, con sus virtudes (cualidad indispensable para que prospere todo trabajo), con sus aciertos y resoluciones, va ampliando su industria.

Y avanzando produce también el alambre, y luego las especialidades de la trefilesia, y más tar-

de la termachina ó alambre laminado, y con nuevos progresos acomete la creación de los grandes hornos de fundición de Martín Siemens, para producir el acero necesario que ha de abastecer aquéllas, y otras múltiples y grandes fabricaciones como los trenes de laminar, que sucesivamente, se van montando.

En resumen, que en el plazo de unos cuarenta años, los modestísimos molinos fueron la matriz generadora del primer centro productor de la provincia, y de algo semejante á la realización de un cuento de las mil y una noches, en el que mil operarios, hijos de la localidad la mayoría, venidos de fuera los menos, en gran parte allí especializados, forman un pueblo importante y moderno.

El patrono D. José María Quijano, cuida paternalmente de sus obreros y les construye barriadas higiénicas y baratas; monta cooperativas bien organizadas, para surtirles de alimentos y otros artículos buenos y económicos; instala escuelas gratuitas, etcétera, y logra crear una poderosa industria donde reinan la paz, la armonía, la prosperidad y la ventura. De este modo, cuando José María Quijano fallece, un día de 1911, puede despedirse de este mundo sintiendo la satisfacción y la tranquilidad de haber servido bien á su patria, á sus paisanos, á la sociedad y á Dios, Padre de todo lo creado,

por haber sido un ejemplo de virtudes, y un creador feliz de riquezas y de dichas.

La viuda y diez hijos, de ellos ingenieros algunos, en varios ramos de ingeniería, se proponen seguir la obra de aquel amado y glorioso fundador; forman una Sociedad Anónima, y creando más que una industria especulativa, y, mejor que una Empresa capitalista industrial, una Sociedad económico-familiar, forman un consejo de Administración; confían á tres de los hijos, ingenieros, la dirección administrativa, y se disponen á llevar por los mismos buenos caminos de su padre, la próspera y hermosa fundación.

Y así iban las cosas, es decir, muy bien, cuando llega tiempo en que unos obreros incorporados á la masa de los mil que forman la vieja población laborante, predicán ciertas doctrinas subversivas, sugieren reclamaciones, organizan protestas y dirigen ataques á instituciones antes siempre veneradas, como el Economato; sí utilísimas y bienhechoras para ellos, malas y odiables para los mercaderes del Ayuntamiento de los Corrales, quienes ven en ellas rivales invencibles.

Con fecha 27 de Junio de 1919, una comisión de obreros eleva al Consejo de Administración una demanda larga de reformas, que afectan al aumento de jornales—reducción de horas de trabajo, modo de hacerse los pagos, supresión de la Coo-

perativa, la cual reúne todas las exigentes circunstancias prevenidas en el artículo 2.º del Real decreto de 18 de Julio de 1904, y suministran pan, carne, pescado y otros artículos de primera necesidad, mucho más barato que en el mercado de Santander—; piden el derecho á constituirse en asociación defensiva... etc., etc... El Consejo de Administración acepta la mayor parte de lo que se pide, respeta la Asociación, exige tiempo y facultades para plantear ciertas reformas que demandan ese mismo tiempo, y se niega con energía á otras concesiones, como la de suprimir el Economato, por ser una fundación utilísima, creada por el difunto fundador José María Quijano, y digna de gratitud, veneración y respeto, tanto para la familia cuanto para los obreros.

Sobrevino lo de siempre: «se enredó la cosa»; se cruzaron comunicaciones y amenazas; se enardeció la gente; se apasionaron los ánimos; el 28 de Junio, un día después, la Sociedad Anónima avisa que resuelve prescindir de veinte determinados obreros, por atentar al Economato. El 30 de Junio responden los obreros á este aviso, comunicando que constituyen la Comisión de huelgas; y tres días después, el 2 de Julio, la Sociedad Anónima anuncia que, á su vez, acuerda suspender los trabajos por tiempo indemnicio.

¡Y ya está encendida la gresca! Por durar la huelga cuatro meses, hasta el 23 de Octubre; por su importancia y por afectar á la industria principal de la provincia, la huelga ocasiona una perturbación general. Desde el Gobernador abajo (el señor marqués de Valdivia) todo se conmueve. La capital entra en juego y se adhieren, como sucede siempre, otros centros obreros. Intervienen amigablemente corporaciones populares, y se pactan acuerdos que luego no satisfacen, ni se cumplen. La Prensa toma posiciones; ya en pro ya en contra de los obreros y los patronos; éstos reciben anónimos de muerte y se atenta contra ellos disparándoles varios tiros, que por fortuna, no hieren. La policía ha menester ya de vigilarlos durante cinco meses. Se constituyen comisiones de arbitraje. Los obreros se dirijen al Rey, quien está en Santander veraneando, y le entregan un mensaje solicitando su intervención. Los periódicos publican á menudo comunicados de uno y de otro bando, exponiendo los fundamentos de sus respectivas decisiones; intervienen los políticos de la provincia, siempre enredadores y dispuestos á complacer y buscar electores, tan sólo, y ya de tal suerte aumenta y se complica el desavío, que todo arreglo se hace imposible.

Hemos pedido el expediente de este caso al Instituto de Reformas Sociales, le hemos tenido

en casa y hemos leído, «línea tras línea», y despacio, cuanto han escrito, han comunicado y gestionado los patronos, obreros, concejales, comisiones, Prensa, políticos... etc., y á cada nueva pieza que íbamos consultando, veíamos cómo se enardecían las pasiones y se complicaba estúpidamente el mal.

Cuantas gestiones, acuerdos, mediaciones y demás auxilios se emplearon para enderezar aquel entuerto, fueron ineficaces. La cuestión quedó ya contraída á un motivo concreto. La Sociedad Anónima pasaba por todo, menos por conservar en su fábrica los diez obreros que habían sido los provocadores de las huelgas y de los atentados.

Recibieron diez de los expulsados: cinco primero, y cinco luego, y se negaron á recibir los otros diez, cuya mala condición y tenacidad, á su entender, les convertía en peligro permanente para la vida de los patronos y el orden de las Forjas.

Y habiéndose agotado todos los medios de arreglo discurridos en Santander, se convino, á propuesta del Gobernador y de la comisión mediadora, y de «completa conformidad con una y otra parte», elevar la cuestión al Instituto Central de Reformas Sociales y aceptar su laudo, acerca de si la Sociedad Anónima *debe* readmitir nuevamen-

te los diez obreros expulsados, *ó si tiene derecho á negarse á ello, con absoluta libertad.*

\*\*\*

¡Y ya tenemos en Madrid este pleito, uno más de los muchísimos que á diario llueven sobre la Institución y alto Tribunal que fundó Canalejas!

El celo, la laboriosidad infatigable y la previsión del general Marvá, jefe de la sección informante, le hicieron despachar pronto este dictamen, y al conocimiento y resolución del Consejo de Dirección fué sometido tan grave asunto, la tarde del 6 de Diciembre pasado.

El Instituto dicho, del cual hablaré en la tercera parte de este estudio, concentra generalmente toda su labor (que solamente en casos muy graves pasa al Pleno) en su Consejo de Dirección, compuesto del presidente, Vizconde de Eza y seis vocales; dos representantes de los obreros: Mora y Largo Caballero; dos de los patronos: Martín Alvarez y Alarcón; y dos, que representando al Gobierno y á la Sociedad en general, vienen á ser como un factor imparcial, moderador y decisivo: D. Victor Cobián, fiscal del Tribunal Supremo, y quien esto escribe.

La sesión en que se resolvió el laudo fué animadita: faltaron en ella el presidente y Largo Ca-

ballero, por haber ido á la conferencia de Washington, y Alarcón, por sus ocupaciones. El obrero sustituto, D. Santiago Pérez, reemplazó á Largo Caballero; presidió Cobián y vino la casualidad, por tanto, siendo cinco los actuantes, á poner en mis manos y mi voto, la resolución del tema que era causa de la huelga.

El general Marvá, ponente, explicó el caso, leyó piezas del dictamen, encareció su importancia, confesó la duda que angustiaba su espíritu y propuso al Instituto la readmisión de los expulsados, después de un temporal castigo de suspensión en el trabajo. Martín Alvarez, minucioso, razonador y elocuente, como siempre lo está (pues es muy distinguido abogado y vale mucho), combate la proposición, pide se reconozca el derecho del Consejo de Administración á no admitir los obreros expulsados, y presenta una enmienda en este sentido. Mora y Pérez defienden el informe de la Sección y la causa de los obreros, y yo intervengo para apoyar la enmienda del representante patronal.

Se entabla viva discusión; las tesis respectivas se sostienen con calor en varios discursos, y expongo mi firme convicción ampliamente, haciendo valer la historia de la fundación, arriba expuesta, los atentados cometidos y el hecho absurdo de atacar á una cooperativa tan útil; el caso más

raro aún de oponerse á que la viuda del fundador siga construyendo un excelente asilo-hospital y capilla, para ancianos y ancianas, so pretexto de que sus obreros «no quieren nada que huela á beneficencia» y «caridad», y solámente admiten ya lo que constituya «un derecho y una propiedad suya», y exponiendo yo que sé la firme y bien conocida resolución de la Sociedad Anónima, de cerrar definitivamente las Forjas y apagar los hornos, antes que sufrir una coacción que su dignidad, su derecho, su vida y sus intereses repudian y rechazan en absoluto, declaro que la imposición á la Sociedad Anónima, por obra del laudo del Instituto, de readmitir los obreros causantes de aquel conflicto, era, para mi conciencia, tanto como fallar una sinrazón; y dada la resolución de los patronos, era la muerte de la primera riqueza industrial de la provincia; con ella la ruina de la comarca y la miseria de las mil familias de los obreros que allí trabajan.

Recordé el famoso discurso del alcalde de Nerva, en el artículo anterior citado.

Mora me mira, escucha, piensa y calla; es decir, procede con su discreción habitual; y Pérez, vocal obrero joven y resuelto, arremete con calor contra los juicios de Martín Alvarez y los míos, y lleva su fogoso discurso hasta dejarnos oír la «caja de los truenos»; que es el apuntar la profecía de

esos daños, peligros, desesperaciones y tragedias que los tiempos actuales provocan.

Martín Alvarez calla también, y yo, excitado, replico con energía; y ya un poco descompuesto, advierto que nos tienen sin cuidado esas amenazas y actitudes y que deben advertir los obreros que los daños y los estragos los sufriremos todos, sin que se escape nadie; siendo los primeros los obreros mismos.

Expongo, que por ser las leyes biológicas de la sociedad humana como las del organismo humano, todo vejámen y tiranía entre los factores y las funciones, avasallando unos á otros, conducen fatalmente á una morbosa anarquía, y con ella sobreviene la muerte, y con ésta perecen todos, absolutamente todos los órganos del individuo y de la Sociedad.

Esta imagen desarrollada con fuego y amplitud, provocó una cortés explicación de Pérez (obrero simpático, elocuente y cortés) y puso fin al debate, llevándonos á la votación.

Por tres votos contra dos fué aprobada la enmienda de Martín Alvarez, así redactada: «No se puede imponer á los patronos la obligación de admitir contra su voluntad los obreros expulsados, y se les reconoce á éstos el derecho á constituir la Asociación para defender sus intereses, siempre que en su constitución y actuación no se infrinjan las leyes».

Al votar, Pérez anunció que el laudo no resolvía el conflicto y traería males; yo dije que creía lo mismo, pero que después de estar catorce años votando siempre con los obreros, mi conciencia me imponía, en este caso, votar como lo hacía, no sólo por la dignidad, el derecho indiscutible y los intereses sagrados de la Sociedad Anónima, sino también por los intereses y la conveniencia de los obreros mismos, quienes muy amenudo son los enemigos de su causa, por mal consejo y funesta dirección. Fué tan agitada esta sesión (de la que el acta no registra más que sus acuerdos), que al salir de ella, sudoroso yo, Martín Alvarez me dijo: «¡Colosal! ¡Vaya una convalecencia la de usted, amigo Pulido».

Este laudo se votó el 6 de Diciembre y se comunicó en seguida á Santander, y con la fecha 15 del mismo mes, la Presidencia del Instituto recibe una comunicación del Presidente de la Comisión de huelgas, D. Bruno Alonso, donde dice, después de copiar el laudo: «Está muy bien; ya sabemos para lo sucesivo que los trabajadores nada tenemos que esperar de ese organismo, pues hasta ahora creíamos en su eficacia; desgraciadamente estábamos equivocados.

•Esos compañeros que por el solo motivo de hacer propaganda se les quiere lanzar al arroyo, no serán abandonados. El sindicato metalúrgico

de la Montaña exigirá la reposición y saldrá el paro inmediatamente. Así impondremos la justicia.»

Cuando el general Marvá leyó esta comunicación, en sesión del Consejo, todos callaron; sólo yo dije: «Esa desobediencia al laudo del Instituto es natural, y estaba ya descontada y anunciada por el señor Pérez y por mí».

\*\*\*

Cuando decidí escribir este artículo quise informarme del estado de la huelga y escribí al director de la Sociedad Anónima pidiéndole informes. Pasaron algunos días y recibí una copia literal de nueve comunicaciones, cambiadas entre la Sociedad Anónima y el Sindicato Obrero Montañés, desde el 15 de Diciembre al 15 de Enero, siendo cuatro de la primera y cinco de los obreros. Mantenían todas la huelga.

El día 24 de Enero de 1920, se presenta por la mañana, en mi casa, un señor y me pasan su tarjeta, con el siguiente nombre: «Juan Antonio Quijano». Era el director del Consejo de Administración de la Sociedad Anónima de las Forjas. Le recibí en seguida y me dijo: «He venido á traerle esas copias, las cuales prueban que continúa aún el desorden; á explicarle cómo está aquello y á

hablar con el ministro de la Gobernación, porque han vuelto los anónimos anunciándonos que estamos condenados á muerte.

»El señor marqués de Valdavia, Gobernador, nos aconsejó estar reclusos dos días en casa para evitarnos ser víctimas del atentado. Vine ayer y regreso hoy.»

Y después de brevísima estancia en casa se despidió aquel señor, á quien nunca había visto y con quien jamás tuve trato ni correspondencia. Ni el recuerdo de su fisonomía conservo.

\* \* \*

¡Muy bien!, digo yo también. El conflicto sindicalista sigue en pie y amenaza otra vez con huelga y atentados criminales, en los Corrales de Buena. El laudo del Instituto ha sido desobedecido por quienes lo solicitaron, y el Instituto mismo ha sido insolentemente menospreciado y hasta apercibido. ¡Bravo!

Señores ministros de Justicia y Gobernación, señores Gobernador y Alcalde de Santander, señores representantes y custodios de la seguridad pública, en Madrid y en provincias; señores defensores de la vida ciudadana: ¡ved aquí un caso interesante y expresivo! Por él se conocen: unos patronos, creadores de una gran riqueza regional, que

han sido condenados á muerte, por usar de un derecho legítimo; unos sindicalistas que escriben, amenazan, y aperciben insolentes á patronos y á Institutos egregios, y anuncian reproducir huelgas ya solucionadas y atentados que se realizaron antes varias veces. La seguridad de esas personas debe importar mucho ya á todos. Cualquiera agresión que se intente contra ellas es bien conocida en su origen y personas, y debe provocar *ipso facto*, si no la previene la acción tutelar eficaz, una sanción punitiva enérgica, que comience á operar en el mismo Parlamento. La expectación nacional debe garantizar la seguridad de esos ciudadanos.

---

Anteayer, 11 de Febrero, recibí noticia de que la huelga se ha vuelto á plantear el día 8, y que el director sigue amenazado.



VI

UNA HUELGA EN RÍOTINTO



## CAPITULO VI

---

### Una huelga en Ríotinto

*Sexto caso.*—A principios de Mayo de 1913 y por consecuencia de reiteradas y violentas huelgas, que fueron provocadas, primero, por los tonaleros del muelle de Huelva, y comunicadas, luego, á las minas de Ríotinto, y por haber sido apuñalado uno de los jefes de éstas, el Gobernador civil de la provincia se sintió profundamente alarmado, y, como reinaba grande agitación en la comarca, creyó deber suyo llamar la atención del Gobierno, señalándole la probabilidad de graves acontecimientos próximos y la necesidad de oponer remedios urgentes y eficaces á este serio peligro. El ministro de la Gobernación hizo lo que siempre se hace en tales casos, por desgracia frecuentes: ordenó al Instituto de Reformas Sociales que nombrara una Comisión importante de su

seno, partiera en seguida para la región perturbada, estudiase las causas de aquel desorden y redactara, con la mayor diligencia posible, un informe donde se ilustrase al Poder público acerca de su importancia, fundamentos, carácter y medios de corregirla.

Con la rapidez habitual en aquel Centro, el señor Azcárate, presidente, nombra una Comisión compuesta de los vocales siguientes: D. Angel Pulido, representante del Gobierno, presidente; D. Francisco González Rojas, representante del elemento patronal; D. Francisco Mora, representante del sector obrero; D. José Marvá, jefe de la sección segunda del Instituto, como asesor técnico, y D. José Gorostizaga, ingeniero, en funciones de secretario auxiliar; y le da la orden de partir cuanto antes.

La Comisión obedeció este apremiante requerimiento con extremada diligencia. Del 6 al 13 de dicho mes de Mayo, se reúne, á diario, en casa del general Sr. Marvá, á la sazón enfermo; quien, celoso y peritísimo en el cumplimiento de su deber, como lo fué siempre, reúne, presenta y, con sus compañeros, estudia y acuerda cuantos antecedentes y comunicaciones preparatorias, á las autoridades locales, se juzgan necesarios para el más perfecto desempeño posible de su cometido. La Comisión se pone, los días 6 y 8, al habla con

el Gobernador de Huelva, y con el representante de la compañía minera de Riotinto, residente en Madrid, Sr. Valero Hervás—quien fué precisamente el que vertió al inglés, en 1890, mi libro sobre las calcinaciones de Huelva, y por quien, entonces, en 1913, veintitrés años después, hube de enterarme de este hecho—(1), y salimos por fin el 13 por la noche, llegando á Huelva en la mañana del 14.

\* \* \*

La misma inspección que hicimos de Riotinto en 1900, los cuarenta expedicionarios relatados en el caso cuarto, la repetimos los cinco comisionados del Instituto, con la diferencia de que el enfoque de nuestro estudio no eran ya las teleras (que no existían), ni los procedimientos de la explotación metalúrgica, sino las causas del disgusto obrero, lo cual hacía que las inspecciones, exploraciones, consultas y audiencias fueran más numerosas, complejas y delicadas. En esta segunda inspección había necesidad de profundizar más, conocer la psicología y «circunstancias» sociales de los obreros todos, inquirir los múltiples aspectos de las labores, los intereses y pasiones, desen-

---

(1) No pudo darme un ejemplar, porque todos se habían agotado.

trañar cuestiones económicas complicadas, sociales y políticas—nacidas dentro, unas, oriundas de fuera, otras—, recoger muchas cifras estadísticas, abordar estudios comparativos entre lo de Ríotinto y lo de otras explotaciones industriales semejantes, poner á contribución las capacidades técnicas y hallarse siempre en guardia contra las ficciones, las luchas de la pasión y las sugerencias á la rebeldía.

Las informaciones comenzaron en Huelva el 15 de Mayo, con una comisión de ferroviarios, que se presentó presidida por Francisco Bascuñana, un individuo totalmente extraño á los trabajos de Ríotinto, agitador y director de la huelga—un *meneur* de huelgas, según le llamarían en Francia—, quien actuaba como presidente de la Sección de Huelva, perteneciente á la Unión Ferroviaria. Después informaron los «toraleros», ó sean los cargadores y descargadores de los muelles de Huelva, los iniciadores del conflicto á principios de Abril, y con ambas se abrió una serie de largas y prolijas informaciones que duraron cinco días, y las evacuaron grupos de obreros y particulares. Estas habían de continuar luego en Ríotinto en mayor escala, para escuchar las quejas, reclamaciones y remedios, que acompañados de documentos siempre, exponían los 15.862 obreros, hombres, mujeres y niños; los obreros de Huelva, Ríotinto, Ner-

va, Campillo y Zalamea, todos los cuales trabajaban y servían en las numerosas labores y servicios, empleos y jerarquías, de la explotación, desde el director, Mr. Browning, hasta el más inválido de los guardavías. En estas informaciones y reconocimientos, cada uno de los comisionados tomábamos nuestras respectivas notas.

Examinamos en Huelva los grandes talleres del ferrocarril; transportes de carbones, mineral, lingotes y cáscara de cobre; la fábrica de hiperfosfatos; los grandiosos muelles de embarque y desembarque, de carga y descarga, que son de los mejores de Europa, y salimos para Ríotinto el día 16, recorriendo la línea de Huelva á Ríotinto, que es de la Compañía y cuyo estudio hicimos al paso, en un tren especial. Llegamos por la tarde y fuimos recibidos por millares de obreros, de uno y otro sexo, que nos aclamaron con entusiasmo y acompañaron hasta la casa donde nos habíamos de hospedar, en Ríotinto; albergue muy modesto, incómodo, mal saneado, nada grato para todos y mucho menos para el general Marvá, que iba delicado, no habiendo aceptado el alojamiento en la llamada Casa Grande, propiedad de la Compañía, cómodo, elegante y bien higienizado, no ya por gozar de una mayor independendencia, sino por evitar la desconfianza y los comentarios que pudiera inspirar en los obreros, vernos disfrutar de

las atenciones de una Compañía tan poderosa, y tan acreditada de ser pródiga en sus obsequios y medios *de seducción*.

\* \* \*

En Riotinto lo examinamos todo, con más escrupulosidad que en 1900. Las colosales y fantásticas Cortas al aire libre; las contraminas de San Dionisio; la hermosa fundición Bessemer, cuyas operaciones distintas, todas interesantes y dantescas, practicadas en los hornos, convertidores, grúas, cargas, nos ocuparon largo tiempo; la Central eléctrica; los hospitales, donde había seis profesores, cuatro practicantes y nueve enfermeras; la farmacia, que había despachado 942.669 recetas en 1912; el Economato, cuya sección de artículos de primera necesidad, de 51 clases distintas, había despachado 298.657 pesetas en el mes anterior, de Abril, y la de género bien surtido de pañería y lencería, en todas las clases de prendas, 109.625 solamente para Riotinto. Unidas las sucursales de los pueblos mineros Nerva, Atalaya, Estación, Dehesa, Naya y Mesa de los Pinos, habían arrojado un total de 907.668,44 reales. Y en los dieciséis días de Mayo que habían transcurrido ya, ascendía á 28.100. Visitamos las fábricas de ácido sulfúrico, los tanques de cemen-

tación, las destrucciones con que los avances de la mina iban haciendo desaparecer el pueblo de Rfotinto, y los nuevos barrios de obreros con que se compensaba esta pérdida, llamados Mesa de los Pinos, La Dehesa, Atalaya, el Campillo, el Valle, los cuales iban formando bonitos burgos, algunos ya con más de 700 casas higiénicas, y la villa de Nerva, donde desde 1874 se llevaban construídas 4.800 casas en la población y más de 600 en los alrededores, etc. En todas estas inspecciones recogíamos cifras, examinábamos el cumplimiento de las leyes sociales, la higiene y seguridad del trabajo, las asistencias médicas, la índole de los reconocimientos, el grave problema de los obreros herniados, etc. Excursión especial que nos ocupó una mañana entera fué la que hicimos á las hondas galerías de las minas de San Dionisio, á los pisos 12 y 14 de la serie, en profundidad de 300 metros, con el fin de examinar los fondos de saco donde el aire, caluroso y asfixiante, la falta de ventilación y lo incómodo y peligroso de las cortas, constituían el lugar más dramático de la explotación.

Allá arriba, en los hornos y convertidores de Bessemen, donde el fuego nos había impresionado con su grave coeficiente de riesgo y molestia, y aquí, abajo, en *les culs de basse fosse*, creados en las entrañas de la tierra, persiguiendo la

pirita hasta los antípodas, si necesario fuese, habíamos apreciado los grados más extremos del esfuerzo, el sufrimiento y la insalubridad en el trabajo minero; así como los trabajos en las cortas al aire libre, la Central eléctrica y los tanques de cimentación, mostraban la máxima benignidad.

Unos y otros casos recordaban al punto, con demostraciones elocuentísimas, lo insensato y por tanto injusto que es someter á una misma regulación de tiempo y jornales, labores de naturaleza tan diferente.

\* \* \*

Finalizando iba ya nuestro estudio, cuando un episodio dramático vino á producirnos fuerte impresión,

Nos dirigíamos al salón del Ayuntamiento, la mañana del 18, para seguir las informaciones, y caminábamos por lugar campestre cuando oímos una grande algazara. Miramos á lo largo de la carretera, y por lugar alto, haciendo la salida de una revuelta, vimos aparecer una muchedumbre de mujeres solas, que llenaban el camino y marchaban dando gritos, levantando los brazos y haciendo extraños gestos. Nos desviamos un poco de su paso, procurando ocupar sitio donde no fuéramos vistos, y pocos minutos después desfilaba, por delante de nosotros, una manifestación de lo menos

ochocientas, ó mil mujeres del pueblo, esposas de obreros en su mayor parte, que iban como en actitud revolucionaria, dando vivas y mueras, y llevaban en el centro un hombre, mal trajeado, montado en una caballería, descubierta la cabeza, y con la gorra en la mano, la cual agitaba en señal de triunfo y de animado escándalo.

Pronto nos enteramos de lo que era: aquellas mujeres, procedentes de uno de los pueblos inmediatos, habían acometido á la pareja de la Guardia civil que conducía preso al individuo que había apuñalado al jefe de las minas, pocos días antes; la habían desarmado, habían libertado al preso y lo paseaban en triunfo por todas las barriadas y pueblos de la cuenca minera. La Guardia civil, puesta en el dilema de matar mujeres, ó dejarse desarmar, optó prudentemente por lo segundo.

Por la tarde, cuando estábamos en el local de la Dirección de Ríotinto, escuchando la extensa información con que respondía á nuestras numerosas inquisiciones Mr. Browning, oímos ese bullicio ó *brouhaha* lejano, que anuncia la aproximación de masas alborotadas, que se iba aproximando; y suspendiendo la conversación, nos quedamos atentos, visiblemente emocionados.

Mister Browning, sereno, impassible, nos dijo: «Son las mujeres del Campillo, que van paseando

el preso y se acercan al edificio socialista de los obreros, que se halla al lado. Estén tranquilos; no pasará nada». Así fué. Las sentimos al pie de nuestros balcones, en la calle, dando gritos subversivos, y poco después las voces se fueron alejando. Continuamos la información, y terminada, nos despedimos del director para constituirnos en junta y tomar acuerdos. El suceso de las mujeres nos creaba una situación comprometida, que hacía expuesta á conflictos nuestra presencia en Ríotinto, porque los obreros podían reclamarnos intervenciones y disposiciones, que debíamos rehuir en absoluto.

Con este motivo, acordamos dar por terminada nuestra tarea y salir al día siguiente por la mañana muy temprano, á las cinco, sin despedirnos de nadie, ni avisar á persona alguna.

\*  
\* \*

En el mayor silencio, con una alborada hermosísima, en un tren especial, recatadamente preparado, salimos para Huelva, sin que se enterase ninguno de aquellos veinte mil obreros que nos habían recibido con entusiasmo cinco días antes.

Cuando caminábamos en el tren, silenciosos y preocupados, iba yo pensando en las tres visitas que había hecho á Ríotinto; y en las tres distintas

impresiones bajo las cuales había dejado las riquísimas y afamadas explotaciones cupríferas y siderúrgicas de aquella cuenca minera.

La primera en 1899, cuando resolvimos el conflicto de las calcinaciones por las teleras; la segunda, en los días 12 y 13 de Septiembre de 1900, cuando la peste amenazaba la frontera hispano-portuguesa y había que estudiar la defensa de esas poblaciones obreras trashumantes, por lo que hube de ir desde Huelva á Ayamonte, para salvar de una grave crisis de ruina á las industrias pesqueras de Ayamonte (1), y la tercera la que entonces hacíamos.

La primera era alegre y animada. Dejábamos una comarca con el aire impregnado del gas ácido sulfuroso, pero teniendo una población obrera donde todos vivían felices, expansivos, identificados con sus jefes y sus autoridades. La segunda ya no nos enseñó teleras, ni explotaciones molestas; reinaba una paz serena en las almas y un ambiente puro en la atmósfera. En la tercera, el aire era normal, la labor productiva, los jornales buenos como en ninguna explotación, siendo sus instituciones previsoras, tutelares, cooperativas y hospitalarias, las primeras de España; pero los

---

(1) El Ayuntamiento de Ayamonte acordó entonces bautizar con mi nombre una de sus calles principales.

Bascuñanas habían envenenado las almas con un gas más tóxico y perturbador que el ácido sulfuroso de las teleras: con el del odio y la rebeldía.

Mi retina y mis oídos llevaban impresos dos cuadros dramáticos: el de las mujeres del Campillo, paseando en triunfo el criminal arrancado á la Guardia civil, y el del director de la explotación, Mr. Browning, paseando á caballo, solo, sereno, estoico, grave, con un sencillo fatiguillo en la mano y una browning quizás en el bolsillo (no lo supe) los caminos y trabajos de la cuenca minera; afrontando el atentado de cualquiera de aquellos obreros, que le miraban con odio, y que habían declarado el boicotage á creaciones tan bienhechoras como el Economato y los Hospitales.

Y llevaba en mis oídos dos audiciones también distintas: la información tendenciosa de Bascuñana, en Huelva, con los gritos de las mujeres manifestantes que me hacían pensar en las turbas de las *tricoteuses* francesas (el año 1793), por un lado. Y las observaciones y advertencias de Monsieur Browning, cuando cerraba su información diciéndonos, el 19 de Mayo por la tarde, pocas horas antes de nuestra fuga de Ríotinto, lo siguiente: «Lo que más nos molesta y rechazamos es que formen sociedad con nuestros obreros, siempre buenos y agradecidos, tres personas, extrañas á nuestros trabajos, de malas condiciones,

cuyo fin no es otro que el de perturbar, creando un estado de agitación que lleva á las rebeldías y al desorden las más de las veces sin razón. El disgusto de la Compañía es grande, y por ello, en vez de aumentar los trabajos los disminuirá. El descontento es general y profundo. La Compañía la constituyen fundamentalmente pocas personas muy significadas de Inglaterra (1) que no necesitan de los dividendos, y se sienten inclinadas á resoluciones, cuyo resultado sería sumir en la miseria á muchos miles de familias inocentes de Ríotinto y de Huelva.»

En Madrid ya, con toda diligencia nos juntamos la Comisión, celebramos sesiones, concretamos nuestros datos y juicios y redactamos una Memoria-informe, que fué presentada al pleno del Instituto el 13 de Junio de 1913. Fué muy celebrada y aplaudida. En ella las opiniones todas estaban conformes: Mora, González Rojas y yo emitimos un juicio unánime. Yo, como presidente, al hablar al pleno, tributé al general Marvá el elogio y los pronunciamientos que su alta capacidad, su laboriosidad y sus aciertos merecían. Pocos días des-

---

(1) Las minas de Ríotinto fueron vendidas en 92 millones 800.000 pesetas en 1873 á los Sres. Mathesson y Compañía, de Londres, y satisfacen anualmente de 5 á 7 y 1½ millones de pesetas al Estado.

pués Azcárate ponía en manos del Ministro de la Gobernación aquel dictamen y se pudo conjurar un conflicto, en el cual la Compañía nos acreditó que su organización, sus jornales y sus instituciones previsoras eran dignas del gran progreso industrial y social de Inglaterra; y que aquella huelga no tenía fundamento serio, aunque apuntamos algunos detalles dignos de ser atendidos, que la Compañía escuchó y atendió con buena voluntad.

Cuando se imprime este pliego, dá la casualidad de que una nueva y grave huelga se desarrolla en las minas de Ríotinto. La Prensa habla de ella extensamente. Empieza por una pretensión de aumento del sueldo por parte de los empleados, en número de 5.000, á la cual se niega la Dirección. Los mineros hacen causa común con los empleados, y las últimas noticias son de que se concentra la tropa y fuerzas considerables de la Guardia civil en los pueblos de Ríotinto y Nerva. No sabemos en qué parará este nuevo conflicto.

VII

LA CRISIS AGRARIA PIMENTONERA  
DE MURCIA



## CAPITULO VII

---

### La crisis agrária pimentonera de Murcia

*Séptimo caso.*—El caso más interesante, instructivo y original, sin duda, de cuantos nuestra experiencia puede aportar á este conjunto de hechos que titulamos CLÍNICA SÓCIO-SINDICALISTA, fué el de la grave crisis agraria que se vino desarrollando durante muchos años, y llegó á alcanzar su mayor auge en el de 1901, precisamente cuando el autor de estos estudios desempeñaba la Dirección General de Sanidad, viéndose por tal circunstancia comprometido á intervenir en ella de una manera tan significada y transcendente, que llegó á convertirse en el protagonista de las actuaciones oficiales que entonces tuvo que realizar el Poder gubernativo, acerca de un orden de intereses que ocasionó lo siguiente: Mantuvo en profunda agitación varias provincias de España: Mur-

cia, Alicante, Valencia, Albacete y Cáceres, á quienes afectaba en alto grado el problema económico que se deducía de aquella crisis—amenazó largo tiempo con dramáticas alteraciones de la tranquilidad pública á la feracísima, paradisiaca y poblada vega del Segura, pues, aun dentro de ella solamente, importaba en grado esencial á la vida y al bienestar ó á la miseria, de cien mil familias de huertanos—; perturbó con intensidad la existencia de numerosas industrias allí establecidas—derivó sus efectos al comercio y á la elaboración industrial de muchas marcas alimenticias, en numerosas naciones de Europa, Africa y América, que se surtían del pimentón murciano—; determinó un revuelo agudo, durante largo tiempo conservado, entre los políticos y los representantes en Cortes de la región levantina, siendo su principal agitador el ilustre político D. Juan de la Cierva, quien, con este motivo, sostuvo la primera, y muy apasionada, de esas discusiones parlamentarias que después habían de dar celebridad merecida á su espíritu batallador y poner de relieve su carácter firme y tenaz y su poderosa intervención, así en los destinos de la vida pública como en la quebrantada suerte de los intereses nacionales—; determinó la venida á Madrid de numerosas, excitadas y sensacionales masas de representaciones huertanas—; causó un debate en el Congreso,

que se mantuvo largo tiempo, corroborando en él las dotes de hombre poco práctico y resuelto, como gobernante, que hubo de mostrar por vida aquel simpático y genial jefe político de quien decía Castelar, que “en él habían depositado las Musas todas los más hermosos atributos del orador, pero le habían negado las de acertado mando”, Moret—y preparó, en fin, una disposición de la Cámara, que dió por resultado la caída del Gobierno, entonces constituido con una situación liberal que presidía Sagasta, y como resultado de una votación incidental verificada en la tarde del 2 de Diciembre de 1902, sucediéndole el partido conservador, bajo la jefatura de Silvela. Poco después fallecía dicho jefe liberal y se iniciaba en la vida de este partido una descomposición y desconcierto orgánico, de tal naturaleza que no ha vuelto á verse ya nunca repuesto en las condiciones de salud, robustez y fisiológica existencia que su natural importancia, su gloriosa historia y las necesidades de la patria exigen. ¿Se quieren más efectos?

Han transcurrido desde entonces dieciocho años. Acerca de aquel gravísimo problema agrario se emitieron muchos juicios, sentencias y doctrinas, sobre los cuales el tiempo ha formulado ya su fallo inapelable. Se dictaron preceptos administrativos y disposiciones, nacidos de las

pasiones y de los intereses políticos, aún vigentes, pero que atestiguan con su incumplimiento el desacierto que las inspiró; y se puede ya examinar con tranquilidad, con toda serenidad y sin interesadas ni partidistas preocupaciones, de qué lado estaban la razón y la buena defensa de los intereses públicos; con qué peligrosa facilidad se equivocan y agitan las multitudes suggestionadas, cuando escuchan los consejos de jefes y directores interesados y movidos por personales estímulos; cuán á merced de pobres y ofuscados apetitos se hallan, en ocasiones, la riqueza de los pueblos y la felicidad de sus naturales, especialmente las humildes clases trabajadoras, condenadas siempre á ganarse la vida con el sudor de su frente y la virtud de su esfuerzo; y con cuánta razón se advierte que la política y sus hombres son un arma de dos filos, que cura y mata según los móviles y las condiciones de quienes la ejercen.

\*\*\*

Vamos á exponer, por tanto, con más cuidado, este caso.

Con ser por demás importantes y expresivos los tres ya antes expuestos: el agro-mínero de las teleras de Huelva, el exclusivamente mínero de Ríotinto, el obrero-fabril de las Forjas de Buelna,

en Santander, y otros acerca de los cuales he publicado ya trabajos, y dejo de narrar aquí por no dar desarrollo excesivo á esta casuística, le considero muy superior á todos, por otra serie de circunstancias especiales que se dan en él y le dotan de una originalidad á la postre simpática, ya que, tras largas y amenazadoras agitaciones, no produjo grave quebranto alguno en intereses públicos, ni dramas de violencias personales, ni lesión la riqueza pública y sí solamente causó unos efectos de orden meramente político y de régimen administrativo, cuyos efectos hoy mismo se conservan como una enseñanza bien digna de estudio, ya que en ella se manifiestan: el mal que producen los Gobiernos cuando son ineptos por complacencia ó cobardía, con las exigencias injustificadas de las masas ciudadanas; y esa razonable conformidad, á la que se rinden finalmente *per se* las agitadas multitudes, cuando los hechos ó la realidad se les imponen con su incontrastable lógica, y con la imperativa necesidad de acomodarse y, por fin, someterse á un régimen de armonía, aun entre los factores más contrapuestos y apasionadamente reñidos, si han de impedir que se desate, con todas sus desastrosas y letales consecuencias, un conflicto de ruina y de muerte definitiva, cuya aparición se hace ya evidente á todo el mundo.

Dos obras ha publicado el autor sobre este especial caso de conflicto agrario, industrial y mercantil: una, la que contiene su extenso estudio expositivo, ó sea el informe ampliamente documentado, que elevó al Poder público, ó Gobierno de la nación, como Director general de Sanidad, en 1902; estudio que se halla contenido en un volumen en 4.º, de 636 páginas. Y otra, de defensa y de réplica á los Diputados impugnadores de las conclusiones y enseñanzas en la anterior expuestas, y que encierra los discursos por él pronunciados en el Congreso de los Diputados, en Octubre y Noviembre de 1902, los cuales forman un tomo en 8.º de 215 páginas. Transcurrido ya cerca de un cuarto de siglo desde aquellos variados y alarmantes sucesos, y apreciados estos hoy, en conjunto, serenamente, con ese austero y justiciero fallo que se encierra en la famosa sentencia de Manzoni, escrita en su inspirada oda á la muerte de Napoleón, esculpida, como una expresión lapidaria, con el siguiente laconismo: «*A i posteri, l'ardua sentenza*», la reflexión, de acuerdo con la imaginación, los entrevé como si fueran una leyenda oriental, un cuento de las mil y una noches, ó un apólogo digno de Maeterlink, de aquel inspirado autor de la preciosa comedia *L'Oiseau Bleu*, donde se narra la odisea de dos hermanitos que, seducidos por un hada, abandonan su hogar y se

lanzan á recorrer el mundo, buscando el *Pájaro azul*, gérmen de la felicidad; y van acompañados de las encarnaciones personales del agua, el fuego, la harina, el azúcar, el perro, el gato... y otras semejantes alegorías. Ocúrreles que, después de numerosas aventuras y conmovedoras enseñanzas, encuentran ese pájaro, el cual no era otro sino el que tenían en su propia casa y habían dejado escapar imprudentemente.

\* \* \*

En este relato nuestro hay también, como en *L'Oiseau Bleu*, factores etiológicos y decorativos muy interesantes y variados, por el estilo de los siguientes, y de otros que en gracia á la sobriedad omito recordar: Una región vastísima que por su extraordinaria belleza merecería la presentase un poeta francés, con su conocida frase «*Un coin du Paradis*»—. Centenares de miles de habitantes, dotados de estimadas virtudes y de ardientes pasiones, los cuales aparecen como movidos, en sus concurrencias vitales, por geniecillos del bien y del mal—. Singular concurso de variadas causas de riqueza, oriundas de un suelo feracísimo y rico subsuelo, donde se han acumulado bienes agrícolas, florestales y yacimientos metalúrgicos verdaderamente arrobadores—. Ancianos venerables, que

dan sanos consejos, y una viejecita, que como dotada de mágicas artes, transforma, con sencillos untos, la más modesta de las hortalizas, y por ello la menos apreciada, en la más difundida, vistosa y enriquecida entre todos los productos de Ceres que cultiva aquella vega—. Una lucha ó duelo singular, especie de certamen de encantos y cualidades, hace que las frívolas sugerencias del color venzan en estimación, precio y demanda, á todo: á los frutos más jugosos y dulces que los ardores del sol crean; á las preciosas y solicitadas destilaciones sederas del *bombix*; á las delicadas, lindísimas y fragantes maravillas de Flora, y á los más jugosos, nutritivos y necesarios productos del suelo. Y en tales términos triunfa, que la favorecida y un día oscura baya, se convierte en la primera base de soberanía y riqueza de las fertilísimas huertas y vegas que riega el Segura.

El protagonista de esta competencia extraordinaria no pasa de ser un polvo rojo, de matices infinitos, donde el encendimiento y el brillo adquieren un valor inexplicable en buen discurso. Y aquel polvo rojo, en cierta época del año, lo invade todo: el suelo de los bancales llanos y las vertientes de las lomas, donde la baya se solea y deseca; los molinos donde se tritura y muele la cáscara; los caminos, sendas y carreteras que se llenan de carros cargados de grandes sacos

rojos; los molturadores y carreteros que parecen, con sus vestidos y carnes desnudas muy rojas, como seres de raza contrapuesta á la de color blanco de los harineros, y negra de los carboneros y mineros; y las fábricas y almacenes donde se hacen los envases, se elaboran las marcas acreditadas y se disponen muy copiosos envíos, que luego han de recorrer los mercados de Europa, Africa, Asia y América, etc.

Agitaciones sociales hay promovidas por esta inmerecida preponderancia, asaz tenaces y airadas, donde los huertanos, los fabricantes, los cosecheros, los mercaderes y los consumidores actúan con apasionadas luchas, exigencias, requerimientos y amenazas. Intervención de las autoridades todas, de los políticos, la Prensa, el Parlamento y los Gobiernos, con informes, estudios, gestiones, apremios, presiones y debates ardorosos. Pueblos que se perturban, y masas agrarias, inmensas en número, que se exaltan, también se aglomeran y amenazan con asaltos tumultuosos, violentas colisiones y con arrasarlo todo: campos y ciudades. Días, semanas y meses de angustia pública. Indecisión del Poder gubernativo. Una situación liberal que cae del gobierno del país, y otra situación conservadora que le sucede. Un Real decreto, torpe y funesto, concedido solamente por sumisión á los gritos y exigencias de

las masas y de sus amenazas. Y un estado definitivo de ilegalidad y de corrupción social, admitido por todos y tolerado por el Gobierno para mantener, al fin, según lo vino estando siempre, aquella riqueza, injustificada, sí, pero que de hecho había creado el bienestar económico y la preponderancia fructífera de las cuencas del río Segura.



Situémonos en Murcia.

Quien guste gozar uno de los panoramas más arrobadores del Levante español, de este nuestro solar patrio donde la Naturaleza prodigó tantas imponderables bellezas, no tiene más que subir al templo de la Virgen de la Fuensanta, contiguo á Murcia, y desde aquel emplazamiento, donde se venera la imágen más adorada de los murcianos, situado á pocos metros de altura sobre la vega del Segura, contemplará una vista que no olvidará jamás.

Como la vega de Granada, apreciada desde la Torre de la Vela, en la Alhambra, vastísima y seductora planicie que cierra por uno de sus lados la cordillera de Sierra Nevada; como el llano de Barcelona, examinado desde el Tibidabo; como el emocionante cuadro de la Suiza del Norte, la cor-

dillera del Jura, los Vosgos y las alturas de la Selva Negra, que se divisa desde la meseta de Rigi-Kulm, donde abarca, la mirada, doce lagos, grandes y pequeños, y número incontable de ciudades y poblados; como aquel prodigioso sitio donde se tocan los tres viejos continentes de Asia, Africa y Europa, y desde lo alto de la torre de Gálata se deleita el viajero viendo bajo sus pies el Bósforo, Cuerno de Oro, mar de Mármara y la, con justicia, llamada reina de las ciudades, Constantinopla... así la vega murciana extasía al observador y deja, en sus retinas y en su alma, una impresión de seducciones y hechizos, deleite tal que no se borra jamás de su memoria.

Una especie de vía anchísima de verdura, un verdadero brazo de mar de espléndida y rica vegetación, desciende desde Occidente á Oriente, como buscando su desagüe en el Mediterráneo, abarcándole la ojeada en una extensión de más de 28 kilómetros de largo (unas seis leguas) y ocho de ancho. Limítanle por un lado, el Sur, una suave crestería de montañas derivadas de las cordilleras de Alcaráz y del Segura, y se desarrolla, por el otro, en una incomparable vega, sucesión interminable de huertos de naranjos, tierras de hortalizas y jardines, bosques de frutales y palmeras, gigantesco tapiz polícromo de la cultivada tierra, al que divide, en dos partes iguales, el curso ani-

mado del río Segura, dejando en uno de sus lados, el izquierdo, la capital, morisca ciudad donde tuvo uno de sus más afamados asientos la civilización esplendorosa y cultura universitaria arábigo-semítica de los Thaherides, cuando ya se había extinguido la dinastía de los Onmiadas de España y se había disuelto el Califato de Córdoba.

Ante aquel cuadro inefable donde tierra, cielo, clima y vegetación se unen, formando una de sus más arrebatadoras armonías, y estudiando con la mirada los cultivos intensos que riegan todavía las acequias moriscas, si examinamos su mosaico de villas y poblados, que parecen arrastrados por la corriente impetuosa del mar de verdura, y sirven como de escolta á la ciudad de Murcia, que se alza custodiada y vigilada por su hermosa y alta torre de la catedral—donde Berruguete y Herrera dejaron un testimonio imperecedero de su genio arquitectónico y artístico—, advertiremos que todo allí evoca aún, cual si viviera, la raza que dominó durante siglos y dejó en sus viviendas, en el tipo étnico de sus habitantes, en su carácter, cantos y costumbres, y en los nombres de sus poblados, las huellas indelebles de su existencia.

A modo de una decoración fantástica de ópera, allí se alzan todavía, en Monte Agudo, las ruinas del castillo moro, sobre un basamento africano de embosquecidos nopales, y sirviendo de atalaya al

derroche de pueblecillos que parecen como hallarse al habla, y acreditan, con sus nombres moros, la noble extirpe musulímica: Algezares, Alberca, Albatalia, Alberique, Alcantarilla, Aljucér, Beniaján, Jabalí nuevo y viejo, Palmar, La Ñora, Espinardo, Nonduermas, Bordalay, La Baya, Orihue-la, Elche... y otros muchos, incontables, que no cito. La fertilidad y la producción de aquel suelo son tales, que pocas tahullas (1) de tierra permiten vivir con bienestar á una familia fecunda de huertanos. Los ágrios, ó sean las naranjas y limones, las moreras, almendros, céréales, hortalizas, granados, palmeras, olivos... millares y millares de árboles frutales de todas clases, proveen de distintos frutos; pensiles de flores, ricos en colores y en aromas, proporcionan copiosos rendimientos, y la vida del honrado, laborioso y muy inteligente huertano se desliza de ordinario sin borrascas socialistas y sin angustiosas necesidades.

Cuando á la caída de la tarde, los paseantes del Malecón — barrera que fué levantada á un lado de la ciudad de Murcia, entre ésta y el río Segura, para oponer un dique á las inundaciones desastrosas de aquélla, las cuales con cierta frecuencia

---

(1) Tahulla, medida agraria equivalente á 11 áreas y 18 centiáreas.

producen las crecidas del río—suspenden sus conversaciones y atienden algo al sublime momento con que el día se despide, vistiendo á la Naturaleza con uno de los crepúsculos más emocionantes que se pueden ver, el ánimo se siente intensamente embargado de dulce y poética sensación, cual en pocos sitios puede disfrutarse. Una serenidad y placidez inexplicables se tienden como manto moral religioso sobre la inmensa vega; leves rumores, expresión de vida escasa, llegan de la ciudad, mientras que de lo alto de la torre de la catedral descienden, lentas y sonoras, las campanadas del toque de *Angelus*. La luz de un sol poniente va coloreando, suave, con los cambiantes del prisma, igual que lo hace en las nevadas cimas del Jura, las cumbres peladas de la próxima cordillera; suave fragancia emana de aquellos huertos y jardines, siempre cuajados de flores y despidiendo esas intensas emanaciones aromáticas del azahar, que durante los meses de primavera, allí, y por do quiera, embriagan y sedan los nervios, mientras que en la inmensa cúpula de un firmamento dilatadísimo, que se tiende sobre las infinitas terrazas de la ciudad, en casi su totalidad guarnecidas con macetas vistosas y trepadoras florecillas, comienzan los astros á parpadear sus resplandores fulgurantes.

El panorama entonces, en momentos tan con-

movedores, aquí como en ningún otro paraje de España da una sensación fuerte de hallarse en Oriente; surge en el alma la evocación de Egipto y se piensa que es el valle del Nilo el que se tiene ante la vista. Desde las alturas próximas se aprecia mejor aún su contextura, los accidentes de su feracísimo suelo, sus tonos de luz, la fertilidad lujuriente de los huertos, el río avanzando majestuoso por medio, sus inundaciones, su horizonte y su placidez patriarcal. Tendiendo la mirada sobre la ciudad, sobre las terrazas bíblicas de las viviendas, la vista se clava en la palmera esbelta y solitaria que provocaba en Castelar elocuentes remembranzas históricas; y si se la lleva mentalmente algo más lejos, al recordar las cúpulas bizantinas de los templos de Orihuela y Crevillente —villas de allí no muy lejanas, vestidas con tejas de barro barnizadas y fuertes colores, donde el sol refleja las más bellas irisaciones,—se sume el espíritu en los transportes y la sugestión de ese hondo misticismo, melancólico y deleitoso á la par, que todos llevamos ingénito en nuestra alma y se despierta siempre que nos encontramos ante los grandiosos espectáculos de la Naturaleza, ó evocamos, en lugares célebres, los sublimes y épicos acontecimientos de la Historia y de la Religión.

Pues bien; en este escenario fué donde tuvie-

ron su teatro las hondas agitaciones agrarias los años 1901 y 1902, que vamos á relatar brevemente.

\*\*\*

El pimentón, encendido condimento que sazona, colorea y da sabor á muchísimos guisos y productos de las industrias alimenticias, desde los más caros y sabrosos embutidos, hasta los sencillos y humeantes cocidos del obrero y del soldado, es casi patrimonio exclusivo de Murcia y base de su riqueza principal. No es cultivo ni explotación que venga de antiguo, sino riqueza nacida á principios del pasado siglo XIX y desarrollada con el transcurso de los años; en términos tales, que cuando hice las informaciones que promovieron los acontecimientos de 1902, se calculaba que más de la mitad de este condimento que se consumía en todo el mundo, procedía de la vega del Segura. Hoy esta riqueza se ha triplicado con relación á esa fecha, lo cual supone una mayor intensificación de su cultivo.

Es muy curioso, y quizá no tenga semejante en la historia de la agricultura, que el punto de partida de esta fama y propaganda del fruto es una mezcla con el aceite de olivas, que muchos calificaron con el duro calificativo de *adulteración*, y

otros llaman por el contrario, *elaboración industrial*, por hacerse con el fin de *hermosear* el aspecto, *higienizar* la elaboración, *mejorar* el gusto y *conservar* más fielmente el producto contra sus alteraciones naturales.

En una de las informaciones sensacionales, por la extraordinaria concurrencia y agitación de muchos miles de huertanos en ellas habida, que se hubieron de celebrar bajo mi presidencia en los días de Abril de 1902, para ilustrar este gravísimo problema regional; en la del día 18, compareció un murciano de ciento cinco años, José Gómez Navarro (a) *Juan Tomás*, vecino de Monteagudo, anciano venerabilísimo, á quien hice sentar á mi lado en la presidencia, en el escenario del gran teatro Villar, de Murcia, donde se celebraban las informaciones; y siendo él contemporáneo y coparticipante del origen y la evolución de esta riqueza, expuso como nació y se propagó (1).

El pimentón, producto de la molienda del pimiento dulce, hortaliza especial de aquel suelo, no tenía ninguna importancia en la vega del Segura. Se producía poco, casi lo necesario para el consumo local; se secaba la cáscara, se pulverizaba en el almirez y se hacía una ligera exportación,

---

(1) *Mezcla del pimentón y el aceite*. Libro de 636 páginas; v. página 108.

que carecía de valor apreciable en el conjunto de la riqueza agraria, famosa en aquella comarca desde los tiempos árabes.

Una mujer modesta llamada *la tía Maina*, vecindada en el «Llano de Brujas», que compraba á los cosecheros los pimientos sobrantes de su consumo, reunía pequeñas partidas de seis, ocho y doce libras, y estos pimientos, tomados en rastra ó bola, según estaban, los untaba con aceite de olivas, los tostaba en el horno, adquirían así un color encendido y lustroso, y los vendía muy fácilmente en los mercados donde los presentaba, siendo ella la única que ofrecía este género. Así estuvo muchos años, pero la buena acogida que tuvo su ocurrencia hizo, andando el tiempo, que no bastase el almirez para triturar su mercancía, y comenzó á moler dos arrobas en un molino de Orihuela, y ya pudo presentar al mercado pimienta en bola y pimienta molido. Producto tan especial tomó renombre; se creó al fin buena clientela y surgieron abundantes imitadores, los cuales comenzaron á ensanchar, dentro y fuera de la comarca, el mercado del pimentón de la vega del Segura; siempre de hermoso aspecto y, por consiguiente, el más solicitado de los consumidores en la competencia con los de todas las otras regiones. Y así comenzó á desarrollarse un gran mercado. Por natural derivación nacieron industrias

molineras, fábricas de envases, centros exportadores, comisionistas, etc., etc.; es decir, todo lo que trae consigo un artículo de comercio que gana con su mercado el mundo y conquista en todas partes fama, compradores y dominio sobre sus similares concurrentes. Se cuenta que *el tío Lirón* y un tal Aviles (a) *el Fraile*, fueron de los primeros que comenzaron á moler sus cosechas de pimiento con aceite, y después las de otros que ellos compraban. Creáronse ya esas casas poderosas de fabricantes y exportadores, que hicieron famosos algunos nombres industriales de Murcia, como los de Albarracín y Alemán, Francisco Flores, Juan Pagán, Pedro García Navarro y otros muchos que tienen su principal asiento en Espinardo, han laborado marcas acreditadas y sus comisionistas recorren los mercados principales de Europa, África, América y Asia.

*Juan Tomás* conoció la *tía Maina* el año 1804, cuando ella tenía ya treinta y tres años; conoció el *tío Lirón* y su compañero *el Fraile*; aseguraba que el pimentón aceitoso era ya más viejo que el molido que después se acreditó porque se le untaba antes en estado de bolas para darle lustre y gusto, y pudo gozar la satisfacción de ver que aquel polvo ladrilloso, térreo, obscuro, que conoció en su niñez, y al que nadie concedía importancia, en 1850 exportaba ya el equivalente de

83.984 kilos. Cuarenta y seis años después, en 1899, sumaba la cantidad de 2.861.554, es decir, 35 veces más, y en el año 1901, ó sea en la época en que se desarrollaba la crisis que estudiamos, solamente por ferrocarril había exportado 5.340 toneladas, es decir, 1.200.000 kilogramos más del que había salido en 1900. Entonces, solamente el importe de lo producido por Murcia y sus limítrofes, una parte sólo de los centros de producción y de exportación era, en 1903, de 5.347.872 pesetas, frente á 2.020.100 que arrojaba la seda, 4.620.140 los agrios, y cantidades incalculables las hortalizas y frutas, por ser muy heterogénea esta producción. El año pasado las cifras locales se distanciaron tanto, que arrojaron los siguientes números: Pimentón, 41.876.593 pesetas; seda, 3.121.520, y agrios, 6.230.920.

Estos datos, de cuya autenticidad no puede dudarse, porque en lo antiguo los tomamos de los datos oficiales, y en lo moderno nos lo proporciona D. Juan Díaz, de Espinardo, una de las personas más competentes y conocedoras de la riqueza, cuyos conocimientos, entonces y ahora, me han servido para mis estudios, dan una idea, todavía inferior á la realidad, del valor que representa esta riqueza.



El efecto mágico que produce el aceite, de en-

cender y abrillantar el pimentón, dotándole artificialmente de estas cualidades y de otras más que no detallamos, pero que le dan valor predominante en el comercio, determinó un hecho extraordinario: el de que no fuese ya el producto mismo con sus condiciones naturales quien crease las excelencias que habían de servir para reconocerle su precio legítimo; que no fuesen la oferta y la demanda, en fin, sino el arte, la elaboración industrial; y, como consecuencia, que no era ya el huertano, el cosechero, el que, con su sudor y su trabajo, cultivaba la planta, sino el comprador, el industrial, quien señalaba é imponía el precio con su fabricación, valorando el fruto. Antes de los untos de la *tia Maina* era el color natural el que caracterizaba su excelencia. En el mercado se hacía el examen de las suertes ofrecidas cotejando los polvos, y se estimaba según la superioridad que les habían dado la brisa, el sol y su propia ingénita bondad; después, esta cualidad desmerecía porque la materia grasa, cual mefistofélico afeite, embellecía, realizaba y daba seductora apariencia á gusto del industrial. Y como en este fruto su cualidad principal, sobre las otras, es precisamente la cromática, y esta gama es muy extensa, aquí surgió un caso quizá sin precedente en las elaboraciones alimenticias industriales: el que la naturaleza quedaba vencida por el arte en

un producto de recia y esencial condición hortensa. Esto ya anunciaba y preparaba, como se comprende fácilmente, un conflicto agrario grave: el de que llegaría un día en el cual la elaboración industrial, creadora de las marcas comerciales con que el fruto de esta planta solanácea había conquistado los mercados del mundo y había constituido la primera riqueza agrícola de Murcia, habría de ser condenada y combatida por los huertanos como una grave adulteración; y su objeto principal no sería ya otro sino el de que reconquistase el labrador la facultad de avalorarlo con arreglo á su natural y auténtica superioridad.

Este deseo, requerido de los huertanos, que comenzó de una manera sencilla, insinuante, persuasiva, á mediados del siglo, fué adquiriendo con el tiempo un carácter conminatorio, imperativo, hasta que se convirtió ya en motivo de grandes agitaciones agrarias. Como que se producía y desarrollaba en dilatadísima vega, entre más de cien mil familias de huertanos, gente de origen y temperamento árabe, vehemente, impresionable, luchadora, que presenta su pecho á la navaja y al cachorrillo, á la puñalada y al balazo, por un motivo pasional cualquiera, hasta el más ligero. Gente que se junta y organiza en Asociaciones batalladoras, tan espontánea y fieramente guerreras, que hacen de las caracolas su instrumento de lla-

mada y de mando, y preparan una manifestación pública temible en menos tiempo, y con el mismo arrollador ímpetu, que las nubes, arremolinadas en el cenit de su vega paradisiaca, causan los aguaceros torrenciales y esas famosas inundaciones que desuelan sus riquísimas huertas, arrollan sus hogares y los sumen en la más completa miseria, con rapidez fulmínea, en una sola noche de verano, quizá en el día más ideal de sus deliciosas primaveras, cuando la dicha, la alegría y el bienestar les brindaban vida muy próspera y venturosa. Como que ellos, los naturales de esta región privilegiada y seductora cual jardín de princesa árabe de las *Mil y una noches*, fueron los que formaron los famosos cantonales de 1872; los que provocaron la insurrección de Cartagena y la incautación de nuestra escuadra, apresada por la Marina inglesa; los que organizaron aquellas bélicas cohortes que dieron fama á sus gentes, entre ellos al Antoñete Gálvez, con quien había de mantener, en 1893 y años después, rudas luchas electorales, el autor de este libro, en sus elecciones com diputado por la circunscripción de Murcia, que lo fué cuatro veces. Y fueron los que contribuyeron más, en fin, á combatir los Gobiernos republicanos y á perder por siempre la República en muy famosa sesión del Congreso, la noche trágica del 2 al 3 de Enero de 1873; la

que disolvieron los soldados del general Pavía, arrojando á la calle los representantes de la nación, víctimas de insanas y mortíferas vesanias patricidas.

\*\*\*

Por los años de 1882 y 1888, el malestar público era ya tan sensible y peligroso que hubo necesidad de que el Gobernador de la provincia dictase bandos prohibiendo en absoluto la mezcla de pimentón y aceite. Pero como esto afectaba, con grave daño, á la esencia del comercio, los bandos no tenían eficacia y seguía la mezcla manteniendo un desasosiego continuo. A principios del siglo xx, la lucha se enardeció; las pasiones se hicieron más violentas; los huertanos amenazaban invadir y arrasarse la capital, y los Alcaldes, ganosos de complacer las demandas de los labradores, se mostraban severos, perseguían lo que llamaban una adulteración, cogían los sacos llenos del precioso condimento y los arrojaban al río Segura.

Como era de rigor sucediese, las regiones de las provincias de Alicante, Albacete, Cáceres... que producían también pimientos y pimentón, pero de condición inferior al producto de la vega murciana, echaban leña al fuego; y llegó ya una situación en que esta riqueza agrícola vió com-

prometida su existencia porque un Gobernador, en 1902, reprodujo los bandos prohibitivos de la mezcla ordenada veinte años antes. Los exportadores eran mandados á los tribunales de justicia; los sacos de pimentón confiscados y arrojados al río; la prensa local y nacional se interesaba en el conflicto y se ponía del lado de los cultivadores de la tierra; los pequeños motines eran sofocados en Murcia por la fuerza pública, después que el sonido georgiano de las caracolas se dejaba oír por la Vega, reuniendo los huertanos en son de pelea; y comisiones de ellos se presentaban en Madrid, dirigidas por sus jefes políticos, para requerir del Gobierno una conducta enérgica, á favor suyo.

El Ministro de la Gobernación, D. Alfonso González, requiere del Gobernador nuevos bandos que se fijan en las esquinas, con fechas 4 de Octubre y 31 de Diciembre de 1901; el Diputado á Cortes Sr. La Cierva interpela al Gobierno en el Congreso, sin que la situación se despeje, el problema se ilustre convenientemente y la paz se restablezca. El Ministro Sr. González se retira, y le sucede el Sr. Moret, quien ya agobiado por las numerosas y fuertes perturbaciones de orden político, social, económico, industrial, mercantil... que aquellas perdurables y hondas revueltas mantenían, y ya interesado en ellas el Parlamento, de-

cide dejar en suspenso todo orden preceptivo y proceder á un estudio serio del problema, sustrayéndole á las informaciones, apremios, amenazas y exigencias de uno y otro bando, y sometiéndolo á los estudios tranquilos, serenos, demostrativos y bien documentados del problema mismo. Hombre demasiado listo el Sr. Moret, sobrado conocedor de los gravísimos problemas de la riqueza pública y de la economía política, se resistía á tomar determinaciones radicales que pudieran herir de muerte una riqueza tan hermosa y considerable, sumiendo en la miseria ciegamente una de las regiones más felices de nuestro litoral Mediterráneo. Para realizar este estudio, el Sr. Moret fijó su atención en el Director general de Sanidad, le llamó á su despacho y le dijo lo siguiente:

—Ya ve usted qué malo está eso de Murcia. Todos alborotan y todos pretenden tener razón. Este asunto no está bien estudiado, y á usted corresponde hacerlo. Como ilustró usted con sus libros lo de los humos de Huelva y lo del saneamiento de Sevilla (1), debe estudiar esto de la mezcla del pimentón, que es un problema sanitario en su origen y en su esencia. ¿Es nociva esa mezcla?

---

(1) Se refería á mi informe sobre el saneamiento de Sevilla, consecutivo á una inspección hecha en Septiembre de 1901. Obra de 300 páginas, ilustrada con muchos planos y gráficos.

¿Constituye una adulteración condenable, ó una elaboración industrial, base de riqueza que se debe respetar y favorecer? La opinión pública está muy excitada. No me dejan en paz. Tenemos una proposición de ley con dictamen en contra, y á Cierva deseando discutirlo y apurándome. Yo no veo claro eso, y no quiero obedecer á presiones, ni resolver á ciegas. ¿Dice usted que esos casos hay que estudiarlos bien en el terreno? Pues hágalo cuanto antes.

El Director general de Sanidad escuchó á su jefe, y le respondió:

—Recuerde usted que siempre he considerado, como usted dice, necesario realizar en serio ese estudio importantísimo, y creo también que debe ser el Director general de Sanidad el funcionario que lo haga, con la amplitud y la profundidad que reclaman su naturaleza y el estado social de la región murciana. Yo lo haré con mucho gusto; pero he de hacer á usted una observación previa, y es que, no teniendo ese problema solamente un aspecto sanitario, aunque sea el más importante, sino que, además del social, el económico y otros, tiene el político—porque bien se ve que en él intervienen con pasión los representantes en Cortes de la provincia—, yo debo recordar á usted que he sido, hasta hace poco, diputado por la circunscripción de Murcia; que tuve allí cuatro elecciones, y

perdí el distrito porque los jefes liberales de allí, que eran mis apoyos, no me perdonaron la conducta honrada y digna que seguí cuando el famoso expediente de las quintas (1), donde un médico militar fué enjuiciado por un tribunal de honor, y mi compañero en diputación también tuvo que renunciar á su acta; y entonces, porque yo no dí la cara ni amparé lo que mi conciencia me condenaba, y me limité á no intervenir en aquel ruidoso caso, que era lo más benévolo que podía hacer, se pusieron contra mí aquellas fuerzas populares que un día fueron mis apasionados electores, defensoras de un culpable, y tuve que buscar asiento en el Senado, y esto puede complicar la cuestión en el debate.

—Pues ello nadie lo puede ni lo debe estudiar con tantos fundamentos como usted, y á usted corresponde. El Gobierno así lo quiere.

—Perfectamente; ya no digo más sino que siempre voy con gusto á mi puesto de honor, y que iré á Murcia y estudiaré sobre el terreno, poniéndome en contacto con todo el mundo, especialmente con los huertanos, mis electores en tiempos pasados, cuanto se relacione con este asunto. Con-

---

(1) Un expediente muy célebre por sus protagonistas y sus incidentes políticos; y que tuvo un curso y un final muy españoles: la impunidad.

servo allí todavía un grupo de amigos políticos y fieles de los antiguos positivistas que tenían por jefe Castelar; pero sé que ellos, personas correctísimas y muy prudentes, se abstendrán de toda intervención, aunque esta riqueza pimentonera les importe como ciudadanos y propietarios de tierras. Espero que podré mantener y garantizar mi escrupulosa imparcialidad en esta comisión delicadísima.

Es de advertir que el aspecto sanitario había sido ya dictaminado por la Real Academia de Medicina, con fecha 24 de Febrero de 1902, y por el Real Consejo de Sanidad poco después, el 4 de Marzo, en el sentido de que no era nociva la mezcla del pimentón con un aceite puro de olivas; pero como las reclamaciones de los huertanos, de la Prensa y de los Diputados, seguían con ardor creciente, se había presentado á las Cortes una proposición de ley, inspirada por el Sr. Cierva, y se hallaba pendiente de discusión.

El Ministro me dió las gracias por mi respuesta, y se hizo público en la Prensa que el Director general de Sanidad iría oficialmente á estudiar en Murcia la cuestión pimentonera. Esta resolución fué bien acogida en todas partes, y celebrada también fué por los señores Cierva y López Parra, Diputado y Senador, enemigo y partidario, respectivamente, de la mezcla. Mis amigos de

Murcia, en cambio, lamentaron el acuerdo, anunciándome peligros y maledicencias, á lo cual respondí que iba á cumplir un deber, y que no me importaban otras consideraciones que la de hacerlo bien y á conciencia de servir á la Justicia y al interés público. Y no tenía por qué preocuparme si la prensa local comentaba la noticia según su situación en la campaña. Después de todo, yo no iba á resolver el asunto; iba tan sólo á estudiarlo y á proporcionar al Gobierno y á las Cámaras legislativas los elementos de juicio necesarios para resolver en conciencia.

Con el fin de preparar mejor la información redacté un cuestionario, que contenía veinticuatro preguntas, y lo mandé á las partes interesadas con algunos días de anticipación á mi marcha, para que tuvieran tiempo de estudiarlas, documentarse acerca de los datos que pedía y preparar todos los factores prácticos de observación que consideraba necesarios. Este documento se publicó también en los diarios locales de las provincias interesadas.

\*\*\*

De Madrid salimos mi abogado agregado á mi secretaría, que lo era el distinguido D. Manuel Ródenas, hoy Inspector general de Policía, y yo,

el 14 de Abril, y regresamos el 24 por la mañana. De suerte que invertimos en nuestra inspección nueve días. En ellos estuvimos incondicionalmente á disposición de toda clase de personas, colectividades, intereses, representaciones y de quienes pudieran decirse interesados en la comisión que llevábamos. Vimos cuanto nos enseñaron. Recogimos todas las pruebas, documentos y muestras, de frutos y accesorios, que nos ofrecieron; interrogamos lo que nos pareció, á las autoridades y Corporaciones científicas, agrarias, industriales y sociales, y no nos rendimos, ni sustrajimos á cuantas molestias, pruebas y enseñanzas de cualquier género nos invitaban ó pedían, reiterando los ensayos y repitiendo los experimentos, cuando surgía alguna duda ó debate. Sorprendíamos, cuando menos esperados éramos, aquellos elementos de juicio, datos y verificaciones que tenían los almacenes y despachos que podían darnos alguna luz. Repasamos toda la correspondencia de las casas exportadoras, recibida en los cuatro últimos meses. Nos apoderamos de los originales, y los trajimos á Madrid para fotografiarlos; lo cual nos facilitó dilatar luego nuestra información por el mundo, escribiendo al comercio mismo, origen de la riqueza exportadora. Citamos á todas las Asociaciones agrarias y ligas de huertanos, quienes en varias sesiones, y con la concurrencia de miles

y miles de labradores, dirigidas por sus presidentes, y llevando sus oradores, llenaron el teatro de Villar, el más espacioso local de Murcia; y expusieron sus quejas y razones en largos discursos, aportando muchos y bien meditados escritos. Otro tanto hicimos con los almacenistas pimentoneros y productores de envases, cuyas fábricas también inspeccionamos, etc. Es decir, nada nos quedó por hacer.

La información, las visitas y los experimentos se hicieron siempre con orden perfecto, tranquilidad, satisfacción general, excelente armonía y convencimiento general de que todo se practicaba á conciencia y bien. El sector principal, de cuantos elementos actuaban, es decir, las legiones de huertanos, nos demostraron constantemente agrado, respeto y hospitalidad, semejantes á los que de ellas recibíamos cuando por los años 93 al 97 me dieron sus votos. Yo agoté mis frases de reconocimiento y satisfacción con ellos por su conducta, con la cual, acreditaron que su antiguo diputado á Cortes era siempre digno de su confianza y respetos. Y en la obra que después publiqué, para rendir cuenta al país, á las Cámaras y al Gobierno, de mi cometido, hube de consignar esta conducta plausible en los siguientes términos: «Los huertanos pudieron crearnos dificultades, y no los facilitaron todo; pudieron darnos disgustos,

y nos colmaron hasta de amistosas satisfacciones; pudieron mostrarse desconfiados, y creyeron siempre en nuestra honrada protesta y conducta de hombre justo y sincero; pudieron haber obedecido á malignas y torpes sugerencias, que periódico indiscreto y amigos interesados procuraron infundirles, y nos abrumaron con sus aplausos y sus vivas». Del otro lado, del de la gente política y del Ayuntamiento, fué de donde lamenté descortesías, ataques y promoción de incidentes, que perturbaran y desacreditasen mi tarea delicadísima.

Como la producción pimentonera tiene también mucha importancia en las provincias de Alicante y Cáceres, visité asimismo las dos. De Orihuela acudió á las informaciones una representación inmensa. En Navalmoral de la Mata, el 4 de Mayo se abrieron las informaciones, y comparecieron los representantes de Jaraiz, Cuacos, Aldeanueva de la Vera, Jarandilla, Villanueva de la Vera, Losar de la Vera, Robledillo de la Vera, Garganta de la Olla y Páramo de la Vera, correspondientes á la región desde Madrigal á Páramo, llamada la Vera de Plasencia, de nueve á doce leguas de extensión. Y de la segunda, correspondiente á otros pueblos, Aldeanueva del Camino, Abadía, Granja del Granadillo, Zaña, Gargantilla, Segura, Galisteo, Montehermoso, etc., acudieron

informantes en menor número. Las informaciones eran presididas por mí, con asistencia de las autoridades, entre ellas el Gobernador. Sus informes se basaban igualmente en respuestas á las 24 preguntas de mi cuestionario.

No satisfecho con estos datos, solicité y obtuve todavía las informaciones de Navarra, Logroño, Salamanca y Valladolid. Utilicé luego los análisis del Laboratorio Municipal de Madrid; los datos de exportación registrados en la Dirección de Aduanas; los dictámenes de los Altos Cuerpos Consultivos, y luego terminé con una información más importante y entretenida: la del comercio todo que se surtía del pimentón, en España y en el extranjero.

Esta información, nueva en su género, tratándose de una cuestión oficial y sobre materia mercantil como ésta, la hicimos de la manera siguiente: Sin previo aviso nos presentamos en los despachos de los almacenes de Espinardo, centro principal de la exportación pimentonera; examinamos toda la correspondencia, según ya hemos dicho; solicitamos nos la entregasen para repararla en Madrid, con promesa de devolverla cuanto antes; recogimos la de los cuatro meses últimos y la de los 13 exportadores almacenistas más reputados y nos llevamos un total de 201 cartas, con las cuales pudimos corresponder con los más

grandes consumidores de España, América, África, Francia, Italia y Portugal. Redactamos un cuestionario que no contenía más que dos preguntas. Con ellas, en nombre del Gobierno español, se solicitaba saber si su proveedor le surtía de pimentón de la casa X..., y si necesitaba seguir recibéndolo con el color rojo intenso, y la mezcla conocida de aceite que tenía el que recibía de ordinario, ó si podía sustituirle con otras marcas, cuyo fruto fuese de pimentón puro y color más bajo. Y terminaba invitándoles á hacerme observaciones sobre el punto que había provocado una crisis tan grave. Mandé 150 cartas á otros tantos consumidores, en grande. Me respondieron 39, de primera intención, 26 tras de segunda solicitud y siete á la tercera. Total, 112. Quedaron sin responder 18 cartas tan solo. El resultado del interrogatorio expuesto y de otro complementario, fué el siguiente: 19 rechazaban la mezcla y pedían la reforma; 16 eran neutrales, no se declaraban en pro ni en contra, y respecto á la reforma la aceptaban si se hacía general y *todos los comerciantes la aceptaban*, y 195 se manifestaron partidarios decididos de la mezcla, rechazando el cambio; «están muy conformes con el género que reciben y como lo reciben. Se oponen á ensayos nuevos, y en nombre de la clientela protestan contra la idea de la reforma.» Las contestaciones de to-

dos fueron muy corteses. Parte de esta correspondencia fué fotografiada y reproducida en mi libro. Su texto y los términos en que muchas contestaban no podían ser más expresivos, ni de sano aperecibimiento para un Gobierno serio, de carácter y deseoso de servir al consumidor; ya que en ellas se anunciaba el propósito de variar el sitio de donde lo adquirían, y acudir á las preparaciones y marcas de otros países que se las ofrecieran á su gusto. Algunas denunciaban un hecho raro: que varios de los enemigos de la mezcla, que la combatían en Murcia, eran exportadores de ella y utilizaban el conflicto creado para colocar mejor sus marcas.

\*\*\*

Con tan copiosos informes redactó el suyo el Director General de Sanidad, y lo hizo en muy breve tiempo. Quien esto escribe es hombre que ha dado pruebas abundantísimas de que evacua con gusto, pronto, y, en lo posible, á conciencia, los informes, por extensos que sean. En pocos días y semanas echa fuera de su pensamiento libros de 200, 300 y 400 páginas. Aquella Memoria quedó redactada el 30 de Junio. Se imprimió y formó un libro en 4.º menor, de 636 páginas. Desde el 16 de Abril, en que comenzó la información de Murcia,

se mantuvo la correspondencia con el mundo comercial, y se escribió la última cuartilla, habían transcurrido dos meses y medio solamente. El texto contenía gráficos, algunos á tres colores, y el resumen de la riqueza tan comentada y referente á la exportación hecha en 1901 sólo por la estación de Murcia, omitiendo la mucha realizada por carreteras y otras varias estaciones, se manifestaba en las siguientes proporciones y demandas:

Consumidores por valor de 6.367.313 kilogramos exigían la mezcla, porque así lo deseaban sus clientes, la mayor parte en el extranjero. Consumidores por valor de 406.360 kilogramos, la querían sin aceite. La Memoria terminaba con veinte conclusiones, síntesis de sus enseñanzas.

Cuando tuve la satisfacción de entregar, ya impresa, al Ministro de la Gobernación Sr. Moret, mi jefe, la primera Memoria que recibí de la imprenta, miró el libro con asombro, lo hojeó ligeramente en mi presencia, y dijo: «Voy á examinar este trabajo extraordinario. Es una información á la inglesa. Hay que presentarlo al país por medio de la Prensa. Reuniremos á los periodistas y usted se lo dará á conocer».

Así se hizo. La Prensa de Madrid fué invitada á una junta en el salón de sesiones del Ministerio de la Gobernación, cierta tarde. Asistió á ella el señor

Moret; le di una pequeña conferencia sobre el contenido del libro; después se la obsequió con un *lunch*. La Prensa fué justa con aquel trabajo. La Memoria fué repartida á los Senadores y Diputados, se envió á los centros oficiales y se difundió pródigamente. Hoy constituye un documento histórico, que tendrá siempre grandísimo valor para conocer las vicisitudes y la naturaleza de esta fuente de prosperidad de la región murciana. A ella agregaron después, los exportadores y almacenistas, una edición especial de los discursos que hube de pronunciar en el Congreso, defendiendo su contenido, y las razones que aconsejaban á todo Gobierno sensato conservar la mezcla, respetar las marcas creadas, dejando á la industria en su más libre desarrollo, y combatir con laboratorios y sanciones penales las adulteraciones que los malos fabricantes y exportadores pudieran cometer.

\*  
\* \*

El compás de espera, aceptado por la opinión pública, por la Prensa, y los elementos agitadores de Murcia, con motivo de mi información, tocaba á su término. La excitación se reproducía, exigiendo del Gobierno y el Parlamento que resolviesen cuanto antes esta grave crisis, dando

satisfacción á la demanda de los cosecheros. Se preparaban manifestaciones que habían de recorrer las calles de la ciudad, yendo al Gobierno civil á demandar enérgicamente que se prohibiera la mezcla. Una de 20.000 personas que se debía de celebrar el 28 de Septiembre, se aplazó hasta el 5 de Octubre, porque debiendo de asistir el gran político liberal y orador eminente Sr. Canalejas, aquel día, á un banquete en Murcia, que le ofrecía la sociedad del tiro nacional, no convenía que se creyera que las masas buscaban apoyos extraños, en una cuestión local que el Gobierno parecía hallarse dispuesto á resolver, conforme con los deseos de la huerta. Los periódicos más autorizados apretaban al Gobierno. Las marcas del pimentón; la feracidad de las tierras regadas por el Segura; el canto al fruto privilegiado, casi exclusivo de los valles ribereños, que producían más de la mitad del que daba el resto del mundo, y el poema, idílico y dramático á la par, del huertano que cultiva el fruto con el sudor de su frente, comparado con el exportador que, tranquilo y codicioso, recoge la ganancia, eran los temas que ocupaban á diario las columnas de la Prensa.

\*\*\*

Por fin se reanudaron las sesiones de Cortes, y el día 20 de Octubre el diputado murciano se-

ñor La Cierva, pronunció un extenso discurso interpelando al ministro de la Gobernación y combatiendo el voto particular del conde de Garray, opuesto al dictamen de la Comisión del Congreso, que era contrario á la mezcla. El diputado murciano estuvo duro con el Gobierno y atacó á la Memoria. Los atropellos cometidos con el director de *El Diario de Murcia*, D. José María Tornel, escritor muy popular, muy murciano y defensor de la mezcla; el encarcelamiento de presidentes de Sociedades de la Huerta, con la suspensión de éstas; las cuestiones agriadas; las provincias de Alicante, Albacete y Cáceres, formulando reclamaciones contra la mezcla, es decir, contra el mercado preferido y predominante; la detención de sacos, su confiscación y su arrojamiento al río que baña la capital; los bandos gubernativos á granel; motines, ya sofocados con la fuerza pública; las comisiones numerosas de huertanos que venían á Madrid y llamaban la atención, discurriendo por las calles principales, y celebrando audiencias con las autoridades, llevando al frente los diputados; la política interviniéndolo ya todo y minando la tranquilidad de las hermosas vegas; la riqueza de 15, 20 ó más millones de pesetas que se repartían entre cien mil familias de huertanos, fuente de prosperidad en la cuenca del Segura, muy comprometida... motivos eran que daban grande interés al de-

bate, traían preocupado al ministro Sr. Moret, y en grande desasosiego á los gobernadores de las provincias pimentoneras, quienes en unos casos prohibían la mezcla y en otros la toleraban.

El discurso del Sr. La Cierva, que dió principio al debate y fué pronunciado en dicho día 20 de Octubre (1902), impugnando el voto particular, ocupa diecinueve columnas del *Diario de Sesiones*, y quedando en el uso de la palabra lo terminó el 21, dándole grande desarrollo: en total, unas cuarenta y dos columnas.

Atacada duramente mi Memoria por ser el motivo esencial, ó la fortaleza que había necesidad de destruir, tuve que salir al encuentro defendiéndola, y pronuncié otro largo discurso que duró dos días, y en los cuales superé en razonamientos y análisis á mi contrincante. Ocupó esta exposición cuarenta y seis columnas del *Diario de Sesiones*, y en él se registran hasta veinticuatro interrupciones de varios Diputados, siendo los más inquietos los señores La Cierva y Cañadas.

Este debate se mantuvo en la Cámara hasta el 29 de Noviembre. Intervinieron en él los Diputados Sres. La Cierva, Cañadas, Díaz de Revenga y García Alonso, que representaban distritos de Murcia, y los Sres. Romero Robledo, conde de Albay, Cepeda, duque de Bivona, Silvela, Maura, Moret, Ortega, Sáenz y Azcárate por diferentes

motivos; el Conde, defendiendo su voto particular al dictamen contra los ataques de La Cierva. Las rectificaciones fueron numerosas también, y la pasión caldeó con exceso los discursos. Una materia tan sencilla y nimia, al parecer, como la de de si se había de permitir la elaboración industrial de un producto alimenticio, con la cual había conquistado los mercados del mundo, puesta en entredicho por intereses ya puramente socialistas, mantuvo más de una vez la atención del Congreso, y en ella hube yo de batirme solo contra todos los actuantes, excepto el conde de Garay que mantenía mi propia doctrina apoyando su voto. En asunto tal, con ilustración copiosa como la que yo llevé en mi libro, de índole tan sencilla y de razones tan sólidas y decisivas para resolver, no hubiera podido encenderse y perdurar una discusión tan larga y apasionada, ni se comprendería tampoco, si no se tuvieran presente las consideraciones de orden social y político que allí reinaban.

Más de cien mil huertanos de la rica vega del Segura, que son los que deciden las votaciones políticas de la circunscripción y de algunos distritos, solicitaron una reforma que convenía á sus intereses económicos, y la querían imponer á toda costa. En estos casos, sean cuales fueren la razón y la justicia, los políticos, mirando sus conveniencias,

se ponen siempre del lado de las masas, que son las que eligen, y surge ya ese imperativo ordenamiento que perturba insensatamente á los políticos y los gobiernos, especialmente los democráticos, y los arrastra á las fáciles complacencias y violaciones del buen sentido, á lo que se conoce con la expresión de *gobernar para la galería*. En estas sugerencias y desconciertos, «la Patria, la Razón, el Derecho, la Justicia, el Interés público», todo eso en que debe pensar y servir un gobernante austero y una conciencia ciudadana, inspirada y regida por sentimientos y virtudes cívicas, es extraordinariamente raro, y yo no lo he visto dirigir en España los destinos públicos con valor, con energía, con perseverancia, con todas sus indeclinables y abnegadas consecuencias de sacrificio de la popularidad, del gobierno y de la vida, más que en un hombre: Castelar.

Este mantuvo contra todo el mundo, abdicando su gloria y su poder—y levantando la vista y el corazón para mirar la Patria, y solamente servir á ella—la más valiente y honrada conducta, actitud de arrepentimiento, y rectificación, que puede tener un hombre de Estado. Después, nadie, ó casi nadie. Maura, fué quien á veces apuntó en serio y señaló el deseo de regirse con parecidos requerimientos de su conciencia, pero no se le ha dejado gobernar. En aquella ocasión Maura fué instrumento de

La Cierva, y apenas nombrado ministro de la Gobernación, en Enero de 1902, ordenó, con un precepto administrativo, que fuera servida la galería, á cuyas voces, y no á las firmes, numerosas y concienzudas enseñanzas de mi Memoria, atendió.

Durante el debate, el Gobierno liberal y el Ministro, á quien yo representaba, me abandonaron, y no tuve la presencia ni el apoyo suyo. Moret luchaba entre sus convicciones y su conveniencia. No quería ir contra la mezcla, porque se convenció de que era matar la primera fuente de riqueza agrícola murciana; y no quería disgustar á los huertanos, porque temía las alteraciones de orden público. Sorteaba la situación difícil no asistiendo al banco azul, no exponiendo la opinión del Gobierno y no adoptando resolución alguna.

Contra esta deserción impolítica y ofensiva al Parlamento, se alzó enérgico el Sr. Romero Robledo, quien en la sesión del día 24, oyéndole yo que me interrumpía, hube de revolverme contra él, suscitándose el siguiente episodio:

—¿Qué dice el Sr. Romero Robledo?

Respuesta suya:

—Que el Director de Sanidad aquí no es nada; que aquí no hay más que el Gobierno; eso es lo que digo; eso es lo que voy á discutir.

—Yo advierto—respondí ya excitado—, cuán bien hubiera estado que eso lo hubiera dicho el

Sr. Romero Robledo, no en este momento en que me levanto para defenderme, sino durante toda esta tarde, en que una vez, tras otra vez, mil veces en cada hora, y más de cien mil veces en la tarde, se ha estado combatiendo al Director de Sanidad y á su obra. Pero eso, su señoría, Sr. Romero Robledo, en vez de venirse sobre mí, que soy principiante en estas lides y torpe, con esa observación, con ese, en cierto modo, para mí inseguridad, ataque de su señoría, ¿por qué no se lo ha dicho al señor Revenga, su amigo?

No bastando esta apelación al Ministro, el 30 de Octubre, cuando finalizaba la sesión, el Sr. Romero Robledo se dirige al Presidente de la Cámara rogándole «le permita hacer un ruego al señor Ministro de la Gobernación: que asista mañana á la discusión de este asunto, porque quiere plantearla en el terreno constitucional y legal, porque la discusión con el Director General de Sanidad está completamente fuera de todos los términos legales y de todas las relaciones permitidas entre el Poder legislativo y el Poder ejecutivo.»

El Sr. Romero Robledo tenía perfecta y absoluta razón. Si era censurable aquella deserción de un Ministro como Moret, ante una cuestión tan grave, ya era incomprensible. La situación del Director General de Sanidad no podía ser más antirreglamentaria y desairada, batiéndose solo contra

diez diputados, desamparado del Ministro y con una Cámara que, por ser española, se resentía de nuestro bien conocidísimo defecto: que no le interesan las cuestiones económicas, de doctrina y de intereses generales y locales, cuando en ellas no se promueven incidentes personales ó intervienen los jefes de partido y los grandes y encumbrados oradores. Y consistía en que el bueno de Moret carecía de aquel sentido práctico y dotes de gobierno, que es necesario tener para regir departamentos ministeriales, y llevar las riendas de los negocios públicos con energía, resolución y buen ojo práctico.

El Sr. Moret acudió la tarde del 30, y ya con el Ministro delante pronunció Romero Robledo un discurso largo, en el cual hubo de decir lo siguiente:

«Me encontré con que no venía nadie más que los interesados, los diputados de Murcia y algún otro amigo... Yo he admirado la exuberancia de actividad que supone la Memoria, y la exuberancia de esfuerzo físico y de palabra de que ha hecho verdadero derroche el señor Director general de Sanidad. Admiraba los esfuerzos titánicos del Sr. Pulido en defensa de su obra, y lamentaba que el Parlamento llevara sesiones tras sesiones, discutiendo las opiniones del señor Director general de Sanidad.»

Y luego, más adelante, decía:

«No se trata sólo de esa legumbre, de ese condimento; se trata de si han de tener pan, para sí y sus hijos, los huertanos de Murcia; si han de poder arrastrar la vida regando con su sudor aquellas fértiles y hermosas tierras los labradores, ó si han de sucumbir y caer en la miseria por una medida irreflexiva y mal entendida, que mata la escasa riqueza que á tanta costa reunieron con sus inauditos trabajos y sus esfuerzos; y así colocada la cuestión, tiene que adquirir títulos á la consideración de todos, á la resolución del Parlamento y, sobre todo, á la resolución del Gobierno.»

El Sr. Romero Robledo, que seguramente no había leído mi libro, pues á lo sumo lo habría hojeado, y que se hallaba comprometido á apoyar la causa que defendía su correligionario y subordinado, el Diputado murciano Sr. Díaz de Revenga, no apreció bien la razón comercial, que era lo más principal y grave de mi información, y se manifestó también enemigo de la mezcla. Estuvo muy amable y atento con mi trabajo, lo cual, en un parlamentario tan batallador y crítico como él, ya era un triunfo mío, y por eso, entre los juicios lisonjeros con que me favoreció, hube de agradecerle el siguiente:

«Entre las muchas cosas que he admirado en el Sr. Pulido hay para mí una inestimable, una

que en política se cotiza muy alto, que es LA SINCERIDAD.»

Romero Robledo demostró con este juicio su fina observación y exacto calificado. Es verdad; la sinceridad ha sido siempre, aun contra los más severos apercibimientos de prudencia, que sin cesar me hace la voz del egoísmo, mi virtud y mi vicio; razón de carácter simpático para unos pocos, y antipático para los más; mérito para adelantar, á veces, é impedimento, las más, para estancarse y no llegar al fin; causa de triunfo efímero y de derrota definitiva. El Sr. Romero Robledo, que había realizado una política famosa en España, y proverbial, todavía, por sus frescos convencionalismos y sus poliquerías, funestas para la patria y para el mundo (1), tenía que admirar la conducta y la sin-

---

(1) El Sr. Romero Robledo fué, en 1885, siendo Ministro de la Gobernación, quien llevó á la *Gaceta* la Real orden prohibiendo las vacunaciones anticólericas del Dr. Ferrán, que hacíamos en Valencia y Madrid contra la epidemia que sufría España. Habiendo demostrado ya la guerra europea, de una manera asombrosa y en absoluto incontrovertible, que esa vacuna aborta, seguramente, las epidemias de la peste del Ganges, se deduce que aquella disposición ha sido causa de que, durante treinta y tres años, la Humanidad haya sufrido los estragos de uno de esos azotes de Dios que ya había sido conjurado científicamente por el eminente bacteriólogo español doctor Jaime Ferrán. Los estragos que este mal aterrador ha causado desde entonces, que suman miríadas de vidas, hay que achacarlos al Ministro, ignorante y desacertado, que escuchó la voz de aquellos amigos, médicos y

ceridad de quien, solo y contra todos sus electores y amigos murcianos, demostraba que sus conveniencias todas las supeditaba á la verdad y á la honradez.

Y acreditando más aún la exactitud de ese juicio, decía yo, en otro discurso mío, lo siguiente:

«El señor Ministro de la Gobernación, que está

---

políticos, que fueran sus asesores y le indujeron á contener el progreso de la Ciencia y la gloria de un sabio español, tan bienhechores á la Humanidad. También en este caso, como en el del pimentón que examinamos, la política se alzó, cual impura Cestina, á contener la obra del Bien y servir al genio del Mal. Véase esta magna cuestión en mi obra *Vae Inventoribus Magnis!* Año 1920.

En esta ocasión, el Sr. Romero Robledo, á quien no se podía negar la cualidad de habilísimo, afluente, infatigable y muy ingenioso polemista, por más que muy poco culto, como le sucede á la casi totalidad de nuestros políticos, tuvo para mí frases muy lisonjeras, como las de: «persona dignísima, médico famoso, hombre de grandes condiciones, muy esforzado y trabajador...»; pero no me reconocía competencia para tratar la cuestión agraria bajo todos sus aspectos. Muy bien hallaba que hablase de si era nociva ó no la mezcla, como Director general de Sanidad; pero, ¡hablar de los intereses de la agricultura, del comercio, del capital, de la riqueza! ¡Escribir una Memoria tratando bajo todos estos aspectos el problema! Eso no lo podía concebir quien hablaba de todo, á tontas y á locas, y en aquella ocasión ponía en peligro de muerte la primera riqueza agraria de Levante con su proverbial ligereza. Por eso encontraba que el debate que sobre la opinión del doctor Pulido el Congreso mantenía «era más académico que propio de un Parlamento.» ¡Ah! Nuestros parlamentarios de renombre, ¡cuán causantes son del desastre nacional!

presente, puede atestiguar cómo estoy en condiciones de hacerlo, porque entre nosotros no ha habido ni siquiera cambio de impresiones sobre la materia, puesto que me limité á entregarle la Memoria y los documentos para que los examinase y los juzgase como creyera conveniente.

»No hay en todo ello, pues, más que una manifestación de hombre sincero, que rinde culto á la verdad. Yo he procedido aquí como el individuo que se entrega á lo que estima justo, y entiende que por esa justicia debe luchar y perecer. Yo no he hecho otra cosa en toda mi vida más que combatir por estos motivos: mi vida está llena de peripecias y choques, en los cuales no he tenido más aspiración que defender la verdad. Guiado por estos móviles he llegado hasta inocular enfermedades en mi propio cuerpo, y cuando me he creído poseedor de una verdad (S. S. Sr. La Cierva, tiene cerca amigos míos que pueden atestiguarlo), he roto con familia y con amigos, he despreciado mis intereses y he llévado por delante esa verdad, de la que soy una especie de esclavo. Comprendo que esto no será conveniente, y que guiará á tener disgustos; pero es cuestión de temperamento, y como el temperamento puede más que yo, me arrastra. No parece sino que la historia no está llena de estos ejemplos de culto á la verdad. No hay más que ver lo que Garnault está haciendo

por averiguar si la tuberculosis se reproduce ó no en determinadas condiciones.

»En este asunto, repito, soy un convencido; como tal me manifiesto, y, en virtud de ese convencimiento, aconsejo á la Cámara que no vote contra la mezcla, porque, en mi opinión, fundada en ese estudio profundo de la cuestión, si se vota contra la mezcla, tal como hoy se halla constituido el comercio murciano, se vota contra los intereses de Murcia, contra los intereses de España, y se realiza una malísima obra.»

La apelación que hacía el Sr. Romero Robledo al sentimentalismo, abogando por la suerte, el beneficio y la ventura de los labradores de la Vega del Segura, en mí holgaba, porque eso lo había sentido yo en grado mayor, y no solamente lo había expresado con frase ardiente en mi obra informadora, sino que lo repetí en mis discursos de Murcia y del Congreso. En estos consta la siguiente protesta, dicha con intensa y conmovedora emoción, testimonio de que ambos procurábamos servir á la misma inspiración social, aunque con reflexiones, juicios y decisiones diferentes. Antes que él, yo había dicho, en la sesión del día 27, lo que sigue:

«Porque, señores, yo podré tener grandes éxitos en mi vida; seguramente no tendré muchos; pero declaro, perdonadme la inmodestia, que éxito

como el que tuve en Murcia con motivo de la información, no volveré á tenerlo; á pesar de que allí se preparó contra el Director de Sanidad un disgusto muy grande. Ya me lo dijeron. Voy á leeros unas frases del periódico que entonces agitaba á los huertanos, que era como el evangelio suyo, el que les daba á entender lo que habían de creer y lo que habían de realizar; y vais á ver, por estas frases, que allí se procuraba prevenir el espíritu de los huertanos contra el Director general de Sanidad; y tratándose de gente como aquella, apasionada, viva, de sangre africana, pronta á la manifestación y al revuelo, pronta á la turbulencia y al hecho, no tenía nada de particular que, disgustada contra mí, prevenida por todo aquello que se decía en Murcia, hubiera fácilmente cometido un atentado. Y así me lo dijeron ellos mismos. En la primera tarde de la información, cuando salíamos de la Diputación, después de las palabras que yo les dirigí, fuimos hablando de esto al ir á otro local, al circo Villar, en vista de que no cabían en la Diputación los 1.500 ó 2.000 huertanos que asistieron, y cuando por la noche senté á mi mesa á Francisco Sánchez Meseguer, á Morales y á otros presidentes de Asociaciones, en la intimidad, con esa efusión natural entre comensales cuyos corazones fraternizan, cuando hay esa comunicación de sentimientos afectuo-

«... sos con la que toda suspicacia y toda prevención desaparecen, entonces me dijeron: «¡Pues si viera usted cómo estábamos prevenidos contra usted!»

Decía así este periódico, la tarde del 14 de Abril:

«Hemos leído con detenimiento el cuestionario que ha formulado el Sr. Director general de Sanidad para la información sobre las adulteraciones del pimiento molido. Ayer lo publicamos, y seguramente habrá observado el público cierta parcialidad, en la forma de hacer las preguntas, para que las contestaciones resulten en favor de la mezcla con aceite.

»Nuestra sinceridad nos obliga á consignarlo así, previendo la triste y final solución á que estamos expuestos...

»No queremos ahondar hoy más en esta materia; basta á nuestro propósito del momento, consignar la visible parcialidad de ese cuestionario en favor de la mezcla con aceite, por la forma de hacer las preguntas.

»Lo demás, ello vendrá de por sí; háy que habituarse á las sorpresas.»

»Señores, ¿era esta una manera noble de proceder? Cuando yo requería de parte de todos la calma; cuando yo había ido allí con la aprobación y el aplauso de los Sres. La Cierva y López Parra,

que representaban intereses opuestos; cuando yo había ido contra la oposición, contra la negativa de los pocos amigos particulares que allí tengo, que amigos políticos en verdad, puedo decir en justicia no los tengo; cuando yo llevaba allí esa austeridad que todo el mundo no tiene más remedio que reconocerme, y que penetró, como la luz en los ojos, en los espíritus de aquellos huertanos, que desde el primer momento comprendieron que se encontraban ante un hombre honrado; el prevenir los ánimos contra mí, el crearme dificultades que acaso determinasen que en aquella información pudieran ocurrir desastres, ¿no era una verdadera felonía? Así se lo dije yo; no podía menos de manifestárselo, el autor de este artículo, amigo mío, que se había sentado alguna vez á mi mesa, y que creía que de esta suerte podía servir mejor los intereses que defendía, arrollando completamente, no ya sólo los propósitos y las altas miras, sino hasta la misma persona del Director general de Sanidad.

»Pero yo estuve inspirado aquel día; lo estoy pocas veces, pero lo estuve entonces, perdonad la inmodestia. No sé cómo me las arreglé, pero hice míos los corazones de aquellos huertanos, y eso que no les engañé. Yo no les prometí nada; yo les hice entender que si había ido á oír sus quejas, también tenía que oír la de los otros; que si había

ido á oír sus razones, no podía desoir las de los otros; que en mí no habían de pesar (y ahí están los periódicos de aquellos días) las amenazas; que en mí no habían de pesar más que la razón y la justicia de las reclamaciones y, sobre todo, que yo había de atender únicamente á la conservación de la riqueza, y que en este sentido había de informar al Gobierno; y les dije el último día, en un discurso que ellos aplaudieron mucho:

«¡Ah, señores! Advertid que se servirá á la razón y advertid que aun cuando no tuviérais un derecho, si hay margen para la gracia, de vosotros será esa gracia, y el Gobierno seguramente hará en vuestro favor cuanto sea posible, porque vosotros representáis la humildad, porque vosotros representáis la necesidad, porque representáis esa clase inferior, representáis la masa, y tenéis un derecho que no tienen los demás á estas consideraciones que se derivan de la gracia.»

»Aun hablándoles con esta sinceridad, aun haciéndolo de tal manera que uno de los presidentes de sus Asociaciones me llamó la atención diciéndome: «Sr. Pulido, que algunas veces les dice usted cosas que no les agradan»; aun con esto, yo obtuve allí el cariño y el aplauso de aquellos cosecheros, y vine muy obligado á las atenciones que de ellos recibí, y guardo por ellas y para ellos una verdadera é imperecedera gratitud.»

Y más tarde, en momentos de viva exaltación y en una interrupción molesta conque el Sr. Cierva me apretaba, para recoger de mí la declaración de que era exacta una afirmación hecha por él y que contrastaba y pugnaba con datos oficiales que yo había recogido y exponía, hubo grave discordancia donde amenazaba un conflicto personal, un choque, contra el cual yo requerí, con energía, del Presidente de la Cámara, señor Marqués de la Vega de Armijo, mantuviera el respeto que merecían mis convicciones y los datos que exponía en defensa de mi tesis.

Tuve entonces, por ello, que interrumpir mi discurso, para reclamar el respeto á la libre exposición de mis razones y al derecho de mis creencias honradas, en la exactitud de los datos oficiales que yo había recibido, hasta de autoridades amigas al propio Sr. La Cierva, en punto muy importante, y frente á las imposiciones y los datos provenientes del Sr. La Cierva. Y lo reclamé para que evitase, en consecuencia, un choque personal, violento, entre dos diputados, cuyos enérgicos temperamentos y desmesuradas vehemencias chocaban y amenazaban con un conflicto impropio de la majestad del Parlamento y de la dignidad y caballerosidad de ambos contendientes, y así lo hizo. Esto ocurrió en la sesión del 30 de Octubre, y ya al final de la sesión.

La discusión de este asunto duró hasta el 29 de Noviembre, sábado, día en que La Cierva anuncia que la Comisión que entiende en la proposición de ley prohibiendo la adulteración del pimiento molido, acuerda mantener el dictamen y pide á la Mesa que en la sesión del jueves se ponga á votación el voto particular del Conde de Albay.

El lunes, 1 de Diciembre, hubo una discusión sobre sucesos ocurridos en la Universidad de Barcelona: penetración de la fuerza-pública por agitaciones escolares, mantenida por los Sres. Romero Robledo, Silvela, el Ministro de Instrucción pública y Romanones; y en la sesión 2 de Diciembre, cuando se habían convocado las fuerzas parlamentarias para votar el voto particular del Conde de Albay, que, contra las conclusiones del dictamen, proponía á la Cámara la aprobación del respeto de la mezcla, surgió un motivo especial ajeno á este debate: fué el producido por una proposición de los Sres. Díaz Moreu, Romero Robledo, Silvela, Azcárate, Barrio y Mier, Sánchez Guerra y Castellano, es decir, una conjuración de todas las oposiciones para deducir la «Responsabilidad del Gobierno por la contratación de barcos para la Armada y por la cesión á la industria privada del Arsenal de la Carraca».

Una discusión breve entre el Sr. Díaz Moreu y el Ministro de Marina, Duque de Veragua, llevó

pronto á una votación, la cual dió por resultado 96 votos de las oposiciones, contra 86 ministeriales. Quebrantada la disciplina del partido liberal por disgustos de algunos de sus miembros, muchos se abstuvieron, como los Sres. Montilla, Suárez Inclán y Rodríguez, que habían sido ministros hacía poco, y efecto de ella cayó el partido liberal, cuyo Ministerio lo formaban cuando le sucedió el conservador presidido por el Sr. Silvela: Sagasta, Almodóvar, Puigcerver, Weyler, Veragua, Eguiñor, Moret, Romanones y Salvador. Había durado desde el 17 de Mayo de 1901 al 6 de Diciembre de 1902.

Desempeñando la cartera de Gobernación el Sr. Maura, una de sus primeras disposiciones fué prohibir, con una Real orden, la mezcla.

\*\*\*

Desde el final del año 1902, en que estos hechos acaecieron, hasta el final de 1920, en que escribimos nuestro relato, han transcurrido diez y ocho años, y se ha creado la suficiente experiencia para poder conocer y juzgar ya serenamente, sin pasión, cuáles efectos ha causado aquella Real orden del Sr. Maura, que prohibía y castigaba la mezcla del pimentón y aceite, y que dice ó proclama aho-

ra *l'ardua sentenza* justiciera que, según Manzoni, pronuncia la posteridad, sobre los sucesos y los éxitos de la vida en curso.

De los que entonces luchamos tan apasionadamente han muerto muchos ya, pero viven todavía la mayor parte. De los que debatimos en el Congreso existen con plena capacidad, y Dios los conserve bien muchos años: Cierva, el Conde Garay, el Duque de Bivona, Jesualdo Cañadas y Luis García Alonso. Y han fallecido Romero Robledo, Silvela, Cepeda y D. Ezequiel Díez Sanz de Revenga.

La tesis de la información y los extremos que se discutían de mi libro eran muy sencillos, y pueden resumirse en breves enunciados. Muchas veces, las enseñanzas de los más grandes textos se pueden condensar, en unos cuantos postulados, sentencias ó conclusiones. Helas aquí:

La mezcla de pimentón puro y aceite bueno de olivas no es notiva á la salud ni es perjudicial al condimento.—Las sustancias grasas pueden enmascarar adulteraciones del pimentón; pero éstas se descubren fácilmente y tienen el castigo de las leyes penales, como sucede con las que se hacen con las elaboraciones de todos los productos industriales. Esta mezcla ha sido el origen de la creación de una riqueza agrícola inmensa en Murcia, que importa favorecer y desarrollar.—Acredi-

tadas en el mundo muchas marcas del pimentón mezclado, elaboradas y propagadas por los exportadores, no es prudente alterarlas y suprimirlas, si el consumidor rechaza el cambio y hay competencias de otros pueblos y regiones, que andan buscando mercados para sus productos similares.— Quien imponga con una ley, ó una disposición administrativa cualquiera, esta reforma, advierta que echa abajo la primera fuente de riqueza agraria que tiene Murcia, porque la casi totalidad del mercado ha respondido á la consulta oficial, hecha solemnemente por el Gobierno español, que su clientela consumidora no acepta la reforma y cambiará de marcas y procedencias si se le imponen.

Esto era lo que decía y probaba, con demostraciones, hasta la saciedad, mi libro de 636 páginas, y no quisieron leer, ó si leyeron no lo quisieron creer, los que me combatían. Y algunos de éstos hicieron más: calumniaron, suponiéndome vendido á los fabricantes pimentoneros; otros me supusieron, en su día, vendido á los locos, los enfermos pobres, los condenados á muerte, los ciegos y los hebreos, cuando, con motivo de ellos, defendí, en libros y discursos, causas interesantes á la Humanidad, la Justicia, la salud pública, la desgracia de los abatidos y los prestigios y los intereses de la Patria.

—¡Bien puede defender con discursos esa mez-

cia—decía en la tribuna de los ex diputados del Congreso, la tarde del 22 de Octubre, cuando yo discursaba, uno que había sido gobernador y había desatinado bien en su mando—, porque eso le vale veinte mil duros!

Vivos están, en su mayoría, los exportadores de entonces, y ellos podrán decir que *ni las gracias*, con carácter colectivo, me enviaron. Y un representante de ellos, que menudeaba sus visitas á la Dirección de Sanidad y nos proporcionaba, á Ródenas y á mí, datos que necesitábamos para nuestra información, podría atestiguar, si viviera, que algunas veces almorzó con nosotros en agradecimiento nuestro, al celo que mostraba por servirnos, con fidelidad escrupulosa y celo investigador.

\* \* \*

Hemos escrito hace poco, al comenzar estos artículos, una carta á D. Juan Díaz Sánchez, exportador de pimiento molido, residente en Espinardo, uno de los más inteligentes peritos y bien documentados exportadores que entonces nos informaban sobre lo que nos interesaba saber acerca de este sector de la riqueza en estudio, y he aquí lo que ha respondido á las preguntas que le he formulado acerca del estado actual de la misma, por

lo que se refiere á la cantidad de exportación y á la mezcla del pimentón con aceite:

«*Espinardo, 21 de Enero de 1920.*

»Adjunto tengo el gusto de acompañarle relación correspondiente á los detalles que desea conocer, y he de decirle, con referencia á su pregunta sobre lo del aceite, que aunque está en vigor la famosa Real orden, que usted ya conoce, parece ser que nuestros adversarios se han convencido de que la mezcla repercute en beneficio de toda esta región, y aunque ven y saben perfectamente que se viene haciendo, pasan la vista por alto y no se dan por entendidos.»

«*Espinardo, 6 de Febrero de 1920.*

»Tengo el gusto de notificarle que la exportación de pimentón se hace sin trabas de ninguna clase, y que los análisis y certificados nos los entregan con la mayor equidad y prontitud, y tanto á nosotros, como al productor, en nada se nos molesta.

»Sí puedo asegurarle que no se adultera el producto, teniendo este Gremio de Exportadores montado un buen servicio de inspección, el que funciona por una comisión compuesta de agremiados.»

De la exportación no tenemos cifras totales, ni de exactitud bien garantida. Supone este dato una rebusca que no intentamos realizar ahora, dadas las

muchas ocupaciones que nos embargan. Son, por consiguiente, las que damos, inferiores á la realidad; pero, aun así, se puede ver que el pimentón, que en 1903 producía 5.347.872 de pesetas en una zona solamente, ahora, en ese mismo sitio, produjo el año 1919 la grande cantidad de 41.876.593.

**Exportación de pimiento molido durante los años siguientes (1).**

AÑOS	Salida por estación Murcia.	Salida por otras estaciones.	TOTAL DE KILOS
	Kilos.	Kilos.	
1903....	4.211.990	1.084.910	5.296.100
1904....	4.369.874	1.120.150	5.490.874
1905....	4.786.565	1.230.140	6.016.705
1906....	5.087.911	1.271.980	6.359.891
1907....	5.628.437	1.350.315	6.978.752
1908....	6.078.814	1.519.080	7.597.894
1909....	6.982.260	1.725.060	8.707.320
1910....	7.141.846	1.790.461	8.932.307
1911....	7.775.253	1.943.850	9.719.103
1912....	6.872.069	1.718.017	8.590.086
1913....	8.765.607	2.191.400	10.957.007
1914....	7.550.659	1.887.664	9.438.323
1915....	7.773.660	1.943.415	9.717.015
1916....	7.749.004	1.937.251	9.686.255
1917....	7.435.787	1.865.946	9.301.733
1918....	5.966.333	1.500.583	7.466.916
1919....	6.070.436	1.520.609	7.591.045

(1) Al *Diario de Sesiones* llevamos un plebiscito personal de 642 casas de comercio españolas con un consumo de pimentón de 2.295.340 kilos, y de 11 casas extranjeras consumidoras de 272.600 kilos. Total 653 casas con 2.567.940 kilos de consumo anual medio de pimentón murciano con aceite.

Movimiento aproximado de los siguientes productos exportados por Murcia y sus limitrofes. (Sin responder de su precisa exactitud).

AÑOS	Pimentón. <i>Pesetas.</i>	Seda. <i>Pesetas.</i>	Agrios. <i>Pesetas.</i>	Hortalizas y frutas.
1903 ....	5.347.872	2.020.100	4.620.140	Incalculable, por ser muy heterogénea la producción.
1904.....	5.600.780	2.164.800	4.980.250	
1905.....	6.760.893	2.320.500	5.650.160	
1906.....	5.870.970	2.280.620	4.421.522	
1907.....	6.280.740	2.721.560	5.642.351	
1908.....	7.394.876	1.840.120	2.621.120	
1009.....	10.784.934	1.937.560	2.139.867	
1910.....	9.654.792	2.560.100	5.326.211	
1911.....	11.876.933	2.430.200	4.828.420	
1912.....	8.490.650	2.752.500	5.312.980	
1913.....	13.870.456	2.921.760	6.221.680	
1914.....	7.876.874	2.231.260	1.612.260	
1915.....	8.764.537	1.762.530	2.060.140	
1916.....	10.874.540	1.321.420	2.741.580	
1917.....	18.870.580	2.142.310	4.239.820	
1918.....	30.496.872	2.658.980	5.720.380	
1919.....	41.876.593	3.121.520	6.230.920	

La actualidad nos enseña lo siguiente:

Que la Real orden de Maura, prohibiendo la mezcla, quedó incumplida, y no tuvo otro efecto que calmar los clamores y contener las amenazas de los adversarios, dándoles una satisfacción moral, pero sin realidad alguna. La mezcla siguió, fuera ya de la ley, pero continuó impertérrita como una función imperativa, *sine qua non* subsistiría la riqueza murciana.

Que la acción oficial no organizó en forma con-

veniente el órgano analizador de las adulteraciones, y ese requisito hubo de quedar naturalmente reservado al celo de los mismos exportadores, interesados en que las exportaciones contuvieran pimentón de buena y pura calidad.

Que esta situación anormal, constituida al margen de la ley, pero fuera ya de ella, abría la puerta á esas corruptelas frecuentes de una inspección maleada por ocultaciones, ilegalidades y benevolencias lucrativas, que se debían haber evitado.

Y que no hallándose perturbadas la biología y la regulación corriente de este comercio, porque los comerciantes y los consumidores seguían recibiendo las marcas que eran de su agrado, continuó la evolución progresiva que venía teniendo esta riqueza; su consumo aumentó y los ingresos se triplicaron.

Es decir, que se vino á constituir un estado ilegal por un desacierto del Gobierno en su precepto literal; pero quizá un acierto si se entiende que la finalidad del Poder público ha de ser siempre prevenir todo trastorno del orden social, aunque sea á costa de artificios y engaños, realizados á conciencia. Lo cual es tratar á los pueblos lo mismo que se trata á los niños. Y siendo expresión de una profunda verdad, aquel conocido aforismo del gran doctor Letamendi, que dice: «Los pueblos son como los niños, que se quejan siempre con

razón, aunque muchas veces no se conozca la razón porque se quejan», es evidente que entonces los huertanos tenían motivos para quejarse de una desestimación injusta de sus frutos; pero ni ellos, ni el Gobierno, apreciaron bien la razón causal que les llevaba á poner remedio á su mal. La disposición del Gobierno no podía ser más insensata, y por ser esta su naturaleza fué de las que, como se dice en lenguaje parlamentario, nacen muertas. Las huestes de la oposición, preparadas para votar el voto particular del conde de Albay, se encontraron frente á una mayoría ministerial abandonada, indiferente, dirigida por un ministro que se inhibió de intervenir en un asunto de grande interés público, por una de aquellas indecisiones que tan perjudiciales son en los Gobiernos frívolos, irresolutos y débiles, y ésta sufrió una derrota que podía haber evitado, si hubiera prestado el Sr. Moret al problema la atención debida, y hubiera opuesto á las fuerzas de las oposiciones las de la mayoría, que eran de hecho muy superiores. No lo hizo, y él mismo derrotó su Gobierno.

Este es un caso frecuentísimo en la vida de estos Gobiernos nuestros, cuando realizan política sin convicciones, sin estudio de los problemas y sin el valor necesario para imponer lo que corresponde y demanda el bien público.

Hemos desarrollado más de la proporción ordinaria la crónica de esta crisis agraria de Murcia, porque ella contiene muchas importantes enseñanzas que deben no pasar desapercibidas al lector, por muy mediano pensador que sea. Como en un organismo pequeño se hallan comprendidos todos los más profundos y maravillosos problemas de la biología de los grandes, así en este caso abundan numerosos motivos de meditación y de prudente gobierno, para las naciones, de que andan muy necesitados los hombres que rigen los destinos públicos, y lo están los pueblos que se alzan sin razón airados, demandando con violencia, de sus Gobiernos, disposiciones y reformas que van contra sus propios y deseados bienes. El complacerlos entonces repugna al orden natural de las cosas y al Código biológico imperativo de los hechos mismos, por las razones de su propia condición inmutable. Como que esta crisis, promovedora de una agitación social, latente por espacio de muchos años y llevada al fin á la plaza pública, primero, y á la nación, después, en su período culminante, reveló adolecer de numerosas perturbaciones, en el buen sentido de las cosas, y enderezarse á producir graves atropellos en el derecho y el bien públicos.

Calumniados y maltratados fuimos en ella: Moret y el autor de este relato, por viles adversarios, atribuyéndonos sobornos y granjerías que

indignaban nuestra honradez, y herían nuestros prestigios. Censuraban, en el Ministro, que se mantuviera en una conducta discreta y previsora, negándose á decretar resoluciones que habían de perjudicar, con evidente seguridad, á la riqueza murciana y á los intereses de los mismos huertanos, que reclamaban su ordenamiento. Y en el Director de Sanidad, haber hecho, de cuestión que importaba tanto á las provincias agrícolas, un estudio extenso, profundo y tan á conciencia, que todos los factores sociales en él interesados hubieron de reconocer había sido impecablemente imparcial y austero; y por haber puesto de relieve sus lógicas y fatales responsabilidades económicas si se perturbaba su modo de ser, con decretos del Poder público, que habían de rechazar los millones de consumidores que el pimentón tenía en el mundo. La prensa radical, siempre dispuesta á combatir los Gobiernos y halagar las masas; los adversarios políticos y los maldicientes sistemáticos, que por su condición han de serlo contra todo, no se cansaron de arrojar el lodo que pudieron contra nuestra honradísima y obligada conducta, relatando los fajos de billetes de mil pesetas que venían á premiar el soborno de las autoridades y funcionarios, cuando más aplausos merecían el valor cívico y la circunspección bien capacitada de su conducta.

Desconocieron, entonces, las masas de labradores y, lo que fué más grave, las conveniencias de los políticos—más obligados á conocer las sanas advertencias que hacían la dinámica y la biología de los grandes intereses y los requerimientos del bien público—, que en todo lo que existe hay siempre un código fundamental de señorío y de dominio, contra el cual nadie debe atentar, porque es causa de muerte el violarlo. La Prensa tiene, para su vida, un soberano indiscutible: son sus lectores, sin los cuales aquélla no existe—las Naciones un juez indeclinable: la conciencia pública—; las Religiones una inspiración severa: la moral de su dogma, y el Comercio una inapelable autoridad: el consumidor. Por esto, cuantos se alzaron airados contra las enseñanzas de mi Memoria y las revelaciones fieles que en ella hacía su autor, el Director de Sanidad, olvidaban que en aquel conflicto no se podía, ni se debía, discutir una cuestión de ética alimenticia basada en si un pimentón puro, por sólo la razón de su natural pureza, tenía derecho, moral y jurídico, á prevalecer sobre otro pimentón que, mezclado con aceite, adquiría cualidades físicas y fisiológicas que el consumidor encontraba más gratas y preferibles; sino que se imponía acatar aquella preferencia de los consumidores de todo el mundo, que habían creado la riqueza y advertido, solemnemente ya, que su gusto y su vo-

luntad eran que se le sirviese el pimentón que venían tomando siempre, y que no aceptaban imposiciones de nadie: Gobiernos ni cosecheros, que les ordenaran someterse á sus caprichos y conveniencias. Comprobado hasta la saciedad por muchos análisis, por la experiencia de un siglo que tenía su empleo, y los dictámenes de las corporaciones sabias, que dicha mezcla, cuando honrada y buena, era sana, y que como el consumidor sabía muy bien lo que tomaba, no era, ni se creía, víctima de fraudes, el más elemental precepto del buen sentido ordenaba respetar este gusto, no solamente porque fué, es y será siempre una gran verdad el espíritu, aunque no lo sea la letra, de aquella sentencia: *Sobre gustos no hay nada escrito*, sino porque habría la misma razón para perseguir esas riquísimas industrias que constituyen los cultivos de los productos puros, como el vino, el tabaco, las frutas en conserva y confituras, etc., etc., y para ordenar que nadie fumase ni tomase café, por temor á sus efectos tóxicos y estimulantes.

Bajo este esencial aspecto, el artículo primero de la parte preceptiva del Real decreto de Maura —publicado en la *Gaceta* del 1.º de Enero de 1903, y fechado el día anterior, 31 de Diciembre de 1902—es un lamentable despropósito, porque hasta ordena la prohibición del uso de este condimento ó especia, AUN SIENDO SANO; y llama fraude á la in-

corporación de una sustancia tan alimenticia, nutritiva y de precio superior al polvo mismo del fruto, como es el aceite puro y bueno de olivas.

Ese precepto administrativo, hoy todavía vigente y llevado en su día á la *Gaceta* con vehemencia nerviosa—como señal de triunfo y de castigo, que sirvió sólo para calmar la agitación de los adversarios de la mezcla, pero que nunca se acató—, no tuvo cumplimiento, ni lo tendrá, porque sus mismos promovedores y autores tienen la conciencia y la seguridad de que, si se cumpliera, la riqueza de la vega de Murcia, que hoy les lleva una corriente de millones, se desviaría de su cauce actual y afluiría á otras naciones. Ese Real decreto es un testimonio elocuente, un síntoma patognómico, como decimos los médicos, de esa lamentable inferioridad jurídica que mostramos á menudo en España, sancionando leyes y ordenando preceptos que carecen de buen sentido y abundan en causas de afrenta, descrédito y ruina. Sobre él han pasado ya diez y ocho años de incumplimiento, y su texto hoy hace sonreír y promueve pena, al mismo tiempo, porque es sensible ver á su pie la firma de un hombre tan cesáreo y serio como es el Sr. Maura; y observar que los labradores, cosecheros, fabricantes y exportadores, conviven muy tranquilos, viendo, en perfecta armonía, cómo las marcas del pimentón aceitoso si-

guen conquistando nuevos mercados y aportando á la prosperidad y ventura de las comarcas donde se cultiva esta solanácea, una riqueza que no bajará de sesenta millones de pesetas.

\* \* \*

Consuelo muchas veces ha producido al autor de este trabajo ver cómo los hechos, por fuerza de su misma inmutable y poderosa fatalidad orgánica, han impuesto á la corta, ó á la larga, el reconocimiento y el respeto de sus leyes fundamentales, y han resultado triunfantes aquellos apercebimientos y normas que su estudio le había hecho exponer y aconsejar. Durante su preparación, propaganda y debate, hubo de ser, en sobradas ocasiones, combatido, maltratado y, por lenguas viperinas, víctima de difamaciones y perjuicios; pero á la postre la luz se hizo, la razón se impuso y aquella conducta aconsejada en conciencia y con estudio, hubo de seguirse: pero el luchador quedaba derrotado y malherido en la pelea.

Esto sucedió al autor cuando, en 1885, sostuvo en Madrid, y en el Ateneo, las Academias y la Prensa, el apostolado famoso de la doctrina de Ferrán en la vacunación contra el cólera asiático que asolaba á España, y fué reducido, con el gran bacteriólogo y sus partidarios, á la impotencia por una desdichada Real orden de Romero Robledo,

para que luego, muchos años después, fuese proclamada por todas las naciones de Europa, la gran virtud y realidad de aquel invento grandioso, después de que se comprobó su eficacia asombrosa en los ejércitos atacados del azote indio, en la guerra europea.—Esto sucedió también cuando sus estudios y consejos para que se respetaran las teleras en el grave problema de las minas de Ríotinto.—Esto, igualmente, cuando propuso la reforma de la pena de muerte y la reforma de los hospitales, etc., etc., y esto hasta cuando, en su informe inspector y comparativo acerca del trato á que se hallaban sometidos muchos centenares de pobres locos de la provincia de Madrid, en los manicomios de San Baudilio de Llobregat, dirigido por médicos, y el de Ciempozuelos, dirigido por religiosos, procediendo con el mayor respeto, en que su piedad, su cortesía y su prudencia habían por necesidad de mantenerle, señalaba á los segundos la necesidad de tratar á los pobres enfermos locos, que son los más desventurados de la patología, con procedimientos y asistencias que la ciencia ordena, y recibía por ello ataques y desconsideraciones de los intereses creados y de soberbias personas especuladoras.

Y esto es tan exacto, que me trae á la memoria, y de ella desciende á la pluma, una de las campañas más apasionadas de mi vida, la que más

disgustos me proporcionó durante muchos meses, al extremo de que, desviándome ya de mis cauces, ocupaciones y gustos ordinarios, hubo de obligarme á tener que consagrarme, con el ardor y la constancia que yo he puesto en mis empeños siempre, cuando estos servían á intereses públicos importantes, á dominar el juego de las armas y hacerme un tirador regular: á espada, sable y pistola; recibiendo en la puerta del Sol las lecciones de Carbonell y Adelardo Sáenz en su sala de armas, y en los salones de tiro, allá por los años de 1890, 91 y 92.

Y como esto lo hice por asegurar el respeto á mi persona y mis opiniones, y sostener una reforma en pro de las clases desvalidas, de los humildes, de los locos desamparados y recogidos por la Diputación provincial, entre los cuales hay muchos obreros á quienes la herencia, la miseria y el alcoholismo, castigan demasiado con enfermedades mentales, vale la pena de que teniendo aquí algo de aquéllo, ya que mi experiencia me hace ver que no está demás, evoque hoy esto que entonces dije. Ello probará que con los intereses sociales sucede frecuentemente lo que decía Horacio acontece con los vocablos anticuados y puestos en desuso:

*Multa renascentur quae jam cecidere...*

Así terminaron aquella grave y larga crisis pimentonera y el debate parlamentario que, durante un mes, se mantuvo acerca de ella, en el Congreso de Diputados. Yo no recuerdo de nada parecido en las Cámaras: Un alto funcionario, representante de importantísimo ramo de la Administración pública, requerido y obligado á estudiar una de las crisis agrarias más importantes y curiosas que se han llevado al Parlamento, se presenta á éste, en nombre del Gobierno, aportando una de las informaciones más concienzudas, claras y trascendentales, que se han sometido á conocimiento y resolución de los Diputados, y se ve desamparado de su Ministro, blanco de los ataques de todos los oradores, entre los cuales se hallaban los próceres más altos de la política, y él solo ampara la razón, la justicia y la conveniencia del interés público, como de manera sobrado elocuente y definitiva ha demostrado, por fin, el tiempo.

Los ataques dirigidos contra su persona y su Memoria no pudieron ser más apasionados. Cuando nombrado por su apellido, cuándo por su alto cargo, pasaron de *seiscientas* las veces que fué citado en los muchos y largos discursos que se pronunciaron, seguidos de sus correspondientes rectificaciones. Con argumentos y sofismas de discutidores se quiso destruir, sin lograrlo, el efecto de su estudio, concienzudo, prolijo y seriamente he-

cho, y encerrado en un libro de 636 páginas. Se acudió á todo género de ataques, cicaterías y minucias, para censurar hasta las paradojas y frases más sencillas de su texto, y se puso en grave aprieto su piadosa prudencia, que luchaba por contener, á pesar de su necesidad, el dejar deshonrado y deshecho el prestigio de un infeliz compañero procesado; ¡y esto lo hacían los mismos que antes le habían pedido misericordia para no agravar y aliviar su situación! Y, lo que es peor, se ensañaron contra el solitario autor de la ponencia, solamente persiguiendo intereses políticos. Cuando el tema estaba agotado, la Cámara fatigada, y habían expuesto ya su autorizado juicio Maura, Silvela, Azcárate y otros oradores de este fuste, todos —¡pero qué sorpresas ofrece la realidad para convencerse de la ofuscación y el error de los hombres que parecen más clarividentes!—, y se acercaba la votación, por fin, el Ministro de la Gobernación, Sr. Moret, salió á la defensa de su subordinado, el Director general de Sanidad, y dijo lo siguiente (Sesión 3 de Noviembre):

«Quiero recoger una indicación, que voy á someter á la Cámara, para quejarme de la manera como se ha tratado á una persona que ha prestado un servicio al Gobierno; que ha trabajado, por mandato del Gobierno, con un desinterés y con

una claridad, que serían siempre de desear para ilustrar cuestiones de este género.

»Aquí se ha discutido al Sr. Pulido; se han discutido sus argumentos; se ha traído al debate todo aquello que podía agriarlo; todo aquello que no podía ser agradable, y lo único que no ha habido es justicia para la manera cómo un empleado del Gobierno ha cumplido su misión...» Y así habló, haciendo una defensa ardiente de mi obra, y señalando el mal precedente que era, para ilustrar las cuestiones, «el que á las personas que se dedican con tanta devoción al cumplimiento de su deber, como el Sr. Pulido, se les dé por premio de sus trabajos el ir á investigar hasta los actos más pequeños y hasta los antecedentes de su política en Murcia (1). Yo necesito protestar contra eso, y recordar al Parlamento que no tendríamos en la Administración los datos que son necesarios, ni nadie querría estudiar los problemas nacionales, si han de ser los ataques personales el fruto que ha de recoger quien á sus estudios se consagra. Yo estaría muy lejos de cumplir con el más elemental deber de caballero, si no hiciera esta defensa del Sr. Pulido.»

---

(1) Máxime cuando éstos eran los de haber sido correctísimo y moral al no haber querido amparar, con su prestigio y autoridad, un delito grave y escandaloso cometido por un diputado murciano; abstención que le hizo perder el distrito-circunscripción para siempre, ya.

Mi Memoria y mi consejo al Gobierno y á las Cámaras advertían, que si se cohibía la libertad industrial y se prohibía la elaboración de las marcas que el comercio mundial quería, se mataba la riqueza de este producto. Y que había, por tanto, necesidad de respetar el deseo y la voluntad del comercio, dándole lo que pedía; pero persiguiendo con mano fuerté y mucha severidad las adulteraciones verdaderas.

Mi consejo, aun fuera de la legalidad, ha sido seguido; y el resultado lo demuestra el cuadro estadístico de la riqueza agraria de Murcia, ya publicado, que prueba cómo la riqueza aumentó ocho veces. Y aquí terminamos esta, larga, sí, pero también muy instructiva crónica.

VIII

LA CIUDAD DE LOS EXPERIMENTOS  
TRÁGICOS



## CAPITULO VIII

---

### La ciudad de los experimentos trágicos

*Octavo caso.*—Barcelona es una ciudad favorecida por la Naturaleza y por la Historia, tan pródigamente como pocas ó quizá ninguna otra de España lo ha sido; hay que reconocer la exactitud de este juicio. Pero también es forzoso admitir que, en el grado que ninguna otra, no ya de España, sino del mundo entero, esas mismas situación y circunstancias, por envidiables y soberanas, la han sometido á un destino fatídico, que sufre desde hace muchos años y no se le ve el fin.

Toda persona, sea quien fuere, natural de la urbe, forastera ó extranjera, que se dirija, en gratisimo paseo, por cualquiera de sus parajes elevados, por ejemplo, la cumbre del Tibidabo, en su lado occidental, ó la terraza del precioso Parque de Montjuich, del lado contrapuesto, gozará un in-

tenso deleite contemplando tendida, bajo su mirada, la rica variedad de elementos decorativos que aquí han reunido Dios y los hombres, constituidos por el mar, la montaña, el llano, la vegetación, la urbe y las industrias, formando un rico mosaico ó alfombrado de bellezas, tantas y tales, que producen verdadero arrobamiento.

Desde la cima del Tibídabo, la ciudad aparece en todo su esplendor. Gigantesco plantel de viviendas, que forman densa masa de construcciones—donde las grandes vías abren el corte de sus trincheras, y van á terminarse en los límites del mar que cierra el horizonte—, aparece ricamente festoneado, en grande extensión, por los villajes periféricos de Horta, Sarriá, Gracia, Sans, Hostafranchs, San Gervasio... incorporados á la metrópoli; el sembrado de quintas y hoteles, de variado gusto y apreciable riqueza, que rellenan los amplios espacios intermedios. Y en grande extensión, por uno de sus lados, luce la espléndida llanura por donde marchan el Besós y el Llobregat, feracísima vega, esmeradamente cultivada por unos lados, y embosquecida por otros, hasta perderse en seductoras lejanías.

Si se va á la terraza extensa del Parque de Montjuich —el cual, una vez ya terminadas las obras que en él se practican, será de los primeros entre los más bellos del mundo, y nada tendrá que

envidiar á la terraza de Saint-Germain, de París—, la vista cambia y el horizonte se cierra, aquí, con el suave anfiteatro de montañas y colinas, vestidas de tupidos pinares, que ocultan, tras de sí, paradisíacos alrededores, salpicados de pueblos industriales y vegas esmeradamente cultivadas. Colocad sobre esto un cielo azul y luminoso; dotadlo de un ambiente húmedo, suave, tibio, de climá apacible, dulce, donde las estaciones extremas atenúan sus rigores de calor y de frío, ya con el fresco de suaves brisas marinas, ya con la meteorología y las cualidades de una latitud donde el clima templado ofrece esas moderadas blanduras que permiten el desarrollo de las plantas y los frutos tropicales, y tendréis una idea ligera de las condiciones naturales de esta capital, la más poblada del Reino, porque su censo camina tras del millón y medio de habitantes, según general creencia.

Pero todavía podremos formarnos idea más completa de este lugar privilegiado si, tomando un Atlas, ó mapa geográficos, miramos el de Europa; ó si, remontándonos por los aires en un avión, apreciamos con la vista, y, donde la retina no alcance, con el pensamiento, la situación geográfica que ocupa el litoral en que tienen su asiento Barcelona y la capital próxima: Tarragona.

Contrayéndonos solamente á su dirección de

Oriente, aparece, con toda la magnificencia, el mar más glorioso, idílico y mejor dotado de preciosidades y recuerdos sublimes que tiene nuestro planeta, es decir, el mar Mediterráneo, porque es el de las civilizaciones semíticas, helénicas y latinas; el que encierra en su seno y sus costas los golfos, ensenadas, archipiélagos y ciudades más renombrados de la Historia; el que con más inspiraciones ha inflamado las almas de los grandes oradores y de los altísimos poetas, y el que brinda, en fin, á la vida que florece y se desborda en su litoral las comunicaciones más generales, fáciles y copiosas del intercambio y las mantiene entre razas y pueblos, por lo cual viene á ser, en rigor, un lago precioso que une los más grandes y soberanos continentes: Europa, Asia y Africa.

\*\*\*

Barcelona es la metrópoli mimada del extremo Occidente que luce este mar. Cerca, y por el Norte, está Marsella, la villa mercante que fundó una colonia focense seis siglos antes de J. C., y que constituye el emporio más rico de Francia y la émula más alarmante de la gran ciudad condal. Un poco más allá, dentro del mismo golfo, está Génova, la gloriosa capital de la Liguria, ornamento de Italia por su historia, su comercio, sus pala-

cios soberbios, sus ricas obras de arte y sus luchas antiguas contra la preponderancia comercial y soberanía de Venecia. Enfrente, y próximas, se hallan aquellas islas rientes y adorables de nuestro Archipiélago Baleares, de Córcega y Cerdeña, á través de cuyo estrecho de San Bonifacio se enfilan los barcos para ir á la ciudad eterna: Roma; más abajo Nápoles, el ideal vecino del Vesubio, ensenadas donde la vida intensa, gloriosa y progresiva, de urbes como Salónica, Atenas., justifican el nombre de los mares Adriático, Tirreno, Jónico, Archipiélago, Mármara, Negro, en cuyo litoral florecen hoy, y en lo pasado prosperaron, las civilizaciones griega y latina, y brillaron esas innumerables metrópolis cuyos nombres, historia y relaciones con nuestra vida nacional, embargaron nuestros estudios y memoria: en los primeros años de la vida, maravillándonos el relato de sus hechos y sus hombres extraordinarios.

Si desciende algo el examen, en seguida se tropieza con Africa, cuyas naciones costeras, como la Mauritania, Argelia, Túnez, Egipto, y, cerca, el vivero de islas y penínsulas que forman el Oriente europeo próximo, están llenas de lindas poblaciones, y todas habitadas de colonias numerosas de un pueblo que es español por su origen, su habla y su corazón; con quien nuestro comercio tiene ancho campo donde colocar las manufacturas

de nuestras industrias y los frutos de nuestros campos.

¿Qué otra ciudad se halla tan maravillosamente situada? ¿Cuál puede vanagloriarse con tantos favores de su destino, ornamentos de sus bellezas, ejecutorias de sus soberanías, acumulación de bienes y tesoros, y desarrollo de una vida espléndida y de tantos acumulados grandes capitales?

\*\*\*

Barcelona es, de hecho, la niña mimada de la nación española; la que imprime carácter á las preocupaciones de su Poder público, y la que recoge el fruto más preciado y neto de su vida económica. Ella, la que goza de más asombroso desarrollo, pues teniendo hace cuarenta y cinco años poco más de doscientos mil habitantes, hoy su población aparece más que decuplicada, ya que rebasa del millón doscientos, y después de la ciudad de Buenos Aires, es la metrópoli hispánica más grandiosa del planeta. Ella, la que presenta al igual que las ciudades más industriales de los Estados Unidos de América, Inglaterra, Alemania y Bélgica, un bosque de altas columnas que, como colosales pebeteros, de esa religión sublime que se llama la Industria, vomitan sin cesar, á los espacios, bocanadas de humos que acreditan su febril

y opulenta actividad, y ella, en fin, la que encierra en su seno una raza vigorosa, inteligente, trabajadora, simpática, espejo de bellas y fecundas cualidades, que lo único que necesita y requiere, es que se la permita desarrollar sus actividades y utilizar sus aptitudes en paz y gracia de Dios.

Pero Barcelona, que constituye por todo este conjunto de excelencias orgánicas, lo que se llama una ciudad heleno-latina, prototipo de salud, belleza y esplendorosas energías fisiológicas, tiene allá, en esos augustos reinos misteriosos donde se regulan los supremos destinos de la vida, algunos genios malhechores que, hostiles á su grandeza y encantos, se han propuesto hacerla desgraciada, y tan poderosos son, que han logrado esterilizar toda esta ventura y excelsitudes con dos graves dolencias, que hacen de ella una de las ciudades más desgraciadas de los tiempos presentes.

Barcelona, y por culpa suya Cataluña, sufre dos males: primero, en sus elementos directores autóctonos; el de un puñado de hombres soberbios, codiciosos de mando señorial y político, que han creado y encienden más y más cada día, contra razón y sus conveniencias, un espíritu de antiespañolismo, de autocracia nacionalista, de rebeldía y desasosiego incesante, contra su afligida y desdichada madre Patria; obra patricida que persigue con todas las malas artes imaginadas, apostasias y

perfidias, llegar á ser cabeza de ratón, cuando la naturaleza viene procurando que sean, y cada día pueden acentuarlo más y más, cabeza y directores soberanos de un león, que hoy domina lingüísticamente en todo el mundo y que es moralmente, uno de los pueblos más cesáreos y gloriosos de la historia.

Y la otra grave dolencia lo es, una infección degenerada, maligna del obrero, tan pertinaz y funesta, que ha convertido la ciudad adorable en laboratorio de experimentación de todos los radicalismos insensatos, disolventes, criminales, mortíferos, conocidos y por conocer, al extremo de que no hay población alguna en Rusia, Italia, Francia, ni en las naciones más neurósicas y turbulentas, bajo el aspecto político, que se le puede comparar; y no se conoce en la historia de las grandes transformaciones y crisis revolucionarias de las luchas sociales, desde las famosas de Grecia y Roma, nada semejante. Y es lo peor del caso, que habiendo incubado y cultivado, con este su modo de ser, un germen patógeno de la vida social, nuevo, virulento, contagioso y difusible, en alto grado, lo ha propagado á otras ciudades como Zaragoza, Sevilla, Valencia; en ellas ha presidido, ha tomado su personalidad especial y sume hoy, á nuestro país todo, á la nación española, en un abismo de inferioridad, atraso y

barbarie que determina el baldón y la ruina de la Patria.

Semejante tipo morboso es el resultado de infecciones y cultivos exóticos. Nunca tuvo el suelo ibero, y ninguno de los elementos étnicos que han constituido la raza española—ni aun con la inmigración y soberanía de tantos pueblos como la han invadido y han dominado aquí—, levadura y sangre de tan maligna condición como la que ahora se manifiesta. De modo contrario á como la mezcla de muchos gérmenes patógenos, de razas distintas, concluyen, en bacteriología, por formar una vacuna polivalente que defiende, previene, alivia y cura las graves dolencias que producen esos mismos gérmenes; aquí han venido de Italia, Francia, Rusia, Alemania y ¡el demonio sabe donde!, numerosos malhechores, apasionados, fanáticos, locos, que, á semejanza de Angiolillo y otros parecidos terroristas, han desarrollado unas doctrinas anárquicas y criminales que han enfermado la clase obrera y han creado esa falange catastrófica social, que produce los centenares de crímenes, quebrantos y ruinas incalculables que, desde años hace, sufre Barcelona.

\* \* \*

El autor de este libro es un individuo nacido en Madrid, pero de los más apasionados amantes que

tiene Cataluña, en general, y Barcelona, en particular, por toda España.

Habrá ido á la región catalana más de cuarenta veces; y de doce pasaron las que estuvo el año 1920. Sus sentidos todos y su alma se deleitan y arroban contemplando sus inefables bellezas naturales, estudiando sus fuentes de riqueza y las manifestaciones múltiples de su cultura. Conoce al detalle sus museos, hospitales, universidades, centros de cultura y de beneficencia; se honra con la amistad íntima, fraternal, de muchos de sus hijos; procura, en los límites de sus menguados medios, servirla y favorecerla cuanto puede, y de ella ha recibido pruebas de gratitud y homenajes artísticos que guarda con amor en su hogar. Acuciado por su aprecio, busca celoso sus testimonios de progreso; conoce sus valores profesionales y su aportación á las grandezas de la ciencia; es un ferviente defensor de la obra maravillosa de su ilustre hijo el Sr. Ferrán; en imprentas de Barcelona se imprimen libros suyos, que demuestran al mundo el inmenso beneficio que la Medicina y la Humanidad deben á quienes han librado á los pueblos de las epidemias del cólera indiano, que son Ferrán, Cataluña y España... Y de esta suerte, porque así siente, y tiene siempre en sus labios el himno de amor á Cataluña y la ferviente letanía mística de sus grandezas y virtudes, el autor de este libro

creo que cuanto pueda decir de Cataluña no debe ser por nadie juzgado como diatriba ó condena-  
ción de un catalanófobo, según allí se cree—equivocadamente—que hay miles en Castilla, cuando lo que sucede es que esa misma pasión, muy generalizada, les obliga y mueve á juzgar con vivo dolor y encendimiento de ira el inmenso mal que muchos hijos extraviados de la región, y no pocos extranjeros criminales, causan con su conducta á Cataluña y á España; madre necesitada de hijos virtuosos que la saquen del abismo adonde la llevaron sus desgracias.

Angustia incesantemente, al ánimo más sereno y estoico, coger la Prensa de Barcelona y leer lo que dicen, á la continua, sus órganos todos de publicidad; visitar cualquier hogar, de ricos y de pobres, y escuchar lo que hablan sus vecinos; recorrer sus fábricas y ver la crisis que todas, en más ó menos grado, sufren; penetrar en sus asociaciones, institutos y altos organismos de previsión, beneficencia, financieros, industriales, mercantiles, docentes... y consultar sus registros y los testimonios y síntomas de su vitalidad, funcionamiento y desarrollo; inspeccionar los servicios públicos y las manifestaciones de la vida ciudadana, bajo sus infinitas formas, y reconocer, en fin, de esta suerte, los testimonios todos de la dinámica biológica, de la energía funcional de ese grandioso y estupendo

organismo que se llama una gran ciudad, y angustia el ánimo todo esto, porque se comprende que así es imposible la vida.

Este amor nuestro á Cataluña, las múltiples relaciones que con sus factores integrales tenemos, nuestros altos cargos y el pertenecer al Consejo directivo del Instituto de Reformas Sociales, nos permiten conocer muchos datos y apreciar bien esa honda enfermedad que viene padeciendo. Tantos son, que podríamos escribir obra extensa sobre esta materia; pero siendo otro nuestro propósito, porque es tan sólo el de apuntar algunos de los graves conflictos de la riqueza y la vida social que hoy padecemos, circunscribiré mi exposición á algunas indicaciones de las más expresivas.

\*\*\*

Imposible es, hoy, aun al mejor contable y más perito economista, calcular los miles de intereses y de elementos de vida que se hallan perturbados en la vida pública y particular de Cataluña, desde los más valiosos hasta los más nimios, ya que en ella hasta los productos de exportación se hallan estancados y los encargos de los industriales no se pueden admitir, ni formalizar, tiempo ha. Los extranjeros, que eran una fuente de riqueza, huyen asustados, y falta ese contingente que constituye

uno de los factores más apreciados y productivos de toda ciudad cosmopolita. Las clases sociales han cambiado su típico carácter; pues aquella ciudad, que era espejo de cortesía en las esferas altas y medias, y de urbanidad, respeto y mansedumbre en las humildes, ahora se halla neurósica, irritable, áspera, justificadamente perturbada. Como que la clase media está en ella, moral y materialmente, deshecha.

En Barcelona, cualquier servicio, abastecimiento, menester y obra profesional, cuesta hoy lo indecible, y no se obtiene sino muy tarde y á des-tiempo. Quien desee amueblar una casa, pasará meses sin lograrlo; quien necesite publicar un libro, no lo verá impreso en mucho tiempo, y cualquiera contrato que se intente formalizar tropieza con indecisiones, vaguedades y celos, que lo imposibilitan. Todo está en crisis, y se carece de las primeras materias; el vidrio, los metales, el papel.. y el transporte. Es decir, se sufre un desquiciamiento de todo lo que es surtido, intervención auxiliar y elemento productivo y genético. Y para apreciar su estado moral, basta decir que en los diarios de hoy, suyos, leemos la siguiente noticia:

«Los periódicos de esta localidad publican una curiosa estadística de los sumarios instruídos con motivo de sucesos sociales en 1920.

•El total de causas instruídas —según dicha es-

estadística—por los delitos mencionados asciende á 8.045.

»El número de víctimas á consecuencia de los atentados, durante el año 1920, asciende á 70, y el total de los muertos, desde que comenzaron los Sindicatos, se eleva á 440.»

Un ilustre abogado, impuesto en estas candentes cuestiones, y alma de uno de los Institutos fomentadores de los intereses obreros, con quien mantengo interesante y larga conversación, requerido por mí para que me informe sobre estos conflictos sociales, me dice lo siguiente. Habla D. Juan Mon y Pascual:

«Hay que distinguir diversos momentos en los conflictos sociales: Al comenzar la guerra, los elementos obreros en Cataluña se hallaban casi totalmente desorganizados y en lamentable situación económica.

»Pero, al darse cuenta de las formidables ganancias de los industriales, empezaron á solicitar aumentos de salario, que les fueron concedidos, porque, al refluir en los precios de venta, eran soportados por los consumidores, y más de una vez sirvieron de motivo para justificar alzas desmedidas. De cuatro á cinco pesetas, que era el jornal promedio de un obrero industrial, ha llegado á ascender de diez á quince.

»Las mejoras logradas por los obreros fueron por

éstos atribuídas á la influencia del Sindicato único, el cual logró tener en sus listas la totalidad de las masas trabajadoras, coincidiendo este hecho con el final de la guerra.

»Vino después una segunda época, caracterizada por la lucha entre este Sindicato, que, al sentirse poderoso, ya sus directores (no el núcleo mayoritario de la masa) provocaron la lucha contra la organización patronal, la cual, como en reacción, apareció entonces para defenderse y agruparse, promoviendo el famoso *lock-out* del pasado año, que vino á determinar el final de este segundo acto de la tragedia social, con el choque pasional, más que económico, de las dos fuerzas.

»Desde entonces, un factor, que es ya endémico en Barcelona (el cual, al hallar ambiente favorable, se desarrolla y crece), coadyuvó en la lucha del Sindicato único, fué *el terrorismo*, manifestándose por medio de los atentados contra los patronos y por el pánico de las bombas. Tuvo su época de pujanza en el año 1919 y el actual, durante el cual apareció ya otro Sindicato; como reacción contra la actuación absorbente del Sindicato único, que imponiendo cuotas crecidas, ordenando paros parciales ó huelgas generales, asesinando á los adversarios y coaccionando á los Jueces y Jurados, llegó á ejercer un verdadero poder subrepticio al del Estado, con sus funciones legislativas,

administrativas y judiciales; apareció, pues, contra él mismo, el llamado Sindicato libre, cuyo núcleo lo constituyen los obreros extremistas del jaimismo (requetés) y los descontentos del único, adoptando el procedimiento del talión para repeler los atentados, es decir, matando, á su vez, á los obreros del Sindicato único.

» Como consecuencia de estos fenómenos, que explican las circunstancias que se detallarán, puede afirmarse: *a)* Que produjeron los trastornos sindicalistas y las huelgas daños económicos de consideración, desprendidos por la cesación del trabajo y por los paros, así patronales como obreros; por el estado de alarma reflejado en toda la vida comercial de Cataluña, y, sobre todo, porque esta intranquilidad y conflictos sociales retrajeron la actividad, y, singularmente, la afluencia de capitales (sustraidos, asimismo, por las especulaciones sobre divisas extranjeras), que hacía falta para la política económica post-guerra, ó sea mejorar las industrias, crear nuevas organizaciones de producción y emplearse en obras productivas.

» *b)* Con respecto al número de atentados conocidos, según fidedignos datos de las Sociedades económicas de Barcelona, en 6 de Noviembre último, pasaban de 300 el número de atentados contra los patronos y obreros cometidos solamente en la ciudad de Barcelona desde 1.º de Enero de 1919,

á los que pueden añadirse unos 50 más hasta la actualidad. La clave de estos atentados está explicada en el proceso antedicho; eran esencialmente terroristas, y cometidos por bandas asalariadas ó por jóvenes exaltados. Los directores del Sindicato único no ocultaron, en ciertas épocas, su participación en los atentados, como medio, decían, de defenderse de la burguesía.

»c) El encarecimiento de la vida es notabilísimo. Por lo que afecta á los comestibles, puede calcularse en 100 á 150 por 100 en la mayoría de los artículos. En vestidos y calzados es, asimismo, notable, por el aumento de las primeras materias y de los salarios.

»Las habitaciones han sufrido todas, sin excepción, también aumentos, oscilando entre un 25 á un 100 por 100. Si bien las habitaciones modestas han sufrido el aumento, debido á los jornales elevados de los obreros, no ha originado graves problemas entre éstas, por razón del aumento, aunque sí, por razón de la escasez de viviendas, lo cual tiene gran transcendencia para el aspecto médico y moral.

»Hoy día se inicia una corriente hacia la construcción de barriadas obreras y de casas baratas, en las barriadas extremas de Barcelona, especialmente hacia el llano oriental de Barcelona.»

Las huelgas de Barcelona han tenido y conservan un interés extraordinario, como en todas partes por las consecuencias de estos conflictos y complicaciones. Pidiendo á la sección correspondiente del Instituto de Reformas Sociales (1) un informe sobre ellas, obtuve el siguiente:

«Según los datos que obran en este Instituto, el número de huelgas suscitadas en España durante los años 1916-1918, ambos inclusive, ascendió á 91-178-176 y 256, de las que correspondieron á la provincia de Barcelona 37-72-50 y 34, para cada uno de los años considerados, siendo de observar que existe correlación entre el número de huelgas correspondientes á los dos primeros años, no ocurriendo lo mismo con los últimos, porque para la nación se acentúa durante el tercer año la lucha social para agravarse en el cuarto, en tanto que en la provincia de Barcelona la situación tendió á un mejoramiento visible. Basta para considerarlo, que descartando las huelgas suscitadas en la provincia de Barcelona, la serie se presenta con los números 54-106-126 y 222.

»La aparente anomalía que representan estas cifras, tiene su explicación en el malestar económico producido por la guerra europea en varias

---

(1) Sección quinta de la Dirección segunda, regida por el ilustre General excelentísimo Sr. D. José Marvá.

provincias españolas, en tanto que el no interrumpido desarrollo de la industria catalana permitía pagar las frecuentes peticiones de aumento de salario.

»Comparando el total de huelgas en España, con el de las registradas en la provincia de Barcelona, se observa que de cada cien huelgas correspondieron á esta provincia 40,65-40,44-28,41 y 13,28, para los años 1915-1916-1917 y 1818 respectivamente.

»Del examen de causas que produjeron las huelgas, resulta que predominaron las que obedecieron al aumento de salario, que se elevan á 93. Esta misma causa, unida á la petición de reducción de jornada, se presenta en 29 casos; sigue en importancia la admisión de obreros despedidos, con 31 huelgas. Las demás causas registradas fueron: por reclamación de salarios, tres; reducción de jornada, ocho; jornada de ocho horas, cinco; reglamentación del trabajo, nueve; despido de obreros no asociados, tres; separación del personal directivo, cinco; solidaridad, cinco, y admisión exclusiva de asociados, dos. Reuniendo las causas que como determinantes de las huelgas se presentan aisladamente unas veces, y conjuntamente en otras, resulta que existió petición de aumento de salario en 122 huelgas; reducción de jornada, en 37, á las que pueden añadirse cinco, en las que la reclamación fijaba la jornada de ocho horas.

»Respecto á las huelgas en el año 1919, el señor alcalde de Barcelona dice textualmente: «Cúmplenle contestar á sus indicaciones, para remitir al Instituto de Reformas Sociales los interrogatorios diligenciados de las huelgas ocurridas en esta capital durante 1919, que si como repetidas veces he tenido el honor de participarlo á dicho Instituto, le ha sido difícil á esta Junta tener suficientes datos acerca de las huelgas por la pasividad y negativa disposición de los patronos y obreros; respecto á facilitar los indicados datos, más persistente ha sido tal actitud con respecto á las huelgas del año 1919; y como por otra parte en este citado año los conflictos de trabajo han sido tan anormales, tan complicados, en paros á veces de horas ó parte de días, muy generales complicación de cierre por los patronos de talleres y fábricas, unas veces de estos centros aisladamente, y otras veces con *lock-out* de determinadas industrias ó de muchas de éstas, se ha hecho más difícil la estadística de las huelgas y la adquisición de datos acerca de las mismas, en cuanto además, como estos conflictos, aun los más insignificantes afectaban al orden público, tanto patronos como obreros acudían á cada caso á la superior autoridad civil de la provincia y sin acudir á esta Junta local».

»Por último, de informes recibidos en 11 de Marzo de 1920, se participó á este Instituto que las

sociedades obreras habían sido suspendidas todas ellas por la autoridad civil en virtud de la suspensión de garantías, como medida general de prevención, y para evitar desórdenes.—El Jefe de la Sección, *Luis Pereira.*»

Una adición, sobrado expresiva, podemos añadir á estos datos, tomada en un centro oficial de grande autoridad.

Consta, de origen autorizado, que se ha repartido entre los sindicalistas de España, 500.000 pistolas, armas de fuego, entradas en España. La obra funesta de estas armas de fuego nos la comunica á diario la Prensa toda de España. Constituye una de las secciones más nutridas de sus columnas: la de los conflictos sociales.

\*\*\*

Véase una crónica escueta del estado social de Barcelona, escrita por uno de los mejores cronistas de esta ciudad y publicada en *El Imparcial* del día 3 de Diciembre de 1920. Su autor es el redactor Adolfo Marsillach:

«Ayer el paro fué casi absoluto, total. Sólo estuvieron abiertos algunos comercios y teatros, sin compradores y sin gente; tuvimos hoy tres ó cuatro periódicos, y pare usted de contar. En cambio, hubo colisiones y tiros entre la Policía, la Guardia

civil y los anarquistas en distintos lugares de la ciudad. El aspecto que ésta ofrecía por la noche era de espantosa desolación. Las calles estaban desiertas; los escasos cafés que abrieron por la tarde cerraron á las diez; barrios enteros estuvieron á oscuras por huelga de los encargados del alumbrado público, y la urbe entera estuvo envuelta en un silencio doloroso. Desde el interior de las viviendas se oían las pisadas lentas, firmes, de los guardias de Seguridad encargados de la vigilancia de las calles. De cuando en cuando un ruido extraño, insolente, rompía la mortal y angustiosa quietud. Era una ambulancia ó una patrulla de civiles á caballo que pasaban veloces.

»El día de hoy es una continuación del de ayer. Ni tranvías, ni coches, ni pan, ni carbón, ni pescado. Todos los talleres y fábricas están cerrados, y los anarquistas pugnan por hacer ir á la huelga, hallando á las autoridades prevenidas en contra, á los encargados del suministro del gas, de la electricidad, del agua y de los servicios de higiene y enterramientos. Por lo visto, los redentores de la Humanidad, los conscientes, abrigan el propósito de provocar una epidemia y matarnos de hambre. En esto último colaboran con ellos los viles tenderos de comestibles, pues tan pronto estalló la huelga elevaron desmesuradamente el precio de todos los artículos en venta, cobrando, los muy

audaces, á doce y media pesetas el kilo de la carne de cerdo y á diez reales la leche de bote. Pero la crueldad de los directores de la huelga de dejarnos sin elementos de vida se vuelve en contra de los suyos, y el hecho de habernos privado de pan, cosa que no se les ocurriría, aun no siendo conscientes, á los naturales del Sudán ó del Níger si tuviesen la humorada de sindicarse, acarreará el hambre en los hogares humildes, en tanto que á los ricos no les ha de faltar absolutamente nada. Los directores del movimiento huelguista sabrán la razón de este proceder cruel. ¿Llevar á la desesperación á las masas? Sobre que ya otras veces lo han probado, y las masas se resignaron y sufrieron con paciencia el hambre, el juego es peligrosísimo, pues el que más y el que menos está dispuesto á defender su hacienda y su vida como sea y pueda. A nuestro juicio, hubieran procedido mejor los sindicalistas no privando de medios de vida á la población, como en el *lock-out* de hace un año hicieron los patronos. La carencia de pan llevará ó no llevará á la masa obrera á la revolución; pero lo seguro es que, con acuerdos tan inhumanos como ese de pretender matarnos de hambre, se hacen antipáticas y odiosas las mejores causas. Contra la sociedad entera no se puede ni se debe ir.

• Esta huelga general de ahora es esencialmen-

te revolucionaria. No se piden mejoras ni se pleitea por ninguna base de trabajo. La huelga ha estallado porque la autoridad, á requerimientos de la clase patronal, más que por propio impulso, tomó el acuerdo, que nos parece improcedente, de deportar á treinta y seis significados sindicalistas. Los Sindicatos no quieren que se proceda contra sus afiliados. Pretenden el libre ejercicio de la perturbación, del sabotaje y del terrorismo. El pleito está planteado en estos términos: ó se procede á libertar á los deportados y á cuantos sindicalistas se hallan detenidos y procesados, ó la huelga general por tiempo indefinido. El problema es grave. Si no cede el Gobierno, preparémonos á sufrir días y días una situación erizada de peligros; si cede, entonces hay que prepararse para una hasta ahora desconocida serie de perturbaciones, desafueros, atentados y tiranías de los enemigos del trabajo y de la paz pública.

»Lo peor, ocurra lo que ocurra, pase lo que pase, es el hecho de que Barcelona se hunde y se hunde por la inconsciencia y la vesania de sus propios hijos.

»Empezaron á hundirla las clases acomodadas con sus campañas separatistas; á la labor de estas clases se ha unido la no menos destructora actuación de los Sindicatos; y es tal nuestra desgracia, que si éstos recobraran el juicio y dejaran de ma-

tar á la gran ciudad —mala acción que ahora por turno les corresponde—, en el acto surgirá el pleito nacionalista, con todo su rencor, su morbosidad, su virulencia y sus disolventes y anarquizantes campañas, las que tanto han contribuído á la indisciplina social de Cataluña, que ahora, como todo lo malo, exportamos á todos los ámbitos de la Península.»

\*\*\*

Adelantemos alguna reflexión sobre el tema de las huelgas.

¡Las huelgas incesantes, repetidas, tendenciosas y duraderas!

¡Las huelgas *a fortiori*, impuestas por los menos; arrastrando á los más con amenazas y atentados; y por los apasionados y audaces, contra los reflexivos y prudentes!

¡Las huelgas á ultranza, con motines, atentados, tiros, apedreo de lunas y cristales!

Se dice que la huelga es el arma más poderosa y eficaz que tiene la clase obrera para imponer sus reclamaciones y satisfacer sus deseos. Es verdad; la huelga es un remedio enérgico, eficaz muchas veces, pero, pero...

Los médicos sabemos bien que los medicamentos de acción enérgica son, por esta misma ener-

gía, muy tóxicos y requieren ser empleados con delicadeza, discreción y sabiduría. Son armas de dos filos que curan y matan. Agentes que requieren tantas más condiciones en su empleo, cuanto más violentos y peligrosos son sus efectos. La indicación del caso, la oportunidad de su empleo, la proporción en su dosis, la persistencia en su administración; he aquí puntos y requisitos vitales de los cuales debe cuidar el doctor, si no quiere producir, con su temeridad, ignorancia y torpeza, una ya irremediable catástrofe.

Así son las huelgas. Estudié muchas; actué en algunas; ví efectos plausibles unas veces; pero lamentables fueron, y ya definitivamente irremediables, los de otras.

Por algo la República de los Soviets las tiene prohibidas en Rusia.

William T. Goode, publicista inglés, que permaneció en Rusia en Julio y Agosto de 1920, con el firme propósito de estudiar detenida y escrupulosamente las organizaciones y la función de los Comisariados principales de la República, celebró detenidas conferencias con los Comisarios Lenin, Chicherin, Milintin, Geseda, Schmidt, Litvinoff y conoció sus funciones en términos de poder publicar algunos artículos en el *Manchester Guardian*, favorables á este sistema de gobierno, y dice así:

«Una cuestión referente á las *tarifas de pago* me

dió (1) ocasión de tomar una información concierne a las *huelgas*. No se conoce el derecho de huelga. A decir verdad, hablando honradamente, sería ilógico lo contrario: nadie lucha contra sí mismo. Antes, me decía Melnichansky, los esquiroleros eran considerados traidores a la causa obrera; ahora los traidores son los huelguistas, ó los que desean la huelga.»

Este Melnichansky, que así se expresaba acerca de la vida y el trabajo de los Soviets, hace pocos meses, en una conversación con William T. Goode, que duró tres horas, es el Secretario de la vastísima organización llamada *Trade-Unions*, uniones profesionales, que abarcan no sólo las industrias locales, sino todas las industrias. Tienen sus oficinas en Mosen y es una organización vastísima, situada en un edificio amplísimo. Las oficinas del actual Templo del Trabajo están instaladas, de nueva planta, en el palacio último donde la nobleza zarista celebraba sus asambleas y sus fiestas. Su salón, es el más espacioso de Rusia, tiene cabida para 4.000 personas, y en él, considerado como el más espléndido y significativo del mundo, han montado su Comisariado más importante los Soviets, y la base principal son las *Trade-Unions*.

---

(1) W. T. Goode, *El bolchevismo en acción*, trad. del inglés, página 82.

Schmidt es el Comisario del Trabajo, como si dijéramos el Ministro.

Don Francisco Moragas, Director general de la Caja de Pensiones para la vejez y de Ahorros de Barcelona, hablando con él un día del pasado Diciembre en el Instituto Nacional de Previsión, del cual soy consejero, con motivo de una asamblea de regiones, convocada para tratar de la intensificación de los retiros obreros, me decía: «La Caja de Pensiones para la vejez que hay en Barcelona, con sucursales en todo Cataluña, aumentó, en 1920, unos 30 millones de pesetas. Si se hubiera desarrollado fisiológicamente su actuación, y no hubiera sufrido la asfixia de las agitaciones sindicalistas, hubiera aumentado hasta más de 50 millones. Hoy todo está sofocado en Cataluña. Construir es ya un problema gravísimo. Y existe un deseo de construcción tan grande que, si no lo impidiera la cuestión social, se observaría el desarrollo de un obrerismo estupendo. Nunca menos que hoy se podría pensar en los paros forzosos».

¡Esta es la general lamentación que por doquiera se escucha en Barcelona!

\*\*\*

Hará dos semanas que he regresado de Barcelona, y salí de la hermosa ciudad bajo una impre-

sión triste, reflejo fiel del ambiente moral trágico que en ella se respiraba. Pocos días antes, en Valencia había sido asesinado y gravemente herida, respectivamente, quien había sido Gobernador de la provincia hacía meses, y su esposa, D. Francisco Laborde, Conde de Salvatierra, y fué ejecutado porque en su mando persiguiera con alguna firmeza los atentados. Había sido retirado del mismo cargo D. Federico Bas, el cual se las prometía muy felices con su política de procedimientos suaves y de escrupulosa legalidad, y se hallaba en los primeros días de su gobierno el sucesor Sr. Martínez Anido, quien había, desde el comienzo, adoptado una política enérgica, prendiendo algunos de los significados jefes de acción, y encerrándoles en el castillo de la Mola, en Mahón. El diputado á Cortes, por Sabadell, D. Francisco Layret, abogado de los sindicalistas procesados por supuestos terroristas de acción, y dícese que francamente defensor de esos métodos, había sido muerto por un obrero del sindicalismo libre. Los atentados, las bombas y las huelgas, sin embargo, campaban á su gusto, á pesar de la severidad del Gobernador, cuya conducta era evidente que traía asustados á muchos terroristas, y con grandes esperanzas de que con ella mejorasen la situación y la tranquilidad pública, á los vecinos, en su mayor parte. La animación urbana estaba disminuída. Escaseaban los vehícu-

los y no circulaban más que los tranvías del centro. Los de la periferia estaban de huelga ó no salían porque se temían atentados contra sus conductores y los carruajes. En el de Horta se cometieron algunos, y en lugar próximo, en Campo del Arpa, la Guardia civil armada fué agredida á tiros y hubo de responder, hiriendo gravemente á algunos sindicalistas. Las tiendas estaban poco concurridas y tenían sus portadas y escaparates preparados para los cierres rápidos. El puerto mostraba poca vida; las cargas y descargas de los barcos se verificaban con escasez y dificultad; algunos periódicos no salían. En fin, la ciudad y la vida social estaban como, y hasta peor, que cuando sufrían los estragos y la depresión moral de alguna de esas mortíferas epidemias que tantas veces han asolado la ciudad de los Condes.

\*\*\*

Me hospedaba en la Sagrera, y debiendo salir en el expreso de la noche, de Barcelona á Madrid, en todo el día no pude comprometer vehículo para ir á la estación. Tranvías, coches, automóviles, tartanas..., nada logré utilizar. Horas antes de la partida del tren dije á un fámulo del laboratorio de Ferrán, que cogiera mi maleta, y andando fuimos á la estación. El día, como de Noviembre,

lluvioso, estaba cubierto; el suelo de las calles y plazas, barroso y sucio en abandono. Por camino lleno de baches, charcos y bien alfombrado de lodo, llegamos á nuestro destino, viendo por todos lados las grandes vías y las plazas semidesiertas. Por el camino fuimos, mi acompañante, Angel, y yo, hablando de lo que habla allí todo el mundo, siempre y á cualquiera hora: de los asesinatos, sorpresas, bombas, petardos, colisiones. Angel llevaba en el hombro la maleta y no hacía más que referirme emocionado el atentado de que había sido víctima la noche antes un íntimo amigo suyo: Un joven obrero, inteligente, simpático, trabajador, de veintidós años, que estaba en relaciones con una joven, y que por sustraerse á peligros no quería pertenecer á ningún sindicato, ni al libre, ni al único. Se le había requerido á que perteneciese al sindicato único; se le había exigido que pagase la cuota, y porque se negó, le salió al encuentro la tarde anterior, cuando iba con su novia y la madre de ésta, un grupo de obreros, uno de los cuales, conocido de él, se destacó y le dijo: «¡Alto, arriba las manos!» Así lo hizo. Entonces, el obrero, añadió: «Voy á matarte». Y sin más palabras le disparó dos tiros, le hizo caer al suelo y se marchó con sus compañeros, tan serenos todos, como si hubieran realizado un acto de la más noble y útil ciudadanía.

Poco antes de partir el tren paseábamos por el andén con varias personas distinguidas de Barcelona, directores de Instituciones tutelares obreras, algunas de ellas; el delegado gerente del Instituto Nacional de Previsión, D. José Maluquer y dos distinguidos hermanos suyos: individuos todos muy afectos á las clases proletarias, y comentábamos el estado social de aquella desdichada ciudad.

Lo que en ella venía sucediendo, desde hacía años, no era ya una lucha de carácter societario; no era una campaña del obrerismo sano sobre reivindicaciones y mejoramientos del proletariado, y de sus elementos intelectuales, seria y noblemente directores, no. Aquello era una dictadura y un desate de la barbarie criminal de hordas, de asesinos asalariados, jóvenes en su mayor parte, fanáticos y pervertidos, que mantenían opresa y aterrada la ciudad con una crónica anarquía, de género semejante en su esencia, si diferente en su forma, al de la inolvidable semana trágica de 1909. Leyes, Gobiernos, Partidos, Gobernadores, autoridades, tribunales, Policía, Guardia civil, requetés... todo fracasaba. La población había ya caído en ese estoicismo, resignación y anestesia moral que determinan las desgracias pertinaces, los peligros inveterados, las angustias, obsesiones y pesimismo que, por su arraigo, se renuevan sin cesar. El temor de las catástrofes imprevistas, que al princi-

pio aterra, desvela, desgana y perturba, cuando perdura meses y años concluye por desaparecer, y siempre se ve habituarse, igualmente, á todos los individuos, las colectividades, las multitudes, los pueblos, afrontando con ánimo indiferente y rostro sereno las mayores tragedias. ¡Suceda lo que Dios quiera!, dicen las almas, ya rendidas y agotada su sensibilidad.

Y lo más punible y abominable de esta anarquía mortífera de Barcelona; lo que irrita y subleva el espíritu y pone en los labios la indignación y la protesta más vehemente y vibrante, es que este inusitado trastorno, estos crímenes metódicos y seguros—realizados en los lugares más concurridos, en pleno día, con la mayor frescura y barbarie conocidas, sostenidos ya meses y años, y de suerte tal que no tienen precedente en ninguno de los países y en ninguna de las revoluciones sufridas por los pueblos orientales y occidentales y en las Repúblicas griegas, romanas, italianas, turcas, de la Edad antigua, media y moderna—, es la obra de un puñado de hombres conocidos, en centenares de ocasiones apresados por las autoridades, juzgados por los tribunales, puestos en libertad y declarados irresponsables, á sabiendas de su complicidad y responsabilidad real, solamente porque se valen para su impunidad de amenazas, convencionalismos y punibles respetos

á una ley que sólo demanda haya Ministros, Magistrados, Fiscales, Jueces y Jurados de carácter, de dignidad y lo bastante conscientes de su decoro y honor profesional, para cumplir bien su obligación y afrontar los riesgos y peligros que en todo tiempo llevan consigo los altos y augustos Ministerios del Poder público.

Con menos motivos, los grandes hombres de Estado, los gobernantes serios, los buenos regidores de los grandes pueblos —y en Castelar, España tuvo un ejemplo inolvidable—, cumplieron la ya antigua y vitalísima indicación de *velar la estatua de la ley* y proceder, cuando el orden público lo demanda, con medicaciones enérgicas y disposiciones eficaces, ya que es sabido, por demás, que las *dictaduras* tienen, algunas veces, un legítimo, sublime y salvador empleo, en los casos de esta naturaleza y gravedad, cuando así lo reclama la Patria.

No una, sino dos veces, el veterano y aguerrido príncipe de nuestra milicia, Capitán general don Fernando Primo de Rivera, á los ochenta y seis años, recogiendo ya el sentimiento de indignación y los gritos de una España que brilló siempre por su valor y sus resoluciones siglos y siglos, dijo en el Senado, dirigiendo su frase enérgica y autorizada á los señores Ministros que ocupaban el banco azul, y señalándolos con el dedo:

—Este es un mal afrentoso que subsiste, porque ahí no existe más que un gallinero... sin gallo.

Y la Cámara recibió esto con una salva calurosa de aplausos, mientras el silencio reinaba en la representación viva del Gobierno.

\* \* \*

Quando el tren arrancó, arrellanado ya en mi asiento de butaca, cogí el único diario de la tarde que se había impreso aquel día, y como viera que la censura había amordazado la libre publicación de noticias, lo dejé, y, una vez más, me puse á meditar sobre el estado social de este desgraciado país nuestro, al cual la naturaleza y las circunstancias de la terrible guerra han proporcionado los más favorables elementos de prosperidad y de ventura, pero á quien sus desatinados hombres públicos, directores funestos de los destinos nacionales, llevan, como cumpliendo una maldición bíblica, al infortunio y al desastre más irremediables, después haber perdido, por sus torpezas, nuestro vastísimo imperio colonial y de haber depuesto y desplazado la majestad augusta de la Patria del lugar preeminente y glorioso que ocupaba en el concierto de las naciones, el año apocalíptico de 1898.

Y sucediéndome, como siempre que uno se

acerca á Barcelona en tren, ó de ella se sale, que surgió el imperativo deseo de comunicarse sus amargas impresiones los viajeros que se hallan en el mismo departamento, sean conocidos ó desconocidos, los tres allí existentes comenzamos á ruminar esa obsesión, ó pesadilla incurable, de exponer y comentar los dramas del día, los pronósticos y augurios de un porvenir catastrófico y la lamentación de ver sometida á un incurable y aflictivo destino de sufrimientos, la ciudad más favorecida por la Naturaleza y más glorificada por la Historia en todo el litoral Occidente del mar latino.

Siempre que el tren, en los días espléndidos y las mañanas seductoras de primavera y otoño, va salvando esas llanuras paradisiacas del Llobregat, donde la belleza del panorama, la riqueza y fertilidad de los cultivos, la sucesión ininterrumpida de las poblaciones, el encanto de las granjas, hoteles y torres, arroban el alma con las emociones deliciosas de la voluptuosidad espiritual más pura, encomiástica y panegírica que la Creación puede suscitar, es cuando brota con mayor energía el lamento de que región que posee tantos elementos de felicidad y de esplendor, sufra una desgracia perdurable que la reprima, ahogue y angustie, por culpa de hijos suyos desnaturalizados, extranjeros maleantes y directores políticos insensatos. Y nos-

otros hablamos y... hablamos sobre lo mismo, porque este tema es ya una obsesión incurable.

Vuela el tren cruzando siempre las vegas, las comarcas y los poblados seductores. El Mediterráneo luce su tranquila y azulada superficie, donde, en las horas del día, se ven algunas barcas pescadoras que llevan tendidas sus poéticas velas latinas; la gran masa líquida se oculta y se descubre, según los accidentes del terreno, viniendo las olas, mansas y dulcemente juguetonas, casi á salpicar el tren y á embellecer las orillas con blandas rompientes sobre peñas, donde muestra ya los ópalos y transparencias verdosas de sus reflejos, y los blancos encajes de sus raudas de espuma, nivea y purísima. El aire hace respirar una brisa fresca y saturada con las emanaciones salinas, ioduradas, del mar; los campos y las vertientes muestran hortalizas y cultivos de todas clases; los árboles se desnudan ya, desplegando las notas últimas de esa gama extensa de las tonalidades del verde, en los múltiples cambiantes que sus hojas lucieron, desde que brotaron con tonos de esmeralda, en primavera, frescos y jugosos, hasta que caen al suelo, alfombrando éste con las manchas áureas, violadas, púrpuras, ocreas y rojas, de ese lujo otoñal, cuando para morir viste las plantas con los tonos cambiantes y los matices más delicados de los siete colores del Iris.

Cada cultivo, en éste amenísimo viaje, provoca una observación y arroja una enseñanza. Cataluña goza de un clima que consiente las más contrapuestas producciones, desde las palmeras, los huertos de naranjos, los almendros y los frutos exóticos de los climas africanos, hasta los de los países norteños. Una de sus más típicas riquezas es la vid, y sus vinos del Priorato gozan de fama que nada envidia á la de los vinos de Oporto, Madera, Málaga y Jerez.

Por esto, al cruzar los lugares donde adornan los campos muchos y bien cultivados viñedos, donde muestran su lozanía algunas de las infinitas variedades de esa planta ampelídea, tan numerosas que ya Virgilio decía de ella que primero se contarían los granos de arena que el viento levanta en los desiertos de la Siria, que se contarían las especies de la vid, pues se acercan á dos mil, alguien hizo observar cómo, mejor que otra planta alguna, ésta resume las energías de la Naturaleza, en el bello fruto de sus racimos multicoloreados, donde las transparencias y los reflejos parecen pintar las tonalidades del cielo; en el zumo de su estroma que recoge en sus dulzores los rayos del sol, y la sustancia y bondad de un suelo graso, un clima dulce con los mimos de abrigos y resguardos contra los vendavales y los azotes de los ventarrones fríos. Siendo planta que enriquece y arruina, según

el trato que se le da y los cuidados que con ella se tiene, por ser infinitas las infecciones que amenazan su vida.

La pulpa de sus granos, la delicadeza de sus jugos, los tintes amatista y rubí de sus mostos, los aromas que exhalan sus éteres y esencias, son la expresión más sincera y esmerada de las influencias cósmicas, telúricas y geológicas de su tierra nativa, y de los cuidados que se le guardan. Las enfermedades parasitarias prenden y prosperan en ella de manera sorprendente; y aun en los países más adelantados y celosos, á veces causan estragos, como sucedió en los ricos viñedos del Ohío, Mississippi y Misouri, en la América del Norte. Entre sus infecciones hay parásitos muy destructores y ya bien conocidos, como lo son el *Milldin*, que es un hongo; *Peronospora uvicola*, por otro nombre *podredumbre negra*, que produce pronto, muy rápidamente, la desecación y la putridez. Y lo es el *Blak-rof*, que también en pocos días oscurece el grano de uva, lo marchita, seca, desprende del pedúnculo y lo deja reducido á un grano oscuro, seco y con el hollejo pegado ya á la semilla como una mortaja. He aquí una doble infección —dije— que destruye, á veces, estando unida, la mayor riqueza de una comarca, de modo semejante á como el sindicalismo rojo y la Mancomunidad hispanófoba, unidos, acaban con nuestra espléndida Cataluña.

—Verdad —dijo otro—. Yo he comparado también nuestro Barcelona á una mujer hermosa, dotada de todas las bellezas, seducciones y virtudes que tienen nuestras mujeres, á quien unos malvados han violado brutalmente y han enfermado su cuerpo con grave infección.

—Sí —agregó el tercero—. Este es el caso de una ciudad con avariosis, que no encuentra doctores que la cureñ, ni autoridades que castiguen á la canalla que la han corrompido.

—Ciudad convertida en laboratorio experimental de los radicalismos trágicos —repuso otro—; ciudad corrompida con infecciones morales sin remedio y sin castigo, tanto monta. En uno y otro caso, siempre ciudad de tristes destinos.

Y no termina aquí el daño, ya que hay todavía otro más y no menos grave: que esta dolencia ha sido contagiada á las demás metrópolis españolas, y constituye ya una verdadera pandemia de crímenes, atentados, huelgas, etc.

IX .

MOSAICO DE HECHOS



## CAPITULO IX

---

### Mosaico de hechos

Desde que comenzamos á escribir este libro, venimos recogiendo en la Prensa nacional, y durante los viajes que en estos meses hemos hecho al extranjero en su Prensa respectiva, un sinnúmero de hechos y datos, encaminados todos á ilustrar, bajo su aspecto práctico, el estudio que hacemos; y juntando libros y recortes, hemos llegado á coleccionar un acerbo tan copioso de notas, que ya nos agobia. Este es el fruto de una acción sobre toda idea perseverante.

En Octubre del año 1880 asistimos á un enfermo distinguido, cuyo padecimiento, por lo oscuro, fué objeto de numerosas consultas, en las que intervinieron médicos de los más afamados de Madrid, y deseando aprovechar para la ciencia aquel caso, lo llevamos al *Anfiteatro Anatómico*, revista.

médica que entonces dirigíamos; y estimulados por aquel caso á recoger otros semejantes, concluimos publicando, en 1881, un libro sobre *Estrangulación interna*, de 502 páginas, en 8.º.

Dicha materia, por lo interesante que era, continuó excitando nuestro interés y propósito coleccionista, y como recibíamos muchas revistas médicas, seguimos recogiendo enseñanzas y casos y más casos sobre la misma clase de enfermedades, los cuales amontonábamos en un cajón, hasta cierto día del año 1898, en que advertimos que el acopio abultaba tanto, que era ya motivo de preocupación. ¿Qué hacer con aquel material? Por su naturaleza, que comprendía un grupo de enfermedades que se presentan con mucha frecuencia, y de las cuales trataban ligeramente las obras de medicina, convenía utilizarlo para la publicidad. Pero asustaba la sola idea de lanzarse á revolver, ordenar, y luego exprimir, aquel conjunto de más de 700 revistas, monografías, discursos, artículos, recortes, notas... que habíamos ido acumulando, para engolfarse en una labor que sabíamos, por nuestro carácter y el de nuestro país, no había de producirnos el premio que merecía. Estuvimos vacilando algún tiempo con el dilema de *tirarlo todo* al cesto de los desechos, ó acometer valeroso su aprovechamiento y escribir lo que los franceses llaman un *Ouvrage de longue haleine*; y sucedió lo

natural: que, sintiendo tirar un tesoro que tanta perseverancia nos había costado, optamos por hacer lo segundo. Con ánimo resuelto, y sin dar tregua á la tarea mental, ni reposo á la mano, ordenamos aquella preciosa erudición, y en la biblioteca de *El Siglo Médico* publicamos un libro titulado *Oclusiones del intestino*, obra en dos tomos, cuarto español, de 560 y 477 páginas, respectivamente, impresión densa y 114 ilustraciones. Esta obra vió la luz en los años 1899 y 900, constituyó — hoy quizá siga teniendo esta misma distinción — la monografía más extensa y documentada acerca de sus enfermedades, y la dedicamos á la memoria del sabio higienista y eminente escritor médico Dr. D. Francisco Méndez Alvaro, ya difunto. Pues bien; conflicto semejante nos sucede con este problema, acerca del cual las muchas notas y libros acumulados invitan á dar gusto á la pluma y á lanzarse otra vez á escribir obra grande.

Decididamente, esta vez renunciámos á semejante empresa. Ni los tiempos, ni la nerviosidad social invitan á empresas largas, fatigosas y poco persuasivas. Estos artículos no deben perder el carácter con que los iniciamos: propaganda sencilla, clara y basada en hechos. Nada de disquisiciones hondas, disertaciones doctrinales confusas, invitaciones á polémicas, aglomeración de cifras, estudio de escuelas y de programas políticos, in-

ternacionales y nacionales, etc.; nada de eso, en fin, que agobia, alucina y perturba hoy tantas inteligencias, cuya inmensa mayoría carece de preparación, sindéresis y juicio bastante para conocer, digerir y nutrirse con falsas y seductoras doctrinas. No se necesita mucho estudio, con verdad, para convencerse de que, teniendo algunas un origen ó punto de partida justo en sus desarrollos, conveniencias y aplicaciones, sufren luego degeneraciones, hipertrofias y monstruosidades de origen revolucionario y disolvente, que inducen á barbaries catastróficas, en vez de conducir á evoluciones realmente progresivas, de sana civilización y bienhechoras á esa democracia social y clases proletarias que tienen derecho indiscutible á reivindicaciones y mejoras.

Hemos de tomar ya, de nuestro registro, pocos casos. No queremos desarrollar mucho esta parte, que hemos llamado clínica. Las anteriormente expuestas son de grande enseñanza; las hemos historiado en proporciones convenientes á su importancia y al fin que con su relato perseguimos. Ya solamente agregaremos unas pocas más, que apuntaremos con brevedad. Deseamos terminar pronto esta segunda parte, para entrar en la tercera: la de las consecuencias preceptivas que se deducen de este muestrario de hechos. Advertiremos que, para nuestros efectos, llamamos caso todo hecho

individual ó colectivo; todo acuerdo, disposición ó suceso que constituya fundamento de discurso, actuación, realidad ó agente de influencia en los gravísimos problemas del socialismo y sindicalismo, bajo todos sus aspectos y derivaciones.

Sigamos.

\* \* \*

*Caso noveno.*—Con fecha 22 de Julio de 1920 la Federación Patronal de Barcelona formula una enérgica protesta contra la impunidad de los criminales y los atentados, ya cometidos por obreros contra los mismos obreros, y de ella tomamos las siguientes líneas:

«... y ha de alzar denodadamente su más enérgica protesta contra los viles asesinatos cometidos en Barcelona, de los que recientemente han sido víctimas varios obreros y un patrono.

»Las circunstancias que rodean el último atentado ponen al descubierto toda la trama del sistema que siguen los Sindicatos para que prevalezca su tiranía sobre el horror que á los mismos obreros causa el proceder de sus directores.

»Quebrantada la organización sindicalista, porque las masas proletarias habían de repudiarle en cuanto advirtieran que tal doctrina había fracasado como táctica, no halla más medio adecuado para resurgir de nuevo que imponerse por el terror á los que se rebelan contra sus maquinaciones, reproduciéndose por las calles de la ciudad condañ aquellas escenas que precedieron á los acontecimientos de Marzo de 1919, en que impunemente fueron

asesinados cuantos obreros se declaraban decididos adversarios del absorbente Sindicato único.

»Sin garantías para su vida, sin esperanza alguna de que los autores hallen la sanción que imponen las leyes, convencidos de que el Jurado se ha convertido ya en un espectáculo de farándula, prostituyendo la misión altísima que está llamado á cumplir,

.....  
.....  
... pero queremos advertir á la opinión pública que, no estando dispuestos á sucumbir entregándonos indefensos á nuestros perseguidores, no habrá de extrañar que lleguemos á una situación de violencia, intensificando y agravando la crisis producida durante los últimos meses del pasado año.»

*Caso X.*—La *caza* de los obreros entre sí, es ya frecuentísima, y de este caso que sigue tenemos un montón, por ser general en todas las poblaciones agitadas.

Ha sucedido en Enero de 1921:

«Al recibir esta madrugada á los periodistas el Subsecretario de Gobernación les facilitó un telegrama en el cual comunica al Ministro el Gobernador de Tarragona, que en Reus se produjo una colisión, á las dos de la tarde de ayer, entre un grupo de obreros pertenecientes al Sindicato libre y otro del Sindicato único.

»Se hicieron varios disparos por ambas partes, y resultaron con heridas de pronóstico grave los obreros Juan Montané y Ramón Oliter, y con heridas de pronóstico leve, Jaime Rivé, Pedro Vendrell, José Amat y José María Galcerán.

»La Guardia civil, que acudió al lugar del suceso, persiguió á los autores de los disparos hasta la estación y consiguió detener á cuatro de ellos.»

*Caso XI.*—Telegrama de Helsingfors, capital de Finlandia:

«Helsingfors 8 (10 noche).

»Comunican de Moscú que el Gobierno de los «Soviets» ha suprimido completamente la moneda, sustituyéndola por abonarés á corto plazo, renovables todos los meses.—*Radio.*»

*Caso XII.*—En los meses de verano circuló por muchos periódicos de Francia, Bélgica, Suiza, Italia y otros órganos de la Prensa europea, una extensa nota referente á la intervención de las Potencias centrales en las convulsiones revolucionarias de España. Numerosos diarios de nuestro país la han reproducido con comentarios de atenuación, confirmación ó negación, según su naturaleza. De esta nota son las siguientes líneas:

«Se persigue en España la ejecución de un plan bien determinado: crear un desorden social ligado al de Rusia y capaz de gangrenar por infiltración Francia é Inglaterra, precipitando así la revolución entre los vencedores, con objeto de llegar, si no á la revisión del Tratado, por lo menos á hacer imposible su ejecución, quitando á los aliados los medios de imponer su voluntad. Y penetrando en esta forma en los países que fueron neutrales—y particularmente en España—con la agitación bolchevista intensamente, se procura detener su evolución económica y facilitar la reaparición de los productos de su mercado. Para alcanzar esto se utilizan los agentes más diversos; antiguos embajadores, altos comerciantes, modestos propagandistas de ideas comunistas, que á falta de oficio mejor, aceptan gustosos ciertos

ofrecimientos. Y de este modo se obtienen desde hace algunos meses, con este plan de agitación social, resultados muy peligrosos para que el Gobierno español no comience á ponerse en guardia y se vea en el caso de obrar.

.....

.....

»Y así no es de extrañar que hayamos visto mezclados entre los agitadores á determinados elementos muy sospechosos y que veamos simpatizar todos los días con las agitaciones que sacuden nuestros organismos á todos aquellos elementos que durante la guerra expresaban de una manera ó de otra sus simpatías por los imperiales.»

*Caso XIII.—La Vanguardia*, de Barcelona, 2 de Diciembre de 1920. Disco que se repite á diario en este popular periódico y en todos los de la ciudad condal:

«En esta sección hemos venido dando cuenta, día tras día, de los execrables crímenes que vienen manteniendo palpitante la indignación de todos los buenos ciudadanos. Ayer dimos noticia de la trágica muerte de D. Francisco Layret, víctima también de ese choque brutal de odios que tantas veces, en poco más de un año, ha ensangrentado las calles de nuestra hermosa ciudad.....

»... Por este camino sólo á un punto de término puede llegarse: al desquiciamiento de la sociedad, con el retorno inevitable al estado salvaje.

»Ha de poner el Poder público todo su empeño en detener esa lucha sangrienta, esa ferocidad desencadenada, incomprendible en todo país que tenga fe cristiana y amor á la civilización. De tal modo se han exacerbado las pasiones en nuestra ciudad, que ya es desvarío, es locura horrible lo que estamos viendo.....

»... Pero para que nadie pueda dudar del ímpetu con

que Barcelona protesta contra las violencias criminales de unos cuantos locos, es necesario que una y otra vez se levante airado el espíritu colectivo, manifestando en forma inequívoca é imponente el horror que los crímenes sociales producen en la conciencia ciudadana.»

He aquí un eco de *La Publicidad*:

.....  
«... El continuado uso de la huelga general es la prueba más evidente de su ineficacia. ¿Qué fines se persiguen con una huelga general? Se dice que la revolución. ¿Qué revolución ha triunfado en Barcelona con las quince ó veinte huelgas generales que han estallado en treinta años? Lo único que se ha conseguido es empobrecer nuestra vida, destruir medios de producción, causar algunas víctimas, abriendo unos hoyos en el cementerio y unas celdas en la cárcel. Nada más. Después de una huelga general la ciudad queda debilitada de sangre. Tras la huelga tiene que venir el período de convalecencia para volver al período normal de la vida. ¿Y después? Nadie sabe contestar. He ahí el gran enigma.

»Tal vez prosiga la huelga, tal vez se detenga, tal vez se evapore. No importa; el resultado siempre será el mismo, el tejer y destejer, el vuelta á empezar con el símbolo de la serpiente mordiéndose la cola.

.....  
«... Hay que levantar el corazón. Que no tiene el acero de la huelga general un temple demasiado fuerte para romper la coraza que protege á la ciudad, coraza no sabemos si forjada en la cueva de Hefestos ó en el taller del armero de San Jorge.»

*Caso XIV.*—En Diciembre la Prensa mundial toda dió cuenta del siguiente atentado, cometido en el Senado rumano:

«Paris, 10.

»Telegrafía de Bucarest, con fecha de ayer, que en el momento que el Presidente del Senado rumano declaraba abierta la sesión en aquella Alta Cámara, hizo explosión una máquina infernal, de extraordinaria potencia, que había sido colocada por una mano criminal en un lugar oculto y muy próximo al banco destinado á los miembros del Gobierno y á la mesa presidencial, resultando muerto en el acto el Obispo de Orodia y con gravísimas heridas el Ministro de Justicia, M. Gretzeano, el Presidente del Senado y otros funcionarios del Gobierno.

»La consternación entre los senadores fué grandísima.»

*Caso XV.*—El *Manchester Guardian Commercial* registra las estadísticas de las huelgas ocurridas en el mundo en los meses de Mayo y Junio de 1920, y aunque no son completas las de algunos países, ni las de todas las industrias y ramos de producción, arroja las cifras siguientes:

«Los paros afectaron á 8.977.798 personas, que perdieron 114.814.980 días de trabajo. Calcúlese los millones de pesetas que estas cifras representan, con la agravante de ser inexactas por defecto, y no por exceso.

»Las huelgas más importantes en la primera mitad del año 1920, fueron las siguientes:

»Las huelgas de mineros en Australia, Gales y las provincias del Norte de Francia; la huelga de los obreros de las minas de plomo de Sicilia y la huelga en la industria italiana de productos químicos, que se extendió por todo el país, lo mismo que la de panaderos y cocineras; la huelga general de obreros del ramo de construcción en Suiza; la huelga en la industria algodonera de Bérgamo (Italia); en la industria textil de Bombay; la huelga de

los obreros metalúrgicos de Pittsburgo (Estados Unidos); la huelga de la industria sueca de construcción de maquinaria; la huelga de los obreros del puerto de Rotterdam; la de los obreros de la industria vidriera de Montfucón (Francia), y la de los oficiales de sastrería de Londres y Viena.».....

### Caso XVI.—De Barcelona:

«La Policía ha sorprendido en la Fraternidad Republicana una reunión clandestina de panaderos y camareros, deteniendo á 70 individuos.

»Los delegados fueron conducidos, formando una larga cola, á la Jefatura de Policía.

»El paso de la extraña comitiva por las calles causó enorme expectación.

»El registro practicado por la Policía en el local donde la reunión se celebraba dió por resultado el hallazgo de varias armas.»

### Caso XVII.—Noticias de Valencia:

«En el término de Godelleta, los sindicalistas han cortado el cable de la energía eléctrica de la empresa Hidroeléctrica valenciana, dejando sin luz á la población.

»Por esta causa no se ha publicado el *Diario de Valencia*.

»Se han adherido al paro los matarifes, no sacrificando hoy en los mataderos.

»El Alcalde y el Gobernador realizan gestiones para solucionar el conflicto. Hay carne para mañana.

»El delegado del Sindicato de coristas no será puesto en libertad hasta que los coristas no se decidan á cantar en los teatros.

»También ha sido detenido el jefe de los tramoyistas del teatro Apolo.»

### Actitud enérgica del Gobernador de Valencia:

«Ha manifestado el Gobernador que, por si los trabajadores del puerto no reanudan el trabajo el sábado, cuenta con personal del Sindicato católico para realizar las operaciones de carga y descarga del puerto, comenzando por los trabajos más perentorios.

»En caso de ocurrir así, estos obreros no abandonarán ya sus puestos, para que los vuelvan á ocupar los huelguistas.

»No pasa nada, como puede verse. Esta es la huelga del miedo, y contra éste yo infundiré otro miedo para hacer reaccionar, abandonando la pasividad, que es muy cómoda, pero poco cívica.

»No pensé nunca en resignar el mando, pues dispongo de medios para mantener el orden. Me sobran entereza y carácter para afrontar la situación.»

### *Caso XVIII.*—(Octubre, 1920.)—Propagandistas rusos:

«París, 12.

»Al llegar á la estación de Lyon el «Oriente-Express», han sido detenidos, y puestos inmediatamente á disposición del Juzgado, dos viajeros procedentes de Moscou.

»Se trata de dos bolcheviques llamados Levy Fainer y Samuel Polick.

»En dos baúles de doble fondo llevaban ocultos valores rusos que sumaban 72 millones de rublos, y varios folletos bolchevistas.»

### *Caso XIX.*—Víctimas obreras. (Barcelona, 8 de Diciembre):

»En el Hospital Clínico ha fallecido Evaristo Vilaplana, que fué herido anoche por algunos desconocidos en la calle de Mercadal, de la barriada de San Andrés.

»Se ha sabido que Vilaplana hacía siete ú ocho días que se apostaba junto á la puerta de la Hispano Suiza para atentar contra un obrero del Sindicato libre. Al tener noticias de que se le perseguía se marchó á Francia. También parece que el Vilaplana pertenecía á uno de los grupos de acción del Sindicato único.»

### *Caso XX.*—Parricidio de un sindicalista:

«Esta mañana, próximamente á las siete, Francisco Moya Ramírez se hallaba en su domicilio, calle de Doña Concepción, núm. 4 (Puente de Vallecas), examinando una pistola automática.

»Sin duda, creyéndola descargada, apretó el gatillo, saliendo el disparo, con tan mala suerte, que fué á herir á su madre, Basilisa Ramírez López, que se encontraba sentada en una silla cerca de él.

»El proyectil le había atravesado el pecho.

.....  
»Según las referencias facilitadas en el cuartel de la Guardia civil del Puente de Vallecas, el desventurado joven es conocido como caracterizado sindicalista.»

### *Caso XXI.*—El terror rojo en Rusia:

«Helsingfors, 9-10.

»Durante el mes de Diciembre han sido fusilados en Moscou, por orden de los Soviets, 1.206 personas; 467 por deserción ó heridas voluntarias, 185 por traición, 160 por robo y 181 por crímenes de derecho común.»

### *Caso XXII.*—Sindicalismo catalán:

«La gravedad de la situación social en Barcelona es harto notoria para ser encarecida.

»Los conflictos del trabajo, agudizados por la influen-

cia del terrorismo que allí domina, se desenvuelven en términos, no ya de violencia, sino de ferocidad.

»Diríase que una ráfaga de «cainismo» lo invade todo.

»A la luz del día, en las calles más céntricas de la gran urbe, se hiere y se mata con la mayor impunidad.

»La lucha ha devenido salvaje. El ambiente se ha poblado de odios y rencores, de recelos y desconfianzas.

»La amenaza y la coacción han dado á la vida ciudadana acentos de perenne inquietud.

»Centenares de obreros han emigrado á otras tierras en busca de un mayor bienestar, y no pocos patronos anuncian su propósito de liquidar sus negocios si la crisis terrorista no alcanza una inmediata terminación.»

(De Roig y Bergadá.)

*Caso XXIII.*—Sindicalismo y huelgas en Alicante y Castellón:

«Ha sido detenido Luis Grao, presidente de la Sociedad de albañiles, que repartía hojas clandestinas. Se declaró autor de la colocación del petardo que estalló anoche cerca del teatro Principal. El explosivo estaba formado por dos cartuchos de dinamita de los empleados para barrenos.

»Se sabe por confidencias que los sindicalistas reunieron á 30 niños, dándoles dos pesetas á cada uno para que apedrearán los comercios y prometiéndoles 100 pesetas por cada luna que rompieran.

»La Sociedad de tranviarios se había negado á sumarse al paro á pesar de las reiteradas invitaciones de la Casa del Pueblo.

»Hoy los demás obreros rompieron las sillas, armarios y demás enseres que en la Secretaría de la Casa del Pueblo tenían los tranviarios.»

«Castellón, 7 (6 tarde).

»Ayer al mediodía se declararon en huelga los cargadores del puerto.

»Han quedado paralizadas las faenas en el muelle, donde se estaba embarcando naranja en varios vapores.

»El paro continúa hoy.

»Los descargadores de Burriana se han negado á secundar la huelga.»

*Caso XXIV.*—La niñez hambrienta.—Por los niños de la Europa central:

«Nueva York, 10 (5 tarde).

»Mister Hoover propone á sus compatriotas que el día de Navidad cada familia invite á un convidado invisible. En la méssa familiar se pondría un plato, destinado á quedar vacío, y el dinero que costaría la comida se enviaría para socorrer á más de tres millones de niños de la Europa central, que en esta fecha solemne tienen frío y hambre.»

*Caso XXV.*—En Murcia:

«Diciembre, Murcia, 7 (10 noche).

»Hoy ha comenzado la huelga general. Los Bancos y edificios públicos están custodiados por fuerzas de artillería. Los cafés y teatros permanecen abiertos y muy concurridos.

»Escasea bastante el pan, pues sólo trabajan los dueños de las tahonás y algunos obreros libres. Se teme que mañana falte la carne y el pescado.

»Un comisario de la Policía se presentó esta mañana en la Casa del Pueblo, arrojó de ella á los obreros y clausuró el local, entregando las llaves al Gobernador.

»Obedece esta medida á que el Sindicato único decretó en la madrugada última la huelga general, sin dar conocimiento á las autoridades. Han parado los albañiles, los metalúrgicos, los tranviarios, los panaderos y otros oficios. Los dependientes de comercio no han secundado el paro.»

*Caso XXVI.*—En Ríotinto.—La situación en Ríotinto:

«Huelva, 30.

»Comunican de Ríotinto que las huelgas declaradas en los distintos departamentos de aquella Compañía no han variado de aspecto, tendiendo más bien á agravarse.

»Los paleros entraron hoy al trabajo, pero mantienen la huelga de brazos caídos.

»Las fundiciones no tienen ya existencias más que para dos días. De interrumpirse el trabajo en estos departamentos, quedarán en huelga forzosa más de 4.000 operarios.

»Los obreros se hallan en condiciones de sostener la huelga durante cierto tiempo, porque la mayoría encontraron ocupación en las faenas del campo y han hallado facilidades para distribuir sus hijos de modo que no sientan los afectos del hambre.»

*Caso XXVII.*—Patriotismo del sindicalismo francés:

«Mientras los sindicalistas procuran por todos los medios aniquilar la producción y hacer á España sierva industrial del extranjero, sus congéneres de otros países obran de muy distinto modo. Ahora mismo acaba de clausurarse el V Congreso del sindicalismo francés, y sus conclusiones no pueden ser más expresivas. No es él—dice—«ni rojo, ni amarillo, ni verde», y está «abierto á toda la clase obrera, sin distinción de matices políticos, filosóficos y religiosos». Es nacional y elige la bandera patria. Más aun: «A la fratricida lucha de clases, la Confederación General del Trabajo opone, y opondrá con todo el poder de sus Sindicatos, la fraternal colaboración de clases».

»A esta condenación rotunda y categórica de lo que aquí se encubre con el nombre de métodos sindicalistas,

súmense aún otras afirmaciones merecedoras de divulgación. El sindicalismo francés pide: «Bienestar creciente para el obrero; progreso incesante en nuestra industria y comercio nacionales, y el primer puesto, á la cabeza de las naciones, para nuestra Francia.» Conviene consignarlo, porque el sindicalismo de aquí, antipatriota y sanguinario, semeja querer la ruina de la industria y el comercio españoles, la miseria del obrero é impedir que España ocupe entre las naciones el puesto que merece; porque es, en la práctica, un agente activo de la importación extranjera, un obstáculo al auge internacional de la Patria.»

*Caso XXVIII.*—Drama de familia por un bolchevista:

«El herrero Jorge Hermant, de treinta y cuatro años, se casa con Germana Felipe, de diecisiete, y se instala en Ivry, 89, camino de Choisy.

»Pocos días más tarde asesina de un tiro á su esposa, á su madre política, se tumba al lado de los cadáveres y se saltá el cerebro de otro tiro.

»En una carta que deja escrita, dice: «Yo no soy más que un cobarde, porque voy á matar á dos mujeres indefensas. ¡Tanto peor!»

»Y termina diciendo: «¡Vivan los Soviets!»

*Caso XXIX.*—Huelgas de los ferroviarios:

«La *Petite Gironde* da noticias de las huelgas ferroviarias, que producen grandes daños por casi todas las líneas francesas.

»En Saintes, donde reinaba el radicalista Dejonckex, entonces bajo orden de prisión, era constante la huelga de brazos caídos. Los pintores de vagones eran obligados á no pintar más que cierto número de metros cuadrados por día, bajo pena de castigos sindicalistas. Por el con-

trario, se pasaban jugando á las cartas en los vagones y estas horas eran consideradas y pagadas como de trabajo. El taller de Saintes era un centro de anarquía. Allí fué quemada una bandera tricolor. En Perigueux, los obreros del taller se entregaban á demostraciones de violencias contra los habitantes que profesaban ideas opuestas á los bolchevistas. El ferroviario Delagrange, despedido después, agregado al Alcalde de la ciudad y encargado de los matrimonios, se negaba á casar á los burgueses. Y en efecto, los burgueses que se querían casar eran sencillamente invitados á firmar los registros del estado civil, por la mañana, entre ocho y ocho y media, pero constaban casados oficialmente porque no comparecían ante el Alcalde ó su adjunto, y no respondían el «si» sacramental.»

*Caso XXX.*—Contra la huelga bolchevista.— La Confederación nacional del Trabajo, protestando contra el Comité General de Trabajadores, hizo fijar en las esquinas de París el siguiente anuncio:

*«Decretar una huelga general en una nación que durante cincuenta y dos meses ha sufrido una sangría en las cuatro venas, y que ha dado lo mejor de su sangre, cuando á penas está convaleciente, es querer, para esta nación debilitada, la ruina, la muerte y la desaparición.»*

*Caso XXXI.*—Rigor de Prusia en el trabajo:

«Berlín, 24.

»El placer de las vacaciones ha quedado, en gran parte, destruído para los funcionarios y los empleados de Prusia, por la nueva disposición aplicando el principio de la «jornada de ocho horas sin horas suplementarias.»

»Probablemente, toda Prusia tendrá que trabajar horas suplementarias el martes para contrarrestar la va-

cación del lunes, pues de un momento á otro se hará público el bando del Ministerio de Hacienda prusiano.

»En el bando figuran los siguientes párrafos: «Todo empleado deberá rendir al Estado el trabajo de que sea capaz, trabajando más horas de las ordinarias si las necesidades de los servicios lo exigen.

»No se otorgarán compensaciones especiales de ningún género por las horas suplementarias.

»Insistimos en que, ni directa ni indirectamente (bajo la forma de compensación por el precio de los tranvías ó de las comidas, etc.), se pagará precio ninguno por las horas suplementarias.»

*Caso XXXII.*—Rebaja de jornales. (Diciembre de 1920.)

«Nueva York, 9.

»En la conferencia celebrada por los directores de la industria textil de New England y Nueva York se ha examinado el proyecto de una reducción en los salarios de que disfrutaban actualmente los obreros de aquella industria, proponiéndose que esta reducción sea de un veintidós y medio por ciento.

»Esta disminución en los salarios afectará á 200.000 obreros.»

*Caso XXXIII.*—Rectificación de una huelga:

«Huelva.

»Siguen en huelga los obreros de Riotinto.

»En un mitin se acordó mantener esta actitud, pero en vista de que los comisionados idos á Madrid no lograron recaudar fondos para mantener la resistencia, se votó reanudar el trabajo.

»Presentáronse en las minas 1.500 obreros, siendo colocados un millar, y aceptándose á los demás sin represalias.

»No se ha podido admitir al personal del ferrocarril por hallarse cubiertos los servicios por equipos militares y no poderse realizar el transporte de mineral hasta que vengan los barcos que realicen la exportación.

»La solución de la huelga ha satisfecho por hallarse los huelguistas hambrientos y en situación desesperada.»

### *Caso XXXIV.*—Huelga de médicos:

«Cartagena, 27 (2 tarde).

»La huelga de sanitarios va revistiendo caracteres de gravedad, y comienza á apasionar á la opinión en pro y en contra de los huelguistas.

»El Comité de huelga de médicos titulares ha puesto en práctica el acuerdo de recetar solamente específicos, lo que crea un conflicto á los enfermos pobres, pues en la farmacia municipal no se despacha más que recetas.

»Se han declarado en huelga los practicantes del hospital, á excepción de D. Miguel Sánchez, que goza de gran prestigio en la población y lleva treinta años desempeñando el cargo.

»Don Félix de Navas, médico del hospital, dimitió el cargo.

»Los otros dos médicos, D. Antonio Oliver y D. Luis Calandre, se han negado á sumarse al movimiento, advirtiéndoselo al Sindicato, en el que ingresaron reservándose la libertad de acción en determinados casos.

»El conflicto del hospital se ha resuelto gracias al concurso del Vicealmirante Sr. Mercader, Comandante general del Apostadero, que envió inmediatamente dos practicantes y un farmacéutico.

»La opinión estaba francamente al lado de los médicos cuando el movimiento se reducía á la huelga contra los Ayuntamientos para obligarles al pago de los atrasos; pero hoy, cuando Cartagena se encuentra agobiada por

los daños de la pasada inundación y la gripe reaparece con caracteres alarmantes, se inicia una reacción contraria á los huelguistas.

»Se comenta que el director del movimiento, el subdelegado de Medicina D. Manuel Más Gilabert, cuando fué alcalde dejó de abonar doce meses consecutivos á sus compañeros los médicos titulares.»

*Caso XXXV.*—El régimen ruso y los alemanes:

«París, 2.

»*L'Echo de Paris* inserta un telegrama de Berlín que dice:

»Según el periódico *Freiheit*, los trabajadores alemanes que emigraron á Rusia han experimentado una cruel decepción. El *Freiheit* se refiere especialmente á los obreros alemanes que sufrieron un desencanto ante la forma en que fueron acogidos por sus compañeros rusos, que les reprocharon que fueran á comerse el poco pan que quedaba en Rusia. Negóseles á los obreros alemanes el trabajo en las fábricas, las cuales están desorganizadas y se niega en ellas toda participación al obrero en la dirección.

»Los rusos acusaron á los alemanes de contrarrevolucionarios.

»Uno de los emigrados ha manifestado que se les habían pintado las cosas en forma muy distinta á la realidad, pues se les aseguró que tendrían trabajo y estarían bien alojados y alimentados. La realidad es que la alimentación es detestable, pasan hambre, que los alojamientos son malísimos y que se les considera como intrusos. Termina diciendo el obrero alemán que el régimen ruso no es, ni mucho menos, comunista.»

*Caso XXXVI.*—Energías rusas.—Rusia impone trabajo obligatorio para los extranjeros:

«Estocolmo, 2.

»El periódico *Izvestia*, que se publica en Petrogrado, dice que en Agosto último la Comisaría de Negocios extranjeros publicó una orden, según la cual todos los extranjeros residentes en Rusia serán obligados á realizar el servicio de prestación personal bajo la forma más humillante.

»Según dicha orden, los extranjeros no serán empleados en trabajos militares, pero tendrán la obligación de barrer las calles y limpiar las alcantarillas y retretes.

»Los extranjeros considerados como ciudadanos rusos deberán cambiar los pasaportes por libretas de trabajo, las cuales les darán derecho á recibir las cartas de alimentación, siempre que demuestren haber realizado la prestación personal.

»Deben, pues—termina diciendo el periódico aludido—, tener esto en cuenta los que consideran á Rusia como el paraíso rojo.»

*Caso XXXVII.*—Fusilamientos por los bolcheviques:

«Londres, 1.

»Noticias de origen alemán aseguran que, desde la ocupación de la región por los bolcheviques, han sido fusiladas en Crimea unas 13.000 personas.»

*Caso XXXVIII.*—Propaganda bolcheviquista en Bélgica:

«Bruselas, 18 (1 tarde).

»Los periódicos notician ampliamente respecto á la gravísima denuncia formulada por Van Roosbroeck, secretario del partido socialista, contra el director de *El Explotado*, periódico local bolchevique.

»Los fondos para dicho periódico los suministraba un

alemán, Levy Moncheur, naturalizado belga hace poco tiempo.»

*Caso XXXIX.*—Los Estados Unidos expulsan al delegado de los Soviets:

«Washington, 18.

«Mr. Wilson, secretario de Estado del Trabajo, ha publicado una nota anunciando que Ludwing Martens, representante del Gobierno de los Soviets en los Estados Unidos desde 1916, será deportado por haberse comprobado en los procesos incoados contra él, que estaba afiliado á todas las organizaciones extremistas que precognizan la revolución y la caída por la violencia, del Gobierno de los Estados Unidos.»

*Caso XL.*—El bolchevismo en la Prensa:

Los meses de Diciembre de 1919 y Enero de 1921 fueron de una agitación extraordinaria en la Prensa de Madrid, donde jamás se habían conocido hechos semejantes á los entonces ocurridos. El más saliente y ruidoso de todos fué el siguiente:

Un diario demócrata, de tan grande circulación cuanto gloriosa historia, cuya vida se realizó siempre con la más correcta y estimada moralidad profesional, fué de pronto y bruscamente víctima de un verdadero atraco, cometido por casi todo su personal de Redacción, Administración y reparto, quien se alzó, con perfecto acuerdo y armónica conducta, no sólo pretendiendo sueldos y benefi-

cios ruinosos para la Empresa, sino una intervención y coparticipación de propiedad y dirección, que equivalía á un verdadero despojo de títulos á los accionistas. Era ya una manifestación escandalosa y descarada de la realización de doctrinas que se decían bolchevistas y que constituían una norma biológica del sindicalismo radical.

En esta Empresa y diario había dos circunstancias inusitadas dignas de examen. Primera, que los accionistas, en gran parte, eran viudas, huérfanos de redactores que habían fallecido afiliados y sirviendo en el diario, donde habían ido colocando sus modestos ahorros; y estaban, asimismo, los de colaboradores y adeptos que, entusiasmados con la historia y la política del diario, habían ido colocando igualmente, con el transcurso de los años, parte de su modesta fortuna. Y segunda, que había cierto remanso de hijos de periodistas ya fallecidos, algunos de los cuales habían sido incorporados á la vida del periódico, más por respeto y veneración á sus padres que por sus propios méritos y brillante capacidad. Existían también otros periodistas, que la opinión pública y el juicio de muchos accionistas rechazaban por su notoria inferioridad y extravagante obra literaria, más perjudicial que útil á los prestigios del diario, pero conservados y protegidos por la bondad inagotable y la estoica resignación de quien era el director y

alma de esta Empresa; y fué por esta rebeldía víctima mortal de una revolucionaria actitud.

Esta revolución hizo nada menos que despojar al periódico de cuanto pudieron tomar, dejarle sin medios de poder salir á la calle, quitarle con indignas artes la suscripción, deshonorar en la vía pública al órgano y al director, sumir en la miseria y el despojo á dichas viudas y gente modesta, y producir, en quien fué bienhechor y protector suyo por toda una existencia, choque moral tan grave, y por él una desorganización espiritual y fisiológica —inevitable en quien se vió con atropello y despojo jamás creídos y en un descubierto de responsabilidades gravísimas ante las muchas personas que habían confiado en él sus intereses—, que cayó mortalmente enfermo, y ocho meses después rendía alma y cuerpo á la Parca bienhechora, donde habían de cesar los sufrimientos que para siempre le causarían tan criminales despojos y tan locas y no castigadas ingratitudes. Médico conocemos que podría certificar, además, la lesión que en su salud y sus nervios hubieron de sufrir desdichadas accionistas; y quedan, para narrados en familia, los comentarios que se hicieron del cronista, que había hecho de las columnas del popular periódico el escenario de sus triunfos con la propaganda de ternuras y exquisiteces morales, literarias, que en la suma vejez y visible de-

cadencia de su autor hubieron de parar en actos de un sindicalista atropellador de toda una moral y derechos seculares.

Aquel suceso, que trascendió á toda España, vino á poner en descubierto, como síntoma patognomónico, la descomposición y la gangrena que hay en el seno de este importantísimo sector de la vida pública, que se llama *Prensa*, donde la masa general tan nobles méritos y virtudes atesora.

*Caso XLI.*—Literatura bolchevista:

¡Librenos Dios de incorporar al alma y al régimen de la República de los Soviets, que en Rusia hace los dramáticos ensayos de un nuevo orden social, la literatura que algunos bolcheviques producen en calidad de apóstoles y catequistas de su religión! En la mano tenemos un opúsculo, con pretensiones de librito de versos, escrito por dos, en colaboración, con ser ya él muy menguado de texto, donde sus autores se desatan contra Dios y su creencia y todos los valores morales conocidos, con lenguaje semejante al que algunas veces se oye hablar en los patios de los presidios y en las celdas de agitados de los manicomios.

Abusando de una libertad de imprenta que no se conoce en el régimen autócrata de los Soviets ni de los sindicalistas, y en términos que no pensó nunca pudiera darse aquel gran Castelar, mi jefe, que tan preciosos discursos pronunció por defen-

der todas las libertades de la democracia, y entre las que más la de imprenta, emplea, con relación á divinidades y creencias, todas las frases que una escatología ó coprología de carretero puede defecar cuando se pone en lucha con sus animales para explorar dónde existe la bestialidad mayor.

Tentados estuvimos á copiar aquí algunos fragmentos de tal engendro, como muestra realista de los extremos á que pueden llegar la rusticidad y la descomposición de quienes, deseando figurar como prototipos de *sprits orts*, solamente logran demostrar que son unos infelices, á quienes la extrema necesidad empuja á presentarse sucios, ineducados y blasfemos, y en grado tal malolientes y asquerosos, que ya hacen pedir á voces el carro de la basura y la manga del desinfectador, para recoger los productos de una mentalidad enferma y de una falta de educación y de cultura insociable.

Sin embargo, hay que recoger esta nota y registrarla, porque en el estudio médico de esta degeneración moral de una sociedad, que venimos haciendo, ella revela una de las causas más importantes de nuestra desorganización actual, y tiene lugar importante en el capítulo de su etiología.

*Caso XLII.*—Los estragos del hambre:

Un ilustre amigo mío, que se halla al frente de servicios públicos importantes, y viaja mucho por el extranjero, el doctor Florestán Aguilar, después

de una visita á Alemania, se presentó en Madrid, trayendo un niño, hijo de un rico fabricante de Berlín, para que pudiera mantenerse en Madrid, reponerse de una desnutrición y desmejoramiento graves, y salvar una crisis pretuberculosa que amenazaba acabar con él, empujándole á ser una víctima del bacilo de Koch.

Presidente del Consejo Superior de Protección á la Infancia el autor de este despergeñado libro, tiene que conocer la obra colosal, increíble, de protección á la infancia hambrienta que en todas las clases sociales sufren los Imperios Centrales. Procuran remediarle con organizaciones tutelares, caritativas y de previsión, muchas entidades de los Estados Unidos, Inglaterra... como la Asociación de la Cruz Roja, y conmueve observar la obra benéfica que realizan.

La huelga de los obreros de las minas de Río-tinto ha sido, en España, un caso de dispersión de toda la población infantil de aquellas cuencas mineras de Huelva, dándose el caso de que centenares y hasta miles de criaturas abandonasen sus hogares, sus padres, su provincia, y fueran recogidas, en España, por Sociedades y particulares para que no pereziesen de hambre, frío y desamparo. Esta es una desconocida consecuencia de las huelgas tenaces que privan á los obreros de muchos millones de pesetas por días de asueto,

que suman también millones y cuyo rendimiento alcanzan cantidades fabulosas, como en otro lugar expondremos.

*Caso XLIII.*—Los patricidas del *boycot*:

Cuando escribimos estas líneas, la Prensa de España se manifiesta indignada, y formula con energía su airada protesta contra la propaganda que se hace en el extranjero para que los obreros del mundo declaren el *boycot* á las procedencias españolas. El origen es un manifiesto dirigido por la Confederación nacional del Trabajo, de Cataluña, á los sindicalistas franceses, como venganza contra las medidas de represión y de previsión que ha tomado el Gobernador de Barcelona para poner coto á los asesinatos de patronos y de obreros que se vienen cometiendo en Cataluña y en muchas ciudades de España. Esos honorables ciudadanos, que se permiten matar á los que no piensan como ellos y no les pagan las exacciones que les señalan, se alzan indignados contra las medidas represivas de la autoridad, y para excitar la indignación y promover el castigo de sus correligionarios dicen cuantas falsedades les parece conveniente á sus fines de que no circulen por el mundo los productos españoles. Necesitados ellos, en primer lugar y más que nadie, de que las manufacturas españolas y los frutos de nuestros campos no sean ahogadas en la concurrencia mundial

y puedan defenderse de la superioridad extranjera, se dirigen al mundo todo pidiendo que se oponga una enemiga mortal á cuanto es la fuente de su existencia. Si ésta no es una conducta suicida y patricida, dígalo el Comisario del Trabajo de Rusia, quien á Goode advierte que hasta la huelga es severamente castigada en la República de los Soviets, por considerarla perjudicial á los intereses del pueblo.

Por más que si esto cuidan de hacer en su interior, bien se ve que otra cosa muy distinta procuran se haga en el exterior de su República. Buena prueba de ello es el discurso que hoy, 8 de Enero de 1921, la Prensa dice haber pronunciado Lenin, en su nuevo Congreso de los Soviets, anunciando que su organización militar disfrutará de un reposo, suspendiendo las hostilidades para prepararse á nuevos desenvolvimientos, que le permitan al ejército rojo reanudar la guerra con mayores bríos y propagar en el mundo la revolución.

Por lo pronto *L'Humanité*, de París, reproduce este manifiesto y aconseja «No compréis productos españoles». Y, con razón, advierte nuestra Prensa que el terrorismo va contra el Comercio y la industria españolas, lo cual es prueba de que España sufre una intervención de elementos extranjeros enemigos de nuestra riqueza, cuando la energía del Poder público, en nuestro país, es menos

violenta que la empleada en Francia por Mille-  
rand, en Inglaterra por Lloyd Georges y en Italia  
por Giolotti. Y esto, aunque lo firmen nombres es-  
pañoles en dicho manifiesto, no lo pueden pedir  
obreros nacionales.

*Caso XLIV.*—Vamos á registrar en este histo-  
rial un caso que ha producido sensación en nues-  
tra gente de pluma y de negocio: el ingreso en un  
frenocomio, sanatorio, ó lugar equivalente, de un  
famoso alto industrial y director de negocios, que  
ha hecho víctima á España de una de las megaloma-  
nías más grandes y originales conocidas: la de  
someter y explotar nada menos que la mentali-  
dad nacional, convirtiéndola en instrumento de  
sus ambiciones y negocios, haciendo que no hu-  
biera más periódicos, ni se publicaran otros libros,  
que los editados por él y los de sus servidores y  
paniaguados. El objeto de este jamás conocido  
monopolio es sobrado sabido, por muy ruidosa-  
mente comentado: apoderarse de una fuerza pú-  
blica incontrastable, y de un instrumento invenci-  
ble y ofensivo cual ningún otro, para ejercer una  
dictadura sobre el pensamiento nacional, la con-  
ciencia pública, los Gobiernos y el Parlamento; re-  
gular sus conveniencias, los aranceles y las in-  
dustrias que convinieran á los fines de su Socie-  
dad. Para ello, esta vastísima Empresa comenzó  
ya monopolizando una de las primeras materias de

la vida social, tan necesaria en la nutrición espiritual como los alimentos lo son en la vida corporal: el papel.

Y lo asombroso y deplorable de este fenómeno extraordinario, es que dicho monopolio se ha constituido y domina; que ha causado desastrosos efectos en muchos intereses, y que todas las Empresas editoriales, órganos de publicidad, y personas consagradas á la vida del espíritu y á las producciones literarias, científicas y docentes, están hoy sometidas á los quebrantos de una crisis jamás conocida, cuyos daños, morales y materiales, nunca se podrán calcular, ni hay quien vea su pronto remedio.

No se necesitaba ser gran frenópata, ni siquiera mediano psicólogo, para comprender que, en tan desacertada tiranía, necesariamente debía haber una inspiración de naturaleza vesánica, ya que, contra toda alta idea de reforma social y de reivindicación de intereses de clase, aquí no existía más que la explotación y el lucro monstruosos de unos plutócratas, fabulosamente enriquecidos en los revueltos mares de los negocios colosales, realizados, sin freno y sin entrañas, con motivo de la terrible guerra. Pero el hecho es que la Sociedad ha sufrido las consecuencias desastrosas de esta megalomanía, y que un negocio inmenso, que ha encarnado su jefatura y su personalidad directriz

en un desgraciado vesánico, ha subsistido y existen todavía sus efectos, los cuales, como todos los que se extienden y penetran en las multitudes creando intereses, tendrán un remedio lento y difícil. Y todos reconocen que este suceso, nuevo en España, ha pasado á ser una de las más activas concausas del intenso malestar social que sufre la nación y de los desórdenes creados por el sindicalismo rojo.

*Ramillete pirotécnico final.*—Es un hecho que la vida social en España, en armonía con la que sufren hoy los pueblos más atormentados por la guerra, está sufriendo una verdadera revolución roja que ha conturbado todas las funciones y los intereses de la vida social. Sufrimos una atormentadora pesadilla, cuyo final no aparece, aunque todos ya lo desean.

La Prensa, órgano que, como ningún otro, expresa las agitaciones y sintomatología más exactas y completas de la vida social, no es más que una cartelera ó encerado, donde se registran y relatan las catástrofes y estadísticas más sensacionales de esa vida social. En sus columnas apenas hay espacio para otros intereses y cuestiones que no sean los que se derivan de la anarquía sindicalista roja y el desate de esa marea, siempre creciente, del robo, la estafa y el abuso, que ha formado el deseo febril de rápidos enriquecimientos en fabri-

cantes, productores, cosecheros y mercaderes de cualquiera materia, desde la joyería hasta el pan y las patatas, desde el libro y los espectáculos hasta las tisanas y las golosinas, que hacen imposible la existencia.

Cogemos los diarios todos, y hoy, 10 de Enero de 1921, sus columnas no ofrecen á los lectores otras amenidades y satisfacciones que artículos, sueltos, gacetillas, protestas, noticias y amenazas, cuyos títulos sobresaltan los ánimos y ponen los pelos de punta. He aquí el índice de algunos:

Los que atentan contra España.—Agresión al Gobernador de Valencia: más de 40 disparos contra el Gobernador y su señora.—Amenazas de muerte.—Sindicalistas sorprendidos.—El paro forzoso.—Hallazgo de bombas en Tortosa.—Vista del asesinato del Sr. Pérez Muñoz.—Las víctimas de una agresión.—Lucha apasionada entre los Sindicatos.—Despido de obreros metalúrgicos en Bilbao.—Atentado salvaje en Palencia.—Penas de muerte.—Conflictos en puerta.—La pista de un asesino.—Amenazas de nuevas huelgas.—El proceso por el último atentado terrorista.—Catástrofe de la mina «Araceli», con 34 obreros muertos.—Doscientos cincuenta ahogados en las costas gallegas.—El número de obreros sin trabajo, según noticias de Berlín, asciende ya en Alemania á 3.650.300.—Se calumnia á la Patria.—El *boycot*

mundial contra España.—Nueva elevación de las tarifas ferroviarias.—Veinte obreros ahogados.—Defención de confeccionadores de bombas en Tortosa.—Los obreros y descargadores del muelle, en Sevilla, amenazan con la huelga si no resuelven inmediatamente los patronos á su favor la demanda de 20 pesetas diarias como jornal mínimo y 6 pesetas por cada hora extraordinaria.—Agresión mortal contra un delegado del Sindicato único.—Muerte de un obrero herido.—Contra los acaparadores.—Huelga en puerta de obreros y empleados del Municipio.—Hojas clandestinas.—Hacia la ruina.—Incendio formidable en Segovia. Ciclón furioso en Asturias.—Terremotos en América.—Bancos en crisis y suspensión de pagos.—Entierro civil, con muertos y heridos, en Bilbao... etcétera, etc., etc.

Este índice no tiene límites. Es como un fuego graneado incesante que, de vez en cuando, deja oír el estruendo de los grandes cañones, anunciando el relato de acontecimientos trágicos colosales. Es, diríamos, un *Idearium* de la vida paradisíaca que ahora gozamos.



## TERCERA PARTE

---

### X

## DIAGNÓSTICO Y PRECEPTIVA TERAPÉUTICA DE LA DEGENERACIÓN SINDICALISTA



## CAPITULO X

---

### Aclaración y definición de conceptos

Hemos expuesto, en la segunda parte de nuestro estudio, un historial de casos que podríamos llamar de *clínica social sindicalista*, donde hemos traído á examen dos órdenes de hechos: Primero, algunos de aquellos que tuvieron grande importancia en nuestra vida nacional y constituyeron, en su día, razón y fundamento de graves preocupaciones y de agitación en algunas comarcas españolas y, por ello, en las resoluciones del Poder público: hechos en los cuales hemos tenido alguna intervención. Y, segundo, aquellos otros que hemos tomado de la Prensa, la cual es inventario y registro de los grandes sucesos de la vida mundial, procurando que en su mayoría sean de los acontecidos en España. Y de ambas clases de hechos, y otros que invocaremos, vamos á sacar las ense-

ñanzas que nos deben servir, no sólo para deducir el conocimiento etiológico, ó causal, y el calificativo, ó diagnóstico, de la dolencia social que estudiamos, sino también aquella preceptiva terapéutica que creemos conviene, y por tanto importa emplear, porque los graves daños producidos la reclaman.

No se nos oculta que el desarrollo que hemos dado á la crónica de algunos de nuestros casos, singularmente á las de las crisis mineras de Ríotinto, fabril de las Forjas de Buelna y agraria de Murcia, podrá parecer á muchos lectores hasta excesivo; pero hemos de advertir, en justificación de nuestro proceder, que lo hemos hecho pensando: Primero, en que nada reviste de tanta autoridad á un cronista como el exponer sucesos que él ha vivido; y estos nuestros no solamente los hemos vivido, sino que los hemos influenciado, lo cual es de mayor importancia. Y, segundo, en que hemos considerado necesario el examen detenido y crítico de los hechos y circunstancias que hemos narrado, porque solamente así hemos podido analizar á nuestro gusto los estados pasionales y la cantidad, calidad y conflictos de los intereses que en ellos han intervenido, como factores esenciales del drama social que examinábamos. Hemos creído, en fin, que una brevísima presentación episódica no era bastante, y á esta

consideración hemos subordinado los términos del relato.

Ante el conjunto de los hechos expuestos y de cuanto viene sufriendo la sociedad, que no podemos ni debemos intentar siquiera referir, ciertas ideas fundamentales embargan al pronto nuestro discurso, y á ellas consagraremos ya nuestra atención. Tales son: ¿Qué sector social es ese de la burguesía, contra el cual se alza el proletariado obrero, nada menos que con propósito de su exterminio y desaparición en el organismo social? ¿Qué fundamentos históricos tiene esta lucha de clases que hoy mantiene en completa anarquía la vida de los pueblos? ¿Qué razones políticas, médico-tutelares y éticas, ó sean de justicia y derecho, mantienen? ¿Qué resultados ha producido la experiencia adquirida con los años que ya llevamos de crisis y agitaciones obreras? Y, por último, ¿qué soluciones impondrá la ley fatal, inexorable, de la condición humana, y la biología social indeclinable, á la cual se rinden siempre, contra todos los deseos, rebeldías y mayores esfuerzos del hombre, los sucesos de la Historia y la vida de las naciones?

Brevemente, y sin incurrir en el defecto —que para nuestro propósito lo sería— de enfrascarnos en exposición de doctrinas, pareceres y erudición enojosa, á que pudiera inducirnos esa bibliografía

agobiante de libros socialistas y de biología industrial que llenan los escaparates de las librerías y los estantes de nuestras bibliotecas, vamos á responder á las preguntas que nos hemos hecho.

\* \* \*

*Burguesía* es un vocablo que, según los diccionarios, señala una cualidad: la de pertenecer á una clase social intermedia entre la nobleza y el pueblo. Y *burgués* es el habitante de un burgo ó ciudad. Lo es quien disfruta una posición acomodada. Lo es el jefe, amo, director ó poderdante de un servicio. Lo es, para muchos radicales rojos, quien no profesa sus ideas personales, no ya las liberales, sino las radicales rojas suyas. Lo es —de esto nos estamos enterando hasta la saciedad, por las luchas salvajes que entre sí mantienen ya los obreros y los proletarios— el obrero y el proletario que no se somete dócil á los mandatos y exigencias de unos jefes y de los tributos que ordenan, no pagan las cuotas, no se dejan morir de hambre, ni sacrifican su familia, cuando así lo ordenan los que sienten la pasión y proclaman la necesidad de hacer una revolución trágica y exterminadora... etc., etc.

De esta suerte solamente es como se puede comprender la infinita variedad y la encarnación,

símbolo y personalización del gran enemigo, del monstruo tirano y abominable, á quien hay que destruir á sangre y fuego, y que justifica ese desate de una locura exterminadora y homicida que se la ve suelta por el mundo, y aumenta con sus insensatos atentados, ruínas y destrozos, los males infinitos que la vida humana lleva ya indefectiblemente consigo.

\*\*\*

Dice el artículo 7.º de la Constitución de la República de los Soviets, aprobada en Enero de 1918 por su III Congreso panruso: «El Poder debe pertenecer, en su totalidad, á las masas trabajadoras y á su representación autorizada: los Soviets de delegados obreros, soldados y campesinos.» Ordena en su artículo 18: «La República Socialista Federal de los Soviets decreta el trabajo obligatorio para todos los ciudadanos de la República, y proclama el principio «Quien no trabaja no come». Y, según texto del 65, quedan sometidos á la sanción prohibitiva de derechos ciudadanos, los rentistas, industriales, comerciantes, monjes, sacerdotes de todos los cultos, agentes y empleados de antiguos servicios de policía, gerdarmería... etcétera, etcétera.

Y cuando de estos enunciados de la Constitu-

ción de los Soviets se pasa al examen de los hechos que aquella su vida realiza, lo mismo leyendo las crónicas de testigos oculares favorables, neutrales y adversos á esta República, que el artículo 3.º de sus Estatutos, donde se anuncia el propósito de la República de hacer triunfar su socialismo en todo el mundo, se advierte que estos preceptos están á cada paso vulnerados en la práctica, y que allí, en Rusia, aun bajo la espartana dirección de los Comisarios que rigen sus 18 Comisarías, ó Ministerios, como dirían los demás países, se cumplen todas las irregularidades, desconciertos, injusticias, violaciones y atropellos que hay en los países extranjeros por ellos condenados, y algunos otros más graves, que la vida anormal de aquella profunda reforma de la vida pública lleva fatalmente consigo. Si alguna duda cupiese sobre este particular, bastaría enterarse, mirando por lo alto, de la matanza horrible, sanguinaria y nunca por pueblo alguno, ni revolución conocida, igualada en sus crueldades, hecha con la familia del Zar; y viendo, por lo bajo, las trabas impuestas á los extranjeros para ingresar en Rusia; y las víctimas en que convierten á todos los seres y ciudadanos que, no profesando sus ideas, quieren estudiar con imparcialidad, y conforme á sus juicios propios, el régimen y las funciones de aquella vida republicana, que ofrecen al mundo como

un modelo de perfecciones y un régimen seguro de felicidad para los hombres y las mujeres, todos.

Como prueba elocuentísima de esta extraña y sangrienta tiranía, mencionaremos que en los diarios de hoy, Enero de 1921, leemos la noticia de que los conocidos socialistas franceses Raymond, Lefebre, Vergeat y Le Petit, han perecido víctimas de una venganza de los bolcheviques, por haber redactado informes poco favorables al régimen de los Soviets. Y los mataron alcanzando en alta mar su embarcación con un navío de guerra, y arrojándolos al agua. El socialista Podin, compañero suyo, fué llevado á una de las cárceles de Moscou.

\*\*\*

¿Qué es, pues, un burgués? ¿Qué la burguesía? ¿Cuáles factores de los que integran la sociedad pueden considerarse respetables, y dentro de un derecho ciudadano que les permita vivir bajo un régimen democrático; igualitario, cómodamente, tranquilo, cumpliendo sus deberes propios, y soportando sin atropellos una vida ya de suyo atormentada por las fatalidades biológicas naturales?

Esos dictadores, que teniendo, ó creyendo tener, las inmensas falanges proletarias y obreras organizadas, constituyendo una fuerza invencible

y poderosa, capaz de arrollar todas las resistencias de las sociedades históricas, se ponen á clasificar la Humanidad y á establecer antagonismos de clases y castas á su gusto, más odiables todavía que las antiguas tan execradas de las civilizaciones religiosas y militares, bien se ve que no hacen más que disparatar.

Hay que leer sus escritos y publicaciones, escuchar sus discursos, intervenir en sus debates, y hallarse comprometido, ú obligado, á resolver, juntos, acuerdos sobre sus problemas, para conocer adónde llega, á veces, el espíritu sectario, estrecho, antidemocrático y de grupo, ni siquiera ya de partido, con que quieren juzgar la vida amplísima, caótica y compleja, de ese inmenso organismo que se llama la sociedad, ó, con más amplitud y exactitud todavía, LA HUMANIDAD.

Cuando, sometiéndose á rutinaria disposición exótica, se decretó en España las ocho horas de trabajo, y se hizo el examen de las excepciones que se habían de admitir en el cumplimiento de este precepto, llegaron al Instituto de Reformas Sociales hasta once mil reclamaciones que sobre este precepto se hicieron; y en su Consejo Directivo, como era de rigor hacerlo, se discutió, á conciencia, esta materia. Debatiendo yo con uno de los más conspicuos y batalladores socialistas, allí representante de la clase obrera, las razones

que había para que ciertos servicios, como el de porteros y ordenanzas, que las más veces son casi puramente de presencia y representativos, no se sometieran al régimen de las ocho horas, porque ningún trabajo, esfuerzo ni molestia acreditaban su cansancio, ni el coeficiente de una lesión funcional, mi contrincante sostuvo con calor la tesis de que, para los efectos de cumplir la ley de ocho horas, debía entenderse que bastaba con que el individuo estuviera ocho horas adscripto á un servicio cualquiera, y no pudiera gozar de libertad absoluta, para que se entendiera debía estar comprendido dentro del enunciado y del derecho general. A bien que este mismo socialista, en la sesión que celebró el Pleno del nuevo Instituto de Reformas Sociales, la noche del 10 de Enero (1921), para constituirse conforme á su nuevo Reglamento, y pronunciando un largo discurso, donde expuso el *Idearium* de las clases obreras que él y sus amigos dirigen, hoy reducido á ser sólo un sector del obrerismo, manifestaba que eran opinión y deseo de su partido, que el Instituto no se compusiera más que de representaciones obreras y patronales; considerando como una intrusión las otras representaciones sociales, corporativas, técnicas y del Gobierno que integraban el Consejo. Así, con este total y democrático concepto de una sociedad universal y de sus infinitos componentes,

juzgan estos equitativos compañeros la altísima, absoluta y general intervención y asesoramiento que debe ejercer el Instituto en los gravísimos intereses materiales y morales de la vida humana, y del Estado que ha de regirla.

Verdad que, en la primera sesión que hubo de celebrar este nuevo Instituto de Reformas Sociales, el Ministro Sr. Burgos Mazo decretó, sin enterarse bien de lo que hacía, y asesorado por individuos que ocultan su intervención y responsabilidad en este teratológico organismo administrativo —que va á costar muchos miles de duros al país, y va á producir, probablemente, un derroche de parlamentarismo pedante, radical y apasionado—, en esta primera sesión hubo ya de mantenerse que había en la realidad *antagonismos de clases*; que *burgués* era todo *el que no trabajaba*, y que había que exterminar *el parasitismo* de los que vivían sin producir obra útil al bien común. Y, como sucede siempre que de estos fundamentales conceptos se trata, no se definió qué se entiende por *clases antagónicas*; qué interpretación y realidad entraña eso de *trabajar para comer*; cuáles son los trabajos útiles y los inútiles; qué, derecho á la existencia, como sér orgánico; á la convivencia, como sér social, y á la protección de las leyes, como ciudadano; todos esos individuos que, por circunstancias innumerables, practican una direc-

ción espiritual, ó soportan una incapacidad y abstención forzadas.

\*\*\*

Se ha falseado tendenciosamente el concepto del burgués y de la burguesía, porque se ha hecho de la clase media de la sociedad una definición inexacta, contraponiéndola á la clase obrera y la proletaria. Obrero es todo el que trabaja, sea cualquiera la clase de su trabajo y la finalidad del mismo, siempre que responda á un interés social útil. El tipógrafo, el albañil, el carpintero, el sastre... todos los oficios; como el abogado, el médico, el arquitecto... todas las profesiones liberales; igual que el comerciante, el actor, el publicista, el empleado... son obreros, y deben ser objeto de idénticas consideraciones. Las exclusiones señaladas de la Constitución soviética y las de los socialistas, en su conducta, son arbitrarias y falsas.

Esa clase media donde se hallan agrupados los sectores sociales, constituidos por individuos que, disfrutando de medianas fortunas, luchan heroicamente por realizar una vida algo decorosa, con aspiraciones á un mejoramiento de vida y á situaciones de alguna distinción, no es más que la sumidad de las clases proletarias; es la misma plebe enaltecida por sus virtudes, su laboriosidad y las economías de sus padres y de ella mismos,

que muchas veces soporta una existencia más difícil, angustiosa y heroica, que la clase obrera más ínfima de donde ha partido.

Considerar este factor social como la representación de la plutocracia y del capitalismo, los explotadores, los intermediarios abusivos y los amasadores inmorales de grandes fortunas, es una lamentable injusticia y un grande error que perturba la dinámica y la armonía más fundamentales de la vida social. Agrúpense en buena hora los grandes, holgados y viciosos terratenientes; los monopolizadores sórdidos de los *trusts* tiranos; los acaparadores insaciables que despliegan las artes más criminales para enriquecerse pronto, encareciendo la vida ordinaria; los políticos corrompidos; los acumuladores de cargos, ricamente dotados, que detentan y no desempeñan; toda esa gente parásita y codiciosa, en fin, que forma el coeficiente abusivo, maleado, perturbador y dañino de la sociedad, y que lo mismo existen en los Centros obreros y soviéticos, que en las grandes Empresas; condénense sus perjudiciales excesos, y reprímense, con leyes y sanciones severas, sus letales y punibles abusos y especulaciones; pero respétese, venérese y tribútense las consideraciones que merece á esa sufrida clase media, que lleva en su ejecutoria ancestral la historia de la gleba y el esclavo; en su sangre y en sus nervios, los sedi-

mentos y fatigas de una lucha incansable y ruda por la pobreza y el esfuerzo, y en su alma, los nobles anhelos de esa elevación espiritual culta, y ese noble señorío honorable que constituye un ascenso en la escala social tras la más preciosa y augusta de las aristocracias, siendo, en realidad, venero de todo progreso moral, plantel donde se producen las figuras cesáreas de la democracia y base firme para las grandiosas creaciones de una civilización justa, humanitaria, equilibrada y pacificadora, que haga de la Humanidad una familia.

\*\*\*

¿Se concibe nada más absurdo y suicida que la obra de anatema, persecución y exterminio que de continuo el pueblo trabajador acuerda, organiza y ejecuta contra esas sus propias Sociedades, y que son las eminencias selectas de su propia sustancia y formación? ¿Qué régimen social sensato y progresivo puede crearse con tan desatentados discursos y vesánicos procedimientos? Esa condenación de exterminio y esos atentados que en todas las grandes capitales de España, y en sus centros fabriles hoy prevalecen, y mantienen una vida trágica en España, por virtud de la cual las fábricas se cierran, los obreros emigran, la ruina y la desolación se extienden por todas partes, el

alma colectiva se sume en el desaliento y la desesperación, y una psicopatía trágica, de muerte y de impotencia, rige la vida social, ¿qué pueden crear, ni á qué campos de fertilidad y reinos de armonía y de ventura pueden conducir? Esto no es ya la lucha contra el capitalismo avaro y tiránico; contra el imperialismo anexionista, absorbente y dictador; contra un militarismo brutal y sanguinario, instrumento duro y cruel de la fuerza, la guerra y la tiranía; esto es ya una obra autodestructora contra las propias energías; una guerra civil aniquiladora entre hermanos. Esto es, en fin, una vesania suicida y criminal que no puede perdurar y que, como tantas veces levantada en la historia y luego muerta, tiene que desaparecer ahora.

\* \* \*

En la huelga larga, tenaz y llevada á los mayores extremos, que acaba de terminar, después de seis meses mantenida, en las famosas minas de Ríotinto, que tan detenidamente hemos examinado en capítulos anteriores, se han producido enseñanzas que los socialistas de buena dirección y sano criterio deben recoger y aprovechar en lo futuro. Y otro tanto ha sucedido en la huelga de las forjas de los Corrales.

Cuidando siempre de tomar nuestras informaciones en centros y personas que se hallen equidistantes de los intereses y bandos en lucha, para no desvirtuar nuestro examen y nuestros juicios con intereses partidistas y apasionamientos injustos, hemos podido recoger datos que demuestran, con cifras que impresionan, verdaderamente sensacionales, el grave daño que se han causado muchos miles de familias obreras, y que, como de ordinario sucede, ya no tienen reparación posible. Lo prueban los siguientes datos:

Los obreros de Ríotinto, por cuarta vez, se declararon en huelga y la mantuvieron siete meses con tenacidad y á ultranza.

Pues bien; los obreros de Ríotinto han dejado de percibir los jornales y salarios de 200 días, como término medio, y calculando ganar éstos, entre los talleres de Huelva y las minas —son oficiales nuestros datos—, 400.000 reales, ó 100.000 pesetas por día, se llega á una cifra de 20 millones de pesetas. De esta cantidad se pueden descontar los jornales de unos 600 individuos que jamás abandonaron el trabajo. Calculando éstos en 3.500 pesetas por día, resultan 700.000 menos. Realmente, los dichos 20 millones de pesetas.

Del lado de la Compañía de Ríotinto, los daños han sido también muy considerables. Entre el costo de producción y el valor de lo vendido en los

mercados, la Empresa ha dejado de ganar una cantidad que, seguramente, no bajará de 10 millones de pesetas, á la cual hay que añadir un quebranto técnico, industrial y económico, difícil de calcular: el producido por la desorganización de los trabajos y los negocios todos, en general.

Si á esto se agrega la baja del valor del cobre y del azufre en los mercados, que va unida al aumento de jornales, salarios, combustibles, hierro, madera y lingote de hierro, necesario para la cementación, se comprenderá por qué la Compañía se ha visto obligada á reducir el número de empleados y obreros. Esto ha determinado que, durante los seis meses de huelga, hayan emigrado muchos operarios, y que no sean pocos los que han ido á buscar trabajo en otras minas cuya organización, recursos, consideraciones y beneficios para los obreros son notoriamente inferiores á las de Ríotinto, como lo acreditan los antiguos informes del propio Instituto de Reformas Sociales, hechos con escrupulosa exactitud y bien garantido contraste.

El resultado es que viene desde hace años, por estas causas, disminuyendo mucho la población obrera de Ríotinto. En Febrero de 1890, el Alcalde de Nerva nos decía á los comisionados que visitábamos las calcinaciones de Ríotinto (1): «Apa-

---

(1) Véase pág. 56 de este libro.

guen ustedes las teleras, y 20.000 familias de obreros perecerán». En 1913, cuando fuimos á estudiar la huelga que describimos en nuestro capítulo VI, había 15.826 obreros, 5.000 empleados, y se construían con abundancia barriadas que formaban nuevas poblaciones (Meca de los Pinos, La Dehesa, Atalaya, el Campillo, el Valle), que hacían un total de 5.400 casas. Hace diez meses había ya solamente 10.000 obreros. Hoy trabajan no más que 7.000. La Compañía operará ya sólo con este número, y si empeora la situación reducirá más aún su personal de obreros y de empleados, ingleses y españoles. Veamos ahora la psicología de la lucha:

La Compañía y los obreros han combatido bravamente, y puede decirse, en honor de ambas partes, que hasta con caballerosidad. Aquélla ha luchado, sola, contra todas las organizaciones sindicalistas, socialistas y obreras de España. El origen de la huelga no ha sido una de las huelgas corrientes para conseguir más ó menos jornada, sino para *apropiarse* los sindicalistas la dirección de los trabajos. La abundancia de recursos procedentes de Inglaterra, y el carácter enérgico y tenaz de la raza, han permitido á la Compañía mantenerse este tiempo y cuanto fuese necesario. Por esto fracasó la huelga; y los aumentos y concesiones ofrecidos desde el principio por ella son los que rigen hoy, cuando los obreros han vuelto al trabajo.

Los obreros, de su parte, han agotado sus resistencias; han sufrido privaciones y necesidades, que no han sido compensadas con los escasos auxilios enviados por las organizaciones sindicalistas y socialistas. Se han convencido de que la Compañía no se somete á las amenazas ni á las influencias extrañas, y han vuelto al trabajo los empleados y obreros sin manifestar rencor ni odio. Se congratulan de que han permanecido firmes hasta el día de volver; pero tienen conciencia de sus pérdidas. Están trabajando bien, y ganan los jornales que les concedió la Dirección en Diciembre pasado. De su parte la Compañía no ha ejercido represalias, ni consiente que los huelguistas la ejerzan contra los obreros y empleados que no abandonaron sus servicios.

Una nota dramática interesantísima, extraordinaria, hubo en esta huelga, que conmovió á España toda: la emigración de los niños, huídos de sus hogares y buscando por la nación refugios para sus necesidades; y siendo éste un hecho inusitado, merece algún mayor examen de nuestra parte.

\*\*\*

La circunstancia de ser el autor de este estudio Presidente del Consejo Superior de Protección á la Infancia, le indujo á conocer con singular inte

rés dicho caso, nuevo en los conflictos sociales de España, y he aquí su información:

Las minas de Riotinto han padecido ya cuatro huelgas. En 1903 hubo una, que comenzó con el personal del Departamento Cortas Filon Norte. Esta huelga duró pocos días, porque á Riotinto fueron tropa y Guardia civil. En 1913 hubo huelga general, que empezó en el mes de Octubre y terminó en Noviembre. En 1917, huelga general en Agosto, y en 1920, huelga parcial desde Junio y general desde Agosto á Diciembre. En todas, los empleados se abstuvieron, menos en la última, en la cual hicieron causa común con los obreros. En ninguna, las resistencias duraron tanto tiempo, y jamás llegaron á los extremos que en la última.

En la cuenca minera hay 20.000 niños, y de ellos parece ser que 3.000, aproximadamente, fueron llevados á varias capitales de provincias, y fueron recogidos por organizaciones obreras, en su mayor parte. A realizar esta emigración temporal obligaron y movieron, según referencias fidedignas, dos causas determinantes: la miseria y las necesidades, que hubieron de producirse en las familias obreras por una huelga tan larga, en la cual se habían agotado todos los recursos, y los auxilios sindicalistas eran deficientes. Y el propósito de producir un efecto sensacional en la opinión pública, convirtiendo ya la exhibición de una

desgracia semejante en acto de propaganda política. En prueba de esta interpretación, se advierte que si muchos iban por verdadera necesidad, otros lo hacían por *sport*, y no pocos por viajar y estar fuera de sus casas algún tiempo; salida que se puso de moda, porque no fueron solamente los obreros quienes los mandaron, sino también algunos empleados y personas particulares que no tenían que ver nada con la huelga, ni con la Compañía. Consta que en este caso la Compañía de Río-tinto procedió con el sentimiento de humanidad y cordiales deseos que es justo reconocer ha mostrado siempre con sus obreros, facilitando comidas, socorros y dando facilidades de todas clases, como pase gratis por su ferrocarril para los niños, y que gestionaba, además, su vuelta.

Estos niños fueron, en distintos puntos, paseados por las calles, dicese que exhibidos también en algunos teatros; y se observó que, en vez de hacerse cargo de ellos las familias más pudientes, los recogían los obreros, quienes, en algunos casos, los *utilizaban para implorar la caridad pública* llevando un distintivo en el brazo.

Una respetable persona de las que por su ministerio viven en diario, afectuoso y paternal trato con estas criaturas, nos informó que los niños que tuvieron la desgracia de abandonar sus hogares se podían dividir en dos grupos. Primer grupo: los

sacados por sindicalistas y socialistas, que fueron los de las primeras expediciones. Y, segundo grupo: los que formaron expediciones realizadas por los políticos, con el propósito que siempre mueve á estos señores directores de la vida pública: el de captarse las simpatías de los obreros electores, pues había interés en sacar diputado por aquel distrito á un candidato de cierta fracción liberal. En confirmación de este dicho se hace advertir que, terminada ya la huelga y pasadas las elecciones, no volvieron los políticos á ocuparse del estado de estas inocentes criaturas.

La intervención del factor político en todos los problemas sociales es casi siempre perturbadora, porque su inspiración es esencialmente egoísta y enderezada á mantener cogida la influencia electoral, *cueste lo que cueste y defiéndase lo que se defienda*. En la huelga de las forjas de los Corrales, de Santander, como en la crisis agraria de Murcia, también nos tropezamos con este agente. Es una inmensa desgracia que la función y los personajes directores de la vida pública y del Estado pierdan aquella augusta serenidad y puras inspiraciones á que están obligados y necesitan los pueblos. Pero ello es así. Muy otra sería la civilización actual, la prosperidad de los pueblos y la confraternidad humana, si los Poderes de los Estados todos rigiesen sus actos con vista á otros intereses que no

fuesen los personales de sus representantes; vicio que domina por todas partes, lo mismo en los Estados Unidos de América, que en el Principado de Mónaco, en Europa.

\*\*\*

La infancia es uno de los sectores del contingente humano en quien la guerra europea y las agitaciones sociales han hecho mayores estragos. Como nunca, hoy se siente la necesidad de crear organismos protectores, internacionales y nacionales, para acudir en auxilio de los muchos millones de criaturas que, en todas partes, sufren la miseria física y la moral. Pasados los sesenta y cuatro meses de una guerra que hemos sufrido, como horrible pesadilla sin término, se observa ahora que, al mismo tiempo que los hombres de Estado procuran acudir con todos los medios posibles á resolver los gravísimos problemas económicos, reconstructivos, previsores y de solidaridad benéfica, por todas las naciones, la infancia se resiente de grave abandono, y urge la organización de Comités de caridad pública, que lleven en su bandera el grito conmovedor de «¡Salvad á los niños!». Y por eso, este grito de angustia se lee ahora en todos los idiomas, como dice *L'Union Internationale de secours aux enfants*, constituida en Ginebra:

*«Sauvez les enfants! Save the Childr en! Rettet die Kinder! Salvate i Bambini! Rädda Barnen! Salvad los niños!»*

El número de los niños raquíticos y tuberculosos ha aumentado enormemente en Francia, Italia y Bélgica, por efecto de la guerra y las agitaciones sociales. No bastan todos los Sanatorios que incesantemente se crean, porque todos están llenos, y falanges numerosas de criaturas, hambrientas y taradas de enfermedades, fruto de la miseria y del abandono, claman con angustia por que se las reciba en ellos. Solamente en el Sanatorio de Roscoff (1), en Francia, y en el transcurso del año 1919, fueron rehusados 3.000 niños, y esto sin pensar en esos ejércitos de criaturas que nacen en los Departamentos destruidos, en países desolados y donde carecen de todo: de canastillas para vestirse, de leche y de solicitudes maternales.

Y si esto sucede en Francia, espanta pensar lo que acontece en esas otras ciudades donde la situación es más trágica, por los bloqueos de la guerra y las agitaciones y trastornos sociales, como sucede en Austria, donde hasta en Viena se sufre de hambre; en Hungría, donde los niños tienen

---

(1) *Bulletin de l'Union Intern. de Secours*, núm. 30 de Noviembre de 1920.

hambre, los depósitos están vacíos y los hospitales carecen de ropa y lencería; en los Balkanes, donde centenares de miles de huerfanitos piden socorro; en Montenegro, reducido á ser un país de viudas y de huérfanos; en Rumania, castigada por tantas tragedias, que suma un censo de 300.000 orfelinos, de los cuales solamente 170.000 perciben socorros... etc. Pero si hasta la misma Alemania anuncia que, solamente en sus ciudades más importantes, tiene 200.000 niños tuberculosos. Letonia, Esthonia y... Rusia, el coloso de Europa, cuyas hambres y miserias extremas diariamente nos anuncian los telegramas, poniendo espanto en las almas más insensibles.

En Alemania, según se dijo en la reciente Conferencia de Spa, las raciones de alimento, que fueron mejoradas en 1919 para la población urbana, han vuelto á quedar reducidas al 40 ó 60 por 100 del mínimo de calorías. Los técnicos de las naciones aliadas reconocen que los habitantes de las ciudades no reciben más del 65. Hay una desproporción enorme entre los ingresos ligeramente aumentados y el precio de las subsistencias, elevados cinco y seis veces. Cuáqueros ingleses y norteamericanos suministran comidas de 1.500 calorías á 800 estudiantes de la Universidad de Berlín, quienes, por mala nutrición, no podían seguir sus estudios. Y esto sucede en otras Universida-

des. Igual beneficio hacen los cuáqueros con numerosas escuelas de niños consagrados de tuberculosis, raquitismo y otras enfermedades debidas á la desnutrición. La población alemana toda se calcula que pesa un 25 por 100 menos de lo que constituía su peso medio normal antes de la guerra. Y estos datos proceden de los trabajos interesantes publicados por Mr. Cravath, ex Consejero del Comité Financiero Interaliado, en los Anales de la Academia Americana de Ciencia Política y Social.

¡Ah! ¡Las jóvenes generaciones! Los niños que tienen la desgracia de venir al mundo en estos tiempos se encuentran con que hasta los deberes de la maternidad más puros y adorables, y los amorosos cuidados de la lactancia, le sustraen los nuevos destinos y las insensatas desviaciones de la vida pública y privada de la mujer, siendo así que ella es el sér único á quien la Naturaleza—la madre suprema de todos, por sus imperativas, sus razones y sus acertadas previsiones—confió tan esencial y sagrado ministerio. ¿Qué pensar, en vista de esto, del acuerdo adoptado por el VIII Congreso de los Soviets, celebrado en Moscou durante los días de la primera quincena de Enero? Dice la Prensa que en él la señora Kollontai ha pedido que todas las mujeres de Rusia sean libradas de los *improductivos quehaceres do-*

*mésticos*, para tener todas las facilidades necesarias de tomar parte en la vida política.

El Gobierno de los Soviets educa actualmente 140.000 niños, y dicha dama ó señora Kollontai propone, que este número suba hasta el de varios millones, para que el Estado cuide de los niños, salgan de sus hogares, y las madres no tengan que ocuparse en ellos y puedan consagrarse, fuera de su hogar, á otro trabajo productivo.

Y esta proposición fué adoptada.

Al mismo tiempo que esta noticia, la Prensa misma publica otra sobre Rusia, que dice así:

«*En Petrogrado tienen hambre y frío.*—Helsingfors.—La Prensa de Petrogrado dice que la situación de la antigua capital es cada vez más horrible desde el punto de vista de la alimentación y de la calefacción. Los víveres son cada vez más escasos, y la mayor parte de la población no recibe diariamente más que la octava parte de una libra de pan negro, una mitad de arenque y una taza de agua caliente, que hace oficio de sopa.

»Los inmuebles carecen de calefacción, aun los que ocupan las numerosas oficinas soviéticas y la mayoría de los hospitales.—*Radio.*»

¡Todo esto es edificante y acredita un gran progreso social!

Hemos invocado más arriba la huelga de las forjas de los Corrales, que hemos expuesto en nuestro capítulo V, donde advertimos, según pueden recordar ó releer nuestros lectores, que la Sociedad de esta riquísima industria santanderina, cansada de las huelgas y las desatentadas exigencias, amenazas y rebeldías de los obreros, se hallaba resuelta á cerrar sus fábricas si no lograban normalizar los trabajos y la disciplina de este centro fabril, donde más de mil obreros vivían felices y prósperos; en una preciosa comarca que, antes de 1871, era una hacienda particular sin importancia, y que antes del mes de Junio de 1919 era el centro fabril más importante de la región montañesa. Desde que comenzaron las huelgas, hasta el día de hoy, han pasado diez y nueve meses y la normalidad no se ha restablecido. En dicho capítulo dábamos noticias de la rebeldía contra el laudo del Instituto de Reformas Sociales, de las amenazas constantes, de las imperativas y cada día más irreductibles exigencias de los huelguistas; y los dueños, señores Mijano, han cerrado definitivamente la fábrica, y han despedido á todos los obreros, según nuestras noticias.

El cierre de esta fábrica supone la pérdida de más de dos millones de pesetas, que han dejado de percibir los obreros; la suspensión de las obras de un asilo de obreros ancianos; la no construc-

ción de un hospital modelo, para el cual había dispuesto dos millones de pesetas, y la ruina de una comarca próspera.

Nos refería una persona importante, que una sirvienta de una hija suya, allí residente, que era esposa de uno de los que capitaneaban con más tenacidad la rebeldía, y que con sus ganancias mejoraba su hogar y las de su esposo, obrero, se había despedido, y que el matrimonio abandona la comarca para ir á otros sitios en busca de trabajo. Este cabecilla no ocultaba que estaba arrepentido de su actitud y de los daños que se habían producido con la clausura de aquel rico y próspero centro industrial (1).

\* \* \*

Concluamos este primer capítulo de la tercera parte del libro, deduciendo:

---

1) Ya compuesto y á punto de imprimirse lo que antecede, acerca de la huelga de la forja de los Corrales, recibimos una carta del director de la Sociedad anónima, D. J. A. Quijano, en respuesta á otra mía, donde le demandaba datos sobre el estado actual, y su información es tan interesante que merece ser publicada. HeLa aquí:

*«Santander, 8 Febrero 1921.*

Sr. D. Angel Pulido.—Madrid.

Mi distinguido amigo: su carta llegó en los críticos días en que la cuestión obrera de las forjas estaba en vísperas de variar de

1.º Que la clasificación de clases sociales que los socialistas hacen no tiene fundamento, y que los vocablos «burguesía» y «burgués» son dos conceptos inexactos, erróneos, que no tienen otra significación que la expresión de odio y deseo de exterminio, de los seres inferiores y necesitados, contra todas las esferas sociales y los individuos todos, aun siendo de la misma, la propia, á que

---

aspecto, y por eso no he contestado antes á ella, acaso dando lugar á que usted sospechase que no la había recibido. Como lo presentía, sucedió; y ayer, lunes 7, hizo tres semanas que se reanudaron los trabajos, aunque mal. Y esto por dos razones: una, porque los restos del Sindicato, que murió á manos de los mismos obreros, se defendían en las últimas trincheras, y la otra, porque, como dice la fábula, *llegaron los perros*; es decir, la industria está poco menos que muerta y no *dará para* sostener el número de obreros que antes mantenía, por causa de ellos mismos; y esto va á tener mal remedio, porque se ha perdido entre ellos el hábito del trabajo. Espero que podremos aún volver á convivir todos en la paz y armonía que fué clásica en aquellos valles, y á ello he de consagrar toda mi atención, no perdiendo de vista que la educación y medio ambiente, en que las personas viven, suele imprimir en ellas un sello definitivo.

Me pregunta usted qué daño ha causado este grave y prolongado desorden. Amigo D. Angel, incalculable; porque sospecho que el mayor es el que se avecina. Por de pronto, calculamos que nuestros obreros han dejado de percibir en estos dos años, de los que poco más de uno se trabajó, no menos de un millón y medio de pesetas.

Pienso ir á esa en la semana que viene, y tendré muchísimo gusto en visitarle y enterarle más en detalle de la cuestión.

Su servidor y amigo affmo., José Antonio Quijano.

ellos pertenecen, cuando no se someten á su dirección, exigencias y exacciones.

2.º Que las huelgas, basadas en este orden de antagonismos de clase, han producido grandísimos y ya irreparables perjuicios en muchas importantísimas industrias, donde las víctimas más inmoladas han sido los obreros mismos.

3.º Que las nuevas orientaciones del obrerismo femenino, y los estragos de la guerra y de las tragedias sindicalistas y socialistas, están produciendo, y mantienen, la mayor desolación en la raza humana, cuyas primeras víctimas son los niños, hoy condenados al hambre, la miseria y el desamparo moral de sus padres.

No son de estos tiempos, solamente, los graves problemas sociales que traen tan hondamente perturbado el mundo. Los han conocido, con mayor ó menor intensidad, los pueblos más importantes de la Historia, con las variaciones circunstanciales que son de rigor en todo proceso transcendental de la vida, considerada en los distintos Imperios; y ahí está la Historia, que advierte cómo siempre nacieron, se desarrollaron y terminaron de modo semejante. La lógica de la vida y de la razón han impuesto su ley, más pronto ó más tarde, con fenómenos y consecuencias más ó menos graves, pero haciendo constar siempre que será inútil toda violencia social que propenda á trun-

car los afectos y los intereses de la Humanidad, llevándolos por cauces y á destinos que contradicen su natural esencia. La conocida sentencia francesa que dice: *Chassez le naturel il reviendra au galop*, es de una exactitud incontrovertible. Cuantas veces violentemos las leyes morales y orgánicas de nuestra condición humana, otras tantas ellas reclamarán su soberanía y nos impondrán su satisfacción.

Crear el Estado Providencia que disciplina, regula y sostiene por igual la vida de todos los ciudadanos; someter á un régimen idéntico cuantos seres componen una sociedad; sustraer los hijos á los afectos y cuidados amorosos de los padres para que sean criados y educados por la frialdad regulada de un Estado-Asilo; someter el trabajo y su estimación á normas fijas y á estimación idéntica, haciendo que las aptitudes y las actividades todas tengan igual recompensa porque sean los mismos sus efectos; valorar las almas todas como si fueran monedas de un mismo metal y con idéntico cuño; imponer que las mujeres y los hombres convivan sus necesidades y satisfacciones con irreligiosa, absoluta y no condicionada promiscuidad y libertinaje; que el rendimiento del trabajo no sea patrimonio de nadie, por serlo de todos, es decir, de los caudillos y jefes, en una propiedad colectiva y gregaria; que los cerebros

donde causas, todavía imposibles de precisar bien, divinas y humanas, pusieron la luz creadora del genio, funcionen y rindan igual que aquellos otros que, por degeneraciones fatales, nacieron condenados al cretinismo y la imbecilidad; que un régimen de holganza y de vicio haya de producir los mismos frutos y soberanías que otro de labor técnicamente metodizada y de virtudes noblemente dirigidas... ¡ahl esto fué, es y será siempre tan disparatado gobierno como ordenar, con un precepto administrativo, que la sociedad humana se componga de seres que tengan la misma talla, el mismo temperamento, igual inteligencia, idénticas pasiones, necesidades, goces, aficiones y dolencias que no presenten diferencia alguna, y que se produzcan y expresen, en sus concertadas actuaciones, por acuerdos legislativos impuestos, como hojas impresas de la misma edición de un libro. ¿No conoce, acaso, hasta el más lerdo, que la naturaleza es esencialmente variada; que sus creaciones son de un individualismo irreproducible; que cada sujeto *es como es*, y nada hay que le sea totalmente igual; que aun en cada sujeto varían sus partes; que ni los frutos todos de un árbol son idénticos; las flores de una planta se diferencian entre sí; los sistemas solares y los astros todos son desiguales; los fenómenos de la Física y de la Química, que se cumplen en la materia y

determinan la vida del cosmos y la de la molécula y la del átomo, son particularísimos? ¡Como que, por ser tan infinita y siempre inagotable la mutación y la inventiva de la vida, de ella dice la sentencia italiana: *Per troppo variar natura é bella!*

\* \* \*

Siempre que tomamos, ahora, un periódico, y nos enteramos de la tragedia horrible que sufre la Humanidad, como cuando asistimos á los debates de nuestras Cámaras legislativas y escuchamos los discursos de esos oradores dignos de Bizancio, cuando no de un club jacobino como aquel nuestro de la calle de la Yedra, donde los Besteiro, Prieto, Domingo, Anguiano, Saborit, Largo Caballero y otros oradores, con frecuencia dicen cuanto se les viene á la boca contra todo lo existente, sin que les salga al encuentro quienes les respondan como merecen ser contestados, síntoma expresivo de la decadencia á que han venido los hombres y los oradores del que fué uno de los Parlamentos más brillantes y gloriosos de los pueblos constitucionales; siempre —repito— que esta vida de criminales, por un lado, y de oradores extremistas, por otro, preocupa mi atención, me acuerdo de aquel hombre, sin igual en la historia de España, célebre entre los más célebres parla-

mentarios del mundo antiguo y moderno, á quien Canalejas llamó «el SIEMPRE *divino* y *único Castelar*». Y lo recuerdo porque, siendo quien más ha hecho y con más eficacia trabajó en España por reivindicar, enaltecer y servir al obrero y al proletariado, dándoles una legalidad y unos derechos que nunca habían disfrutado, fué también quien con más grandilocuencia, más fuego y mayor perseverancia combatió los desmanes, dislates y peligros de una demagogia socialista, que todo lo atropella y compromete, en primer término los mismos intereses morales y materiales obreros, oponiendo á sus fracasos y catástrofes las conquistas, excelencias y ventajas de una democracia individualista, con la cual habían prosperado los Imperios, se habían recabado las libertades democráticas, arrancadas á los tiranos, y se había llegado al triunfo de una igualdad social como nunca la había disfrutado la Humanidad.

Oye decir, de sí, con frecuencia, el autor de este libro, que siempre está evocando las enseñanzas de Castelar; que sus discursos, sus conferencias, sus artículos y sus libros, se hallan salpicados de frases, consejos, episodios y enseñanzas del inmortal tribuno, y que, haciéndolo así, no piensa en que Castelar murió ya hace más de veinte años; que fueron muy otros los tiempos suyos, y que, siendo otros los sucesos, y habiendo cambiado los

tiempos, y las necesidades, y los conflictos mundiales, ya ni el estilo de su oratoria cesárea, ni sus ideas democráticas, ni sus artes de gobierno, conciertan con la vida y los requerimientos de estos tiempos apocalípticos que atravesamos.

Y el autor de estas líneas, cuando tan inconscientes y rutinarios despropósitos escucha, de labios que dan á entender hasta qué grado, quienes tales juicios emiten, desconocen la oratoria, la política, los aciertos, la experiencia y el conocimiento profundo de los tiempos y los hombres todos, que tenía aquel incomparable catedrático de Historia Universal, suele responder á los que se lo dicen:

—Si el haber sido amigo íntimo, médico y Diputado en Cortes, de aquel genio, habiéndome formado el espíritu, año tras año, en las virtudes de la política, el amor á la Patria y á los sacrificios, que realzaron la vida del Gran Apóstol de Pueblos, no bastase á mantenerme en perpetuo culto; si el haber embalsamado su cadáver, aceptado la herencia espiritual de sus inmarcesibles y grandiosos apostolados que él defendió y nos recomendó á sus correligionarios, para que jamás los olvidásemos ni los desatendiéramos, no lo demandaran, bastaría, además, para estar constantemente invocando sus enseñanzas, como los apóstoles de Galilea invocaban la de su Divino Maestro crucifica-

do en el Gólgota, contemplar los monstruosos crímenes antisociales y democraticidas que hoy se realizan por todas partes, aplaudidos, y probablemente inspirados —no queremos extremar el general recelo, aceptando las públicas acusaciones— por los jefes, los *meneurs* de huelgas, los explotadores de esos desdichados obreros honrados, cuya suerte y mejoramiento nos interesan en alto grado, porque así lo pide nuestro origen, y porque eran lo que más interesaba al gran tribuno de la Democracia.

\*  
\* \*

Castelar nunca fué apóstol de otras aristocracias históricas que las del pensamiento, y el alma de las grandes libertades; no lo fué de las plutocracias, capitalistas, monopolios, dictaduras, tiranías y esclavitudes. Pobre fué en su origen, pobre siguió siendo toda su vida y pobre murió, socorrido por sus amigos y admiradores á menudo. Y eso que había sido Jefe de Estado; Verbo, por cuya audición se le ofrecían en América millones de pesetas; alma y gobiernõ de la política española imperante, y á su hogar modesto acudían los Jefes de los Gobiernos y los de los partidos para consultarle sus incertidumbres, ilustrarse sus ignorancias y pedirle razones, defensas, discursos y con-

sejos, que luego en el Parlamento, en públicas solemnidades y en el Poder, exponían y decretaban como de propia inspiración y origen, sin señalar la fuente de donde lo tomaran.

Castelar lo decía cuando propagaba su doctrina, salvadora de una democracia individualista: «En la defensa de mis ideales esgrimí cuantas armas pude haber á mano en las provistas armerías de mi experiencia. Y no lo hice ya, defendiéndolos de reacciones extrañas, como aquellas que combatiéramos con calor, cuando caían desde las alturas elevadísimas del trono y del altar, sino provinientes de una reacción que subía de lo profundo: del abismo á que nosotros habíamos llevado el Verbo de la libertad, rompiendo en cien fragmentos las cadenas allí amontonadas; del abismo de las ergástulas y de las genmonías; del eterno potro donde la tiranía martirizaba á mártires seculares, que, al recobrar su vista, pedían de nuevo la ceguera, y cuando podían disponer ya de sus miembros impotentes y aherrojados, pedían de nuevo la parálisis, víctimas de sugestionadas demencias que los llevaban al más insensato de los suicidios.» Y si esto decía en 1890, ¿qué discursos, de severas y proféticas condenaciones, no pronunciaría por estos tiempos, en que tan apocalípticas hecatombes y desastres vemos y sufrimos?

Cuando la Prensa nos relata las tiranías ruinosas

y criminales que dividen el desdichado pueblo ruso en nuevas castas, enemigas y antagónicas en organizaciones sociales, donde limitados factores del gran organismo humano reparten en la sociedad la vida nutritiva material con intereses partidistas y raciones tasadas, declarando exentos del derecho común á sectores importantes del mismo, solamente porque no rinden culto y vasallaje á tiranías y procedimientos que repugnan á su noble altivez y á su conciencia. Cuando se ve, en fin, que todas las fuentes de la economía política han sido por el Poder público absorbidas, que algunas hasta fueron cegadas, y que están medio secas la mayoría; que los campesinos fueron burlados en las promesas con que se les indujo á la revolución; los industriales se hallan carentes de material, maquinaria, labores y recursos; huída está una gran parte de las clases altas sociales; cerradas las fronteras al paso de las inspecciones y estudios que no sean los realizados por los sectarios adheridos; el hambre y la miseria haciendo estragos por todas partes; desarticulados y anárquicos aquellos vínculos del hogar que mantenían sus factores integrantes en términos de que el jefe de familia, la esposa, la prole, la infancia, la servidumbre, todo, constituía un cuerpo y un alma, donde los afectos más vivos y las devociones más solícitas fundían los corazones, garantizaban y esmaltaban con sus virtudes

una existencia tranquila, honorable y venturosa, en la cual las alegrías y las tristezas, los sufrimientos y los goces, eran comunes y constituían un concierto de armonías sentimentales, como las cuerdas de una lira, vibrando con sus especiales notas, tañen la dulce música de una trova de amor.

Pero aplacemos para otro lugar hablar del actual estado de Rusia, y mostremos, bien que sólo á grandes rasgos, las enseñanzas de historia con que aquel maestro eminente aleccionaba á sus conciudadanos y difundía por el mundo sus proféticos apercebimientos y sanas amonestaciones.



La cuestión social fué de las que más embargaron la vida de Castelar, quien se había convertido en el Tirteo grandilocuente de todas las libertades esenciales á la vida ciudadana y en el caudillo adorado de todas las luchas y movimientos promovidos contra la reacción y la dictadura. Revelado al mundo un gran genio oratorio, con su famoso discurso sobre la democracia, pronunciado en el teatro Real la tarde del 22 de Septiembre de 1884, desde muy joven se vió ya comprometido á tener que debatir con los más preclaros políticos, pensadores y publicistas, predominantes en la segunda mitad del pasado siglo, por España y el extran-

jero, los grandes principios que informaban: la política de los partidos gobernantes, la de las aspiraciones reformadoras de los radicalismos nacientes, y las enseñanzas y experiencias de la historia, continuamente invocadas por generaciones estudiosas, que tomaban del pasado las luces con que pretendían esclarecer los problemas transcendentales de sociedades y naciones, atormentadas con las candentes génesis de grandiosos próximos alumbramientos, destinados á reformar la geografía política del mundo y la vida de las vieja sociedades.

Una conferencia que dió Castelar, la noche del 31 de Mayo de 1890, en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, y á la cual pudimos asistir muchos de sus correligionarios, hubo de consagrarla al estudio del Socialismo; y desplegando los más grandes vuelos de su oratoria en la exposición — como si quisiera renovar para las emociones los apasionados y arrebatadores apostolados de su primera época, durante las propagandas inexpertas que inflamaron la nación toda; y persuadir, para la conducta y los actos ciudadanos, los más severos apercebimientos y sanciones señalados por la experiencia de los siglos y de los imperios—, recordaba una famosa polémica que hubo de mantener, el año 1864, con el gran político y jefe ilustre Sr. Pi y Margall, de reconocida competencia

magistral en tales materias. En este debate, quien desde su tribuna de abogado de la democracia socialista hubo de intensificar toda la profundidad de su doctrina y la severidad de su estilo para vencer al coloso defensor de la democracia individualista, mantuvo inolvidable discusión con quien había ya, siete años antes, en 1857, definido admirablemente el aspecto progresivo de la democracia liberal, debatiendo con el dulcísimo poeta y genial publicista Carlos Rubio, de gran renombre en la bohemia simpática de aquellos tiempos. Y en ella, ambos titanes, cuya autoridad y prestigios reconocía y proclamaba el mundo entero, en el grado y con fundamentos hoy á nadie comparables, agotaron las demostraciones y razonamientos que un tema, que lo es de todos los tiempos, puede ofrecer al espíritu humano. Polémica tan famosa fué ésta, que un elocuente orador liberal, lumbrera del Parlamento británico, Grant Duff, tan versadísimo en lenguas antiguas y modernas como lo era en ciencias políticas y sociales, Gobernador de Madras en tiempos de Gladstone, y autor de notables libros de historia sobre el movimiento de las ideas modernas, declaraba que no había encontrado en los anales de las ideas contemporáneas polémica tan sabia y tan ardiente como la empeñada en España entre los demócratas socialistas y los demócratas individualistas el año sesenta y cuatro del siglo XIX.

Y en aquella discusión, donde ya intervinieron, en uno y otro bando, muchos escritores ilustres, bajo la dirección de tan eximios jefes, Castelar hubo de acreditar, con el agobio irresistible de sus conocimientos de la Historia, la grandilocuencia de su Verbo y el peso irresistible de sus razones, la dificultad insuperable que ofrece la doctrina socialista, así «tome todos los caracteres que quiera y adopte las doctrinas que le parezcan, por su complicidad, consciente ó inconsciente, con el mundo anterior á las resoluciones modernas y su incompatibilidad radical con todas nuestras libertades, tan difícilmente y con tantos sacrificios adquiradas; y con todos nuestros derechos, por esencia, adscritos á una vitalísima conservación de lo ya obtenido».

\*  
\*  
\*

Abundantísimo en enseñanzas, rico en conocimientos de la historia de los Imperios y de sus grandes tragedias, señalando el desfile de los siglos y de las edades geológicas, como factor tiempo, y los inenarrables sacrificios y hecatombes humanas, en cuanto contribución patética, para llegar á la contextura y jerarquía actuales del hombre en la serie de las especies vivas, primero, y á poseer la gradación ascendente de su espíritu

y de su autocracia, luego, en la evolución de las sociedades, hasta conseguir, en definitiva, las libertades que las Constituciones modernas conceden al ciudadano, era lo cierto que en aquella discusión Castelar anonadaba á sus contrincantes con párrafos sublimes y con apercebimientos que á los más recalitrantes convencían, y vamos á recordar.

Había que examinar las especies infinitas, tendidas y petrificadas en los panteones de un pasado enigmático, impenetrable aun en las zonas reveladas por nuestra geología contemporánea. Los sentimientos y las ideas, evolucionando en los campos del sufrimiento y de las luchas ancestrales más remotas. Las metamorfosis del trabajo, desde las primeras crueles violencias de la esclavitud á las libres asociaciones del derecho moderno. La marcha ascendente de los pueblos, partiendo de las agrupaciones protoplasmáticas primitivas, indeterminadas, hasta llegar á las organizaciones urbanas, hoy ya muy complicadas, diferenciadas bajo formas y destinos cada vez más complejos y diferentes. La serie ascendente de los respetos á la personalidad, arrancando de la tribu y terminando en los sacrosantos derechos individuales y en el gobierno constitucional parlamentario. Siendo este punto de reposo donde el individuo goza de respetos inviolables y de libertades democráticas, que le permiten la plena actuación de sus ca-

pacidades, en la conquista de todas las personificaciones del Poder público y en el disfrute de todos los cargos de la nación.

Conquistada la libertad, como una fuerza incontrastable arrancada á los tiranos y á los conquistadores, quienes nos hicieron pasar en la sociedad una interminable calle de amargura y de pasión, más larga aún, si cabe, que la que nos hiciera sufrir la evolución orgánica natural á través de la materia, desde que éramos luz, calor, gas, en la primera fluidez de nuestro planeta, hasta obtener en el ascenso triunfal de las especies el humano espíritu y nuestra plenitud antropomórfica actual, habiendo sido luego parias, sudras, ilotas, esclavos, siervos, cosa de regalo, instrumento de trabajo opreso, todo, menos seres libres. Redimidos de tanta abyección y sufrimiento, gracias al esfuerzo de los profetas, los mártires, los héroes, los redentores, los inmolados en las sangrientas luchas y rebeldías, por proporcionarnos un segundo espíritu con la idea de nuestro derecho, y con la plenitud de nuestra ciudadanía, dentro de un Estado democrático. Cuando toda esta riqueza hemos conseguido, ¿vamos á abdicar tan maravillosa y heroica excelsitud en los brazos de comunismos primitivos, tornando á un absolutismo más ó menos disfrazado, que restringe los derechos humanos, destruye las libertades económicas y socia-

les, metronomiza nuestras actividades, tasa nuestros alimentos, somete á idénticas disciplinas la infinita variedad de nuestras aptitudes y temperamentos, refrena la espontaneidad de nuestras energías y las orientaciones fructuosas de nuestros impulsos peculiares, administra nuestros afectos, nos hace víctimas de jamás conocidas dictaduras y de vejaciones y sentencias mortales no ocurrentes á ningún tirano? Y si esto se hace en nombre de un pretendido progreso por los humildes, y so pretexto de plantear nuevas fórmulas de redención, discurridas y brutalmente impuestas por nuevos redentores de los obreros y de los humillados, ¿para cuándo serán mejor aplicados los apóstrofes sublimes de Bruto, en la noche de Filipos, cuando al ver muerta la República romana, y que, indiferentes á tan inmensa catástrofe, el sol resplandecía en el espacio y las estrellas refulgían en la oscura noche, exclamaba, invocando el suicidio: «¡Libertad, nombre vano, engañosa palabra, esclavo del destino, y he creído en ti!»? ¿Y para cuándo aquella otra inmortal condenación de madame Rolland, la que tanto había amado y defendido las libertades públicas pensando en una República ideal, cuando, llevada á la guillotina por los sectarios terroristas de una tiranía roja, exclamaba: «¡Libertad, libertad; cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»?

La Humanidad no puede ir al comunismo, porque viene de él, como el río no puede volver á sus manantiales de origen porque leyes físicas fatales y jamás reductibles lo impiden: como el organismo hombre no puede retrogradar á organismo feto. La ley natural es que la Humanidad vaya incesantemente á una más amplia y bien garantida libertad, donde se hallen previstas y sofocadas todas las tiranías y poderes absorbentes y dictaduras—entre ellos, uno de los primeros, el capitalismo y los grandes monopolizadores—¡quién lo duda!—, formas modernas las más odiables y dañinas de la opresión y la esclavitud—. Y esto sucederá, como así se ha venido realizando en la Historia, determinado por movimientos de distinta esencia y origen; pero siempre encaminados al fin. Como lo realizaron los Municipios en la Edad Media, por movimientos instintivos; la Reforma del siglo XVI, por movimientos reflexivos; la independencia de Holanda y la libertad de Inglaterra, por movimientos nacionales; por movimientos democráticos, como la revolución de los Estados Unidos, que fué preliminar de la emancipación de la América toda; por movimientos humanos, como la Revolución francesa; y como por angustia suprema de agonía, y en evitación de muerte fatal, tienen que reemprender las naciones su camino de libertad y de una individual democracia *bien entendida*,

*bien gobernada, bien previsora*, contra toda esa infección moral, y mortal opresión de la colectividad y de los individuos, que sufren en la crisis presente. Y ello sucederá, más ó menos tarde, porque las convalecencias de los pueblos, consecutivas á sus graves dolencias, son más largas que las de los individuos; pero se realizará, por ley imperativa de conservación de la Humanidad.

Aquel sublime Maestro, de cuyas enseñanzas no nos apartamos un punto, demostró cuán fatales vienen á ser, en definitiva, estas locas algaradas que periódicamente sufren los pueblos todos, muy semejantes, en sus daños y agitaciones, á las pandemias terribles y asoladoras de la peste, cólera, gripe y otras mortales infecciones que sufren las naciones. Cuando las grandes democracias han de experimentar crisis patológicas que pongan en peligro ó hieran de muerte su vida, uno de los malignos gérmenes, productores de sus mortales dolencias es el comunismo. La peste tiene por causa el bacilo de Yersin; el cólera, el vibrión vírgula de Koch; la gripe, el microbio de Pfeiffer; la difteria, el bacilo de Löffler; la sífilis, el treponema... etcétera, etcétera; es decir, todas las dolencias mortales agudas, de carácter infeccioso, tienen un germen específico causante de su producción, su contagio y su muerte; pues los imperios y las civilizaciones tienen también sus enfermedades, por-

que nada absolutamente de cuanto existe, ni aun las piedras y los metales, se sustrae á esta ley de término, y ya solamente los ignorantes, los que desconocen las crónicas de la historia y la biología de los grandes pueblos, pueden desconocer la acción morbosa que el comunismo, ó sean las absorciones y tiranías demagógicas, han realizado en perjuicio de las democracias y en peligro de las grandes civilizaciones cuando gozaban su mayor esplendor.

\* \* \*

Recojamos siempre las enseñanzas de Castelar. La Grecia republicana había tenido por predecesoras instituciones aristocráticas y regias. Invadida por los persas, sus hijos todos acuden al combate, y acreditando que los que servían para mantener la independencia de la Patria podían servir para gobernarla, en los comicios, Aristides el virtuoso llamó á todos los ciudadanos á la Asamblea; Pericles retribuyó el ejercicio de las funciones públicas, que facultaba todos los ciudadanos al ejercicio del Poder, y se abrió para Atenas una era de grandezas, de gloria y de felicidad, que le permitió gozar muchos años de paz y de hegemonía conciliadora y esplendente en el mundo. Armonizaba lo bello, lo bueno y lo verdadero, en el gra-

do que ninguna otra civilización lo había conseguido, como expresión de su propia esencia, y creó un ambiente de libertad y de cultura, donde florecieron todas las Ciencias, las Bellas Artes, la Filosofía, la Arquitectura, el Derecho... De esta suerte, desde Tales á Epicuro, en las escuelas de sus pensadores; Sofocles y Eurípides, estudiando las pasiones en sus dramas y tragedias; Anacreonte y Teócrito, llevando á las letras las fragancias y bellezas del campo; Pindaro, con sus estrofas, inmortalizando las fiestas olímpicas; Tetinos, inventando los órdenes clásicos famosos de una arquitectura que crea el Parthenón; Fidias, Praxiteles y Policletes, produciendo obras maestras que hoy asombran á nuestros escultores; esa pléyade de hombres semidivinos que se llamaron Tucydides, Platón, Aristóteles, Hiparco, Erasthótenes, Arquímedes, Euclides, Apolonio, Hipócrates... cuya vida y fisonomías conocemos hoy en los Museos cual si fueran de contemporáneos, creadores de ciencias y maravillas que brillaron como soles, cuya luz todavía nos alumbra y caldea, formaron un conjunto que á Grecia permitió coronarse con toda clase de glorias.

Grandeza tan admirable, sin embargo, se eclipsó cuando apareció el socialismo con sus programas irrealizables, sus violaciones de los derechos justos y bien establecidos, la debilitación de sus

energías disciplinadas, y aquella comunidad de bienes, de hijos, de mujeres, que deshacían y degradaban los vínculos más tiernos y sacrosantos del hogar y de la Patria. Estos extravíos mataron la democracia y precipitaron sobre Grecia aquellos ejércitos de Macedonia y el Imperio, que mataron la República en los campos de Queronea, como castigo justo á sus desatentadas y patricidas vesanias, incubadas en las exageraciones de Cleon.

\*\*\*

El triste destino de Grecia viene á reproducirse, de modo semejante, en la Ciudad Eterna. El pueblo, nacido con las grandes cualidades de una República heroica; dotado de virtudes y heroísmos poderosamente creadores; que había legislado un derecho cuyos preceptos hoy todavía invocamos, y una civilización cuyos materiales testimonios se alzan y exhiben, como eternos, en muchas de nuestras ciudades, atestiguándonos con su solidez la grandeza incomparable y la soberanía invencible de sus fundamentos, comienza á derrumbarse y se precipita en la mayor desolación cuando las ideas comunistas levantan la demagogía, y con sus revueltas imponen esos famosos cánones anárquicos de la comunidad de bienes, de hijos y de mujeres, haciendo retroceder

las organizaciones conseguidas á costa de muchas y abnegadas batallas, de virtuosas funciones ciudadanas y majestuosas instituciones, hasta parar en la decadencia y desolación que habían de condenar las magnificencias de los Césares, á sufrir los estragos del acero y las teas de las hordas mandadas por Atila.

Nuestro gran Profeta, el inspirado clarividente que, por conocedor de las imperativas y siempre indeclinables leyes naturales que rigen por igual, así los destinos y la biología de los grandes imperios, como los esbozos primos de esos protozoarios que inician la vida de los seres, describe con su incomparable elocuencia aquella idea comunista que, prevaleciendo con Catilina, Clodio y Anonio; enfermando, con infección mortal, el colosal organismo que había empuñado, como un cetro, los destinos del Mundo conocido, y la República, muere cuando los comicios se truecan ya en viles cortesanos; y todo degenera y degrada, en la ciudad y en la raza que parecían nacidas para los eternos y absolutos dominios.

Y entonces es cuando la elocuencia del Foro enmudece, la tribuna de los Rostros decae, y donde antes resplandecía y dominaba el poder incontrastable de la idea del orador, reluce ya y tiraniza solamente la fuerza del puñal asesino del terrorista demagogo; á las virtudes de las matronas Cor-

nelia y Porcia suceden los histerismos lúbricos de Fulvia y Cleopatra; Bruto reniega y maldice una libertad que había sido el sol vivificante del pueblo-rey, y Catón, después de leer los diálogos platónicos en Utica, hunde el cuchillo mortal en su vientre, sumiéndose en el sueño eterno por no sobrevivir á la muerte de las instituciones republicanas, viendo cómo mancebas infames perforan con áureas agujas la lengua de Cicerón; el Senado se corrompe y envilece su representación augusta; los Césares, sirviendo los apetitos y ordenamientos comunistas, abren al saqueo aquellas provisiones de víveres, las aunonas, para que las muchedumbres plebeyas se harten; multiplican los baños donde ya se perfumara y afeminara la raza que fué asombro, por varonil y vigorosa, en los tiempos heroicos; engrandecen los circos para que goce el populacho viendo caer, en sus arenas de minio y bajo sus arcos y toldos de púrpura, herido de muerte, el gladiador de Tracia, y los mártires de las nuevas religiones desgarrados por leones de Nubia, que enrojecen sus melenas de oro con la sangre de las vírgenes, los ancianos y los jóvenes, ungidos con la doctrina sublime del Gólgota. Esta bacanal abyecta y corrompida; esta vida, toda en desorganización y gangrena funestísima, orgía de tiranos y de locos que amenazaba corromper el mundo con el contagio de sus malignas

podredumbres, cae, por providencial condena, bajo la terapéutica eficaz de una invasión extranjera bárbara, la cual, con la cirugía de sus espadas, el fuego de sus incendios y la crueldad de sus dictaduras, había de acabar ya una insensatez que hizo perecer las libertades públicas, y había degradado el alma humana. (Castelar.)

\* \* \*

Salvemos esa larga y oscura noche de la Edad Media, de cuyas tinieblas y desolaciones emanan los lamentos de los terrores milenarios, el estruendo de sus batallas en guerras de conquistas y de independencias, las arideces y miserias de una civilización esplendorosa enteramente sepultada, cuyas bellas artes, filosofía, historia, ciencias, cultura y dominio habían por completo desaparecido hasta del conocimiento, cuanto más de la práctica de los hombres, y veamos lo sucedido, después del Renacimiento, en esas Repúblicas italianas, donde la Grecia de Pericles había resurgido bajo el poder de los Papas y de los Médicis, magnánimos reconstructores de una civilización esencialmente helénica por sus encantos, sus productos y las maravillosas creaciones de sus sabios, sus artistas y sus guerreros, haciendo de Florencia, Génova, Roma y Venecia, templos y Museos hermo-

sos de la grandeza y la gloria de una humanidad selecta, refinada y sabia.

Quien visite hoy Italia y recorra esas preciosas ciudades que fueron capitales, un día, de pequeñas, sí, pero gloriosas Repúblicas, como Génova, Venecia, Pisa, Florencia... camina siempre sintiendo una emoción incesantemente renovada y distinta, á través de interminables Museos, monumentos y palacios, donde se admira la vida entera de todas las artes resucitadas y desenvueltas, con mágica rapidez, desde los esbozos del Giotto, en el cementerio de Pisa, que inician una pintura humana ya perdida, dando vida á la expresión, la gracia y el movimiento, hasta llegar á las divinas logias de Rafael, en el Vaticano; hasta una escultura, que sepultada en los estilizados y deformes relieves místicos de las esculturas románicas, para en las colosales estatuas, como el Moisés de Miguel Angel, y las maravillosas orfebrerías de oro, plata y marfil, de Cellini; arrojando esa pléyade, nunca conocida en la Historia, de los artistas del Renacimiento, que arrancaron de las entrañas de la tierra los inmensos bloques de mármoles, para darlos realidad gigantea; los metales, con los cuales crearan las cinceladuras divinas que admiramos en las puertas del Baptisterio de Pisa y de Florencia; los palacios, cuyas magnificencias hoy deslumbran nuestros sentidos y nos hacen conocer y sentir

una vida de genios, esplendores, gustos exquisitos y gentilezas de una hidalguía aristocrática refinada, y de una diplomacia hábil jamás conocida: todo ese resurgimiento, en fin, de soberanías, excelsitudes y sublimes inspiraciones que corren del Dante á los palacios de Strozzi y Santa María dei Fiori; del Papa León X, el protector de las artes, las letras y las ciencias, cuyo nombre bautiza uno de los siglos más brillantes de la Historia; á Machiavelo, el gran historiador, autor de *El Príncipe*, que perpetúa, en páginas memorables, una didáctica de engaños y perfidias jamás registrada. Y todo esto cambia y degenera; las libertades se resuelven en absolutismos disfrazados; las soluciones socialistas malogran los derechos adquiridos para producir un estado de abyección y tiranía, cuyo recuerdo deja escrito en forma y con elocuencia imperecederas el gran Buonarroti en su admirada escultura de la *Noche*, ornamento del sepulcro de los Médicis, en la iglesia de San Lorenzo, de Florencia, y en la famosa inscripción, á ella subyacente, donde se esculpe la protesta contra un régimen de daños y oprobios, cuyas vergüenzas y desastres piden el reposo de un sueño eterno, del cual se desea no salir jamás.

Recordemos aquellas Repúblicas cristianas de Holanda, Inglaterra y América; la gran revolución religiosa de Alemania, desnaturalizada y estéril por los campesinos exterminadores; las protestas anabaptistas; las iras y las utopías surgidas y alimentadas en demagogías y comunismos niveladores, que jamás podrán conseguir una realidad perdurable, por insensatos y contrarios á las leyes diferenciales de la Naturaleza, en todas las realizaciones de la vida.

Recordemos la primera República sajona, creada por Cromwell y terminada en la restauración de los Estuardos; la gran República francesa de 1793, ensangrentada con la locura sangrienta de Marat y terminada cuando los desastres de un Thermidor, deseado ya por todo el mundo, y preparador del Imperio de Bonaparte, quien pone límites al repartimiento de tierras, al odio de los pobres contra los ricos, á los contratos sociales, á la igualdad insensata de las más antagónicas y contrapuestas naturalezas, aptitudes y cualidades; todo lo cual se resuelve en la dictadura de un nuevo César, como diez y nueve siglos antes otro César había resuelto, con mano férrea, los delirios de la conspiración de Catilina.

Y acordémonos de enseñanzas más recientes y que nuestros ojos ya vieron. Para ello, pasemos por alto la segunda República francesa, muerta tras espantosa carnicería, que duró tres días, donde los trabajadores perecieron á miles, dejando tras de sí un largo eclipse de las libertades y la democracia conquistadas, y deténgase nuestra memoria en aquellas tragedias de la Commune de París, que sumaron sus sangrientos delirios á los estragos de la espada victoriosa de Guillermo I de Alemania. Deténgase en dramas y tragedias más íntimas: nuestras hondas y apocalípticas crisis de los cantonales, sumando sus desastrosas rebeldías contra la República española con los incendios y matanzas de Alcoy, la rebelión de Cartagena, la indisciplina del Ejército; el socialismo, pirateando por todas partes; nuestros barcos, detenidos por una nación extranjera; las colonias, amenazadas de perdición para la madre Patria; esta Patria pasando por los peligros de muerte más graves y nefastos que conoció en su historia; los Jefes de Estado, Presidentes de la República, Figueras, Pí y Margall, Salmerón y Castelar, los más grandes prestigios de la nación democrática, todos ciudadanos de altísimas, preclaras y reconocidas virtudes ciudadanas, cayendo casi deshonrados, deshechos y por siempre políticamente muertos, apenas nacidos sus Altos Poderes, á manos de sus propios co-

rreligionarios. Y toda esta situación barrida, como con una escoba, la mañana del 4 de Enero, por la espada del general Pavía, entre las desolaciones de Salmerón, el arrepentimiento, ya absolutamente estéril, de los cantonales, y las amargas y solemnes profecías del gran tribuno que declaraba á una Cámara suicida, en los postreros momentos de su agonía, y con los soldados invadiendo el templo de las leyes, que se arrepentía de sus pasadas propagandas y jamás volvería á ser Poder; no verían ya nunca los ojos suyos, ni los de sus contemporáneos, una nueva República en España, y en lo sucesivo consagraría todos sus afanes, desvelos y cooperación á mantener cualquier Gobierno monárquico, que asegurase la tranquilidad pública, el respeto á las leyes y la vida independiente de una Patria adorada, cuyas desdichas presentes eran tan grandes como lo fueron sus pasadas glorias.

\* \* \*

Y aquel Castelar admirable, único en sus cualidades y su historia, en sus grandes cambios y sus hechos, convertido por entero, con indeclinable y ya nunca vencida resolución, á conservar la paz en la Regencia y á incorporar á las leyes de la Restauración las libertades democráticas adquiridas en los tiempos de la llamada Gloriosa, como quien

recoge los restos posibles de un colosal naufragio, decía, diez y siete años después, la noche del 31 de Mayo de 1890, en la conferencia del Círculo de la Unión Mercantil, actuando de profeta exacto y clarividente:

«Nosotros no escarmentaremos nunca, cuando nos sobran los motivos para los propios escarmientos, ni con las enseñanzas de fuera ni con las de dentro. El socialismo en nosotros incendió ciudades como Alcoy, asesinó los buenos republicanos de Valencia, pirateó con nuestros barcos por las costas mediterráneas, y puso tales alientos en las huestes carlistas, que alzaron su monarquía bajo el árbol de Guernica y creyeron entrar victoriosas en Bilbao. El socialismo rompió en pedazos la unidad de la Patria, y convirtió en pueblos separatistas los pueblos que á comienzos del siglo habían sostenido la guerra de nuestra independencia y salvado la unidad nacional en el más heroico esfuerzo de toda la Historia. El socialismo erigió aquella comunidad revolucionaria entre cuyos cañones se perdieron todos nuestros derechos. El socialismo nos perderá cien veces si admitimos sus exageraciones y tratamos de aplicarlas á la gobernación del Estado, como lo demuestran, en siglos de siglos, los demagogos de Atenas, los catilinarios de Roma, los Ciompis de Italia, los anabaptistas de Holanda y Alemania, los niveladores

de Inglaterra, los babetistas de la primera República francesa, los insurrectos de la segunda, los comuneros de la tercera, los cantonales de nuestra España. Cual si fueran todos ellos personificaciones distintas del mal, que, como el genio de las tinieblas quiere atentar á Dios, atenta él á los desarrollos de nuestros caros progresos y al conjunto de nuestras veneradas libertades.»

XI

EL "IDEARIUM",  
DEL SOCIALISMO-SINDICALISTA



## CAPITULO XI

---

### El «Idearium» del socialismo-sindicalista

La sentencia de Salomón, recogida en su libro del Antiguo Testamento el Eclesiastes: *Nil novum sub sole*, se puede aplicar á las dolencias morales de la sociedad lo mismo que á las físicas. Como la peste, el cólera, la tuberculosis, la fiebre amarilla... son tan antiguos flagelos humanos, que ya los más viejos textos de las historias sagradas los citan, bajo uno ú otro nombre, apreciados en formas y variaciones circunstanciales y de evoluciones biológicas que se escapan á nuestro examen; otro tanto sucede con los tipos mórbidos de esa patología social, que constituyen los infinitos azotes, mejor ó peor estudiados, que registra la Historia, los cuales, aun siendo de una misma índole etiológica, varían también en sus aspectos según son su procedencia, sus circunstancias de raza, tiempo,

cultura, grados de civilización, etc. Y como el bacilo de Yersin, germen de la peste llamada bubónica y pneumónica, se supone originario de China en los más remotos tiempos; el vibrión colerígeno, de la delta del Ganges, en la India; el *Stegomya fasciata*, causa de la fiebre amarilla, del golfo antillano; el treponema pálido, origen de la avariosis, importado de América... así ya Aristófanés, en su comedia *Lisistrata*, presenta los demagogos obstinados en realizar la comunidad de bienes, de hijos y de mujeres. Y sabemos que el colectivismo agrario era antiguo en Rusia; el socialismo industrial tuvo su origen en Alemania, y las hecatombes multi-nacionales de la guerra terrible han encendido en los pueblos llevados á la ruina, la miseria y el hambre, la sucesión rápida de los radicalismos rojos de los bolcheviques y la República de los Soviets, los cuales, engendrando la Tercera Internacional como última expresión de los delirios comunistas, suman al contenido de los antiguos programas todavía otros radicales principios. Y éstos se desvían ya más completamente de los ordenamientos y previsiones de un socialismo sano y tutelar; acción profiláctica opuesta á las calamidades, desventuras y sufrimientos, que, siendo inherentes á la vida toda, ofrecen su más intenso y cruel desarrollo en las clases proletarias.

Las aspiraciones de solidaridad internacional.

formuladas en el programa del *Manifiesto Comunista*, redactado por Marx y Engels—aquellos dos amigos que, siendo de caracteres muy distintos, por muy frío pensador y tratadista, el primero, muy ardiente revolucionario y actuante infatigable, el segundo, se juntaron el año 1842 en la redacción de *La Gaceta Rhenana*—; las predicaciones de Bakounine, Lasalle, y los anarquistas rusos Lenin, Martof y Estarower, deportados á Siberia; la reforma agraria de Estolypin; y el espartaquismo de Liebknech, que acució las agitaciones trágicas en los Imperios vencidos, y que realmente se adelantaron á la obra de Lenin y Trotsky; ese desate de concepciones disolventes ha provocado una jamás conocida anarquía, por su extensión y por su intensidad, y ha constituido tan grave y profunda desorganización del espíritu humano, que toda inteligencia se hace ya imposible, y las infinitas situaciones dramáticas creadas se resuelven siempre con la muerte de personas y con la miseria y destrucción de todo factor de vida industrial, cultural, mercantil y de producción, única obra que se contempla y deplora por todas partes.

\* \* \*

Con perseverante y plausible solicitud, los Gobiernos todos de nuestro país, que se están sucediendo con lamentable frecuencia, vienen llevan-

do á las leyes reformas socialistas, cuyo objeto es prevenir y remediar, en lo posible, las responsabilidades y los daños de esas fatalidades que la vida trae consigo: concurrencias internacionales, paros, accidentes de trabajo, cansancio; prevenir con instituciones de seguros la miseria y el desamparo; y con fuertes subvenciones y garantías de créditos la construcción de viviendas sanas: habiéndose creado para tales fines el Ministerio del Trabajo y estimulado las defensas sanitarias centrales. Pero, frente á esta labor seria, tenaz, que bien llevada y desenvuelta en un régimen de paz y de armonía, seguramente produciría grandes beneficios, se alzan la hostilidad y la agresión criminal y anarquista de los radicalismos exóticos, que nos importan agitadores extranjeros que vienen de fuera, y que á sus focos de origen van á buscar también los fanáticos agitadores de nuestros insensatos partidos radicales, quienes, como los vesánicos políticos y federales de 1873, acabaron con todo régimen de progreso y de sana democracia para hacer imperativa la fuerza y la represión con un retroceso de las libertades públicas, como hemos visto ya sucedió desde los más remotos tiempos y en la fase más culminante de sus civilizaciones. Como que las más de las veces, no por la razón ética de la causa y la finalidad de mejorar al obrero, sino por las normas, creencias

y procedimientos de su desarrollo y terapéutica, en vez de crisis pasajeras que conducían al fin perseguido, se habían convertido en dolencias mortales que acabaron con libertades ya logradas, y terminaban sumiendo en mayores y más funestos desastres y padecimientos del organismo social, aquellas clases, víctimas de esa miseria negra y despotismo, á las que se quería redimir, mejorar y enaltecer.

\* \* \*

Vivimos entre las clases humildes, consagramos tiempo y labores al estudio y remedio de sus dolencias y necesidades, y ya no oímos otras aspiraciones, ni apreciamos otros esfuerzos que los encaminados á una subversión total de lo existente y su sustitución con regímenes que la naturaleza rechaza, la razón repugna, la justicia condena y el derecho de todos los tiempos combate.

El *Idearium* que hoy se proclama, se quiere imponer á sangre y fuego, y de cuyo triunfo sus partidarios esperan la felicidad y el progreso del espíritu humano, contiene los principios siguientes: Lucha á muerte de clases, destruyendo y segregando con implacable violencia de la sociedad eso que se ha llamado burguesía, y que nadie puede definir. Guerra al capital. Igualdad absoluta de todos los hombres, en términos de que en las actua-

ciones de su cooperación comunista equivalgan, en su producción y premio, como equivalen ante la urna electoral dos ciudadanos. Anulación total de la propiedad particular, siendo el procomún quien atienda por igual á las necesidades ciudadanas. Gobierno de soldados, obreros y campesinos, por ser los únicos á quienes se debe considerar fuente de vida social y manantial de rendimientos útiles. Supresión de todo medio de existencia á quien no trabaje, sin que se diferencien circunstancias de edad, invalidez, energías pasadas, etc. Declarar las mentalidades altas y las labores escogidas del espíritu, superfluidades y aristocracias desavenidas con un buen régimen soviético. Reducción del trabajo á su menor expresión posible, por ser, en su origen y su naturaleza, instrumento y expresión de esclavitud. Empleo incesante y forzado de las huelgas, el *boycot* y el *sabotage*, como medios de represión, castigo y soberanía de las clases proletarias. Emancipación total de la mujer, variando su destino social, por confiar sus deberes del hogar á las previsiones de un Estado-Providencia que la sustraiga á las molestias de la maternidad y á las tareas fatigosas y esclavas del hogar. Defensa y práctica de la esterilización femenina, autorizando las prácticas quirúrgicas y esterilizadoras preventivas que eviten la fecundidad. Anulación del sentimiento de la Patria, sacrifican-

do todos los idealismos de raza y de historia en el altar de un comunismo internacional obrero. Supresión de toda religión divina y de la idea de Dios. Abdicación de toda norma de respeto, sentimiento de inferioridad y compromiso de lealtad y de gratitud ante quien, por hallarse ó considerarse en función superior, directriz ó de propiedad, entrañe ó represente símbolo ó encarnación jerárquica de amo, jefe ó patrono. Sistematizar las huelgas y las demandas de mejoras, en términos de que no tengan límite y determinen las graves crisis industriales. Procurar, por todos los medios que se tengan, producir la Revolución social más honda y completa conocida en la Historia, para sustituir la civilización y la sociedad existentes por otras nuevas obras de los sindicalistas.

He aquí lo que se propaga en la Prensa, se dice en los cafés, se defiende en los *meetings*, se concierta públicamente y se practica hoy donde se puede, ante ó á espaldas de la ley y de las autoridades; y no ya por obreros de blusa, sino por funcionarios administrativos de buen vestir, cuyas cabezas no se han resistido á la ola frénica que agita locamente las colectividades, llevándolas al desastre, como el viento fuerte agita las mieses y las copas de los árboles, y las dobla hasta troncharlas y tumbarlas por el suelo.

La Humanidad, las naciones, las razas, las muchedumbres... constituyen organismos colectivos que tienen una biología normal y patológica muy semejante á la de los organismos individuales. Sabido es que, cuando uno de éstos se trastorna profunda y gravemente por una infección, todos los sistemas, órganos y tejidos de su economía con las funciones de ellos derivadas se trastornan, aun las más insignificantes, al parecer, y esto es lo que viene sucediendo en la Humanidad, las naciones y las razas: son víctimas de una intensa y extensa desorganización. ¿Cómo, si así no fuera, se concebiría tanto y tan enorme dislate como en el anterior *Idearium* registramos; y eso que hemos cortado la relación para no llevarla al minucioso y total inventario de todos sus desatinos?

Pero, de igual suerte que cuando las energías del organismo se sobreponen á la infección y se desarrollan las defensas íntimas de la sangre y las células, la normalidad se restablece —ya que la ley de evolución patológica es curar ó morir—, todos los órganos se curan y sus funciones normales se restablecen; así, en la Humanidad, sus resistencias orgánicas y reacciones defensivas se imponen, porque un Destino superior impide que aquella muera, y vienen defensas soberanas (invasiones extranjeras, imperialismos triunfantes, dictaduras severas, imposiciones reaccionarias

irresistibles...) que regulan ya, *manu militari*, las normas del Derecho y de las leyes progresivas, todo se cura, y la Humanidad, las razas, las naciones... siguen su historia.

En esta ocasión, por culpa de los malos Gobiernos y de las agitaciones apocalípticas, que determinaron la guerra más grande, general y mortífera conocida, el abuso y la descomposición moral han estallado en todas direcciones y han contagiado las clases sociales todas como una máquina infernal que estalla con la fuerza de uno de esos poderosísimos explosivos de que dispone la química moderna, reduce á fragmentos y lanza pōr todas partes las paredes que oponen resistencia al escape de los gases. Y en esta explosión social, el estímulo de la codicia, el deseo de grandes lucros, el afán de enriquecerse á escape, la sugestión irresistible de las inmensas ganancias, han desatado una *ola de robo, estafas, engaños, exigencias, amenazas...* como jamás se conoció. Y en este río revuelto, los individuos que llevan todavía en su alma dormidos grandes gérmenes y aptitudes ancestrales de salvajismo, barbarie y criminalidad, se han encontrado con abundancia campos libres donde poder despertar y satisfacer sus feroces y perversos instintos.

Cuanto pudo profetizar con sus maravillosos atisbos en lo porvenir el gran Castelar, y extractado dejamos en las páginas anteriores, ha tenido, una vez más, desastrosas realidades en la historia contemporánea. No una, sino varias veces, el comunismo rojo, al cual no se ha de confundir con el sindicalismo legal y sano que todos deben favorecer, ha traído espantosas tragedias á la vida de los pueblos; ha hecho sofocar en mares de sangre sus desórdenes, y peligrar por ello las libertades con tantos sacrificios y en el espacio de muchos siglos adquiridas, y, como siempre, provocando las dictaduras; ha obligado á cubrir con velos y negros crespones la estatua de la ley, cerrando los códigos del derecho ciudadano, y ha entablado una lucha mortal entre el instinto de conservación de la sociedad, que desea vivir, y el genio destructor de las vesanias anarquistas, que persigue herirla de muerte con los puñales y las pistolas de los asesinos. Vemos cómo las doctrinas antiguas de los demagogos, resucitadas en las propagandas extremistas de los partidarios de Marx, Engels, Proudhon, Lassalle, Fourier, Bakounine, Trotsky, Lenin... y tantos otros, han perturbado la evolución progresiva que realizaba la clase proletaria y obrera, el cuarto estado, con un socialismo sano—á cuya sombra iba desarrollando su obra emancipadora, su mejoramiento economi-

co, el progreso de todas las instituciones tutelares, conservadoras de su corporal salud y educadoras de su espíritu—, para sustituirlas con una guerra civil desesperada, en la cual las clases luchan unas contra otras, y en la obrera se destrozan los individuos entre sí, como arrastrados por un furor diabólico, con el cual las más altas encarnaciones de la autoridad, por muy amantes y bienhechoras del pueblo y el obrero que fueren, son víctimas de atentados, cuyos autores, como el Matheu asesino de Dato, aun reconociendo la obra bienhechora y los nobles impulsos democráticos de sus víctimas, las asesinan, viendo, en ellas, no ya un hombre, que reconocen bueno, sino al representante del Poder público, al que ejerce la autoridad; y lo realizan sin otro fin que el de sembrar el terror y hacer imposible la vida normal, progresiva y reposada de la sociedad.

Así, en los días mismos (8 de Marzo de 1921) en que escribimos estas páginas, ha caído cobardemente asesinado por tres anarquistas, en una de las plazas públicas concurridas de Madrid, el jefe de partido que más fervorosa y constantemente se preocupó con la creación de leyes socialistas protectoras de la clase obrera; el autor de las leyes sobre accidentes del trabajo, regulación del de las mujeres y niños, derechos al retiro del obrero, y otras semejantes. Y con este crimen,

es el cuarto jefe de Gobierno, ya, que en pocos lustros ha caído en España, todos muertos á balazos, desviando con ello por completo los destinos del país del camino por donde marchaba tras de su reconstrucción y adelanto, para tornarle á emprender forzosamente nuevos inciertos derroteros, empujado siempre por la fatalidad y la desventura.

Prim, Cánovas, Canalejas y Dato no fueron unos dictadores, sino todo lo contrario. Hombres, populares, gobernantes ecuanímenes y amigos del orden, la ley y el pueblo, en ellos se ensañaron, no las protestas airadas de un proletariado oprimido por tiranías insoportables, sino las pasiones revolucionarias de la demagogía criminal y desenfrenada, que odia los representantes del orden, la paz, la justicia y el derecho constituido. Y milagrosamente pudieron librarse en este tiempo, de complots y atentados sangrientos, varias veces realizados, el monarca más joven, demócrata y simpático conocido, Don Alfonso XIII, y uno de los jefes conservadores, en cuya conducta, pública y privada, prevalecieron siempre el amor al pueblo, el respeto á la ley, las virtudes cívicas inmaculadas y el ansia ferviente de magnificar la Patria, cuidando de proporcionar la armonía y el bienestar en todos los sectores sociales que integran la vida nacional: hablamos del Sr. Maura.

Los programas de las varias Internacionales que se suceden, donde se hallan cada vez más reforzados los preceptos de insensatos radicalismos, han, durante los últimos años, inundado el mundo con sus olas de anarquías, holganzas, odios, fusilamientos, ruinas y miserias. El ejemplo de esa Rusia soviética, que ha sucedido al condenado Imperio de los Zares con dictaduras, absolutismos, represiones y violencias todavía más odiables y funestas que las históricas de los Zares, quedará como un ejemplo más de lo imposible que es siempre hallar por esos caminos la dicha que los pueblos necesitan gozar. Los años que lleva de experiencia la República de los Soviets acreditan que los hombres son siempre los mismos, y sus acciones, egoístas y desatinadas, perecen con las mismas reacciones cruentas cuando aquéllas se inspiran en los ciegos impulsos y desordenados apetitos que les ordena un caudillaje revolucionario y terrorista. Y es que toda desviación de las leyes biológicas sociales, por ser éstas tan imperativas é indeclinables como las leyes físicas y químicas, obedece ya, en sus efectos, á una ley patogénica y pronóstica que se cumple fatalmente.

¿Qué nos cuentan de Rusia hasta los más amigos de ese nuevo régimen social allí planteado? ¿Qué noticias publican á diario los periódicos todos

de cuanto allí ocurre? Una mortal angustia se apodera del ánimo cuando se contempla la horrible agonía de aquel inmenso Imperio; cuando se leen los relatos más inverosímiles, al parecer, de las matanzas, miserias, hambres, violaciones de las leyes públicas orgánicas y sustantivas, y los trastornos de la dinámica psicológica á que puede someterse una sociedad: únicas noticias que de allí proceden ya.

Ante nuestros ojos, en rineros altos, sobre la mesa de escribir y sobre sillas, puestos tenemos libros, revistas y periódicos, donde vanamente buscamos, con vivo afán, informaciones fieles que nos atestigüen, con exacta sinceridad, la suspirada felicidad conseguida en ese *nuevo régimen social* con el cual se pretende hallar el bien anhelado por las clases desheredadas, así acerca de la fortuna como de las altas cualidades nativas del espíritu. Ese bien jamás aparece; pero, en cambio, el mal se muestra multiplicado, y cada día que pasa castiga más intenso.

Georges Blondel y Nicolas Zvorichine, que estudiaron con espíritu sereno y evidente imparcialidad la vida que se realiza bajo el nuevo orden de cosas, no narran sino desventuras. Esta vida que describen es absolutamente intolerable, lo mismo en Petrogrado que en Moscú; y si en las dos grandes metrópolis, cerebro y corazón de Rusia, así

acontece, ¡qué fatales desolaciones no sufrirán las inmensas urbes y provincias de tan gigantesco Imperio! El descontento general llega á su colmo, aun donde la población desarmada se muestra inofensiva; estado éste luego ya cambiado, porque las falanges obreras y campesinas asaltaron, por fin, las ciudades, y luchando están ahora contra los ejércitos rojos armados. Las medidas de terror, las persecuciones y las inspecciones domiciliarias, no cesan ya en todas partes: en calles, teatros, iglesias y domicilios. Por doquiera se buscan los sospechosos para fusilarlos, y cuando éstos no aparecen, se prenden los miembros de sus familias. Angustia leer lo que en su narración refería poco ha. Gran parte de la población muere de hambre, y los urbanos censos disminuyen espantosamente. Por ejemplo, en 1919, la ciudad de Petrogrado, la antigua San Petersburgo, contaba 2.000.000 de habitantes, y hoy se ve reducida á menos de 800.000. Moscú disminuyó el 40 por 100. Las casas, en su mayoría, se hicieron inhabitables, porque en invierno carecían de calefacción, y sus tuberías, heladas y deterioradas, no permitían la circulación del agua, lo cual hacía que centenares de miles de habitantes careciesen de refugio y perecieran de frío... El régimen bolchevista no había podido organizar el trabajo en Rusia; las industrias todas se hallaban en crisis, y la agricul-

tura sufría la misma suerte, pues las nuevas creaciones que los Soviets abordaban para contener esta destrucción no prosperaban. Se carecía de las primeras materias, y los medios de transporte habían sido destruidos, lo cual determinó que la mano de obra rindiera muy poco, aun con las condiciones establecidas por la «Comunidad de Trabajadores», en comparación á los tiempos anteriores de la guerra; y determinado habían que los mismos trabajadores reconocieran cómo, á pesar del alza enorme de los salarios, la producción llegaba á tal grado de muerte, que amenazaba la vida pública con una catástrofe. Los hábitos del trabajo ya se perdieron, y á las actividades pasadas sucedieron tenaces y nocivas holganzas. Y como Lenin declaraba que el fin del bolchevismo era *exterminar la burguesía*, á esto se supeditaba todo programa de reforma social.

El cuadro descriptivo que ofrece la vida en las poblaciones no puede ser más desolado: las enfermedades contagiosas se propagaban como nunca, pues aumentan las epidemias, que arrebatan millares de seres humanos. Los hospitales, las prisiones, los asilos de ancianos y de niños, están infestados de parásitos, y abundan tanto las defunciones, que los cadáveres ya no son puestos en ataúdes: se los transporta en montones para arrojarlos en fosas comunes. Niños y adultos, atacados de

estas dolencias, transmisibles, á veces son fusilados. Las calles no están alumbradas; los trenes y los tranvías no circulan; los comercios se hallan desiertos; bandas de soldados rojos y de mujeres prostituídas se amontonan en las vías públicas, invaden las estaciones y los trenes, y se entregan al pillaje y á los excesos de todas clases. Abundan los suicidios y los casos de locura; la ruina, el hambre, el dolor y la muerte reinan por todas partes (1).

Y este cuadro tiene su confirmación también en lo que el novelista inglés Wells dice. Todo comercio es ilícito y castigado severamente; pero, en cambio, hay un comercio clandestino que se practica en Moscú y Petrogrado. Un huevo ó una manzana cuestan 300 rublos. Todas las clases que se hallan por cima de los aldeanos sufren de una extrema privación. Imposible es obtener cuellos de camisa, corbatas, cordones de zapatos, mantas, sábanas, cucharas, tenedores, toda clase de lencería. Imposible es sustituir un vaso roto. En la vía pública, los hombres van mal afeitados porque carecen de hojas de Gillette. Imposible adquirir medicinas. En el grande hospital Obuchowkaya, la mitad de las camas estaban vacías por im-

---

(1) Nicolas Zvorichine, *La Revolution et le Bolchevisme Russe*. Paris, 1920; Pertin.

posibilidad de atender á los enfermos. Las operaciones se practican sólo una vez por semana, y eso cuando se pueden hacer los preparativos. Casi ningún ciudadano tiene más de un traje, y las botas en uso son viejas, agrietadas y fangosas. En una reunión literaria de Petrogrado, el conocido escritor Amphiteatroff hizo quitar las levitas á todos y les mostró los harapos que debajo llevaban... etcétera, etcétera. Pero no debemos seguir. Parecería un ensañamiento nuestro recoger cuanto un célebre literato inglés, que simpatiza con este ensayo del nuevo régimen social, dice haber observado durante larga estancia en Rusia, hecha siendo invitado por los Soviets á visitar las ciudades rusas.

La realidad, que por doquiera se denuncia, es, en fin, que esta crónica de Nicolas Zvorichine acerca del estado económico y social de Rusia, que no se puede leer sin horror en las 310 páginas que forman su libro, se refleja en muchos otros libros y relatos que tenemos delante, aun en los de los partidarios y los críticos benévolo del régimen, como atestigua el famoso novelista, H. S. Wells, en su crónica titulada «Rusia en las Tinieblas. Petrogrado agonizante». Y adviértase que, si Wells es un invitado, Zvorichine era Presidente, desde hacía once años, de la Sociedad de Agricultura del Norte, fundador de la Cámara de Agri-

cultura de todas las Rusias, un miembro activo de los Comités, que, durante la gran guerra, se ha tenido que ocupar en el abastecimiento de los ejércitos y las poblaciones, y se ha hallado, por consiguiente, en condiciones favorables para juzgar el pueblo ruso y comprender bien las transformaciones que ha padecido durante los años últimos.

\*\*\*

Y hemos de considerar que estos graves males no solamente no han disminuído de entonces acá, sino que han aumentado, á pesar de los esfuerzos de los Comisarios soviéticos, por imponer un régimen viable en aquella demagogía ferozmente desatada. Buena prueba es que, en los días que escribimos, las nuevas noticias que de Rusia vienen y colman las columnas de los diarios todos, no relatan más que luchas fieras entre los ejércitos rojos contra los marinos, los campesinos y los obreros mismos. Es decir, que se ha desatado una guerra civil general que pone en peligro la vida de todo lo creado, incluso ya la seguridad de los jefes y caudillos de esta insensata Revolución, la cual, no bastándole los estragos causados en los dominios del Imperio, quiere difundir su mortífera demagogía por todas partes, repartiendo agentes con dinero para encender luchas y multiplicar los

sectarios de esa Tercera Internacional, cuyo programa disolvente encuentra con facilidad rebeldes y desesperados, dispuestos á recoger y practicar las más extremadas violencias y desatinados crímenes por dinero (1).

---

(1) Hoy (2 de Abril de 1921) leemos en *A B C* un artículo escrito en Varsovia, por la célebre cronista D.<sup>a</sup> Sofía Casanova, amiga nuestra, y describe el estado de Rusia con cuadros mucho más desastrosos que los arriba expuestos.

XII

LA PRECEPTIVA TERAPÉUTICA



## CAPITULO XII

---

### La preceptiva terapéutica

Cuando el pensamiento pasa del examen de la patogenia y la sintomatología de la gravísima dolencia que sufre hoy el mundo, verdadero cáncer social, como lo llama Lloyd George, pronto se advierte, en primer término, que cuanto tienda a desviar la vida de las colectividades del ritmo y régimen propios de las leyes biológicas naturales que rigen estos organismos, formadores de los grandes grupos sociales que se llaman Imperios, Naciones, Pueblos, familias... terminará siempre en dolencias tormentosas, causa de decadencia y muerte.

Mi ilustre amigo el doctor Jaime Ferrán —ese médico eminente á quien la Humanidad y la Ciencia médica deben grandiosos descubrimientos, que han derramado luces y beneficios, de valor imponderable, en enfermedades tan mortíferas como

el cólera, la difteria, la fiebre tifoidea, la rabia y la tuberculosis— ha mucha veces mantenido con el autor de estas líneas, largas conversaciones acerca de la patogenia social que sufre el mundo entero, y que ofrece una de sus más trágicas manifestaciones, según dejamos dicho, en la ciudad de Barcelona, donde aquél reside; pues tiene su conocido laboratorio en la barriada periférica que se llama La Sagrera, y contempla sin cesar los estragos que produce el sindicalismo rojo, con su furia de atentados de todas formas, contra los cuales los remedios hasta ahora empleados, y toda disposición legal discurrida, han fracasado.

Reflexiona mi compañero acerca de las inspiraciones fundamentales que á tan extremo grado han llevado las perturbaciones de la vida espiritual y los intereses materiales de las sociedades humanas, originando esos mortales conflictos que, por prolongarse durante años, parece no han ya de encontrar su remedio sino extremando el terror mismo que ellos producen, usándolo como agente curativo y convirtiendo las normas y las actuaciones de la Justicia y del Poder público á una terapéutica de sanciones violentas, ilegales, fuertemente represivas, que busquen su razón en aquel famoso principio de la escuela de Hahnemann: *Similia, similibus curantur*. Medicina ésta, como se comprende, que acredita de cuán poco sirven al

hombre esas facultades superiores del espíritu que le colocan en la más alta categoría de las especies animales, cuando las especies inferiores, solamente con cumplir las leyes biológicas naturales que dentro de cada orden regulan su vida social, realizan ésta más tranquilamente y en condiciones «más venturosas» que lo hace la familia humana.

La anarquía actual, esa rebelde y por extremo irreductible oposición que se hace á toda autoridad superior que regule, dirija y mantenga en orden y disciplina, la colmena humana—que es la fuerza que hoy impera—, al proclamar un régimen de igualdad, no ante la ley sustantiva de los derechos ciudadanos y las sanciones penales, sino ante la estimación, consideraciones, premios y gobierno de toda labor social; ese mal justiprecio de los actos, es un desacierto social, una violación de la ley natural, que producirá siempre en lo futuro, como lo hizo siempre en lo pasado, un trastorno mortal en la vida pública.

Examinemos, aunque sea muy ligeramente, esta LEY BIOLÓGICA, considerando como principios fundamentales del análisis y el discurso las verdades siguientes: Que las cualidades, éticas ó pasionales de la moral y del espíritu, tienen sus cánones fisiológicos tan claros, diferenciados y precisos como los tienen las funciones orgánicas más fisiológicas del cuerpo humano, derivadas de las actividades

somáticas que constituyen la actividad de nuestros sistemas, aparatos, órganos, glándulas y tejidos. Y que una violación esencial de aquellas inspiraciones éticas y funciones orgánicas, que caracterizan los principios biológicos esenciales de la vida, su comienzo y la finalidad á que se endereza y propende el sér en quien hacemos el examen, supone fatalmente un estado de degeneración, atavismo, esterilidad y, en definitiva, muerte del organismo estudiado.

\* \* \*

La base puramente biológica de los conflictos sociales de actualidad hace resaltar, cómo punto de partida, el hecho de que el hombre no puede vivir aislado. La Humanidad es *grey*, y es necesario advertir que, *en la escala zoológica*, todas las especies que poseen este carácter se rigen por un gobierno unipersonal; por dictadores *suaves y juiciosos* que gobiernan rebaños de sometidos, los cuales acatan sus decisiones sin provocar alborotos. La sumisión, condicionada por un recíproco provecho, razonable y ordenado, constituye, por tanto, la mejor norma de gobierno. Y así lo demuestra el estudio de las federaciones celulares por que se rigen los organismos superiores. En las cuales, la división del trabajo se impone con fuerza tan irresistible, que si un órgano se subleva, parece irre-

misiblemente, arrastrando á toda la colectividad.

Penetrando más hondo en la ley biológica, en la trama histológica ya, vemos que las células de cada órgano ejecutan constantemente la misma función sin protesta. La solidaridad es tan absoluta, y tan rígida y ordenada es lo que pudiera llamarse la sumisión funcional ó la disciplina, que toda hipertrofia, orgánica ó funcional, equivale á una sentencia de muerte para el conjunto. Y es de observar que, en la grey humana, lo que ocurre al individuo, eso mismo sucede en la colectividad. Cuando una clase social, que ha de hallarse esclavizada ó sometida, démosle el nombre que nos agrade ó nos moleste, *le nom ne fait la chose*, á los intereses y conveniencias de la grey, trata de imponerse á las demás, el conjunto ya se desquicia. Sin dictadura que sujete, en el incumplimiento de un deber colectivo y recíproco, á todos los elementos de la grey, ésta tardará más ó menos, pero acabará por caer en la anarquía. Una oleada de inmoralidad producirá en ella los mayores y más horripilantes desastres. Y así como en nuestro organismo el sistema nervioso que condensa las inteligencias parciales de las distintas especies de células (Arqueos vitales de Van Helmont) es el que rige y gobierna la federación celular, en la grey humana ha de imperar el cerebro que ostente mayores capacidades para regirla.

Actualmente, en la sociedad desquiciada que existe, se gobierna sin autoridad, sin fuerza, sin ciencia y sin arte, engañando á la grey con palabras desprovistas de sentido: libertad, liberalismo, progreso, derechos, derechos y más derechos, y sin contrapeso ó freno regulador alguno, porque del lado compensador no se ve más que una *monstruosa* atrofia de deberes.

\* \* \*

La LIBERTAD absoluta, así, como vemos, rigiendo todo el principio de causalidad, es un concepto que no existe ni ha existido nunca, en nada. Es una palabra huera, y, realmente, choca que abusen de ella cuantos en política figuran en las filas de los partidos avanzados, siendo así que los espíritus adelantados en el campo de la Ciencia son los que más suelen negar el libre albedrío. Choca, por consiguiente, que los que profesan en esta materia ideas tan opuestas, se imaginen que laboran por el progreso de la grey humana de la manera que lo hacen: los unos negando por completo el libre albedrío, y los otros exaltándolo á extremos ya absurdos.

La vida, la realidad, los hechos indeclinables de todo tiempo y ocasión, prueban que las aberraciones del liberalismo en política resultan, en la práctica, monstruosas. La humanidad se halla consti-

tufda, en gran parte, por menores; pues hay en ella un inmenso número de individuos cuya mentalidad, aun dentro de la más sana y general fisiología, no está en sazón por causa de la edad, ya por ser ésta insuficiente en la infancia, ya por ser decrepita en la vejez. Luego hay también, por diferencias orgánicas hereditarias ó ley de variedad, un número incalculable de individuos cuya mentalidad jamás alcanza el tono debido. Los individuos de estos tres grupos han sido, son y serán siempre, los menores de la familia humana. Y es de rigor, si se ha de vivir bien, que no deban intervenir nunca en funciones de gobierno, ni siquiera intervenir en la elección del mismo. El sufragio universal constituye, por esto, dentro de una ley biológica natural, la mayor de las aberraciones; como para algunas funciones sociales lo es también el feminismo. ¿Qué gobierno resultaría ser el de una familia, si su jefe sometiera sus determinaciones al voto de sus menores? La realidad es que en las especies todas, donde la ley natural se cumple fielmente, sin adulteraciones, así se verifica. El mando de la grey debe ser, por tanto, supremo y absoluto, y si bien cae en lo posible que sea ejercido despóticamente, el remedio, en semejante caso, es más fácil y más posible que en el caso de los gobiernos que ahora están ya en uso, es decir, en los compuestos de infinito número de déspotas.

Como que costará siempre mas derribar á cien tiranos que á uno solo. Ahora, en Rusia, en Barcelona y en otros puntos, el gobierno es el de una oligarquía de tiranos que se llaman sindicalistas, déspotas: hipócritas, ocultos ó visibles, disfrazados de liberales, que sancionan todo lo que va contra la grey, si con esta conducta se logra algo que redunde en provecho propio (1).

La disciplina social ordenada, sumisa y consciente, es lo que más conviene á la grey humana, ¡cómo dudarlo!, y quien la rija debe ser tan dulce como inexorable. Y entre sus más esenciales provisiones ha de tener la de procurar que nada que sea esencial para una vida relativamente holgada, falte á ninguno de los elementos constitutivos de la grey. Cumplido esto, la organización social debe de ser rígida, pero con rigidez provechosa para todos. Las leyes deben servir al bien público.

\*\*\*

La vida que por todas partes nos rodea, nos demuestra la necesidad del cumplimiento ordenado

---

(1) En una *interview* que celebró un día, en que esto escribimos, el redactor cronista de *El Liberal*, de Madrid, con el enérgico y valiente gobernador de Barcelona, Sr. Martínez Anido, que está dando firmes batallas al sindicalismo terrorista, expuso las colosales recaudaciones de dinero que sacan, aun contra la voluntad de los obreros, los jefes sindicalistas, por valor de muchos millones de pesetas y el mal uso que de él hacen.

de esta ley; y, cómo, cuando se cumple sin perturbaciones, la paz, la tranquilidad y el fin social se realizan sin alteración ninguna. Basta dirigir la mirada á los cielos, á la tierra, al medio ambiente, para convencernos.

En lo alto, veremos esas bandadas enormes, por ejemplo, de estorninos, con frecuencia en nuestro país, que marchan y evolucionan rápidas, obedientes y perfectamente disciplinadas, como puede hacerlo el más marcial de los regimientos prusianos, bajo el mando de un jefe que les precede y guía, á remotos países; y al cual todos los pájaros se someten. En lo bajo, observaremos la maravillosa organización de los hormigueros; por ejemplo, donde miles de insectos himenópteros viven en una sociedad perfectamente organizada, y realizan una labor de peregrina, virtuosa y extremada intensidad. Y en el ambiente, tenemos la asombrosa organización social de las colmenas, donde millones de abejas, emblema sublime de la actividad y del trabajo, laboran la cera y la miel, dos ricos productos; y están constituidas en grupos cuyas leyes de obediencia, armonía y disciplina se cumplen á la perfección, realizando sus celdas prodigiosas, por lo simétricas, y viviendo bajo austeros gobiernos, cuyo estudio impresiona y admiran los más profundos filósofos y naturalistas.

En los gobiernos y en el ambiente social que

hoy perturba hondamente la vida de casi todos los pueblos, estas leyes biológicas sociales, que conservan tan perfectamente las especies inferiores y les permiten cumplir sus destinos sin mortales crisis, se han ya relajado; y pervertidos están los grandes valores morales que constituyan la característica de nuestra superioridad racional, sobre las demás especies animales. Por esto, mientras esa dolencia no se cure, y esos códigos ó ejes morales de nuestro espíritu no se reconstituyan, la obra progresiva de nuestra civilización humana quedará suspendida, y retrocederemos á estados primitivos que harán nuestra existencia más sufrienda, más atormentada, más plena de angustias y dolores, y más condenada á temprana muerte. Entre estos principios fundamentales de la vida social, gravemente enfermos, débense mencionar: el patriotismo, la laboriosidad ó amor al trabajo, el respeto á la autoridad, la disciplina social y la religión. Con obligada brevedad tenemos que analizar algo estos imperativos morales, por ser los factores constitutivos de la conciencia y la actuación social en todo ciudadano.

\*\*\*

Hablemos del PATRIOTISMO, sentimiento fundamental de la constitución de los pueblos, pues es

el más firme sostén, la columna más robusta de la grandeza, la autocracia, y el poder de las razas, de sus naciones y de su civilización.

El patriotismo es, más bien que amor, una pasión ardiente, una consustancialidad espiritual con la patria donde el ser humano ha nacido y se ha formado; y se halla tan extremadamente desarrollado en la vida normal y sana del espíritu, que ordinariamente todos los demás sentimientos les son subalternos, siempre y cuando los pueblos conservan una existencia espiritual fisiológica y robusta.

Esta supremacía categórica del sentimiento de la Patria, que hoy sufre gravísima crisis en muchos conciudadanos nuestros, no es más que una expresión rigurosamente biológica del imperativo instinto de conservación, que se da en lo espiritual lo mismo que en lo orgánico. Amamos y defendemos aquello que somos y de que nos formamos; y de igual modo que en lo físico nos componemos de lo que nos legaron nuestros antepasados en carnales herencias; de lo que nos nutrimos, con los alimentos de nuestras regiones; de lo que respiramos, con las influencias cósmicas y telúricas que sobre nosotros actuaron incesantemente, sin reposo de un segundo, modelando nuestra material naturaleza—porque convertidos nos hallamos todos en una planta racional y semoviente que res-

ponde con solidaridad perfecta á los agentes que la crean y desarrollan—, de igual modo nuestra alma, herencia de otras infinitas almas en la serie que la precedieron; formada y templada sin cesar con nutriciones psíquicas que la educan, la modelan, la condicionan y la imprimen un carácter determinado, creándole modalidades, tonos, vibraciones, sentimientos, impulsos... ya en ella esenciales —y que por serlo así superan en sus imperativos mandatos, incluso á los consejos de la voluntad, cuando ésta quiera contrariar sus más naturales y vehementes imposiciones y requerimientos—, nuestra alma, pues, es una concreción sintética espiritual del alma secular de la nación, como nuestro cuerpo es una concreción sintética carnal de los factores materiales y étnicos que le originaron y nutrieron.

Solamente por esta identificación esencial y absoluta se comprende lo que sucede en las naciones, cuando realizan esas épicas luchas de independencia y de conquista, con que se han formado las civilizaciones todas, y han constituido los Imperios; y de las cuales hemos tenido un ejemplo extraordinario, sin igual en la Historia, con motivo de la última guerra. El clamor ardiente de la Patria, que ha resonado en los campos de batalla, proferido así por labios de los ancianos ya decrepitos y de las mujeres más delicadas, como por los

de juventudes todavía pubescentes, quienes acudían, inflamadas de ardor bélico, á ofrendar sus vidas en el altar de la Patria, exponiendo sus cuerpos á los destrozos de las metralas, no ha sido otro testimonio que la revelación sublime de esa irresistible y soberana naturaleza que impone el culto y el triunfo de lo que es propio sobre lo que es ajeno. Por eso, cuando este sentimiento se amortigua, degenera y se transforma en otro distinto y contrapuesto, lejos de ver en ello un testimonio de evolución y de progreso, todo nos hará comprender, más pronto ó más tarde, con mortales decaencias, que se ha producido en la vida nacional un fenómeno de regresión, de enfermedad y de muerte próxima y fatal.

Dejan ya de amar la convivencia social y han perdido los vínculos reguladores de solidaridad, así ontogénica como filogénica, los que alardean de no amar su familia, porque aman una familia universal; y de que han desviado el amor de su Patria, buscando otra Patria más general y humana. Estos individuos son unos verdaderos degenerados morales, que quieren justificar con teorías, frases y doctrinas, que se contraponen á las severas prescripciones de una ética fundamental, y ocurriendo con las desdichadas antinomias de la más festiva y sana eutrapelia, las profundas y deplorables corrupciones á que han llevado el más imperativo y sano

deber que tiene todo buen ciudadano. Semejantes doctrinas no son más que síntomas de un alma enferma ó delincuente, porque es imposible que sienta amor por una familia universal quien ha perdido ó jamás sintió afectos por la suya; ni que se sacrifique por una Patria universal, quien comienza atentando con su conducta á la grandeza y á la soberanía de la propia. El amor á la familia y á la Patria propias será siempre la base del amor á la familia humana y á la Patria universal; y de aquél, bien sentido y encauzado, se derivarán esos sentimientos evangélicos de amor, paz y armonía entre los hombres, que predicó la religión sublime del Crucificado.

En España, pueblo cuya alma todavía se halla mal educada en prácticas y religiones de ciudadanía, las clases proletarias han decaído mucho en aquellos sentimientos que hicieron de nuestra nación un portento de heroicas empresas y de maravillosas luchas. Cuando los demás pueblos acaban de acreditar que sobreponen su pasión nacional á toda otra, y los más disciplinados socialistas entronizaron la grandeza, independencia y soberanía de su Patria sobre todo otro interés y sentimiento exóticos, los vemos aquí recibir las inspiraciones suicidas de los demagogos extranjeros, y que á ellos van comisiones en busca del veneno moral, y de esas agitaciones mortales que encierran la obra criminal de los patricidas.

De aquí la necesidad de comenzar á sanear y reconstituir el sentimiento vital de la nación, y de propagar las doctrinas de Castelar, aquel insuperable maestro en artes de patriotismo; aquel ciudadano, asombroso en elocuencia, que lo sacrificó todo al amor de la Patria; que hizo de esta abstracción un culto religioso; y por ello, en los días más desastrosos de nuestra Historia, cuando tres guerras civiles, encendidas por los cantonales, los filibusteros y los carlistas, amenazaban acabar con la independencia y las libertades todas nacionales, alzaba airada su voz, pronunciaba inmortales discursos, conmovía una Cámara rebelde, turbulenta y víctima de locuras suicidas, predicando á todos la necesidad imperiosa de salvar á la Patria, anteponiendo su vida, su autocracia y su grandeza á cualquiera otro interés, por importante que pareciese. Y decía, arrepintiéndose de pasadas inexpertas predicaciones, en la trágica sesión del 30 de Julio de 1873, cuando ardía en el suelo español toda la riqueza nacional, abrasada por insensatas vesanias patricidas: «Yo quiero ser español, y sólo español; yo quiero sólo mis glorias, mis grandezas, mis excelsitudes nacionales; yo quiero á mi Patria como á una madre santa, impecable, eternamente merecedora de las más puras y laudatorias letanías y sacrificios. Y tenedlo entendido—decía—, de ahora para siempre: yo amo con

exaltación á mi Patria, y antes que á la Libertad, antes que á la República, antes que á la Federación, antes que á la Democracia, pertenezco á mi idolatrada España.»

\* \* \*

Otro valor moral que ha degenerado y amenaza, con ello, gravísimas hecatombes nacionales, si no se remedia pronto, es el AMOR AL TRABAJO, á extremo tal decaído, que nuestra raza se halla sumida en una oleada de vagancia, holgazanería y repugnante ociosidad, como jamás la conocieron los gremios y las profesiones.

EL ODIOS Y EL MENOSPRECIO AL TRABAJO SON UNO de los síntomas más expresivos y lamentables de la decadencia moral en que han caído las clases trabajadoras. Arrastradas por él, no luchan más que para exigir, á fuerza de huelgas, reducción ilimitada de las horas dedicadas á la labor; y, aun dentro de esta reducción, manifiestan, á menudo, la antipatía que sienten contra lo que condenan como una corvea insoportable y un signo de esclavitud y de inferioridad social, por lo cual es frecuente verlas caer en la laxitud, la indolencia y el enojo, cuando cumplen sus tareas, rindiendo menos labor de la debida.

¡Cuán lejos nos hallamos ahora de aquella noble y sana educación del obrero que conocimos en

nuestra infancia, y que cantaba, en uno de sus más bellos discursos, Castelar, la noche del 27 de Junio de 1861, cuando dirigía su palabra á los socios de *El Fomento de las Artes*, dándoles una conferencia sobre «La Libertad y el Trabajo»! En ella hacía comprender cómo cada uno era hijo de sus obras; la honra y la virtud nos igualaban á todos, y el trabajo se convertía en una ley divina que, á todos también, nos ennoblecía, y sugería á cada cual la noción de una personalidad augusta. Y confortaba el ánimo pensar que este orgullo tan legítimo, se debía á que su excelsitud se derivaba de la alteza y la utilidad de las respectivas faenas. El labrador, que surca la tierra y siembra en ella la semilla que ha de surtir más tarde los mercados de abastos; el obrero, que desfibra las plantas, las teje, las tiñe con los colores del iris y viste la desnudez humana; el marino, que despliega al aire la lona y cruza las regiones desafiando las tempestades; el alarife, que construye los grandes templos, donde tendrán refugio la Justicia, la enseñanza y la Religión; el tipógrafo, que perpetúa en la hoja volandera, ó en el libro, la idea del genio, y la propaga por el mundo...; todos, en fin, cuantos cumplen una misión semejante, á poco que serenamente se contemplan, advertirán que se sienten capaces del bien y del mal; que la luz de la razón ilumina todo su sér; que la voz de su conciencia

les premia con la mayor de las satisfacciones; que son libres y pueden hermohear su existencia, y que sus actos son aprobados por una ley que lleva escrita en su naturaleza misma y enaltece los dictados más puro de su amor y de su conciencia.

\* \* \*

Hay un estado en el hombre que demuestra con intensidad la exactitud de estos sentimientos, y la bondad que consigo lleva todo trabajo honrado: EL DE LA ENFERMEDAD.

El autor de este libro ha sufrido, durante tres años, uno de los tormentos más intensos, deprimentes y de inconsolable aflicción que criatura humana puede padecer, por haber creído que había enfermado con un padecimiento ya fatal y progresivo, que le condenaba á recorrer camino largo de su vida sin poder jamás trabajar; con agotamiento, incapacidad y mortal lesión de aquellos órganos y facultades necesarios al ejercicio de sus tareas consuetudinarias. Entonces fué cuando pudo comprender lo hermoso y feliz que era hallarse en plena salud, consagrado á una labor útil á intereses públicos; el deleite espiritual que entraña ser poseedor de medios que nos permitan ocupar las horas largas del día entretenidos con quehacer que se conoce bien, se domina y deja

tras de sí algo fecundo y de provecho; el noble orgullo que promueve tener la conciencia de que se acredita una actuación bienhechora, á menudo fundamento de aplauso; alabanza y gratitud para la Sociedad y los compañeros; gracias á la cual se conquista una posición social digna, respetada, laudable, que nos hace acreedores á pública estimación, y á nosotros mismos realza ante nuestra conciencia, estimulando nuestro espíritu con la sensación honorable de que constituimos una representación personal simpática, provechosa y venerada.

Por esto, cuando la salud vino á restablecer nuestras funciones y actividades, y nos permitió recomenzar una faena tanto tiempo abandonada, y que como bien por siempre perdido fué llorada, nuestro deleite, nuestro entusiasmo, nuestra felicidad no tuvieron límites. Jamás en los sesenta y cuatro años de nuestra ya pasada existencia habíamos gozado de alegría, y no ya de esperanzas, sino de realidades semejantes: ni aun siquiera en los años de nuestra más florida y bella juventud. Y al trabajo nos lanzamos, con el deleite inefable, la emoción intensa, el encanto sin igual de la vida; y al goce de sus puros recreos, como un hombre ardientemente enamorado, se arroja en los brazos de la mujer adorada; emblema y asiento de placeres, deliquios y tránsitos, que crea-

ban en mi alma una nueva existencia y renovadas delicias. Todo me parecía más hermoso que antes de enfermar. La Naturaleza me invitaba, sin cesar y por doquiera, á contemplaciones y disfrutes no soñados, sobre sus bellezas y fuentes de vida. Esperanzas ya muertas resurgían en mi ánimo, y miraba el porvenir con la frente alta, embriagado por tónicas exaltaciones morales, que me hacían concebir grandes éxitos futuros como premio de nobles, puras y meritísimas labores. Era ya como un esclavo manumitido; un muerto resucitado; un sér ayer perdido, hoy ensalzado á las más cesáreas consagraciones, por cuanto podía colaborar con fe y esfuerzos en las campañas necesarias al triunfo de grandiosos apostolados y de admirables causas, útiles á la Humanidad, á la Ciencia y á la Patria. Y en aquel furor de consagrarme al trabajo, de sumirme en él codicioso, como en el baño reconfortante de una espléndida y vivificante naturaleza, no me saciaba de emprender obras variadas, compensando con las sobreactividades deliciosas presentes, las holganzas dolorosas pasadas, llegando al caso de, solamente en la producción literaria, encontrarme conque, al mismo tiempo, se imprimían cinco obras mías: en París, una; en Barcelona, casa hermanos Sabater, otra, y tres en Madrid, en las imprentas de los Sres. Núñez Samper, Rojas y Teodoro.

En sana fisiología social, el trabajo es, por consiguiente, el más noble, sano, grato y fecundo destino del hombre. El himno del progreso y de la labor será siempre el que suene mejor en los labios del obrero; y con él se oirá el de la redención y la aristocracia que han conquistado el cuarto estado, el pueblo, los humildes fondos sociales, con sus manos y sus esfuerzos consagrados á los útiles rendimientos. Y ese himno será siempre una bella verdad y un canto, tanto más hermoso cuanto mayor sea la libertad de aplicar las individuales actividades, en las proporciones, modos y circunstancias que mejor convengan, á las necesidades y requerimientos del propio sujeto, soberano de sus actos, y á las demandas del interés público, ya que la libertad del trabajo será la más egregia y útil de todas las libertades y el más sacrosanto de los derechos todos.

\*\*\*

Las famosas OCHO HORAS de trabajo son una fórmula cabalística, nacida de un romanticismo formulario, que repugnan las aptitudes, conveniencias y hasta la salud de los mismos obreros, por lo cual no prevalecerá en la realidad, aunque el Congreso de Washington, todas las Internacionales habidas y por haber, y las leyes sociales más formalmente concertadas por los Parlamentos

así lo deseen. Sujetar las infinitas y variadas aptitudes y exigencias de los individuos y las colectividades, y las naturalezas de cada ocupación y laboreo, á una idéntica prescripción, es exactamente igual que imponer un mismo régimen dietético á todos los individuos, una misma vestidura á todos los cuerpos y un idéntico esfuerzo mental á todas las inteligencias. Hay labores que no se pueden resistir un par de horas seguidas sin grave perjuicio de la salud, y hay otras que, prolongadas diez ó doce, mantienen perfectamente reposadas y tónicas las energías y disposiciones de los individuos menos fuertes. Por esto, el trabajo ofrecerá siempre *una indicación biológica* que se fundará en las aptitudes orgánicas del sujeto; en las condiciones y naturaleza de la labor misma, y en las circunstancias sociales en que se cumple. Y estas condiciones serán tan imperativas que, lo repetimos, á pesar de las leyes nacionales, los conciertos internacionales y las más duras sanciones de los sindicalismos fanáticos, el trabajo, á la corta ó á la larga, adquirirá su régimen natural y su total autocracia. Esta profecía es de las que se pueden hacer hasta por los menos previsores, en la seguridad de que se cumplirá.

\* \* \*

Es una realidad que jamás el obrero digno, noblemente orgulloso, revestido de esa bella altivez

que le ordena ser el soberano de sus acciones, el regulador autócrata de sus actividades y el administrador independiente de sus intereses, se ha visto tan cohibido, desconcertado y VILMENTE EXPLOTADO como lo está ahora, en estos tiempos en que una tiranía nacida de su misma grey, no ya descendida de los tronos, de los tiranos, ni de los Parlamentos reaccionarios, le impone cuanto ha de hacer y los sacrificios económicos que ha de soportar. En prueba de esta verdad, reproduciremos la declaración que el bravo gobernador de Barcelona, Sr. Martínez Anido, hacía, á fines de Marzo de este año de 1921, á un redactor de *El Liberal*, de Madrid, el Sr. Bejarano, cuando éste le interrogaba acerca del problema obrero de Barcelona, en aquellos días trágicos durante las muertes y los atentados de todas clases alcanzaban cifras aterradoras (1). Sus palabras bastan para condenar todo un sistema del cual viene á ser la primera y más atormentada víctima el mismo obrero. He aquí las palabras del Gobernador:

«Cuando yo me encargué del gobierno, el Sindicato único tenía atemorizada á la ciudad y en un puño á los obreros dignos. Siento haber roto

---

(1) Sólo en un día de Enero, la medicina forense de Barcelona tuvo que intervenir en las autopsias de veintidós hombres asesinados en la vía pública.

los cientos y cientos de cartas de obreros en que me pedían que pusiese término á un estado de cosas irresistible á todas luces para los trabajadores, porque el Sindicato único no ha sido más que una ficción, un fantasma, una entelequia. Contando con el temor de los unos, con la ignorancia de los otros y, acaso, con la venda que la fe en los ideales pone en los que se asocian de buena fe, una minoría poco escrupulosa empezó esa faena de las recaudaciones, sabiendo que éstas llegaron á alcanzar algunas semanas 800.000 pesetas, y que nunca bajaban de 500.000 (2.000.000 de pesetas al mes como minimum). Puede usted imaginarse lo demás. Había que mantener la recaudación á toda costa, y cuando los obreros flaqueaban, porque se dieron presto cuenta de que en el fondo á todo se servía menos los intereses societarios puros y decentes, se les impuso la cotización á tiro limpio, y sacrificando—sangriento y fresco tienen ustedes el rastro— obreros y patronos, para escarmiento de remisos.

Yo tengo la convicción, y los recaudadores de cuotas la tenían también, de que sólo así, por temor, se podían mantener esas recaudaciones forzosas. Había, empero, que justificar algo de la inversión de tan cuantiosas sumas. Para ello, los mangoneadores del Sindicato único planeaban hábilmente algunas huelgas parciales en Socieda-

des poco numerosas, huelgas baratitas, en una palabra. Las huelgas en Sociedades de miles y miles de individuos obligaban á pasar socorro á miles y miles de familias, y ¡adiós las ganancias! Yo recibía de los propios obreros disconformes, avisos de los manejos que se perpetraban. Hice abortar, amistosamente, estos paros, y violentamente, con todo el peso de mi autoridad, cuando el propósito era dejar sin carne á la ciudad y sin pan á los presos. Desde que soy Gobernador no hay otras huelgas que las organizadas por falta de material ó de trabajo.»

*Mutatis, mutandis*, esta anarquía de la vida obrera y explotación del sudor del trabajo, por caudillos que ejercen dictaduras irresistibles, y practican, para su particular provecho y riqueza, explotaciones abominables, se está igualmente sufriendo en Rusia. Los discursos que en el Parlamento inglés pronuncia Lloyd George acerca de las graves corruptelas de una sana administración, y las relajaciones de los Estatutos soviéticos en Rusia, impuestas por las inflexibles leyes biológicas, que señalan cómo los organismos sociales, de igual suerte que los individuales, no pueden vivir y realizar una existencia tolerable cuando firmes ligaduras y violentas represiones le sujetan, y oprimen sus músculos, no pueden ser más expresivos, ni cabe exponer con más claridad y elocuentes ra-

zones toda la insensatez, corrupción y gangrena moral que hay en esos regímenes violentos, que prodigan, hasta verter ríos de sangre, crímenes, fusilamientos, matanzas y despojos, haciendo que grandes sectores de la vida nacional sean condenados á una extinción y esclavitud nunca conocidas y que el progreso humano rechaza con la más enérgica de sus condenaciones.

\* \* \*

Y el trabajo obrero ha realizado GRANDES ADELANTOS en los modernos tiempos, no por efecto de las violencias y distorsiones de origen revolucionario, sino por evolución natural de un progreso tranquilo, meditado, fruto de los pensadores, y de una técnica tan bien aprendida como puedan serlo las enseñanzas biológicas de los laboratorios. De ellos, el más interesante es la aplicación del MÉTODO DE TAYLOR á la labor de los talleres: régimen y adelanto que muchos obreros rechazan, porque, dentro de las normas psicológicas del obrerismo que algunos sindicalistas revolucionarios sostienen, cuanto tienda á metodizar, disciplinar y precipitar, con ganancia de tiempo y especialización de aptitudes, la mano de obra, ha de considerarse como un mal, un perjuicio que se debe combatir.

El TAYLORISMO es una manifestación de ese adelanto que tiende á reemplazar *la tradición empírica* de la mano de obra *por una elaboración científica*.

La economía del trabajo, la reducción de la fatiga y el esfuerzo, con el máximo rendimiento, procurando por un método ingenioso que alternen el trabajo y el reposo, es el ideal del taylorismo. El ensayo del método produjo tales beneficios, que, apenas fueron bien apreciados, se le consagraron en América libros y periódicos especiales; se discutieron sus detalles, y empleado al principio en las *Acererías* de Betheleem, pronto se propagó por muchos pueblos hasta producir una verdadera revolución en la industria.

Y esta revolución, fecundísima en el régimen productor de los grandes talleres y fábricas, por su naturaleza estrictamente técnica, había nacido de un principio filosófico: el de Descartes, cuando dijo: «El que quiera alcanzar la verdad, debe deshacerse de todas las opiniones que han prevalecido y servido, y debe reconstruir de nuevo, desde su fundamento, el sistema entero de sus conocimientos.»

Aplicado este principio analítico, investigador y reformativo á la dinámica tradicional de las industrias, pudo crear en favor del trabajo y de la producción un movimiento que excede ya del mundo industrial, y se ha extendido á los establecimientos

de enseñanza, de beneficencia, á las instituciones filantrópicas... á todo, en fin, cuanto represente una labor metodizada y sucesiva, porque aspira á evitar la prodigalidad del esfuerzo, del tiempo y de los productos materiales.

Pero no ya Taylor sólo, otros ilustres ingenieros y directores han desarrollado más su obra, y hombres como Harrison, Emerson Eantt, Gilbreth... han imaginado sistemas y sugerido reformas, dentro del método, que resultan tan favorables á la industria y al público como á la clase obrera.

La literatura de técnica industrial que ha producido este orden de conocimiento es interesantísima; y hoy, los escaparates de las librerías nos brindan, á menudo, nuevas obras, cuya lectura impresiona, no sólo porque en ellas se ve hasta qué extremo ha llegado la tensión mental de los directores de la dinámica y la psicología de la producción, sino también los nuevos horizontes que este esfuerzo creador ha ido descubriendo. Así, las obras de Amar, Batardon, Boret, Conde de Canisy, Fréminville, Herriot, Izart, Parot, Vilbois, Vamixen... y muchos otros, asombran por sus enseñanzas.

En nuestras manos tenemos, entre otras obras á esta finalidad consagradas, las lecciones dadas por Víctor Cambon en la Escuela Central de Artes y Manufacturas de París, acerca de *La Indus-*

*tria organizada según los métodos americanos;* y maravilla ver en ella cuán exacta y próspera resulta aquella sentencia de Taylor, que dice: *La organización científica es aplicable y ventajosa á todas las producciones.* Esta obra ilumina el espíritu, haciendo ver, hasta dentro de los sentimientos de un patriotismo estricto, los modos cómo deben ser montadas, organizadas y desarrolladas las grandes fábricas, para poder luchar en la grande concurrencia que hoy existe en todas las naciones productoras, la cual ha de adquirir todavía una mayor y más febril actividad en los tiempos sucesivos, porque la guerra, en vez de calmar y refrenar las ansias del dominio universal de los mercados que antes de ella había, las ha enardecido, y empuja, cada vez más, los pueblos á una lucha por la vida mucho más intensa y más desesperada que cuanto conoció la Historia. ¡Buena preparación y exigencia del espíritu es ésta para que pueda prevalecer ese régimen de las ocho, las siete, las seis horas de trabajo, y esa flojedad de brazos caídos, ó desmayados, conque el obrerismo revolucionario atestigua su odio á la burguesía y su enemiga al trabajo!

\*\*\*

Hoy, entre los problemas que al espíritu director técnico y al emprendedor adinerado más entu-

siasta suscita la organización de cualquiera gran industria, figura un programa de cuestiones, deducidas del trabajo de los enemigos, que serán siempre sus concurrentes, y entre ellas aparecerán, como principales, las siguientes: La situación actual de la producción y de sus diversos factores, á saber: el capital, la dirección, el instrumental y el trabajo. El papel de la dirección técnica á la que se van á encomendar los negocios. Los principios de la instalación racional de las empresas y de su material. La comparación entre el trabajo humano y el maquinismo. La fisiología y la psicología del trabajador. La remuneración del trabajo. La organización científica de los talleres. Las instalaciones industriales organizadas según los principios más modernos... etc., etc.

Esta complejidad y dificultades que ofrece la producción, crean un rigorismo técnico para la dirección de toda industria, que hace esencialmente imposible ese desquiciamiento de las categorías y direcciones técnicas que se ha proclamado y ha constituido uno de los fines revolucionarios del sindicalismo rojo, de la Tercera Internacional, de los soviétismos á usanza rusa, y de toda esa insensata nivelación de las capacidades, según la cual hablan de ser los tipos bajos, los inferiores, las humildes funciones celulares obreras, quienes dirijan y gobiernen las grandes producciones y cen-

tros industriales. Y esto es sencillamente un absurdo, porque, como sucede en la fisiología individual, en la fisiología social, todas las funciones requieren sus órganos especiales, idóneos, creados *ad hoc* por la Naturaleza para cumplir sus peculiares fines. Con ser igualmente esenciales á la vida armónica y perfecta todos los tejidos, órganos y sistemas del cuerpo humano, no se puede desconocer que la altísima función de la célula nerviosa pensante, de la célula que crea el Verbo humano y de la célula que anima los latidos del corazón, no es comparable al de los osteoblastos que dan solidez al esqueleto óseo, á la célula del tejido conjuntivo que une los elementos formadores del órgano y al músculo: que ya determina un movimiento expresivo, ya empuja por su conducto de evacuación un líquido excrementicio. Y es que la Naturaleza crea y hasta impone sus aristocracias, so pena de muerte.

\* \* \*

Uno de los progresos más sólidos, más humanos, más grandiosos y bienhechores que se han realizado en los modernos tiempos para la redención, salud y ventura del obrero, es el que se refiere á la ESTIMACIÓN DE SU VIDA, SU HIGIENE, SU salud, su economía, su ventura y felicidad, y la de su familia.

Hemos llegado ya á conclusiones nobilísimas, de alto sentido moral y humanitario, que atestiguan cómo realizamos un progreso positivo y permanente si no desvirtuamos, corrompemos y producimos deplorable degeneración con delirios comunistas y furores revolucionarios, en esa marcha serena y fecunda que se venía realizando con el progreso obrero. Y en él, una de sus más esenciales conclusiones es, por ejemplo, la de que ningún régimen industrial será durable y plenamente productivo si descuida la psicología del obrero y los instintos y necesidades profundas de la naturaleza humana. Como dice el doctor Way Tead, nuestros conocimientos hoy se extienden mucho en este dominio y nos permiten *adaptar la industria al hombre*, en vez de violentar el hombre *para acomodarlo á la industria*.

\* \* \*

Por esto, á las esencias sociales y psicológicas transformadas por el taylorismo hay que agregar la *colaboración de las ciencias médicas*. La fisiología del trabajo ha hecho conocer las leyes que rigen el motor viviente; la patología del trabajo ha revelado las consecuencias de nuestros errores en este dominio; la higiene del trabajo ha enseñado los medios de elevar el rendimiento evitando sus faltas, y de este modo, como dice Tead, el esfuerzo con-

vergente de los ingenieros, los sociólogos, los médicos, los obreros y los patronos, ha ensanchado renovado y humanizado, al extremo de hacerle ya desconocido á veces, el mismo sistema de Taylor y de sus continuadores. Esto, en cierto modo, y con carácter intensamente humano, ha sido la obra de lo que llamamos LA MEDICINA SOCIAL, que ya cuenta más de medio siglo de existencia, y ha iniciado y dirigido todo el progreso humanitario del obrerismo, incluso en sus instituciones previsoras, mutualistas y de seguros, que constituyen el aspecto más importante y benéfico del progreso socialista sano, es decir, del verdadero progreso obrero. Y en esta labor nos venimos ocupando, sin grandes alharacas, ni beneficios retributivos, los que durante ese tiempo hemos publicado obras, hemos dado conferencias, hemos prodigado en la Prensa artículos, cuidando siempre de señalar el papel protector de la higiene, en la reforma de las industrias y en el cuidado de la salud y la longevidad de los obreros.

Sea cualquiera el asunto que abordemos, la realidad es que nos vemos llevados siempre á la necesidad ineludible de la higiene individual y de la higiene social, ampliamente comprendidas, como dice René Sand (1). La fisiología y la psicología

---

(1) Doctor René Sand: Organisation Industrielle, Médecine Sociale et Education civique en Angleterre et aux Etats Uuis.

dominan ya los problemas de la producción y del trabajo. Por esto, al crear Inglaterra un departamento de gestión industrial y comercial en la Escuela de tecnología de Manchester, ha dado en esta institución nueva un lugar preponderante á un médico, Mr. Stanley Kent, especialista en la fisiología del trabajo, y ha acreditado, de tal suerte, que en los problemas humanos la importancia de las cuestiones médicas aumenta incesantemente de día en día.

\*\*\*

Los que amamos con verdadera pasión esta causa del obrero y la servimos cuanto podemos con desinterés, con sentimientos puros y evangélicos, advertimos, sintiendo dolor y pena indecibles, á qué caminos de perdición han llevado los comunismos revolucionarios toda esa hermosa obra, y deploramos las desastrosas consecuencias que contra la economía, la salud y la ventura de las clases proletarias, singularmente las obreras, produce esa degeneración *totius substantiae* que ha venido á sufrir el progreso del socialismo sano, fecundo y simpático para todo el mundo, que hace algunos lustros reinaba.

De mal tan gravísimo nos hemos ocupado en ese altísimo Instituto, ó COMITÉ INTERNACIONAL DE HIGIENE PÚBLICA, que se reúne dos veces al año

en París, Boulevard Saint Germain, 195, en las estaciones de primavera y otoño, donde son estudiadas las magnas cuestiones de sanidad y de higiene que afectan á la salud de las naciones y de las grandes masas del pueblo. Forman este Instituto 35 naciones; su voz y su autoridad tienen una nunca igualada resonancia en los Gobiernos, y perteneciendo á ella, como Delegado de España, el autor de este libro, hubo de fijar allí su atención, durante las sesiones de la primavera del año 1920, con la siguiente propuesta, que fué escuchada con grande interés, calurosamente aplaudida, y motivo de acuerdos para esos estudios, cuyo objeto principal es, y será siempre, el bien de la Humanidad, muy especialmente el de sus sectores más necesitados: las clases humildes.

He aquí la proposición que fué leída, apoyada, aplaudida y tomada en consideración la tarde del 4 de Mayo de 1920 en el *Comité*, del cual hemos de repetir que se halla constituido por 35 naciones, entre las cuales figuran los Estados Unidos de Norteamérica, Inglaterra, Francia, Italia, España, Suiza, Bélgica, Pueblos Escandinavos, Egipto, Persia, Rusia, Repúblicas Hispanoamericanas, Rumania, Servia... etc., etc. Para no alargar demasiado nuestro texto, publicaremos los párrafos más importantes de la comunicación.

«Es bien evidente que el socialismo moderno es

el resultado de los estudios y de los esfuerzos hechos por la higiene y la medicina sanitaria, principalmente, con vista á obtener que la vida social sea más cómoda, más larga, menos peligrosa y menos cara para los trabajadores: á desarrollar los valores morales de la sociedad, es decir, la moral pública y la privada, que representan la salud y el alma colectiva; y, en fin, á mejorar la raza humana y reducir los estragos, así de las enfermedades infecciosas, como de todas las otras causas que hacen degenerar la especie humana.

»La reducción de las horas de trabajo para evitar la acumulación y la fatiga, el descanso dominical, las casas higiénicas y económicas, las buenas provisiones alimenticias y de alimentos sanos y baratos, la prohibición del trabajo nocturno, el reposo de la mujer embarazada algunas semanas antes y después del parto, los socorros á la vejez, á la invalidez, á la maternidad; las instituciones todas de previsión, los medios extensos y variados de luchar contra la tuberculosis y el paludismo, la profilaxia de las enfermedades especiales de los mineros y los obreros industriales, como la anquilostomiasis, hidrargirismo, necrosis fosforadas, etc.; el aumento de los salarios y subsidios, el derecho á las huelgas, los Tribunales industriales, la legislación sanitaria, ya tan abundante; la legislación sindicalista..., en fin, todas estas

reformas tienen un origen más ó menos médico, y por esta razón, la Medicina, que era hace todavía muy pocos años (cuando menos en España) una rama de la Administración pública, menospreciada, como de orden inferior, y completamente extraña á los debates parlamentarios y á las intervenciones de la Economía política, se convierte cada día más y más, en aquella cuyo interés es más poderoso y cuyos límites aparecen más extensos.

»Pero los hechos actualmente prueban, por todas partes, que los fines esenciales del socialismo verdaderamente higiénico atraviesan una crisis grave; que la riqueza pública de las naciones, el vigor de las razas y los mejoramientos tan deseados de las clases obreras y proletarias, en lugar de progresar, han perdido mucho terreno. Yo veo en regiones industriales de mi país, otros tiempos prósperos, que los obreros han caído en la miseria. En algunas fábricas é industrias importantes, á consecuencia de las huelgas frecuentes y prolongadas, pierden sumas enormes por salarios que no perciben ni se compensan. Citaré, como ejemplo, una villa muy industriosa de la provincia de Santander, Las Fraguas, donde, en cuatro meses, han sufrido una pérdida de salarios que suman un millón doscientas mil pesetas, sin compensaciones posibles, y al mismo tiempo han impedido, con

desviaciones del sentido político, que se acabara un asilo de ancianos y que se construyera un gran hospital, por valor de millones, y estas pérdidas han obligado á muchos obreros á vender las casitas de su propiedad y las vacas que les suministraban la leche; y algunos han llegado al caso extremo de pedir limosna.

>La morbosidad y la mortalidad media aumentan en vez de disminuir; los patronos y los obreros ya son asesinados, á tal punto que, en ciertas ciudades, como en Barcelona, las cifras de los muertos sobrepasan de ciento (1); la neurastenia, la locura y el suicidio se hacen más y más frecuentes entre los obreros; las luchas son ya numerosas y más encarnizadas que nunca lo fueron; y la pasión política, dominada por las agitaciones revolucionarias, ha reemplazado á los sanos consejos, y á las preocupaciones esencialmente higiénicas y sanitarias, que habían determinado la obra progresiva y bienhechora del socialismo primitivo. Es evidente, por tanto, que un porvenir trágico, espantoso, y hasta de evolución completamente misteriosa, se ofrece en el presente á las miradas inquietas de la sociedad y de los Gobiernos, como una realidad lamentable del progreso actual.

>En este estado de la salud pública en el mun-

---

(1) Ver muchas muchas centenasas (Mayo, 1921)

do, tanto moral como material, política y social, ¿no es llegado ya el momento en que todas las instituciones que representan la vida de los pueblos, deban proclamar, con la solemnidad que exigen estas graves circunstancias, la famosa máxima del Derecho público en Roma, cuando se trataba de salvar los grandes intereses de la patria; *salus populi suprema lex esto*; y, por consecuencia, no es necesario que todos aporten su concurso para ilustrar mejor y conjurar en seguida las crisis amenazadoras que sufren hoy día todos los pueblos?

»Por lo que se refiere á la Higiene, es decir, á la ciencia protectora y conservatriz que cultivamos nosotros, y que ha sido la fuente principal de las tendencias bienhechoras, verdaderamente progresivas y humanitarias, del socialismo y de la protección sana de las clases obreras y necesitadas, creemos que está obligada á hacer una revisión esmerada de los principios y de los preceptos vitales sobre los cuales funda, ella, la conservación de todos los componentes que concurren á formar la raza y los pueblos, y á investigar los efectos de la decadencia y la degradación que la política ha hecho sufrir á su doctrina.

»Es indudable que en la cuestión social, tan desastrosamente perturbada después de la gran guerra, la Higiene permanece muda y se abstiene de toda intervención, precisamente cuando sus

consejos y sus enseñanzas son más necesarios que lo fueron siempre, y cuando su voz debía hacerse escuchar claramente, para influir en los Parlamentos sobre el trabajo legislado.

»He aquí por qué, señores, el delegado de España cree que sería más útil examinar de una manera severa, basándose en una documentación minuciosa, y sin preocupaciones políticas, solamente desde el punto de vista de la higiene, diversas cuestiones cuya importancia nos parece especialmente grande.

»Nuestro Comité Internacional de Higiene, ¡no lo olvidemos!, es hoy día la institución más alta, la más autorizada y la más independiente que existe en el mundo, para intervenir en cuestiones de tanta gravedad. Esta independencia misma, esta universalidad de luces que representan las eminencias de treinta y cinco naciones que aquí se reúnen (excluidme á mí), son una garantía absoluta de imparcialidad y de capacidad tal, que ninguna otra Asamblea científica podría darla. Por eso me atrevo á proponeros emprender una información que numerosos miembros de los Parlamentos, en mi país y en otros, sin duda, estiman indispensable para probar, con conocimiento de causa, las leyes sociales que las circunstancias reclaman.

»He aquí algunas de las cuestiones que se presentan y de las cuales podréis, sin duda alguna,

deducir, si es de vuestro agrado y con vuestras adiciones, útiles motivos de estudio:

»1.º Estado actual de los grandes valores morales y sociales que influyen esencialmente en la vida orgánica de los pueblos, el desarrollo y el vigor de la raza.

»2.º Cambio sobrevenido en la moral de los obreros, en relación con su vida particular, su educación, su salud y la de su familia; y de su bienestar social, etc.

»3.º Progreso realizado por las clases obreras bajo el aspecto de la higiene y del mejoramiento de las condiciones del trabajo.

»4.º Beneficios reales conquistados en la duración de la vida media de las diferentes profesiones y oficios durante los treinta últimos años.

»5.º La cifra de ocho horas de trabajo por día, ¿debe ser considerada como una fórmula cabalística, exacta, intangible, sea cualquiera el trabajo, ó puede muy bien y hasta debe ser modificada en el sentido de aumento ó disminución, según los oficios, las profesiones, las circunstancias de la vida, las necesidades de los individuos, etc?

»6.º ¿Cuál es, en los presupuestos nacionales de cada país, las cantidades asignadas, en los gastos públicos, para la Sanidad, con el fin de mejorar la salud general y la de las profesiones?»

Esta proposición fué examinada con detenimiento, apoyada después con un discurso por mí, y con otros discursos por los representantes de Francia, Inglaterra, Bélgica y Egipto, y mereció calurosos aplausos y felicitaciones, acordándose llevar algunos de los temas á la próxima sesión, que se celebró en otoño.

Que esta proposición respondía, como medicina bien indicada, á una necesidad pública generalmente sentida, nos lo acreditaba el sinnúmero de reclamaciones, protestas y lamentos que de las mismas clases obreras surgían, y que nosotros recogíamos, formando un acervo de datos y síntomas que permitirían publicar obra extensa y emocionante. De entre los muchos que guardamos tomaremos uno, como ejemplo, y no de los más expresivos, por cierto: el Manifiesto de la Confederación general de Trabajadores, publicado bastante después, donde se atestigua la angustia y malestar que sufre esa clase, cuyo bienestar y mejoramiento todos deseamos. He aquí algunos de sus párrafos:

«Es indudable que el egoísmo material de las masas trabajadoras venidas á los Sindicatos, ante la perspectiva de posibles mejoras en el orden económico, ha desviado, aunque ello haya sido transitoriamente, la trayectoria que para su marcha regular trazó al constituirse, en 1911, la Confederación Nacional del Trabajo.»

«Las continuas huelgas por aumento de salario nos han llevado á la situación actual, y no se ha pensado, por los elementos que actúan en la organización obrera, que estas luchas, generalmente, no solucionan nada, pues el aumento que en el taller se consigue tras cruentas luchas, se entrega inmediatamente á la burguesía en los comestibles, viviendas y demás artículos que para la vida diaria precisamos.»

«Se han olvidado lastimosamente, por casi todos los militantes, los principios de orden moral, que tan alto han puesto el nombre de nuestro organismo nacional.»

«Los Sindicatos fuertes han laborado sin cesar en provecho propio, y han dejado á los débiles abandonados á sus propias fuerzas, dándose con frecuencia el caso bochornoso de que en una población donde los precios del mercado son igual para todos sus habitantes, los compañeros dedicados á determinadas profesiones cobran jornales de 15 ó 20 pesetas, mientras que los de otro oficio, á veces dentro del mismo ramo, no alcanzan más de 3,50 ó 5 por la misma jornada, ó quizá mayor.»

«¿Podemos, los que pretendemos dar una sensación de igualdad, tolerar semejantes anomalías, sin tratar de hacer ver á los camaradas la equivocación que sufren al obrar de una manera tan absurda? No. Tenemos el deber de declarar, cuantas

veces sea preciso, que nuestra finalidad no es alcanzar una peseta más en el salario y una hora menos en la jornada, sino que perseguimos el establecimiento de una sociedad justa y humanitaria basada en la libertad individual y la libre asociación de productores, para dar fin á la explotación del hombre por el hombre.»

.....

.....

«La falta de sentido moral en la masa trabajadora nos ha conducido á esta «débacle»; pero no es ella la responsable. Somos nosotros, que no hemos sabido encauzar estas energías, ni tampoco hemos inculcado en el proletariado la idea de que los problemas morales son los que atañen á la dignidad del hombre, mientras que las cuestiones del estómago son de orden secundario. Hace falta intensificar la difusión y defensa de nuestros principios básicos, que no son otros que los que nos legaron antiguos y viejos luchadores á quienes la Historia ha calificado de románticos, cuando dieron su vida en pro de los derechos de la Humanidad escarnecida y maltratada.»

Estas lamentaciones y protestas, nacidas de las mismas organizaciones obreras, tienen un valor que supera á lo de cuanto nosotros pudiéramos decir.

Otro de los valores morales esencialísimos más quebrantados en esta crisis catastrófica provocada por el comunismo rojo, es EL SENTIMIENTO RELIGIOSO, hoy perseguido con furor sangriento y tratado muchas veces con la muerte y el martirio, como en los tiempos del martirologio romano.

Quien esto escribe, por sus muchos años de vida, su hábito de discutir en Academias y Ateneos, sus numerosas publicaciones, sus propagandas periodísticas en la Prensa democrática, y su obligado sentimiento de la realidad, no ha de incurrir en la inocentada de acometer aquí una catequesis que sería inoportuna, y haría sonreír despectivamente á muchos de los lectores que este libro pueda tener. Demasiado conocedor de la Humanidad, á la cual ha procurado estudiar en sus naciones y sus Universidades, hospitales, cárceles, manicomios y templos; médico, con ejercicio desde hace próximamente medio siglo, tiene motivos sobrados para considerarse algo conocedor del alma humana, y poder abordar este delicadísimo tema, no con los criterios estrechos de un fanático—sea rojo, sea blanco—, sino con el examen y juicio serenos de un naturalista, que examina fríamente la naturaleza y condición espiritual del hombre: como un entomólogo puede examinar, con la lente, cualquier insecto, cuya importancia biológica le interesa conocer.

La incredulidad en materia de religiones positivas y la enemiga que contra ellas fácilmente se produce, cuando el espíritu se coloca ya, con bríos, en la situación de criticar y combatir los sentimientos y los actos derivados de las conciencias creyentes, figuró mucho siempre en los radicalismos comunistas, y conduce por naturales leyes morales, tan fatales en su dinámica como son las de las leyes físicas, á campañas, propagandas, persecuciones y rebeldías, cuyos fundamento y finalidad no pueden ser otros que los de destruir todo lo tradicional, y sustituirlo con nuevas instituciones y dictaduras, las cuales no solamente han de contradecir las normas y preceptos de lo pasado, sino que han de colocar en las categorías humillantes y sufridas de combatientes vencidos, á los que entonces prevalecieron y ocuparon las capas sociales elevadas. Por esto, el ateísmo, ó la incredulidad batalladora, desempeña un papel importante en el comunismo actual, tiene una grande importancia en su etiología, y actúa muy batallador, así para derrocar las instituciones políticas y sociales, como para acabar con las personas que las representan y mantienen.

Los tiempos actuales son los más paradójicos conocidos en la Historia; la contradicción reina en ellos como nunca. Las conciencias se han enardecido, exaltando hasta las grandes pasiones á sus

naturales cultos; y los luchadores por un porvenir antitético de lo pasado, proclaman el definitivo ocaso de los dioses y afirman el reinado, no ya próximo, sino actual, de un nuevo orden de ideas espirituales, de soberanas autocracias de la razón pura: con las cuales el hombre contraiga todos los horizontes y discursos de su mentalidad á las realidades y á los contactos del más tangible positivismo, huyendo en absoluto de las antiguas leyendas.

Y esto se mantiene precisamente cuando los mismos campos de batalla, con sus horribles heroísmos, atestiguan exaltaciones de misticismos y adoraciones que parecían ya muertas, y se observa que, así como son eternas nuestras facultades, eternas son también sus múltiples y variadas satisfacciones; que mientras exista el hombre, existirán, y coexistirán con él eternamente, la religión, la poesía y la ciencia, según expresión de Castellar; y que si sectas opuestas han sostenido que á la poca ciencia corresponde mucha religión y mucha poesía, como, por término contrapuesto, poca religión y poca poesía corresponden á la mucha ciencia. Frente á estos innumerables destellos del genio, las asombrosas revelaciones de una ciencia positiva, experimental, moderna, tan vigorosamente técnica, según es la que ahora se crea en los laboratorios, van produciendo una literatura

que atestigua ser cierto cómo cuanto más profundamente avanzan los conocimientos astronómicos, sobre las armonías de los sistemas solares y conciertos de las esferas en las inmensidades del espacio; la física y la química, sobre los misterios del átomo y de las transformaciones de la materia, en sus intimidades ultramicroscópicas y ultradinámicas; y la biología, acerca de los maravillosos problemas de la célula y los organismos vivientes, más y más grandiosos y sublimes se manifiestan sus excelsitudes etiológicas; las cuales jamás llegarán á conocerlas nuestra menguada reflexión y limitadísimos sentidos; porque ni aun tratándose de esas fundamentales y simples abstracciones que llamamos tiempo y espacio, podemos avanzar en el examen de su modo de ser y su realidad, sin que la angustia y el dolor de la impotencia pongan freno á nuestras reflexiones, antes de llegar al examen de su Creador, abatiendo así con ello nuestro insensato orgullo.

Por esto, en nombre de la ciencia y de la razón, y con los apercebimientos de la experiencia, nadie que sea prudente puede ya mantener afirmaciones absolutas sobre lo que para el pensamiento humano es, y será tal vez siempre, EL ETERNO ENIGMA del MÁS ALLÁ.

Afirma Renan que «la superioridad de la ciencia moderna consiste en que cada uno de sus progresos es un grado más en el orden de las abstracciones». Y pensando él, galante, sobre el papel de la mujer, en relación con las religiones, dice que la religión no es mantenida en el mundo más que por la mujer, y que la MUJER NOS GUÍA porque, «cuando la reflexión nos ha llevado al último término de la duda, lo que hay de afirmación espontánea, sobre el bien y el mal en la conciencia femenina, eso nos encanta, y resuelve para nosotros la cuestión». Escritas estas ideas por el gran historiador en el Prefacio de sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, Renan se coloca, como cualquiera otro mortal, en el plano de las grandes ignorancias, adonde fácilmente van, á menudo, hasta los más geniales pensadores, cuando quieren ser absolutos en sus juicios y reveladores de una suma clarividencia. Porque es un hecho que cada día nos hallamos más lejos de conocer y definir qué es «lo sobrenatural». Como que lo sobrenatural de ayer es sencillamente lo natural de hoy; y así sucederá mañana con lo sobrenatural de hoy. Nuevos descubrimientos incesantes nos obligan á declarar, más y más, «que no sabemos lo que somos, ni adónde vamos». Pero la ciencia psicológica y experimental va creando toda una literatura vasta, que cada vez nos sume en mayores interroga-

ciones; y el ánimo discreto probará, por ser esta su cualidad, si respeta todo lo que puede servir á perfeccionar ó, cuando menos, á elevar el espíritu humano, en el orden de los conocimientos y de la moral.

\*\*\*

De igual modo que la Ciencia, la Política, en sus aspiraciones democráticas, atestiguan su consorcio con el espíritu cristiano.

Las religiones propenden á formar y desenvolver plácidos sentimientos sociales, cuyo espíritu y mandamientos son, en su esencia, los de una sana y bienhechora democracia, con la cual resultan favorecidas, en primer término, las clases proletarias.

La vida de Jesús fué una incesante predicación á favor de los humildes, de los necesitados, de los que padecían hambre y sed, tanto de justicia y amor, como de pan y refugio. Y esta política, de que se halla impregnado el Sermón de la Montaña, y que encendía con bellas y sugestivas parábolas sus predicaciones, los sanos de corazón, en Galilea, es la que se ha venido manteniendo con las enseñanzas de su ley y de su evangelio. Si luego los hechos, hasta los de algunos Ministros de la Iglesia, han estado á menudo en desacuerdo con ella, esta desarmonía no prueba que la doctri-

na sea mala, sino que el sentimiento evangélico y religioso del apóstol no fué bueno ni perdurable, y que la flaqueza humana y la irregularidad misma de los predicadores, burlaron los sublimes preceptos de la moral divina, como lo hace cualquier torpe pecador.

\* \* \*

¿Hay nada en las doctrinas de las Internacionales, y de los credos comunistas, que se pueda comparar, en advertencias, consejos, armonías puras y convivencias bellas, á lo que encierra ese tesoro riquísimo de ideas fundamentales, ese régimen de ciencia social y de universal amor que contiene, por ejemplo, la famosa carta encíclica *DE CONDITIONE OPIFICUM* (de «La condición de los obreros»), que dió á la grey católica León XIII, el 15 de Mayo de 1891?

Ella impresionó al mundo todo; y fué como lluvia de aceite caída sobre el oleaje de las tempestades socialistas. Por eso, cuando hoy, ante los crímenes y delirios fieros del comunismo rojo y de los terrores soviéticos, se lee esta admirable doctrina, el ánimo se siente embargado por unción de tierna piedad y de dulcísima misericordia; y pide á Dios, con fervor, el reinado de aquellas evangélicas ordenaciones. Todos los grandes problemas del comunismo allí están razonados, y cuando no

resueltos; al menos indicado el camino por donde se ha de ir, si es que se desea llegar al encuentro de su solución. La Religión y la Iglesia sacan del Evangelio doctrinas tales, que bastan á dirimir esas contiendas que separan, con implácables odios y mortales atentados, las clases de la sociedad. Y lo hacen con suavidad, limpiando su práctica de toda aspereza, y dando á las leyes y á la autoridad del Estado concierto y bondad, regulados con perfecto peso y medida.

Uno de los enunciados más firmes de este código natural es, por ejemplo, que todo cuanto se disponga y practique ha de ser acomodado á la condición humana; á esos determinismos que hemos llamado «leyes» ó «imperativos biológicos», porque los requieren, indefectiblemente, las funciones y facultades indeclinables de nuestra misma naturaleza. Y ella advierte que ese propio magisterio natural, harále comprender que no crió Dios al hombre para bienes tan quebradizos y caducos, sino para otros celestiales y eternos. Que se sufrirá más fácilmente el dolor si consideramos que lo que aquí sólo es una tribulación momentánea y ligera, nos engendra allá, de modo maravilloso, un venero de eterna gloria. Y aconseja á los favorecidos, por su naturaleza y su destino, que reparan el bien de las propias cualidades en provecho de los demás, porque para eso las recibieron, y

con ello atienden á su perfección. Así, quien hubiere talento, cuide de no callar; quien abunde en bienes, atienda á no entorpecer la largueza de su misericordia; quien supiere oficio con que manejarse, ponga grande empeño en hacer que participe el prójimo de su utilidad y provecho; que notorio es se conforta y levanta, á los afligidos por calamidades, llamando y sugiriendo, en su desolado espíritu, la sensación de los bienaventurados en los pobres; y la del llamamiento á su seno santo, á los que están abatidos, á los que sufren, á los mortalmente opresos.

Pero, ¿no maravilla advertir cómo siempre, bajo una ú otra aspiración, religiosa ó social, eterna ó transitoria, las superiores inteligencias han expresado las mismas fatales determinaciones? Desde los personajes de la comedia «Lisistrata», en Grecia, hasta las venerables y santas predicaciones del Santo Padre, pasando por cerebros tan cesáreos y verbos grandilocuentes como el de Castellar, en su asombrosa conferencia del Círculo de la Unión Mercantil, sobre el comunismo, la ley humana, preservadora del cuerpo y del alma, habla, siempre de igual manera. Y cómo, en obediencia á una sola inspiración, así cuando adoctrina y aconseja á los poderosos, como cuando se dirige á los humildes; buscando siempre las fórmulas de buena inteligencia, y de justa y bien proporcionada medida.

Condenando todos la COMUNIDAD DE BIENES, ya previenen, por igual, que semejante régimen, en vez de dirimir la cuestión, perjudica á los obreros, privándoles del derecho á disponer de su salario, y de aumentar sus modestos bienes. Semejante medida es grandemente injusta, pervierte los deberes del Estado, causa confusión completa entre los ciudadanos, y agravia al hombre en sus más augustos derechos, pues estando dotado de razón, de faculta para poseer con dominio estable y perpetuo; y siendo dueño de los frutos de la tierra, lógico es que lo sea de la tierra misma; como del solar donde levantó su vivienda, y se halla la hacienda que cultiva.

De igual modo, resulta, para los preceptos divinos y humanos, peligrosamente violadora la ley comunista, cuando introduce la Providencia, EL ESTADO, EN EL HOGAR Y EN LOS HIJOS, antes de que lleguen éstos á tener uso del libre albedrío; salvo casos de su moral desamparo, ó tratamiento cruel y pernicioso: porque con esta conducta se obra contra la justicia natural, y queda disuelta la trabazón moral del hogar doméstico.

Y no pueden, tampoco, ser iguales todos en la sociedad civil: los altos y los bajos, el talento y la demencia, los sanos y los enfermos, los fuertes y los débiles. Y no solamente cometen un error pedigrroso, sino un engaño infame, quienes, dislocan-

do en absoluto los regímenes bien equilibrados, justos y paternales, prometen al pueblo desgraciado una vida exenta de fatigas y dolores, una Arcadia copiosa en placeres bajo una dulce holganza, y hacen cuanto les es posible por encender, con ira y crueldades, unas clases sociales contra otras, y mantenerlas en perpetua guerra.

Necesaria es la concordia del capital y el trabajo, como la de los cordones nerviosos y el músculo, en sus respectivas funciones. Bien unidos, por esa armonía, las cosas se engendrarán con hermosura y orden, y se prevendrá la funesta y permanente lucha.

Pero este concierto será imposible si, por otro lado, los amos, los patronos y los ricos, no levantan, consideran y cuidan amorosamente y con buena medida, de sus servidores y subalternos. Se acabó en la ley humana ya la esclavitud, como muchos siglos ha condenada fué por la ley divina. La dignidad ciudadana, la nobleza de la persona, el derecho al disfrute de la vida y de sus goces y beneficios, son una ley natural que tiene carácter perfectamente cristiano.

Nadie debe trabajar más de lo que su naturaleza buenamente consienta. Nadie debe realizar una labor que sea impropia de su edad y de su sexo. Nadie debe ser explotado por los poderosos, ni verse privado de trabajo, asistencia, abrigo, pan,

medicina, consuelo y auxilio en sus aflicciones, miserias y sufrimientos... Y cuanto se haga por imponer la ley y la realidad de este régimen social, merecerá aprobación y respeto de todo ser bien nacido y con discurso cuerdo. Y aquí, en este certamen de las buenas obras, se juntarán las almas, sean cualesquiera sus credos políticos y sus confesiones religiosas.

\* \* \*

Cuando el sin igual tribuno de la democracia se encaraba con estos grandiosos problemas que agitan el gobierno de los pueblos, la emancipación de los obreros y la redención de las almas, su mentalidad soberana y creadora señalaba, para orientarse en las gravísimas incertidumbres de la política, una ESTRELLA POLAR: la PATRIA; y para las angustiosas tribulaciones y normas de la conciencia desorientada, un guía seguro: el CRISTIANISMO.

Nadie analizó y cantó como él sus eficacísimas medicinas espirituales. Algunos tomos serían necesarios para recoger y glosar sus divinas inspiraciones.

El Cristianismo es como manantial de linfa purísima, donde se hallan la sustancia y los perfumes de los más deleitosos goces del alma. Sorprendente prueba que acreditaba su general prestigio, hubo de mostrar, en ocasión antes y nunca cono-

cida en la historia humana: cuando se celebró en Chicago, el año 1892, el CONGRESO DE LAS RELIGIONES todas. Entonces, las allí reunidas hallaron un fondo común en la del Cristianismo, y á él seguían las que sucedieron luego á su aparición. Superior á todas, ella fué la que hubo de manifestarse al mismo tiempo, como la revelada y como la natural, entre todas las del planeta; ella, la que escogió los dos caudalosos ríos; ella, la de las dos grandes tendencias; la de los senitas y la de los apios; ella, la que completó la idea de Dios juntándola con la idea de la trinidad, de origen netamente indio; y ella, la perfeccionada en la ciudad misteriosa de Alejandro, á orillas del Nilo, en las costas del Mediterráneo, ante el Asia y el Africa, frente á Italia y Grecia, en aquella maravillosa conjunción de mares y continentes, donde había de posar la hipostasis divina sus llagados y carnales pies. Tal religión, por dulcísima y bienhechora, hubo de conjugar, en concertada reunión, los corazones todos de variadas creencias; y, sin embargo, cuando, á instancias del cardenal Gibbon, se aceptó que las sesiones se abrieran con una oración común, hubo de convenirse que ésta fuera el Padrenuestro. ¡Qué mayor triunfo!

Así, ella, piadosa y benéfica, serena en sus sentimientos, y creadora de infinitas esperanzas, calmaba los ánimos más sufridos. Y aun en aquellos

muy desasosegados y angustiosos, los transidos de la incurable angustia, sus hipnóticas y clementes sugerencias aquietaban, con tranquilos estoicismos, sus recias tormentas, y les permitía afrontar la muerte, con la sensación y conformidad de la sedante estrofa de Jorge Manrique:

Partimos cuando nacemos,  
andamos mientras vivimos,  
y llegamos  
al tiempo que fenecemos;  
así que cuando morimos  
descansamos.

\* \* \*

Veamos lo siguiente: Cuando se penetra en el examen de los determinismos causales del ser religioso, se advierte que tiene tres ricos manantiales de nutrición y de tonificación espiritual, á saber; la *fe*, de suyo intuitiva y congénita; la *ciencia*, sí, la CIENCIA, con sus más hondos y cada día más amplios análisis y meditaciones; y *la necesidad eterna* de contraponer á los inenarrables sufrimientos y desventuras de la existencia humana *una medicina espiritual*, sugestiva, que mantenga firme, confort y aliente, en sus máximos desfallecimientos, al hombre. Quien examine la Humanidad por el mundo, la estudie bajo todos sus aspectos, analice sus grandes luchas individuales y colec-

tivas, y aporte, además, á estos elementos de juicio los propios y terribles sufrimientos, este observador, sea quien fuere, y mejor aún si es médico, por hallarse obligado á conocer de cerca el dolor y á remediarlo, habrá de reconocer que, amén de otros coeficientes que integran el alma religiosa, los tres motivos señalados son de los más principales, y subsistirán siempre, mientras el espíritu sea lo que es, y continúe esa marcha ascendente, hacia un destino totalmente desconocido, pero que se ve sigue invariable una serie lógicamente, evolutiva que va magnificando, aunque sea con mucha lentitud y con dolorosas interferencias y rectificaciones, ese final del hombre que, repetimos, todo nos hace pensar que nunca lograremos conocer en su total amplitud.

\* \* \*

La humanidad es por naturaleza creyente, y el sentimiento de la fe, por ser tan universal, y necesario á su alma, como el calor á su cuerpo, es una de las funciones esenciales de su espiritualidad.

LOS DEBATES ACERCA DE LA FE y la razón han sido, son y serán, de los primeros y más calurosos que sostienen las juventudes universitarias, apenas nacen á la vida de la reflexión y de la controver-

sia; y en ellos se demostrará siempre que en todas las edades, pueblos, razas y civilizaciones, el hombre ha creído en uno ó más seres, ó fuerzas, como AUTORES de lo creado, SOBERANOS de las grandes energías naturales y DUEÑOS de los humanos destinos. Variando los conceptos, forma y sustancia de estos Seres supremos, el resultado, por lo que afecta á nuestras relaciones con ellos, es siempre la adoración, un culto religioso, y las exaltaciones morales y materiales de este culto piadoso necesariamente derivadas. Leyendo y comentando historias y tratados acerca de tal materia, hemos pasado la juventud cuantos hemos gustado forjar nuestra mente en las discusiones ateneístas, académicas y de seminario; y sin poder llegar nunca á inteligencias completas acerca de la CAUSA CREADORA ESENCIAL, nos ha sido forzoso reconocer lo mismo ya expuesto, á saber: el hecho de que la Humanidad ha mantenido siempre un sentimiento de fe, del cual han dado prueba aun los mismos positivistas, racionalistas, materialistas y ateos: quienes han concluído, á su vez, por manifestar cultos especiales, filosofías, teodíceas y acomodaciones más ó menos reales del discurso, para poder explicar la esencia de la psicología humana, el papel del hombre en la creación, y su destino en un porvenir eternamente misterioso, sometido á leyes fatales de una Naturaleza sublime.

Y leyes son que para unos se hallan regidas por una Divinidad cruel, destructora, que, como la de Moloch, deshace y devora implacable sus creaciones; para otros, por un Dios unipersonal clemente, infinitamente misericordioso, que reserva un futuro bienaventurado á las depuraciones de una vida temporal dolorosa (1); para otros, por transformaciones inabordables, indeterminadas, con las cuales se perpetúa una personalidad consciente; y para muchísimos, por una total anulación del sér, quien desaparecerá— sencillamente disgregado, disuelta su contextura material— en una insensible y eterna rotación de la materia: sometida ésta al destino incesante é inextinguible de crear y destruir la vida, multiplicando sin término sus formas. Expresión final y resultado lamentable de esta escala descendente, sobre el valor espiritual del hombre es, ya, buscar en sí, solamente en sí propio, los únicos reguladores de los altos destinos sociales, y rebajar las concepciones y normas del alma humana á los brutales, codiciosos y crueles regímenes de esos delirios revolucionarios; donde el hombre se convierte en el verdugo y destructor de su semejante, justificando el famoso pensamiento de Plauto, ilustrado por Bacón y Hob-

---

(1) La filosofía de Renan le induce á creer que el mundo, en su conjunto, está lleno de un soplo divino, y no admite las voluntades particulares rigiendo el Universo.

bes: destino fiero éste, *homo hominis-lupus*, que es también una variante más de esa otra fe religiosa, sentida y practicada en todas las edades, razas y civilizaciones, por algunos sectores de la grey humana, cuyas actividades y destinos son luchar y destruirse, en una concurrencia vital trágica, sin término y sin enmienda.

\*\*\*

Se quiere destruir, persiguiéndolo con todas las crueldades y maneras posibles de exterminio, el sentimiento religioso hacia una Divinidad, Sér Superior, ó mandamiento suprahumano, desconociendo que, cuando se desarrolla en las proporciones que, pudiéramos estimar, son de SANA FISIOLOGÍA ESPIRITUAL, las religiones *positivas que deben unir* los hombres todos en una consagración augusta y ascendente de la personalidad humana, pueden y deben ser, con relación á las colectividades, un regulador biológico útil de la sociedad, un vínculo de amor entre los pueblos y las razas todas, y un código de sanciones propias y de respeto á las autoridades directoras de la grey humana, debidamente constituídas. Y *con relación al individuo mismo*, este imperativo debe ser su consejero fiel, el más noble regulador de su conducta, durante la vida normal; y, lo que es no menos

transcendental, una medicina psíquica efficacísima, adscrita esencialmente al hombre siempre enfermo ó amagado de dolencia; un tónico poderoso de esperanza, resignación y alientos necesarios, que se debe emplear en esos incurables, largos y atormentadores padecimientos del organismo, sobre los cuales ninguna acción favorable ejerce ya la medicina hipocrática ó científica.

Médico en ejercicio, durante medio siglo, quien esto escribe, ha visto numerosas veces, y lo proclama convencido, existen infinitos hechos que acreditan cómo hacen un daño incalculable, y cometen, por tanto, un gravísimo desacierto, ya que no calificuemos con más severidad su obra, los ímpíos intransigentes que quieren privar al espíritu humano de una función sentimental que, bien desarrollada y prudentemente regida, se convierte de ordinario en una de las energías más evangélicas, humanitarias, sabias y fecundas para la vida propia y la vida ajena, de cuantas puede tener y utilizar en su linaje superior la especie humana. ¿Qué bien hacen á muchos desventurados enfermos, quienes les privan de esa medicina sublime de la resignación, la esperanza y el premio divino, que lleva consigo una santa fe? ¿Con qué sucedáneos farmacológicos, materiales, ni de clase alguna, sustituyen en las terribles y dolorosas dolencias, progresivas y fatales, á que todos vivimos

expuestos, cuando destruyen un manantial de bondades que, por su número y calidad, no tienen compensación en los humanos recursos? ¿Por qué privarlos de esa dulce esperanza de gozar la eterna delicia?

De las religiones todas que poseen un fundamento moral y que inspiran la propaganda y la práctica de las máximas evangélicas que sugieren la confraternidad y el auxilio en las desventuras humanas, lo que se puede desear es, como decía Napoleón, que los hijos veneren la de sus padres y en ella mueran; que se respeten unas á otras; que no se conviertan en instrumentos de persecuciones, tiranías y crueldades, y que, regulando bajo los mandamientos del sublime decálogo, las convivencias sociales, confiemos á una Providencia Clemente el juzgar sus creaciones, las cuales nosotros no podemos conocer completamente, cuanto menos enjuiciar y reducir á las duras sanciones de unos códigos crueles, vengativos y mortíferos.

Y esto que decimos es tan exacto, que hasta en los espíritus más revolucionarios y más influyentes sobre las transformaciones de los imperios y de las civilizaciones; aun en esos caracteres enérgicos, que han acrisolado las convicciones de sus especiales filosofías, con las grandes crisis; que sufrieron su poder inmenso y sus rectificaciones espirituales

más hondas, como Napoleón y el mismo Renan, de quien ahora nos acordamos, aun en estos casos se revelan siempre los destellos de una conciencia superior, que eleva el hombre incesantemente á las esperanzas, admiración y consolaciones de una Providencia creadora y elocuente. El primero, Napoleón, decía en Santa Elena á sus dos médicos, Antommarchi y O'Meara, allí sus más íntimos amigos, que no comprendía pudiera la medicina negar á Dios, cuando el mundo y la Naturaleza se lo manifestaban por todas partes. Y el segundo, Renan, en sus ya citados *Recuerdos de la Infancia y la Juventud*, en uno de los capítulos más tiernos y sentimentales de estas preciosas páginas, reproduciendo una inspiradísima carta de su adorada madre, escrita en 19-20 de Marzo de 1831, á una señorita, Natalia de nombre, víctima de un cáncer, á la cual prodigaba consuelos religiosos para fortalecer su alma destrozada, dice así: «Podrán parecer débiles estos consuelos; pero, ¿vale más, acaso, el láudano?»

No nos engañemos, nosotros mismos, y reconocamos una gran verdad: por racionalista, librepensador y teófobo que el hombre sea, hay trances en la vida en que los sufrimientos, las angustias, la desesperanza, hacen que las almas humanas, aun las más firmes y tenaces, eleven su vuelo y busquen la suprema esperanza ó la sublime resig-

nación en los divinos destinos de la Causa primera, la Fuerza creadora y reguladora del Universo.

Es cierto que el ateísmo y los sentimientos anti-religiosos se han difundido mucho y predominan en grandes masas; pero no es menos exacto que las almas creyentes forman legiones infinitas, y que han aumentado con la guerra.

El doctor Segond, de París, en estudios notables, ha manifestado que la guerra europea ha desarrollado mucho todas nuestras potencias; así las más íntimas y profundas, como las más externas y físicas. Que ella ha producido una crisis que conduce á un despliegue nuevo de la actividad vital y creadora que existe en nosotros. La guerra asegura y justifica nuestro culto entusiasta de la dulzura luminosa; nos produce una intensidad mayor, una expansión y pureza superiores, de nuestra vida espiritual.

¡Oh, cuántas sublimes enseñanzas, santos heroísmos, abnegaciones nunca vistas, confusión evangélica de todos los cultos: cristiano, protestante y rabínico, se han dado! Prestándose unos y otros ministros de sus religiones, los auxilios espirituales y las ayudas físicas, humanitarias, misericordiosas; mostrándose todos igualmente dispuestos al sacrificio de la vida, y á poner su fe, en armoniosa conjunción, como si fuese una sola; todos se hallaban confundidos con las mismas angustias

y ponían las mismas esperanzas en un Dios increado, Misericordioso y Padre de todo lo existente. Formando una misma familia, como miembros angustiados por común y suprema desventura, se veían, numerosas veces, los más encarnizados enemigos y los separados por irreductibles creencias, que se juntaban y se decían: «La Francia está en peligro; abracémonos, y sonemos juntos la campana que llama á la oración y eleva los corazones.» ¡Y cuán interesantes y conmovedores esos ejemplares citados por Rvegnain, cuyas páginas nos resistimos á publicar por no alargar, más todavía, este ya desmesurado capítulo!

En el discurso de contestación al que pronunciara sobre el tema «Ideario de previsión social» el Sr. López Núñez, al ingresar en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 6 de Junio de 1920, decía, finalizando, el Sr. Sanz Escartín, Conde de Lizárraga:

«No hay hombre, por humilde que sea, que no viva algún instante la vida superior en que toda contradicción se desvanece, y se goza de esa beatitud imperturbable contra la que es impotente la misma muerte.

»Recordemos que, al hundirse el vapor *Lusitania*, en la soledad procelosa del Océano, perdida toda esperanza de salvación, la tripulación y muchos pasajeros, que heroicamente habían procura-

do, con olvido de sus propias vidas, salvar las de las mujeres y los niños, se hincaron de rodillas, y, puestos los ojos en la Eternidad, con la santa tranquilidad del que hasta el fin ha cumplido su deber, entonaron, con voz serena, la plegaria *Cerca de Vos, Señor...*

He aquí, por tanto, muy ligeramente esbozadas, algunas de las muchas y transcendentales consideraciones que surgen en el ánimo, ante estos regímenes comunistas que hoy luchan, en los cuales uno de los valores morales más cruelmente perseguidos es el sentimiento religioso. Por indeclinable verdad ha de tenerse hoy que, sea la que fuere la confesión, si el sentimiento es de esencia moral, útil á los intereses sociales y á los anhelos nunca satisfechos de un espíritu, que busca mayores perfecciones, debe merecer el más escrupuloso respeto y enérgica protección de todas las Constituciones nacionales, políticas, por ser uno de los fundamentos más firmes y perdurables de la existencia y la vida sana de las sociedades, y de los que servirán mejor, en sus difícilísimos ministerios, á todos los gobiernos, sea cualquiera su naturaleza, si quieren conservar una vida tranquila, humanitaria y culta. La impiedad, los alardes disolventes del libre pensamiento en las naturalezas rebeldes y agresivas, serán siempre disolventes.

Inspirado nuestro estudio sobre «El Cáncer del Comunismo» en nociones sencillas de una experiencia ya larga, como repetidas veces hemos advertido, huyendo de profundidades filosóficas, analíticas, doctrinales... etc.; hablando al obrero, en sus mismos discursos y alcances, ya que obrero fué, es y será hasta su muerte, el autor de este sencillo libro, sería impertinente aquí, inoportuna, toda referencia á teologías, exégesis, disertaciones dogmáticas, discursos de seminario, citas, análisis de textos de Santos padres, escrúpulos místicos... etcétera, que prodigan esos infinitos libros sobre la historia de las religiones, que tenemos aun en las bibliotecas particulares más modestas. Cumplimos un elemental deber exponiendo, hasta desde el punto de vista médico, nuestros juicios sobre la religión á los obreros, como cuidó de hacerlo con grandiosos y sublimes vuelos oratorios nuestro inolvidable jefe Castelar. Por lo demás, sabemos muy bien que pasarán todavía siglos antes de que la Humanidad se halle en condiciones de administrar, con cordura y útil provecho, los grandes agentes morales de que su naturaleza le ha dotado: procurando imitar al médico sabio que administra discretamente los poderosos agentes terapéuticos que le proporciona la Ciencia. La Religión es uno de los más enérgicos agentes espirituales del alma humana; figura en el cuadro de

sus leyes biológicas anímicas más indestructibles y eficaces, y deber es de tódos, Gobiernos y sociedades, impedir que desaparezca, y, asimismo, evitar que se convierta en motivo de hostilidades, persecuciones y sangrientos salvajismos, contra pueblos, razas, familias, individuos... al impulso feroz de fanatismos, intransigencias y crueldades que son esencialmente contrarios á la razón evangélica, fraternal y bienhechora, de su propio sér. Es profundamente doloroso, y aflige el ánimo más estoico, cuando se examina lo que sucede todavía hasta en los pueblos más cultos sobre semejante materia, tener que reconocer como verdad indiscutible que «el Reinado de Dios no es todavía de este mundo». Como dice el filósofo bretón ya citado: «Lo ideal, lo caballeresco, lo sentimental, lo guerrero, lo bello, lo bueno, no prevalece ni triunfa. El egoísmo es el soberano.» Y ese sentimiento tirano, ese yo imperativo, vemos todavía —los ejemplos nos agobian y angustian sin cesar— que domina todas las actuaciones del hombre: desde las ideas y los sentimientos más íntimos é insignificantes, hasta las soberanías y los bienes más ricos y universales.

Si, como dice el ilustre crítico y filósofo Max Nordau, las mentiras convencionales rigen el mundo y mantienen las sociedades, aun para los racionalistas más firmes y austeros, esta de la religión,

así considerada, puede y debe ser la más preciosa y bienhechora de todas; un sol espiritual que crea y difunde por doquiera la vida del alma.

\*\*\*

Llegamos al final de nuestro estudio, donde bien sabemos que solamente hemos apuntado «un ensayo de patología social», examinando la patogenia y sintomatología de la gravísima crisis que sufre actualmente todo el mundo. Como hemos visto, *mutatis mutandis*, esta crisis no es nueva; ni descubre realmente, en su esencia, ignotas alteraciones de la economía social; pues si algo de original y transcendente ofrece hoy un problema de todos los tiempos, más que en la revelación de los dolores y en los desasosiegos de las clases proletarias, se halla en su terapéutica y en los medios con que el progreso político y social va remediando tantos males, lo cual realiza proporcionando al pueblo libertades esenciales; y al ciudadano, emancipaciones políticas, leyes tutelares, Institutos de previsión y de seguros contra sus dolencias y necesidades, mejoramiento de sus industrias, régimen higiénico, progreso económico, preocupaciones solícitas de los Parlamentos y del Poder público en bien suyo, jamás conocidas en la Historia; signos, en fin, que demuestran avances serios en la resolu-

ción de los más graves problemas de la democracia, de la justa igualdad y de sana convivencia entre los sectores sociales. Y hemos de advertir que, siendo así, creemos sinceramente que nos hallamos en el comienzo de muchas importantísimas reformas, que sobrevendrán interesando esencialmente á las leyes civiles en materia de propiedad, y á las organizaciones tutelares y previsoras de esas clases humildes que tienen un derecho natural imperativo á la existencia, al goce de una vida social tranquila y segura; al empleo y buen rendimiento de sus aptitudes para el bien común, y á ocupar en el banquete de la vida un puesto digno que les permita disfrutar: del sol, fuente universal de luz y de energía; de los derechos vigorosamente completados con los deberes, y de un reparto excelente de la razón y la justicia necesaria á toda organización social, en la cual imperen las leyes de proporción, de disciplina y de autocracia individual, necesarias para el buen desempeño de egregias funciones y para la satisfacción de indeclinables necesidades, no sólo en el individuo, sino, mejor aún, en lo que constituye la verdadera célula social y principio absoluto de toda grey humana: en la familia.

La esclavitud, en cualquiera de sus formas: en lo antiguo, bajo la forma de sutras, ilotas, siervos; modernamente, en la de sindicalistas, afiliados,

disciplinados, bajo amenazas de muerte ó de coacciones, y con funciones reguladas *in extremis*; la desproporción entre la cantidad y la calidad de los trabajos y de las recompensas; la igualdad, injusta y desatinada, entre capacidades y condiciones esencialmente diferenciadas por la naturaleza y la formación cultural; la comunidad de mujeres y de hijos; la negación del capital, de la propiedad y de la herencia; las regulaciones citadas y cabalísticas del régimen en la labor diaria; el esfuerzo, la resistencia, el beneficio, la alimentación y la disciplina, hasta en los esparcimientos y deleites más legítimos y sanos de la vida, así la particular como la colectiva; las profanaciones y violencias contra los apetitos y sentimientos íntimos, desde los que empiezan en esas extrañas idiosincrasias individuales, estudiadas por la medicina, y que atestiguan la variedad infinita de la vida, bajo todos sus aspectos, hasta los que agrupan las razas, los pueblos y las colectividades, en sus grandiosas consagraciones de la religión, el amor al terruño y á la Patria..., todo cuanto contradiga, en fin, las leyes naturales, y que se quiera imponer con medios violentos, será un retroceso en vez de un adelanto; preparará fatalmente, con toda seguridad, una reacción proporcionada á su acción, y desaparecerá tras un reinado, más ó menos duradero, pero que será siempre tormentoso. Ya lo

expuso Castelar: «mil veces que se intente, mil veces que sucederá lo mismo».

Las leyes biológicas, lo hemos dicho, no sufren violencias que las fuercen y desnaturalicen; su régimen normal de transformaciones se cumple despacio, lo mismo en los organismos carnales que en los morales. El aforismo de Leibniz tan conocido: *Natura non facit saltus*, se aplica lo mismo á los unos que á los otros, para manifestar que los cambios se han de realizar siempre con intermediarios; los cuales, en las especies animadas, como en las sociales, demandan muchos años, y cuando las transformaciones son muy esenciales, requieren siglos. ¡Si estos se necesitaron hasta para que la vida de los peces marinos se acomodara y naturalizase en las aguas dulces!

Por esto, no se necesita ser gran profeta para predecir LA ESCASA DURACIÓN DE LA ANARQUÍA que hoy reina y la sucesión de un régimen, peor que distinto, antitético. La enfermedad mundial, la crisis mortal que la humanidad sufrió durante cinco años, no ha tenido semejante en la Historia, y, por consecuencia fatal, le corresponde una convalecencia larga, muy peligrosa, molestísima, profundamente desordenada, anárquica. Pero confiemos en que se restablecerá la normalidad; desaparecerán todas las utopias, y quedarán en la vida social, como queda á menudo después de grandes y aso-

ladoras inundaciones, muchas bajas y ruinas, dolorosas, sí, pero también con ellas el limo de aquellas reparaciones y justicias que, en su fondo, aun los más crueles y desatados comunismos, suelen llevar consigo.

\* \* \*

Al acercanos al final de nuestra obra, resurge en nuestro ánimo aquel sentimiento esencial que nos impulsó á escribirla y que expusimos con toda sinceridad en su comienzo; es á saber: Somos obreros; procedemos de la más humilde y laboriosa clase social; lo hemos sido durante toda nuestra vida, y en esta condición y ambiente moriremos. Nuestro contacto con las clases aristocráticas y las plutocracias, no nos ha servido más que para conocer mejor las circunstancias y condiciones variadas de la existencia y de la sociedad, y, por ello, poder apreciar mejor el destino y las evoluciones de nuestro modesto linaje social. Como Castelar decía á sus jóvenes correligionarios, en su discurso de Huesca, cuando formuló el programa del posibilismo, después de haber pasado por la más atormentada y docente experiencia que un gran político puede sufrir: «Jóvenes, escuchad los consejos de un anciano, á quien escuchaban los ancianos cuando era joven»; de parecida manera podríamos reproducir la recomendación, diciendo:

«Jóvenes obreros, escuchad á un obrero anciano, á quien escuchaban los ancianos obreros cuando era joven».

Conocemos muy bien que las clases obreras tienen sus caudillos, que las adoctrinan y dirigen, y que inspiradas por ellos miran con recelo á cuantos no figuran en sus organizaciones, y por hallarse eliminados de sus grupos, llaman y condenan como burgueses; pero como nadie puede ser mejor juez de la conciencia y de los actos propios que uno mismo, sabemos bien que ninguno de los caudillos del sindicalismo y de las Internacionales en juego, siente, piensa y predica con más sincero amor y desinterés, á la clase de donde procede: la clase humilde, la redimida de la esclavitud, la noblemente consagrada á ganarse la vida y las posiciones sociales con el sudor de su rostro y los ardientes anhelos de su espíritu, que lo hace el autor de estas líneas.

Creemos con toda fe que jamás en la Historia de la humanidad, las clases proletarias han tenido de su parte el PODER PÚBLICO, los Parlamentos y los jefes de Estado con la sinceridad, la solicitud y la perseverante firmeza que ahora. Desde fines del siglo XVIII los Gobiernos, en las naciones cultas, y la conciencia general, en las sociedades, trabajan por la redención política y el mejoramiento del pueblo.

Y añadiremos, que en este tiempo y una vez más, el pueblo mismo, por mal dirigido, y mal actuante, ha sido el mayor enemigo de sus intereses. Como en las edades antigua y media, así en la moderna, y muy recientemente, dueño el pueblo de sus destinos en ocasiones supremas, en gravísimas crisis de la vida de los Imperios y de las evoluciones de su civilización, él mismo se determinó lamentables retrocesos. Acordémonos, por lo que á nuestros tiempos se refiere, de la Revolución francesa de 1793, preparando con los desaciertos de el Terror la muerte de sus jefes liberales más íntegros y heroicos, hasta terminar en Robespierre, y en la aparición del Imperio con las guerras napoleónicas. Recordemos las jornadas y las barricadas del 48 en las calles de París, llamando á la reacción, con el hijo de Luis Bonaparte al frente. Recordemos las locuras comunistas de 1870, cuando las botas prusianas pisaban el cuello de la nación francesa, vencida y despojada de dos departamentos, la Alsacia y la Lorena. Recordemos la muerte de la República española en 1874, cuando el cantonalismo y los comunistas de Cartagena determinaban el golpe de Estado de la madrugada del 3 de Enero, haciendo que los soldados de Pavía arrojaran los representantes del pueblo, del templo de las leyes. La actualidad, hoy mismo, no cotiza, no, un alza de las libertades

democráticas, sino un reinado del terror rojo, bajo el cual la conciencia general de los Gobiernos todos, incluso la nación de los más bajos fondos sociales, como son los Soviets, la emprende por caminos de francas reacciones y de violentas resistencias, para salvar aquel interés supremo, que es el último que se pierde: el derecho á la vida: el *to be, or not to be* del famoso monólogo que Shakspeare puso en labios de Hamlet.

\* \* \*

La lección no puede ser más costosa, sanguinaria y expresiva.

El cuadro que ofrece el comunismo, la Tercera Internacional roja, la expresión elocuente del sindicalismo revolucionario, en Rusia y en España, con especialidad, no puede atestiguar mejor la exactitud de aquella ya citada condenación y fatal destino señalado por Castelar, que hemos registrado en nuestras páginas anteriores. Hoy, el obrerismo revolucionario; el proletariado, campesino y obrero, á cambio de algunas ventajas económicas exageradas y reducción de horas de trabajo que goza en algunos de sus sectores, presenta el siguiente terrible estado morboso, llamado *cáncer* con mucha exactitud por Lloyd George.

Dos años de intensa y sostenida anarquía, en la

cual las clases bajas, después de derrocar las instituciones de los Imperios históricos; de haber exterminado viejas aristocracias y jóvenes burguesías, han causado y encendido por todas partes la discordia, la guerra civil más sangrienta y las enemigas más francas, aun entre los mismos sectores que integran el fundamento social más bajo del pueblo, y que se llaman campesinos, obreros, soldados y marinos, quienes ahora, cuando escribimos esto, mantienen matanzas horribles, hambres, rebeldías y combates, á las cuales no se les ve límite. Hoy están ya totalmente desorganizadas aquellas armonías que juntaron, en disciplinadas organizaciones, las huestes socialistas de los distintos pueblos, y en éstas resurgen los instintos de conservación y la conciencia de que son víctimas de crisis catastróficas, en las cuales aparecen gravemente enfermas y amenazadas de muerte las leyes y principios biológicos más esenciales de la existencia de las naciones y de los individuos (1).

---

(1) El ensayo de los Gobiernos soviéticos está siendo ya un caso más de la fatalidad indeclinable con que se cumplen las tantas veces señaladas profecías. Con fecha 29 de Abril de 1921 (á 30 estamos cuando escribimos estas cuartillas, en París), el Comité ejecutivo de la Constituyente rusa ha recibido de Reval un telegrama, donde se le comunica que las sesiones recientes del Consejo de los Comisarios (ministros soviéticos) se han consagrado al examen de la situación en que se halla el Gobierno soviético, imposibilitado de sofocar el movimiento antirrevolucionario que

La obra de destrucción moral ha combatido y destrozado, en grande, sin haber proporcionado una reconstrucción, ni siquiera compensadora, cuanto menos realmente progresiva, á los grandes valores sociales que eran fruto del espíritu humano y fundamento de toda civilización, La Patria, la Religión, las libertades democráticas, la familia, el hogar y los factores que constituyen la superioridad, autocracia y ventura del sér humano, así como su redención individual, su régimen social propio, adecuado á los imperativos de su naturaleza orgánica, peculiarísima... todo ha sido y se ve profanado y herido. El capital modesto; los sentimientos nobilísimos y apasionados del amor sexual, de la paternidad, de la dignificación y excelcitudes tiernas y adorables de la mujer; la herencia de nuestros más sacrosantos ahorros, fruto de trabajos y virtudes, y los cumplidos ministe-

---

desuela la mayor parte del país, por lo cual se considera la situación apurada y muy grave para el régimen soviético. Las nuevas leyes votadas, con las cuales se pretende conjurar y endulzar los rigores soviéticos, no contentan ya á los campesinos. Los obreros, en casi todas las provincias, se rebelan contra los bolcheviques; los grupos insurrectos locales se unen y organizan; la cosecha es insuficiente, y los pequeños poblados amenazan caer sobre las ciudades. Entretanto, la delegación soviética de Reval recibe la orden de ponerse al habla con diversas bancas alemanas, suecas, esthonianas, noruegas y danesas, para abrir en ellas depósitos á nombre de muchos caudillos comunistas. ¡Es decir, la eterna y codiciosa traición, el criminal engaño!

rios, destinada á nuestros propios descendientes, sufren serias alteraciones, testimonio de una patología nunca llevada á tales extremos, como los ahora sufridos. La codicia, el robo, el desate de las más dañinas concupiscencias, la pasión voraz de la riqueza, la holganza, la resistencia al cumplimiento de los estrictos deberes de la disciplina, en el orden de las categorías naturales, lo mismo las fisiológicas de los organismos individuales, que la de los sociales. La lucha desatada por mantenerse todos en el disfrute de los abusos, corrup-telas y granjerías que los desquiciamientos y anarquías de la guerra europea impusieron y determinaron, durante los tiempos apocalípticos de la espantosa tragedia, retrasando años y años el restablecimiento de una necesaria, indispensable y vitalísima normalidad, sin la cual todos los sectores de la grey humana, todos por igual, tienen que sufrir fatalidades y desesperaciones en mayor ó menor grado... ¿Adónde, adónde va la sociedad por este camino y con semejante vida, que no sea al desastre y al suicidio? ¿Qué espera ya de esos jefes y caudillos, cuya humana y pecadora condición, amasijo de todas las debilidades y defectos propios de los seres inferiores: egoístas, concupiscentes, ambiciosos, buscadores de fortunas, placeres y vanidades, por doquiera se rebelan, ya francamente, con todo impudor, atestiguando ser ellos.

los creadores de nuevas dictaduras, tiranías y crueldades, tanto ó más desastrosas y odiables que lo fueron aquellas pasadas, contra las cuales ellos alzaron las falanges proletarias, hambrientas y esclavizadas?

\*\*\*

Las clases obreras de España fueron siempre modelo de nobleza, dignidad, respeto mutuo, disciplina y amor á sus íntimos y domésticos afectos; y hoy aflige el ánimo ver con frecuencia á muchos de sus individuos desprovistos de aquellas virtudes que las mantenían en una relativa ventura, con la cual iban mejorando sus medios, satisfaciendo sus aspiraciones y recogiendo los frutos de una evolución ordenada y progresiva.

Nada nos podía ser tan grato, bajo este aspecto, como los elogios que oíamos y los que en ocasiones leemos, en afamados publicistas extranjeros, acerca de nuestras clases humildes y trabajadoras. La descripción que hace el ilustre escritor Max Nordau, en su libro *Impresiones españolas*, recién publicado, de la pareja obrera que amenudo se encuentra en las calles de Madrid, á la hora del descanso, comiendo en el suelo su ración de mediodía, es uno de los cuadros más idílicos y tiernos que se pueden escribir, y suscita en nuestra alma noble y legítimo orgullo el caso de que un

gran crítico extranjero, célebre por la severidad y la exactitud de sus juicios, diga, como resumen de una bella descripción de la comida que hace esa amorosa parejita obrera: «En este ceremonial se transparenta una dignidad natural, un respeto de sí mismo que no permite dudar de que aquellos sencillos jornaleros son nobles de nacimiento. Añádánseles riqueza y educación, y en nada se diferenciarán de los grandes, á los cuales no ceden en sentimientos.»

En España, los anhelos del Poder público, en los partidos todos, y desde hace lo menos cuarenta años, no pueden ser más manifiestos á favor de las clases proletarias. Desde la Revolución, lo que más viene preocupando á sus Parlamentos, aunque su obra se halle de ordinario perturbada porque las Cámaras se renuevan sin cesar, son las leyes sociales. La misma ciencia médica universal, ha creado lo que se llama «La Medicina Social» como una rama fecundísima de sus conocimientos, y tal esplendor y lozanía ha adquirido, que ya informa y se infiltra por todos los sectores y departamentos de la Administración pública.

España se siente acuciadísima por enriquecer esta legislación. ¡Y adviértase cuán fatal destino preside á la dirección y conducta de las clases favorecidas con estas orientaciones de la vida constitucional: los dos caudillos más gloriosos y entu-

siastas que ha tenido esta causa, aquellos á quienes se deben sus organismos más importantes, Canalejas y Dato, han sido asesinados por criminales comunistas! El Instituto de Reformas Sociales, el Instituto Nacional de Previsión y el Ministerio del Trabajo, tres creaciones esencialmente societarias, nacidas por intereses obreros, á los que atienden, y desarrollan, con todos los medios posibles, así los morales como los materiales, fruto de ellos son, en rigor; y de su obra puede considerarse pertinente la copiosa legislación obrera y la riqueza de instituciones y esfuerzos tutelares, previsores y seguros, bajo sus distintas localizaciones y formas, que hoy ofrece España al examen imparcial, sereno y profundo, de los actuarios, los contables y técnicos extranjeros. Obra es esta que despierta en ellos, con justicia, la admiración y el aplauso, reconociendo que nuestro país es uno de los que marchan en el mundo á la cabeza de este movimiento intensamente cultural, progresivo y democrático.

Adalides gloriosos de tan merítísima epopeya son algunas, contadas personas, á quienes se debe principalmente cuanto los Gobiernos han llevado al Parlamento y han decretado. Y como hace ya muchos años que, bien que modestamente, venimos colaborando en esta labor y conocemos las condiciones de carácter, las altas cualidades crea-

doras, la función crítica, administrativa, directora, informativa, que en este difícilísimo, complejo y agobiante ministerio vienen realizando unos preclaros funcionarios, cuyo rendimiento no podríamos detallar, por lo copioso, ni es por nadie debidamente estimado y retribuido, queremos honrar y enaltecer el final de nuestro estudio, honrando las páginas del libro con sus nombres, renunciando, por ser extensa, á la indicación de sus servicios y de la legislación y las instituciones que á ellos debe principalmente su existencia.

Castelar, Dato, Canalejas y Moret, fueron los altos inspiradores. General Marvá, Adolfo Builla, Adolfo Posada, José Maluquer, Julio Pujol, Alvaro López Núñez, Severino Aznar, el malogrado Juderías, Sangro, Martín Alvarez, Alarcón, Mora, Ubeda y Correal, fueron sus instrumentos de acción. Hé aquí nombres que evoca con cariño y respeto mi memoria; á quienes aprendí á querer por sus trabajos, y gustoso y honrado quise ayudar con mis débiles esfuerzos. Merecedores son de la gratitud de la Patria y de las clases obreras.



## PRINCIPALES PUBLICACIONES

DEL

# DOCTOR ANGEL PULIDO FERNANDEZ

DEL AÑO 1875 AL 1921

### Viajes.

1. Apuntes sobre el estado actual de la Medicina en Portugal y España.—Año 1875.—131 págs. en 4.º
2. Una expedición á las Cuevas de Artá.—Año 1879.—64 págs. en 8.º
3. París.—Viaje médico.—Año 1880.—454 págs. en 8.º
4. De Carabanchel al Paraíso (en colaboración con el doctor Tolosa Latour).—Año 1882.—77 páginas en 4.º
5. Plumazos de un viajero.—Año 1896.—360 páginas en 8.º
6. El gran pueblo.—Año 1894.—320 págs. en 8.º
7. La Bella Asturias.—Año 1895.—30 págs. en 4.º
8. Desembocadura del Nalón.—Año 1900.—84 páginas en 4.º
9. Cartas escandinavas.—Año 1911.—226 págs. en 8.º
10. Impresiones y proposiciones de un turista por España (Colección de cartas publicadas en diferentes diarios locales).

### Estudios médicos.

11. Un buen tratamiento del Hidrocele.—Año 1878.—24 págs. en 8.º
12. El Paludismo en Madrid.—Año 1879.—92 páginas en 8.º

13. De la ovariectomía en España.—Año 1880.—29 páginas en 4.º mayor.
14. Lactancia paterna.—Año 1880.—80 págs. en 4.º
15. Estrangulación interna.—Año 1881.—502 páginas en 8.º
16. Sobre el carbunco.—Año 1882.—54 págs. en 8.º
17. Locos delincuentes.—Año 1883.—80 págs. en 4.º
18. Evolución histórica de la Patología.—Año 1884.—44 págs. en 4.º mayor.
19. Inoculación anticolérica del Dr. Ferrán.—Año 1885. 94 páginas en 8.º
20. Un juicio médico.—Año 1888.—27 págs. en 8.º
21. Estudios médicos.—Año 1889.—222 págs. en 4.º
22. Oclusiones del intestino.—Años de 1889 y 1890.—Dos tomos en 4.º de 560 y 478 págs.
23. Discurso sobre la Cirugía radical en Ginecología.—Año 1894.—16 págs. en 4.º mayor.
24. El Congreso Dosimétrico de 1881.—Año 1881.—64 páginas en 8.º
25. La vacunación antitífica.—Año 1915.—40 páginas en 4.º
26. La vacunación antialfa y su experimentación en la ciudad de Alcira.—Folleto.—Año 1920.
27. *¡Vae Inventoribus maynis!* Un grandioso descubrimiento de la Medicina española, El cólera en los ejércitos de Europa.—Tomo en 4.º de 600 páginas.—Año 1921.
28. Comunicaciones médicas extensas dirigidas al *Office International d'Hygiène publique*, desde 1911 al 21.
29. Escritos médicos del Dr. Ariza. Colección de los trabajos de este doctor eminente, con prólogo.—3 tomos en 4.º mayor.—Año 1888.
30. La bacteriología (Discurso-contestación al de ingreso del Dr. Cortezo en la Real Academia de Medicina).—Año 1891.

31. La vejez (Discurso-contestación al de ingreso del Dr. Gimeno en la Real Academia de Medicina). Año 1910.
32. La peste en España (Discurso-contestación al de ingreso en la Real Academia de Medicina del Dr. Mariscal).—Año 1914.

### De Higiene y Sanidad pública.

33. Salubridad pública (discurso).—Año 1888.—30 páginas en 4.º
34. Estudios de Manicomios.—Año 1889.—50 páginas en 4.º
35. Oftalmía granulosa de los Asilos.—Año 1889.—27 páginas en 4.º mayor.
36. Las Calcinaciones de Huelva.—Año 1890.—160 páginas en 4.º mayor.
37. Más sobre las Calcinaciones de Huelva.—Año 1890.—164 págs. en 4.º
38. La Medicina Árabe.—Año 1892.—34 págs. en 4.º
39. Memoria Sanitaria sobre la peste de Oporto.—Año 1900.—40 págs. en 4.º
40. Inspección sobre las Asociaciones benéficas.—Año de 1902.
41. Sanidad pública en España y Ministerio social de las clases médicas.—Año 1902.—104 págs. en 4.º
42. Saneamiento de poblaciones españolas (Sevilla).—Año 1902.—390 págs. en 4.º
43. Sobre la mezcla de pimentón y aceite (Grave problema agrario).—Año 1902.—636 págs. en 4.º
44. Mi gestión sanitaria como Director general de Sanidad.—Año 1903.—124 págs. en 4.º
45. Capacidad sanitaria de España.—Año 1907.—40 páginas en 4.º
46. El problema de las Hurdes.—Año 1908.—16 páginas en 4.º
47. La Sanidad Militar.—Año 1909.—60 págs. en 4.º

48. Homenaje á la Sanidad Militar (Velada celebrada en el Ateneo).—Año 1908.
49. La Semana Médica de Santander.—Opúsculo en 8.º de 42 págs.—Año 1920.
50. La Conferencia Sanitaria de París de 1911-12.—200 páginas en 8.º.—Año 1914.
51. El progreso Sanitario.—Año 1912.—47 págs.
52. Una violación grave de la Sanidad pública (Discurso pronunciado en el Senado).—Año 1920.
53. La Exposición de Higiene Internacional de Dresde (Memoria del Comisario Regio).—Año 1911.

### **Intereses Hispano-Sefardies.**

54. Reincorporación de las colonias sefardies á la vida de España (Memoria).—Año 1913.
55. Los israelitas españoles.—Año 1904.—246 págs. en 8.º
56. Españoles sin Patria.—Año 1905.—660 págs. en 4.º mayor.
57. El sefardismo en España (Discurso pronunciado en París).—Folleto de 111 págs.—Año 1919.
58. El pueblo hispano-hebreo, primera base mundial de España.—Tomo de 300 págs.—Año 1920.
59. La Reconciliación hispano-hebrea.—144 págs. en 4.º.—Año 1920.
60. Esplendor, desarrollo y soberanía mundial de la lengua española.—Folleto de 90 págs.—Año 1921.

### **Estudios sociales.**

61. El cáncer comunista (Degeneración-vicio-sindicalista).—Tomo de 500 págs.—Año 1921.
62. La fusión de los pueblos latinos (Discurso en francés pronunciado en París).—Año 1911.

### **Intereses médico-sociales.**

63. Relación de las clases médicas con las Asociaciones Cooperativas é industriales.

64. El delito sanitario (Conferencia en la Real Academia de Jurisprudencia).—Año 1903.
65. El problema de las Hurdes.—16 págs. en 4.º.—Año 1908.
66. Los Progresos de la Odontología en España (Discurso inaugural del Congreso de Odontología celebrado en Bilbao).—Año 1916.—40 págs.
67. La despoblación de España (Discurso).—61 págs. en 8.º.—Año 1891.

### Trabajos parlamentarios.

63. La pena capital en España.—Año 1897.—216 págs. en 8.º
69. Bases para una ley de Sanidad (Discursos parlamentarios).—Año 1899.—34 págs. en 8.º
70. Discursos parlamentarios sobre la mezcla de pimientón y aceite.—Año 1902.—265 págs. en 4.º menor.
71. Los catedráticos y sus cargos de elección popular (Discurso).—Año 1909.—12 págs. en folio.
72. El servicio militar obligatorio. — Año 1911. — 206 páginas en 8.º
73. El presupuesto de la Sanidad.—Año 1920.

### Biografías.

74. El Dr. Velasco.—Año 1894.—122 págs. en 4.º
75. El Dr. Letamendi.—Año 1898.—112 págs. en 4.º
76. El Dr. E. Gutiérrez. — Año 1904. — 12 págs. en 4.º
77. El Dr. Gimeno y su estudio sobre la vejez (Discurso).—Año 1910.—36 págs. en 4.º
78. El Dr. Lister (Conferencia).—Año 1912.—66 páginas en 4.º
79. El Dr. Alonso Sañudo (Panegirico).—Año 1915.—100 págs. en 4.º
80. Colección de necrologías, siluetas y discursos sobre monumentos médicos. Su número excede de 100.
81. El Dr. Tolosa Latour (Necrología).

## Propagandas científicas.

82. Evolución de las Ciencias.—Año 1875.—54 páginas en 4.º
83. Bosquejos médico-sociales para la mujer.—Año 1876.—374 páginas en 8.º
84. La Medicina y los médicos.—Año 1882.—618 págs. en 8.º
85. Conflictos entre la frenopatía y el Código penal.—Año 1884.—40 págs. en 4.º
86. Educación física de la mujer.—Año 1892.—28 págs. en 4.º menor.
87. El corro de niñas.—Año 1893.—47 págs. en 4.º
88. Grandes problemas.—Año 1892.—290 págs. en 8.º
89. Miniaturas científicas.—Año 1894.—316 págs. en 8.º
90. La emoción oratoria.—Año 1896.—395 págs. en 4.º
91. Patria (por Castelar).—Año 1904.—336 págs. en 8.º
92. La protección al ciego.—Año 1909.—11 págs. en 4.º
93. La Medicina y la Pintura (Conferencia).—57 págs. en 8.º

## Instituciones médicas.

94. Hospitales Provinciales de Madrid.—Año 1889.—36 págs. en 4.º
95. Memoria sobre Manicomios.—Año 1889.—49 páginas en 4.º
96. Las pensiones de la Diputación provincial.—Año 1891.—22 págs. en 4.º
97. El Instituto de terapéutica operatoria.—Año 1897.—28 págs. en 4.º
98. Programa económico y profesional del Colegio de Médicos.—Año 1907.—39 págs. en 4.º
99. Intereses profesionales de las clases médicas.—Año 1910.—45 págs. en 4.º
100. Ética de los partidos políticos en España. (En preparación.)

101. Relaciones entre la Preusa médica y los Poderes del Estado.—Año 1903.—8 págs. en 4.º

### Cartas circunstanciales.

102. Mi colaboración al Instituto Rubio.—130 págs. en 8.º.—Año 1915.

### TRADUCCIONES

103. Barnes. Enfermedades de las mujeres. (Obra muy anotada).—Año 1879.  
104. Erichsen. Tratado de Cirugía.—Obra en 4 tomos. Año 1836.

### EN PRENSA

105. Un precursor médico en España. (Vacunación antituberculosa en Mallorca.)  
106. La nueva doctrina antituberculosa del Dr. Ferrán.

Otras pequeñas disertaciones y cortos trabajos más ha publicado el autor, que aquí no se citan. Además de una colección de cerca de dos mil artículos que han visto la luz en Diarios y Revistas, especialmente *El Liberal* y *El Siglo Médico*.

---















Biblioteca Regional  
de Madrid Joaquín Leguina



\*1349857\*

